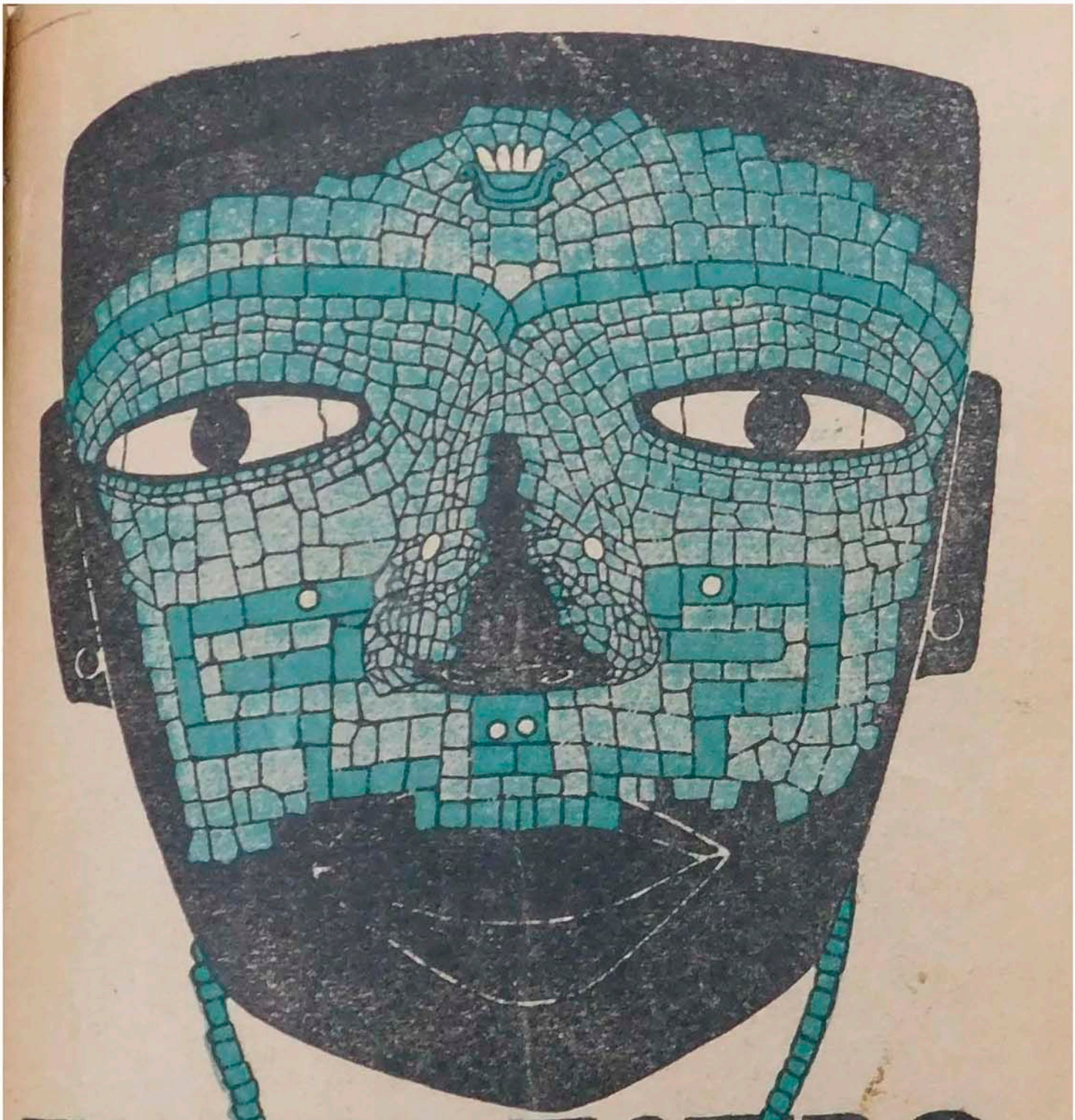


EL • MAESTRO

REVISTA DE CVLTVRA NACIÖ

NAL ENERO • Y • FEBRERO

MEXICO • MCMXXII

EL MAESTRO

Revista de Cultura Nacional

DIRECTOR:

Enrique Monteverde

OFICINAS: 1ª GANTE 3

Apartado Postal 105 bis. Teléfs. Ericsson 1-16-30. Mex. 23-63 Neri

Registrado como artículo de 2a. clase con fecha 29 de agosto de 1921

SUMARIO

EL GRITO — GABRIELA MISTRAL

REVISTA EDITORIAL INFORMATIVA

HISTORIA Y GEOGRAFIA

INTRODUCCION A LA HISTORIA DE LOS GRIEGOS — VICTOR DURUY
CONQUISTADORES Y CIVILIZADORES DE MEXICO — LUIS DE LA BRENA
ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE EN EL VALLE DE MEXICO — GEORGE E. HYDE
LA REPUBLICA ARGENTINA
BIOGRAFIAS DE HOMBRES CELEBRES

DIVERSOS TEMAS

LA UNICA SOLUCION POSIBLE DE LA CUESTION AGRARIA — LEON TOLSTOY
SIMPATIA, JUSTICIA, SOLIDARIDAD — JOSE INGEGNIEROS
LA TIRANIA DE LA FEALDAD — RICHARD MIDDLETON
PUERTO RICO A LOS VEINTIUN AÑOS DE DOMINACION NORTEAMERICANA — CAYETANO COLL Y CUCHI
EL LATIFUNDISMO ES EL VERDADERO ENEMIGO DE LA PEQUEÑA PROPIEDAD Y DEL BIENESTAR GENERAL DEL PAIS — LAURO G. CALOCA
SEPTIMA SINFONIA — JESUS VILLALPANDO

CONOCIMIENTOS UTILES

LA TEORIA DE LA RELATIVIDAD — R. BOLTON
LA LEY DE CONSTANCIA VITAL, SEGUN RENE QUINTON — A. R.
LA SALUD Y EL BUEN HUMOR — CAMILO MELINAU
HIGIENE DE LOS OJOS Y LOS OIDOS
ENSEÑANZA DEL HOGAR — HERCILLA DELTORCHIO
LO QUE ES LA GIMNASIA LLAMADA ESPECIALMENTE «GIMNASIA RITMICA» — SAMUEL CHAVEZ
CLASES DE LECHERIA

SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA

Talleres Gráficos de la Nación.—Filomeno Mata número 8

MEXICO, FEBRERO DE 1922

EL GRITO

POR GABRIELA MISTRAL

AMERICA, América! Todo por ella; porque todo nos vendrá de ella, desdicha o bien!

Somos aún México, Venezuela, Chile, el azteca-español, el quechúa-español, el araucano-español, pero seremos mañana, cuando la desgracia nos haga crujir entre su dura quijada, un solo dolor y no más que un anhelo.

Maestro: Enseña en tu clase el sueño de Bolívar, el vidente primero. Clávalo en el alma de tus discípulos con agudo garfio de convencimiento. Divulga la América, su Bello, su Sarmiento, su Lastarria, su Martí. No seas un ebrio de la Europa, un embriagado de lo lejano, por lejano extraño, y además caduco, de hermosa caduquez fatal.

Describe tu América. Haz amar la luminosa meseta mexicana, la verde estepa de Venezuela, la negra selva austral. Dilo todo de tu América; di cómo se canta en la pampa argentina, cómo se arranca la perla en el Caribe, cómo se puebla de blancos la Patagonia.

Periodista: Ten la justicia para tu América total. No desprestigies a Nicaragua, para exaltar a Cuba; ni a Cuba para exaltar la Argentina. Piensa en que llegará la hora en que seamos uno, y entonces tu siembra de desprecio o de sarcasmo te morderá en carne propia.

Artista: Muestra en tu obra la capacidad de finura, la capacidad de sutileza, de exquisitez y hondura a la par, que tenemos. Exprime a tu Lugones, a tu Valencia, a tu Darío y a tu Nervo: cree en nuestra sensibilidad que puede vibrar como *la otra*, manar como la otra la gota cristalina y breve de la obra perfecta.

Industrial: Ayúdanos tú a vencer, o siquiera a detener la invasión que llaman inofensiva y que es fatal, de la América rubia que quiere vendérnoslo todo, poblarnos los campos y las ciudades de su maquinaria, sus telas, hasta de lo que tenemos y no sabemos explotar. Instruye a tu obrero, instruye a tus químicos y a tus ingenieros. Industrial: tú deberías ser el jefe de esta cruzada que abandonas a los idealistas.

¿Odio al yankee? ¡No! Nos está venciendo, nos está arrollando por culpa nuestra, por nuestra languidez tórrida, por nuestro fatalismo indio. Nos está disgregando por obra de algunas de sus virtudes y de todos nuestros vicios raciales. ¿Por qué le odiaríamos? Que odiemos lo que en nosotros nos hace vulnerables a su clavo de acero y de oro: a su voluntad y a su opulencia.

Dirijamos toda actividad como una flecha hacia este futuro ineludible: la América Española una, unificada por dos cosas estupendas: la lengua que le dió Dios y el Dolor que da el Norte.

Nosotros ensoberbecimos a ese Norte con nuestra inercia; nosotros estamos creando, con nuestra pereza, su opulencia; nosotros le estamos haciendo aparecer, con nuestros odios mezquinos, sereno y hasta justo.

Discutimos inacabablemente, mientras él *hace*, ejecuta; nos despedazamos, mientras él se oprime como una carne joven, se hace duro y formidable, suelda de vínculos sus estados de mar a mar; hablamos, alegamos, mientras él siembra, funde, asierra, labra, multiplica, forja; crea con fuego, tierra, aire, agua; crea minuto a minuto, educa en su propia fe y se hace por esa fe divino e invencible.

¡América y sólo América! ¡Qué embriaguez semejante futuro, qué hermosura, qué reinado vasto para la libertad y las excelencias mayores!

(De "*Arte y Letras.*")

Revista Editorial Informativa

ARREGLOS PARA AMORTIZAR LA DEUDA

En un banquete, dado la noche del 14 de enero por la "Ohio Society" de Nueva York, el banquero Thomas W. Lamont pronunció un discurso sobre la situación de nuestro país. Mr. Lamont estuvo en México como representante de los tenedores de bonos de la deuda para discutir su pago con funcionarios de nuestro Gobierno. Nada se había publicado acerca de los resultados de esas conferencias, a no ser pequeñas declaraciones que no llegaban a dar una impresión concreta sobre el asunto. Pero como del discurso de Mr. Lamont se deduce el estado de los arreglos, copiamos los párrafos más interesantes:

"Mis pláticas con el Presidente Obregón, el Secretario De la Huerta y otros miembros del Gabinete, aunque no fueron concluyentes, me hacen creer que si se pudiera mostrar un camino a los mexicanos, ellos estarían más que ansiosos de cubrir sus compromisos.

"Es posible que el arreglo de todas estas dificultades no sea una cuestión fácil; pero creo que es menos difícil de lo que algunas personas piensan. Yo soy bastante optimista para creer que si el Gobierno mexicano declara, como tengo esperanzas, su intención de cumplir sus compromisos, podrá entonces aclarar su determinación para resolver cualquiera otra de las cuestiones que, hasta hoy, parecen constituir los obstáculos para el reconocimiento. La actitud de los banqueros internacionales ha sido, desde un principio, un consistente esfuerzo para ayudar a México en la solución de sus difíciles problemas financieros. Tengo la seguridad de que esta actitud seguirá siendo la misma, y tengo la esperanza de que el pueblo y el Gobierno de México nos permitirán demostrar que sólo abrigamos sentimientos amistosos y muy sinceros deseos de cooperar para la mayor ventaja y el mayor desarrollo de su maravilloso país."

Debe recordarse que el Gobierno de México ha declarado, repetidas veces, la intención de cumplir sus compromisos, y ha dado los pasos necesarios para realizar esa intención; tales como un impuesto especial que se dedicará al pago de la deuda. Y esto lo sabe Mr. Lamont mejor que nosotros, puesto que vino a discutir la forma en que deberá pagarse. Por consiguiente, si

con hechos y con declaraciones no ha bastado "para resolver cualquiera otra de las cuestiones que, hasta hoy, parecen constituir los obstáculos para el reconocimiento," deben existir algunas diferencias de detalle a que no se refirió Mr. Lamont en su discurso. Y, suponemos, es en los detalles donde la actitud de los banqueros internacionales no resulta precisamente un esfuerzo para ayudar a México; porque, en tratándose de México, no debe permitírsele aprovechar ciertas ventajas del cambio que se permiten todos los días a los banqueros de Wall Street.

Abordando este asunto, **El Universal** del 17 de enero dice: "México no puede aceptar que, a cambio del reconocimiento oficial que se le niega, se modifique, respecto a nosotros, el mecanismo económico universal. Porque, en el fondo, lo que México desea es que sus bonos sean pagados en el justo precio que tienen actualmente en el mercado, y no en más. En otras palabras: no quiere que los banqueros, que han comprado esos bonos con demérito a los particulares, especulen con perjuicio de los intereses de nuestro pueblo. Es decir, México, con apoyo en las leyes que rigen los mercados de valores en el mundo, no se aviene a pagar en más lo que en justicia vale menos."

El Secretario de Hacienda dijo del discurso de Mr. Lamont que confirma su creencia de llegar a un arreglo satisfactorio para todos los intereses, y que, en todo caso, el resultado final pondrá de manifiesto la buena voluntad con que por ambas partes se lleven a un feliz término esas negociaciones. "En caso desfavorable —dijo— la historia de las discusiones dará una satisfacción cumplida, tanto al pueblo mexicano como al de los Estados Unidos, y en general a los demás países extranjeros, dando a conocer los motivos que hayan dificultado e impedido esos arreglos."

DECLARACIONES DEL PRESIDENTE

EL Presidente de la República concedió, el 30 de enero, una audiencia a los representantes de los diarios de esta Capital y a los corresponsales de la prensa extranjera, para hacer las declaraciones periódicas que acostumbra, sobre temas de actualidad.

Resumimos, a continuación, los principales puntos a que se refirió el señor Presidente en esta audiencia.

Arreglos con banqueros y petroleros: Las pláticas entabladas con los banqueros parece que conducirán a un arreglo definitivo. Se ha concedido un plazo indefinido a los petroleros para que paguen su deuda al Gobierno. No obstante, éste se reservó el derecho de avisarles el cobro, con diez días de anticipación, cosa que hará luego que se llegue a un acuerdo con los banqueros, pues ambos asuntos se relacionan íntimamente. Por otra parte, es lo mismo que los petroleros guarden ese dinero a guardarlo en las arcas del Erario, ya que se destina a la amor

tización de nuestra deuda exterior, exclusivamente.

La cuestión agraria: Las Comisiones Locales siguen repartiendo ejidos porque las autoriza el antiguo Reglamento; pero, en cuanto se expida la nueva ley orgánica, la dotación de ejidos quedará debidamente reglamentada. La nueva ley es, en esencia, una condensación de las diversas circulares que se han expedido a propósito de esta materia.

Un complot de banqueros: Preguntado el señor Presidente acerca de un complot de banqueros norteamericanos, contra el actual Gobierno de México, informó que constantemente se han tenido noticias de los trabajos de un grupo de expatriados para buscar el apoyo extranjero contra nuestro Gobierno; pero que, hasta ahora, han fracasado de sus intentos.

Escasez de trabajo en la Laguna: Se han estado haciendo gestiones para ayudar a los sin trabajo. Mil de ellos se llevaron a regiones en que se facilita más encontrar ocupación, y la Comisión Monetaria ha dado, semanariamente, de sesenta a setenta mil pesos a los hacendados de la Laguna para ayudarlos a resolver la crisis. Los préstamos ascenderán a dos millones de pesos en un año.

Por lo que se refiere a la situación de los mexicanos en los Estados Unidos, por falta de trabajo, el señor Presidente informó que le parecían exageradas las noticias publicadas sobre el particular. No cree que las autoridades norteamericanas hayan preso a varios mexicanos no más que por encontrarse sin trabajo. Es lógico suponer que hayan cometido algunas infracciones, obligados por la miseria, y que fueran presos por tal motivo. El Gobierno ha estado dando ayuda, en la medida de su alcance, a nuestros compatriotas.

UN ROBO A MEXICO

EN la demanda presentada por nuestro Gobierno contra la **Liberty Corporation** ante los tribunales de la ciudad de Nueva York, el juez Donnelly aprobó el sobreseimiento del caso, porque el acusador "no es un Gobierno propiamente constituído, ni una nación soberana, ni ha sido reconocida como tal por los Estados Unidos ni por el gobierno del Estado de Nueva York."

La acusación es ésta: Los Estados Unidos Mexicanos contrataron en 1920, por conducto de su Ministro de Hacienda, la compra de veinte cazasubmarinos, por valor de quinientos mil setenta y tres dólares. Se pagó a la **Liberty Corporation** ciento veinticinco mil dieciocho dólares como anticipo; pero no se llegó a recibir ni un barco ni a devolverse un centavo. **La Liberty Corporation** robó a nuestro país doscientos cincuenta mil pesos. Y el juez Donelly resuelve que no tenemos derecho a reclamarlos, basándose en un precedente establecido por el tribunal de apelación contra el Gobierno de Rusia. El injusto precedente, como se ve, ya forma parte de la bárbara jurisprudencia yanqui: **Los Estados Unidos presta-**

rán protección a los ladrones si se trata de robos cometidos en países que "mendigan" su reconocimiento.

De un editorial de **El Universal**, referente a este asunto, copiamos: "No se trataba de ninguna cuestión política.... ni de actos protocolarios que hubieran necesitado la sanción de la Casa Blanca. Era una simple demanda comercial, un juicio civil contra una corporación falta de honorabilidad.

"Pero lo interesante del asunto no es el hecho en sí, ni el admirable criterio judaico que tanto debe haber satisfecho a Wall Street. Carguemos el cuarto de millón, que no veremos más, en nuestra amplísima partida de pérdidas y ganancias, y conformémonos y olvidemos el caso. Pero lo que sería necio olvidar es la lección para el futuro. Puesto que hay dos resoluciones judiciales, por lo menos la de la Rusia "soviet" y la del México "no reconocido".... anotemos el hecho y recordemos los precedentes judiciales; y cuando tengamos necesidad de comprar algo o de hacer algún contrato, no lo hagamos sino con aquellos países en donde, por estar reconocido nuestro Gobierno, no hemos perdido los derechos de justicia más elementales."

LA CRISIS ECONOMICA DE CUBA

En el curso de los últimos seis años, las instituciones bancarias han progresado en Cuba de manera prodigiosa para un pequeño país latinoamericano. Orgullo de los cubanos era hace dos años el hecho de que un gran porcentaje de su población depositaba en aquellas instituciones sus ahorros, los cuales, junto con capitales norteamericanos y españoles, servían para facilitar medios económicos a la explotación de la tierra, principalmente al cultivo de la caña de azúcar y a la fabricación de ésta. El trabajo era abundante, los jornales subidos, las ganancias inmensas. Cuba se consideraba próspera. Su capital, la Habana, se contaba en primera fila entre las ciudades alegres del mundo. En el campo se plantaba caña, en todas partes se erigían ingenios; en las ciudades aumentaban las tiendas de artículos de lujo, se cubrían de espejos las paredes de las cantinas, se multiplicaban los automóviles en las calles, se edificaban nuevos barrios aristocráticos, y, para colmo de tanta dicha, Caruso era tan ciudadano de la Habana como de Nueva York.

El anverso de la medalla era éste: Durante la guerra europea llegó a alcanzar el azúcar precios elevadísimos, gracias a los manejos y manipulaciones de "los hombres de negocios." La guerra sirvió para que los negociantes en todos los productos de la labor humana elevaran sus precios. No contentos con las ganancias así adquiridas, se dedicaron a ocultar esos productos, a almacenarlos, a no ponerlos en el mercado, para crear una carestía ficticia y conseguir precios fabulosos. De modo que, aun después de terminada la guerra, artículos como

el azúcar siguieron obteniendo cada día precios mayores.

El pueblo cubano no se daba cuenta de esto. La prosperidad de que gozaba le parecía que duraría eternamente; y, cuando gastaba, lo hacía con esplendidez; cuando ahorraba, depositaba en Bancos establecidos en su país.

Los negociantes de azúcar cubana se mostraron igualmente ilusos. No vieron que, para hacerle frente a los altos precios del producto antillano, se construían, en el Valle del Misisipí, ingenios para la fabricación de azúcar de remolacha, y que ésta llegaría bien pronto a competir con la de Cuba.

Los Bancos cubanos, que manejaban la riqueza adquirida por el pueblo de Cuba, hacían fáciles préstamos a los plantadores de caña, a los dueños de ingenios, y a los que —nuevos ricos— construían chalets y palacetes en los nacientes "repartos" o barrios de la Habana, Camagüey y Santiago de Cuba.

La catástrofe vino de pronto. En el curso de una semana el precio del azúcar bajó de 30 a 3 centavos la libra. Los Bancos quebraron casi en su totalidad. El trabajo escaseó. Los chalets y palacetes quedaron a medio construir y, abandonados, ya parecen ruinas. En los campos los sin trabajo se han convertido muchos de ellos en incendiarios. En las ciudades, los sin empleo causan lástima. El Gobierno está en la miseria y también las municipalidades. Los maestros se quejan de que no se les paga. Los limpiacalles hacen otro tanto y, además, se declaran en huelga. Y así, por el estilo, anda todo en la perla de las Antillas.

En un principio la situación no causó el terror que ahora. "Hay mucho capital norteamericano invertido en Cuba," se decían los cubanos, "y los Estados Unidos se encargarán de devolvernos nuestra prosperidad."

Los Estados Unidos, a pesar de haber acaparado casi todo el oro del mundo durante la guerra, no quedaron enteramente en pie concluída ésta. Por supuesto que si se comparan los treinta o cuarenta millones de gentes que mueren de hambre en Austria y en Rusia con los cinco o siete millones de trabajadores sin trabajo que hay en los Estados Unidos, éstos están, relativamente, prósperos. Pero no tanto para que no se cuide su Gobierno de reducir más y más los impuestos sobre las utilidades de los negocios dentro del país, sobre la renta, etc. Al mismo tiempo, a los Estados Unidos les es forzoso ayudar toda industria nueva dentro de su territorio y recaudar lo bastante para hacer frente a las exigencias de sus deudas. Hay que recordar que los Estados Unidos gastaban, mientras estuvieron en guerra y durante muchos meses después, un promedio de setenta millones de pesos diarios, inversión que sólo más gastos ha producido: pensiones, reducción de armamentos (porque hasta para destruir las armas hay que gastar), etcétera.

La creación de una nueva tarifa de impuestos sobre la importación ha sido el medio más fácil ideado por el Congreso norteamericano para resolver ese problema.

Curioso es notar que en la discusión de esta tarifa, la cual fué presentada por Mr. Fordney, miembro de la Cámara de Representantes, el punto que mayor acaloramiento causó fué el de si se debía o no dejar libre la entrada de materias colorantes (dyes). Alemania, productora de excelentes tintas, era antes de la guerra la dominadora del mercado de este producto. Durante la guerra lo substituyó en los Estados Unidos la fabricación de tintas norteamericanas de pésima calidad. La tarifa Fordney consigna que las tintas extranjeras deben pagar un tributo elevado si desean competir con el inferior producto norteamericano.

Respecto del impuesto sobre la importación del azúcar de Cuba, no se tiene noticia en la redacción de EL MAESTRO de que haya habido peros a la iniciativa de Mr. Fordney.

En julio 21 del año pasado, la Cámara de Representantes de Wáshington adoptó la tarifa propuesta. Con ello se vinieron al suelo las esperanzas cubanas de que los Estados Unidos velarían por la prosperidad de Cuba. Contra el azúcar de remolacha norteamericana, y teniendo su propio producto que pagar un crecido impuesto de importación, no saben los cubanos cómo podrán competir, y, donde antes reinara la alegría, hay casi desesperación.

En vano recuerda el pueblo de Cuba el entusiasmo con que abrazó la causa norteamericana en la guerra; en vano recuerda sus donativos a la Cruz Roja norteamericana y el ejército que llegó a adiestrar y que, de haber durado la guerra un año más, se habría batido por los Estados Unidos en Europa. Las simpatías cubanas, antes enteramente proestadounidenses, hoy se truecan. Hoy comprenderá Cuba que su felicidad más cierta no procede del Norte; que el sentimentalismo norteño tiene vida sólo cuando no cuesta nada, y que, entre apoyar una nueva industria norteamericana y ayudar a Cuba, hombres como Mr. Fordney no titubean, aunque Cuba, económicamente, vaya al fracaso total.

ACTITUD DE LOS ESTUDIANTES DE CHILE

MIENTRAS discuten en Wáshington, con el propósito de resolver una vez por todas el conflicto sudamericano del Pacífico, los plenipotenciarios de Chile y el Perú, es grato releer la siguiente nota tomada del número de agosto, 1921, del Boletín de la Federación Universitaria Argentina, publicación trimestral editada en Buenos Aires:

"Con verdadero orgullo de hombres americanos damos a continuación el texto de la nota enviada por la Federación de Estudiantes de Chile a la similar del Perú, con motivo del centenario de este país. Es una íntima satisfacción esta la nuestra de poder concurrir, hermanados, a esta histórica celebración, todos los estudiantes de América. El gesto honra a los estudiantes de Chile, y, con el mérito del espíritu generoso que lo alienta, súmase la idealidad que le da clara orientación y eleva-

do miraje. "Las tendencias pacifistas y de alianza han reemplazado hoy en el mundo el antiguo espíritu de guerra—dicen—que parecía inseparable del concepto de patria."

La nota está concebida en los siguientes términos:

"La Federación de Estudiantes de Chile no ha querido dejar pasar la fecha trascendental del Perú sin exteriorizar su hondo anhelo de paz y de justicia que, desde hace muchos años, viene predicando para apaciguar los viejos rencores que envenenan a nuestros pueblos y les impiden ver la imprescindible necesidad de subordinar sus pequeños intereses a la noción excelsa de humanidad, que ha de coordinar los esfuerzos dispersos y antagónicos de las familias, de los individuos y de las patrias, alrededor de la suprema noción de solidaridad humana, vivificada por sentimientos de amor universal.

"La generación que nos ha dado la vida, educada en el sofisma, hoy día evidente, de que el interés de la patria, justo o no, es superior a toda moral, no puede, por desgracia, comprender que nosotros antepongamos la paz y la justicia a transitorios intereses, que sólo la pasión hace aparecer como legítimos. Y como en cada nación este punto de vista exclusiva es análogo, las viejas cuestiones tienden a eternizarse y a hacer imposible todo progreso moral, porque los hombres, por natural flaqueza de su espíritu, generalmente amoldan su modo de pensar y de sentir a la justificación de la propia vida que se ven obligados a vivir. Sólo el grito de alerta de la juventud, sólo la prédica incansable y decidida, podrán aclarar las mentes obcecadas y reanimar, en los corazones, los dormidos sentimientos fraternales, cuyo fruto ha de ser algún día la paz, la justicia, la tranquilidad y la concordia, tan necesarias para afrontar serenamente los graves problemas que nos anuncia el porvenir.

"No renegamos de nuestros padres; pero comprendemos que son ellos quienes, ofuscados por el amor de la patria, han cultivado en nosotros el ciego espíritu guerrero que parece olvidado de la bella máxima de los estoicos: "el hombre es cosa sagrada para el hombre." Es tiempo de que este espíritu atávico desaparezca y dé lugar al de la fraternidad solidaria de los pueblos, no sólo porque así lo exigen las superiores nociones morales, sino porque la solidaridad real de los intereses de todo el planeta hace imprescindible el coordinar la pacífica actividad industrial de las diversas naciones de modo convergente y armónico, para mayor felicidad de los propios hijos de cada patria.

"Pero esta verdadera paz es imposible sin la justicia, porque los pueblos no se conforman sin ella y anidan eternamente un áspero deseo de venganza, que, preocupando, en una y otra parte, las inteligencias y los corazones, propalando minuto a minuto las alarmas asesinas, interrumpe las meditaciones de los sabios estadistas, arruina los intereses de los pobres, y perturba el trabajo de los talleres y los campos; en una palabra: desquicia el orden material y moral, que es el

principio y la fuente de todo progreso.

"La juventud americana, que tan señaladas pruebas ha dado de su idealismo y de su serena y acertada apreciación de los hechos reales del mundo político y moral, debe empezar una verdadera e infatigable cruzada por crear el espíritu de paz en esta bella parte del planeta, que es bastante grande y rica para que todos podamos convivir sin injusticia ni violencia.

"En la época lejana de la Colonia, del Perú nos vinieron los conquistadores creadores de nuestra nacionalidad, las armas y los soldados que permitieron afianzarla y los subsidios indispensables para su vida. Y hace cien años, cuando nuestros mayores creyeron llegada la hora de la libertad política de nuestros pueblos, de Chile partió la primera expedición libertadora del Perú.

"Tenemos, con el Perú, una historia común, una historia de hermanos, en la que los actos y sentimientos de solidaridad son incontables y han sido decisivos y trascendentales. El ofuscamiento de una o dos generaciones no debe hacernos perseverar en un odio eterno y morboso que nos está consumiendo el corazón. La conmemoración del centenario del Perú es el momento solemne en que la Historia debe hacernos meditar en el supremo deber de conformar el corazón, la inteligencia y la conducta, a los superiores intereses de la humanidad, en nombre de la cual habremos de ser juzgados en breve plazo.

"Aquella empresa gloriosa que es obra común, tuvo el privilegio de sellar la libertad de todo el Continente con el broche de oro de Ayacucho, cuyo centenario, ya próximo, ojalá podamos celebrar en noble y pacífica concordia.

"Al enviar la expresión de nuestra adhesión fraternal a los pueblos de América y en especial a la juventud y pueblo del Perú, con ocasión de la fiesta de su centenario, no se nos oculta que no reflejamos, ni con mucho, los sentimientos de la mayoría del pueblo chileno; pero no hemos vacilado en manifestar los nuestros, ciertos como estamos de que son los más nobles, y que acabarán por imponerse a la conciencia general.

"Crean, pues, los camaradas, que la juventud que piensa en Chile se asocia en espíritu a la celebración del Centenario de la Independencia del Perú, y formula votos muy sinceros por que reine de nuevo la paz y la amistad entre nuestros pueblos y se restablezcan entre ambos las viejas relaciones cordiales, sobre las bases inconmovibles de la justicia y del amor."

AMISTAD Y COMERCIO

CON ese título publicó el diario **El Universal**, de México, en su edición de diciembre 22, 1921, un artículo editorial que copiamos a continuación:

"Un suave escepticismo familiar hace que la mayoría de las personas sonrían cuando ven unidos estos dos términos: comercio y amistad. ¿Qué puede haber de común entre ambos? El comercio es egoísmo, interés, especulación. La amis-

tad es altruísmo, desinterés, cooperación. No obstante, la diplomacia universal ha hecho siempre tratados de amistad y de comercio.

"Nuestros amables parientes continentales, los Estados Unidos, han tenido la gentileza de empeñarse en que celebremos uno más con ellos, minutos antes de estrecharnos oficialmente las manos por medio de la fórmula del reconocimiento. Nosotros nos hemos negado hasta ahora, con una obstinación incomprensible para ellos. He aquí por qué podemos admirar, sin personales zozobras, los magníficos frutos que de sus tratados de amistad y comercio con la gran República del Norte, obtiene, en la hora presente, nuestra desdichada hermana Cuba.

"Porque Cuba celebró un tratado de amistad y comercio con los Estados Unidos, en virtud del cual se comprometió, por amistad, a subordinarles su comercio. En efecto, Cuba se obligó, por aquel documento, a no hacer tratados de igual índole con nadie, mientras su poderoso y aplastante amigo no los aprobara.

"Ahora bien; los Estados Unidos tienen una independencia arancelaria perfecta. Pueden elevar cuanto gusten sus tarifas de importación, sin hacer excepciones ni para su pequeña amiga Cuba.

"¿Qué ha resultado de esto? Helo aquí: los Estados Unidos aumentaron tanto los derechos de importación sobre el azúcar, que fué imposible ya para los importadores yanquis comprar el producto de Cuba. Este último país vive del azúcar y para el azúcar; pero como no puede, por el famoso tratado de comercio y amistad, tratar con nadie sobre la venta de su dulce si su aplastante amigo no lo consiente, y como su aplastante amigo no lo ha consentido, he ahí que se halla a punto de morir de hambre.

"El asunto es tan claro como una buena clase de disección. Cuba es tributaria económica de los Estados Unidos. Está incapacitada aun para refaccionarse en otros países. Los banqueros españoles, por ejemplo, se aprestaban a ir en ayuda de sus colegas cubanos cuando se interpusieron, obligándolos a desistir, las autoridades yanquis.

"Cuba agoniza de inanición, entre montañas de azúcar que no puede vender. El hambre traerá desórdenes. Los desórdenes, conflictos de carácter político. Los conflictos, quizá revolución. Y entonces su amigo, la arrolladora república norteamericana, intervendrá para restablecer la paz y se la anexará para explotar, por cuenta yanqui, los ingenios cubanos.

"¿Hay por ahí quien dude todavía de que los tratados de comercio dejan, por ello, de ser también de amistad?"

LA CONFERENCIA DE WASHINGTON

LAS películas cinematográficas norteamericanas como las **Fox News**, dedicadas a reproducir vistas de sucesos mundiales, presentan escenas de la reciente Conferencia de Wáshington y proclaman esa reunión de políticos y diplómatas como "el paso

de progreso más gigantesco que haya dado la humanidad en la época moderna.'' La prensa de los Estados Unidos casi unánimemente declara estupendo el éxito de la Conferencia. En Inglaterra no hay tanto acaloramiento; pero sí satisfacción igual. En los otros países del mundo que tuvieron representantes en sus sesiones, se siente un como resuello de salvación. Francia, por ejemplo, pudo haber perdido su gran ejército; Japón pudo haber sido obligado a retirar su amenaza imperialista de China y Manchuria, y a devolverle la libertad a Corea. En la conferencia no se logró nada de esto, y de ahí el regocijo, no del todo oculto, de las naciones fuertes. Pero la humanidad —no sólo éste o aquel pueblo determinado, sino todos los pueblos en conjunto— no puede menos que declarar un colosal fracaso, casi un fraude contra su anhelo más grande —el despertar de la conciencia universal,— lo que se llevó a cabo en la capital de los Estados Unidos de Norte-América.

Se le hizo creer a la humanidad que en Wáshington se trabajaría con sinceridad: primero, para reducir los armamentos y establecer bases seguras para su abolición en época cercana; y segundo, para resolver las cuestiones del Pacífico, es decir, restaurar la desquiciada nación china, poner dique a las crueles ambiciones del Japón en Asia y destruir los recelos que, respecto a la dominación sobre las islas asiáticas del Pacífico, vienen teniendo las grandes potencias navales.

Ahora bien, los armamentos son de cuatro clases: de superficie de mar, submarinos, terrestres y aéreos. De estos armamentos se logró en Wáshington reducir sólo una clase, la primera. Con respecto a los submarinos, a los ejércitos, a las flotas aéreas, se habló algo, hasta hubo agrias discusiones entre los plenipotenciarios de Inglaterra y de Francia; pero no se consiguió, ni se hicieron verdaderos esfuerzos por obtener el menor alivio, ni la más leve esperanza de su reducción. Y tocante a la abolición total de armamentos, no se abolirán, por lo que se ve, jamás. Después de llevados a cabo los convenios de la Conferencia, las grandes naciones tendrán escuadras y ejércitos mayores que los existentes al comenzar la gran guerra europea de 1914.

Con respecto a la segunda promesa de la Conferencia, China queda tan en peligro como antes. Shantung no le es devuelta por completo, pues los japoneses se reservan la posesión de los ferrocarriles de esa rica península y, por tanto, siguen siendo sus verdaderos dominadores. Así lo declararon a la prensa los plenipotenciarios chinos. Apenas se ha prometido entregarle a China los sistemas extranjeros de correos establecidos en su territorio, pero dentro de un plazo de más de un año, y en doce meses suceden muchas cosas y se revisan y nulifican muchos convenios pactados sin espontaneidad. Corea no recobra su independencia. Y en Manchuria no se pone el sol de la bandera nipona. ¿Qué, pues, habrá logrado la Conferencia de Wáshington para justificar el jú-

bilo de los norteamericanos y la satisfacción de Inglaterra?

La derogación de la vieja alianza anglojaponesa.

"El Imperio Británico," dice editorialmente **The American Review of Reviews**, "fué creado valiéndose Inglaterra de tiempo en tiempo de la debilidad o de la desgracia o de los infortunios de los otros pueblos," y añade: "No era extraño que el Japón, potencia insular como Inglaterra, estudiara la historia de la expansión británica y llegase a creer que una alianza de los dos imperios insulares les aseguraría el dominio de todos los océanos para su desarrollo imperialista y comercial. Terminada la guerra europea, la imposibilidad de Rusia y de China para defenderse ofrecía al Japón una gran oportunidad para saciar sus deseos de imperio. La alianza anglojaponesa llegó a ser considerada en efecto como una licencia para que el Japón dominara, por medio de sus fuerzas navales, a Manchuria y a Siberia, y, por medio de fuerzas de mar y de tierra, a China. En Inglaterra, entre los imperialistas, esto era visto con agrado; los Estados Unidos, en cambio, no podían menos de inquietarse con el rumbo que esa política tomaba. Los Estados Unidos no podían pedir explícitamente que se pusiese término a esa alianza. Tampoco podían construir una armada superior a las armadas combinadas del Japón y de la Gran Bretaña. Había llegado el tiempo de entenderse, y, afortunadamente para los Estados Unidos, Australia y el Canadá hicieron suyos los puntos de vista norteamericanos, y se descubrió entonces que la opinión pública de la Gran Bretaña tendía a apoyar la de los dominios. Para que el Japón no se exasperara al separarse el Gobierno Británico de la alianza, era necesario agradar en algo al pueblo japonés, y esto se ha logrado en la Conferencia de Wáshington."

Esa alianza se hizo primero abiertamente contra Rusia. Vencida Rusia por el Japón en memorable guerra, la alianza quedó en pie, pues la potente rivalidad contra los ingleses y japoneses que ofrecía el Imperio moscovita, quedó substituída por una mayor: la del Imperio alemán. Vencida Alemania en la gran guerra, ¿cuál iba a ser el objeto futuro de esa alianza?

Después del fracaso de Versalles —porque el tratado de paz firmado allí en 1919 ha sido un fracaso,— lejos de unirse más estrechamente, como se intentó hacer por medio de la Liga de las Naciones, los aliados en la gran guerra se apresuraron a deshacer sus lazos de unión. Los Estados Unidos proclamaron de nuevo, y de la manera más enfática, su tradicional aislamiento de la política europea. Francia vió desmoronarse su reciente fraternidad con Inglaterra. Y como en los países pequeños, así también en los más grandes, cayó en todos, como el terror en la tragedia griega, el miedo de quedarse solos. Por eso el Japón no se ofreció de ningún modo a romper su alianza con Inglaterra. De haberlo hecho su Gobierno, el pueblo hubiera sentido grande alarma. A Inglaterra no le convenía tampoco terminar de manera

sumaria sus vínculos con la potencia oriental, pues temía la enemistad de ese pueblo, que se creería abandonado después de haber servido de instrumento. Y mientras tanto, los Estados Unidos no podían ver, sin sospecha, la continuación de la formidable alianza, la cual, además, servía de estorbo para la "unión en propósitos de los países angloparlantes" que ha de dar —así dicen los que abogan por ella, que son las voces más autorizadas del Imperio Británico y de los Estados Unidos— "la dirección de los destinos del mundo a la raza anglosajona."

No parece, pues, sino que la aparatosa Conferencia, mal llamada de Desarme, ha sido sólo para derogar sin escándalo, sin inquietar al pueblo japonés, la alianza de su país con Inglaterra. Esto se ha llevado a cabo substituyéndola por un Tratado de Cuatro Potencias, a saber: Inglaterra, el Japón, Francia y los Estados Unidos de Norteamérica. Por este tratado se estipula: primero, que las partes contratantes respetarán sus derechos recíprocos establecidos en el Pacífico asiático; todo conflicto entre ellos, que no pueda ser resuelto por la vía diplomática, quedará sometido a la conferencia de las cuatro partes contratantes, las que se encargarán de la solución de toda la cuestión; segundo, que en caso de actitud agresiva de una potencia contra los derechos de las otras, estas últimas emplearán, de común acuerdo, todos los medios necesarios para hacer frente a las exigencias de la situación; tercero, que la duración del tratado será de diez años, a la expiración de los cuales continuará produciendo sus efectos, pero cada parte contratante tiene derecho a denunciarlo y el efecto de esa denuncia será efectivo doce meses después del aviso; y cuarto, que el tratado será ratificado de acuerdo con los métodos constitucionales de cada parte contratante, y que una vez ratificado, se considerará como terminada la alianza anglojaponesa.

El poder legislativo de los Estados Unidos de Norteamérica, siempre en pugna con el Ejecutivo en lo tocante a tratados internacionales, ha hecho fuerte oposición a ese convenio. Para los norteamericanos del grupo "irreconciliable," que formaron los republicanos opuestos a la Liga de las Naciones, el haberse **firmado** el tratado ha **disuelto, de hecho,** la alianza anglojaponesa, que es lo único o lo que más les interesa; mientras que el obligarse a someter cualquier problema suyo, que pudierà surgir en el Pacífico asiático, a una conferencia de potencias extranjeras, les repugna y rehusan aceptarlo.

Historia y Geografía

INTRODUCCION A LA HISTORIA DE LOS GRIEGOS

POR VICTOR DURUY

LOS poetas y los mitógrafos nos han conservado la historia primitiva de Grecia, de igual modo que la de los antiguos escandinavos ha llegado a nuestra noticia por el Edda, la de los primeros germanos por los Nibelungos y la de los persas por el Shah Nameh de Ferdousi. Es indudable que esta historia legendaria encubre un fondo histórico; pero, ¿cómo encontrar, cómo precisar lo que hay de realidad y de certeza en ella?

Creer que la mitología es únicamente ficción en la superficie, pero verdad en el fondo: que es un hermoso telón que basta levantar para contemplar una acción real, sería desconocer profundamente adonde llega el poder creador de la imaginación popular. Hay una edad en la vida de las naciones en la que todo se convierte en sentimiento y en imagen, en la que todo se anima y personifica; luego llega otra edad en la que todo es reflexión y examen, en la que todo se analiza y descompone. La primera es la época de la fe en los fenómenos, el tiempo de las leyendas que pueblan de divinidades el Olimpo y el Walhalla, que colman de aventuras la historia de los héroes, lo mismo la de Aquiles que la de Rolando, igual la de Theseo que la de Arthur. La segunda es la época de la duda para todo cuanto parece salirse de las leyes naturales; el tiempo de la investigación científica de las causas y de sus efectos; la época, en una palabra, que mata a los dioses y a los héroes, dejando ver detrás de éstos la sociedad que constituía la mitad de su fuerza; y detrás de aquellos una sola inteligencia suprema, de igual suerte que no se encuentra más que una causa primera a todos los fenómenos que tienen por teatro el Universo.

De estas dos edades, la primera dura hasta el siglo VI antes de nuestra era, incluso para los más eminentes genios de Grecia;

la segunda comienza apenas con Anaxágoras y Tucídides. Herodoto sufrió aún el yugo de la vieja fe, pues salvo algunas interpretaciones tímidas, admite todos los relatos de la antigua musa. Tucídides, más libre, analiza audazmente los hombres y las cosas del tiempo pasado, pero cuida de no aventurarse en las imposibilidades mitológicas. Sólo se detiene ante los hechos capitales; quita de ellos lo maravilloso y pone las razones políticas en acción; entonces no tiene más que ofrecer de aquellos tiempos, tan llenos de tinieblas para la crítica, tan deslumbradores para la fe, un sobrio cuadro que en sus líneas generales es probablemente una pintura muy aproximada de la verdad.

La musa épica teme lo presente, en el que todo es demasiado preciso y cierto. Sólo se explaya en medio de lo que ya pasó: con nuestros antepasados habita y en su vida busca la inspiración. Ignorante de los más grandes acontecimientos que se realizan a su alrededor, es como el divino ciego de Chíos y como aquel otro ciego inmortal que cantó la primera edad del mundo: la musa épica no ve, pero adivina y recuerda. Junto a Augusto, Virgilio no celebra la grandeza inaudita de la Roma imperial sino las fabulosas hazañas de Turno y Eneas. Frente a Lutero que triunfa, junto a Roma que se tambalea, el Tasso cierra los ojos ante la gigantesca lucha entablada alrededor del santuario espiritual y retrocede cinco siglos para cantar otra lucha, trabada en torno de un santuario material. El pueblo sólo tiene todavía poetas: de aquí esa exuberante riqueza de narraciones sobre la edad que les precede y esta obscuridad y este silencio para el tiempo mismo en que han vivido y cantado. Pero cuando las sociedades están ya bastante cimentadas y los espíritus bastante instruídos para pretender reconocerse seriamente a sí mismos, entonces nacen la prosa y la historia.

En Grecia los primeros escritores en prosa y los primeros logógrafos aparecen en el siglo VI. La historia verdadera alcanza tiempos más remotos, pero esto es porque aquellos escritores pudieron recoger tradiciones auténticas que reposaban sobre hechos fáciles de aquilatar, ya que estos hechos o sus consecuencias duraban todavía. Desde la fundación de la era de las Olimpíadas, en el año 776, había también merced a esto, un medio exacto de fijar la cronología. Pero a pesar de ello, ¡cuántas lagunas existen antes de la edad de Herodoto! ¡Y cuántas veces, como en las guerras de los mesenios, toma la poesía el lugar de la historia!

A partir de esta época, Grecia está ya constituída: su vida histórica comienza y se va desenvolviendo lógicamente. Cada comarca tiene el pueblo que ha de sustentar hasta el último día de la existencia de la nación; y cada uno de estos pueblos toma ya,

bajo la doble influencia de su posición geográfica y de las circunstancias que acompañan a su establecimiento, el carácter que ha de originar en la Hélade las oposiciones de razas, de ideas y de intereses.

Desde el siglo XI hasta el VII se produce un hecho de capital importancia para la historia de Grecia y para la del mundo: la difusión de la raza helénica por todas las costas del Mediterráneo.

Los griegos, que parecían complacerse en ocultar su profundo sentido de las cosas bajo las más graciosas imágenes, contaban que un pastor, apacentando un día sus rebaños junto a la orilla del mar, vió surgir de entre la espuma de las olas a una hermosa doncella que le sonreía y le llamaba. El pastor vaciló al principio, pero luego cedió al encanto y se arrojó a las olas. ¡Cuántas sirenas encantadoras como aquellas aparecían en torno de las hermosas costas helénicas incitando a sus habitantes a surcar las azuladas ondas! Los griegos cedieron como el pastor a la atracción irresistible y corrieron de isla en isla, ocupando aquel archipiélago que parecía aproximar entre sí tres continentes.

La Naturaleza les imponía de dos maneras la obligación de ser navegantes: por la situación de su país, enclavado en medio del Mediterráneo, y por su configuración en islas, cabos y montañas, desde las que se columbraba por todas partes el mar; y aún más por los productos de su suelo. Este, poco fértil para el cultivo de los cereales, es inmejorable para la vid y el olivo, cuyos frutos son principalmente industriales y comerciales. Un pueblo que produce trigo y cría ganados, puede pasarse sin auxilio ajeno y no pedir a nadie más que la tierra que le sustenta; ésta es la principal causa del lento crecimiento de los pueblos agricultores. Pero el que no tiene más que vino y aceite se moriría de hambre si no cambiase sus géneros; y esto le fuerza a vivir en relaciones continuas con sus vecinos, a recorrer el mundo y a comerciar, al propio tiempo que con sus mercaderías, con sus conocimientos y con sus ideas. Dicho ésto, no nos causará extrañeza que el pueblo griego haya sido y sea todavía el pueblo mercantil por excelencia; que haya visitado todas las tierras a que ha podido alcanzar, y que en todas las costas haya dejado una colonia.

El comercio vive de libertad: las colonias griegas fueron libres, como las de Roma fueron dependientes de la gran urbe; éstas eran un instrumento de dominación, y la dominación quiere la obediencia.

Mientras los griegos salían por las mil puertas que la Naturaleza había abierto ante ellos, una revolución interior iba subs-

tituyendo lentamente los reyes de la edad heroica, hijos de los dioses, por los nobles, que aún pretendían ser de descendencia divina. Cuando estos nobles no tuvieron amos sobre sí, quisieron ver solamente vasallos en los que estaban debajo de ellos. Pero a su vez los vasallos que habían llegado a ponderar su felicidad y su inteligencia, se creyeron capaces de administrar por sí mismos sus asuntos y realizaron con la oligarquía lo que la oligarquía había hecho con los reyes. Para entablar esta lucha el pueblo tuvo necesidad de nombrar jefes que se convirtieron en tiranos; en unas naciones por la fuerza o la sorpresa, en otras por el consentimiento del pueblo, que les otorgaba el poder para que ellas le diesen el orden y la igualdad.

Estos tiranos también pasaron. Los abusos, las violencias trajeron como consecuencia una nueva revolución, que tuvo otra vez carácter democrático. Tal es la vida interior de Grecia hasta las guerras médicas; al principio los reyes, luego la aristocracia, después los tiranos, apoyados por la clase oprimida o por los mercenarios, últimamente la ciudad gobernándose a sí misma, ya otorgando mayor predominio al pueblo que vive de la industria y el comercio, ya a los ricos poseedores del suelo. Esta era la forma de gobierno que prevalecía en el momento en que Grecia fué invadida por los persas, y como dice Herodoto, fueron sus libres instituciones quienes la salvaron.

Durante esta larga y penosa labor de transformación interior, la vida intelectual de Grecia aparece como en suspenso. En las colonias asiáticas comienza ya el genio a desplegar sus alas: el arte y la ciencia nacen allí: la poesía aumenta la herencia de Homero, y el mundo griego se ilumina en su periferia con el más vivo fulgor. Al terminar el sexto siglo una dominación enemiga se extiende sobre estas cultas ciudades: la mano del extranjero hiela las fuentes de la vida. La civilización iba a perecer, ahogada en su germen: la salvaron Maratón y Salamina, nombres gloriosos que repetirá siempre reconocida la humanidad.

Grecia, con sus golfos por fosos y sus montañas por bastiones, es como una enorme fortaleza que se levanta entre Asia y Europa. En vano la asaltaron los millones de hombres de Jerjes: el inmenso imperio oriental se estrelló en aquellos muros. Aquellas victorias fueron ganadas principalmente por Atenas y decidieron de sus destinos. Rechazada la invasión era necesario prevenirse para evitar la contingencia de otra: Atenas sola pensó en ello y supo prepararse. Este es el origen y la legitimidad de su poder. Aquella dominación, que asegura la tranquilidad en los mares, que alienta a la industria y al comercio, que siembra el bienestar y excita a la inteligencia, constituye el momento más

feliz de Grecia y el más brillante de la vida de la humanidad. Atenas no es la única nación de la Hélade: todas trabajan y piensan, pero todo afluye hacia ella, lo mismo el genio que la fortuna y el poder. Es el foco que recibe y concentra los rayos dispersos, para volver a enviarlos al mundo en ráfagas de luz resplandeciente.

Por encima de todos los grandes hombres que guardan sus muros, sobresale la noble figura de Pericles. Sus enemigos le llaman el Olímpico. Tenían razón: él dirigía y contenía con su talento soberano aquel pueblo inteligente, apasionado e inquieto, que supo tener la constancia romana cuando necesitó de ella; que cometió faltas, sin duda, pero que supo redimirlas con sus obras maestras y sus grandes ejemplos. Multitud elegante y espiritual, curiosa de las artes y de las ciencias y de la poesía; en la que la fortuna establecía apenas diferencias: en donde la educación, igual para todos, no las consentía; con un carácter de aristocracia popular más que de pueblo, supo elevarse a la extrema grandeza que alcanzó, merced a su propio genio, resultado de su posición geográfica y de su historia, y por sus instituciones, las más humanas y más libres que tuvo la antigüedad.

Sí; ello es preciso, confieso mi simpatía calurosa por esta gloriosa república que tuvo partidos y revoluciones, pero que no fué ensangrentada por guerras civiles ni por insurrecciones de los esclavos; por esta ciudad, no de Cleón, sino de Pericles; por la patria de Demóstenes, no de Dénades, a quien ni siquiera sus más grandes enemigos, Filipo y Alejandro, pudieron nunca odiar; por este pueblo que atribuía a uno de sus más antiguos héroes indígenas el sublime precepto: "haz a los demás lo que quisieras que te hiciesen;" y cuya historia se abre en Maratón y se cierra en Queronea con este grito elocuentísimo de Demóstenes: "No, no, atenienses, no os habéis equivocado defendiendo hasta la muerte la libertad de Grecia." Hubiera podido decir la civilización del mundo.

No debe olvidarse que este pueblo tan injustamente acusado, trataba bien al esclavo, acogía hospitalariamente al extranjero y en determinados días, hacía caer los hierros que sujetaban a los cautivos para que pudiesen asistir también ellos a las alegres fiestas de Dionisos. Mataba al culpable, pero no lo torturaba; aseguraba su subsistencia a los viejos, a los débiles, a los soldados inválidos y daba a los niños a quienes la guerra había dejado huérfanos, una madre: la patria. El único pueblo que, según Pausanias, elevó en medio de la plaza pública un altar a la Piedad.

Era, merecidamente, el pueblo favorito de la diosa caritativa que se mezclaba entre los combatientes, pero con el propósito

de moderar su fogosidad: que exhibía su lanza, pero con el objeto de hacer triunfar el derecho; que era la Sophia divina, pero también la ciencia humana. La divinidad laboriosa que crea el olivo, inventa las artes útiles y enseña a la esposa las virtudes domésticas: la diosa "de los pensamientos numerosos" que revelaba a los sabios las leyes de la Naturaleza, pues ella era la sabiduría misma, nacida del cerebro de Júpiter.

A tal dios, tal pueblo; o para hablar con justicia: a tal pueblo tal divinidad. La más inteligente, la mejor de las ciudades griegas debía tener por diosa la más respetable de las divinidades del Olimpo helénico.

El día en que el joven ateniense, al cumplir dieciocho años, recibía las armas que debía llevar consigo para la defensa de la patria, protestaba el siguiente juramento:

"No deshonraré las armas sagradas ni abandonaré a mi compañero de pila. Combatiré por todo lo que es santo y sagrado, solo o con muchos, y a los que me sucedan no les dejaré una patria menor de la que he recibido, sino más grande y más justa. Obedeceré a los magistrados y a las leyes; y si alguien destruye esas leyes o no las cumple, yo las vengaré solo o con mis conciudadanos; y honraré la religión de mis padres. Tomo a los dioses por testigos de este juramento."

El gran siglo de Atenas es el que, rindiendo justo homenaje a Pericles, lleva el nombre de éste. Aquella edad de oro del espíritu humano había producido en las inteligencias una conmoción que las llevaba hacia regiones desconocidas. Sobre el camino de los grandes pensamientos, Grecia encontró inspiraciones inmortales; pero al propio tiempo aparecía una potencia nueva y formidable, la filosofía, hija rebelde del politeísmo, nacida junto a los templos que derribara, pues hijos de esa naturaleza matan a sus madres, como esas plantas que crecen en las hendiduras de las viejas murallas y acaban por derrumbarlas. Pronto entró la filosofía en lucha con la religión positiva: destronó a los dioses del Olimpo, único poder moral a pesar de sus imperfecciones y de sus debilidades, que conocían los pueblos, y como se salía del estrecho círculo de las creencias vulgares, traspuso también el estrecho recinto de la ciudad. Por encima del hombre verá a la humanidad; por encima del Estado, al mundo. Y quizás ha ayudado también a la ruina del patriotismo, como a la de los dioses, por lo mismo que se elevaba a tan altos conceptos que se sobreponía a la divinidad y a la virtud verdadera. La bella frase que se lee en Marco Aurelio: "Soy un ciudadano del mundo" es de Sócrates.

La misma poesía vino en ayuda de las deducciones ateas de Leucipo. Aristófanes con sus sarcasmos, Esquilo con su titánica

audacia en su Prometheo hicieron oír por vez primera aquel grito que Lucrecio recogió en Roma: "¡Los dioses morirán!" Y merced al espanto que causan a los pueblos el vacío, el silencio de los cielos y esas espesas tinieblas que los sofistas acumulan sobre cuestiones en otro tiempo tan sencillas, hirieron también a los que poseían la antorcha que alumbraba lo porvenir. Atenas expulsa a Anaxágoras y obliga a Sócrates a beber la cicuta. ¡Cruel y estéril victoria de la intolerancia! La predicción se realiza: los dioses se van, y por desgracia el Dios nuevo no ha llegado todavía. Un gran espíritu parece ya columbrarle: Platón anuncia algunas verdades de la fe futura; pero sólo un corto número de inteligencias le comprende y la multitud no escucha ni entiende sino a los que le hablan y aconsejan que dude de todo, del cielo, de la patria y de la virtud, y que sólo tenga fe en la fortuna y en el placer. Y entonces el patriotismo se desploma y la moralidad se desvanece, las ciudades se abaten al peso de la corrupción, y Grecia agotada, moribunda, se extingue sin ruido bajo una dominación extranjera.

Pero ¿quiénes fueron los instrumentos de esta inmensa ruina? Esparta y Macedonia. Cuando Roma llegó, ya no había allí más que un cadáver.

El siglo XVIII dedicó a Lacedemonia toda su admiración. Era la paradoja de Rousseau relativa al hombre de la Naturaleza, aplicada a la sociedad.

Es evidente que hay cosas admirables en Esparta. Nos ha dejado un ejemplo inmortal de sobriedad, de disciplina y de menosprecio hacia las pasiones, el dolor y la muerte. Los espartanos sabían obedecer y sabían morir. Empleando la magnífica expresión de Píndaro, que debiera grabarse en el frontispicio de todos nuestros monumentos, la ley era para los espartanos "la reina y la emperatriz del mundo." También les hemos de reconocer una virtud de los tiempos antiguos que yo quisiera ver más arraigada entre nosotros: el respeto hacia todos aquellos a quienes los años han colocado sobre la cabeza una corona de blancos cabellos. Si un pueblo no ha de cumplir otro deber que el de vivir al día, sin preocuparse del mañana ni del mundo exterior, en la adoración de sí mismos y en la práctica de ciertas virtudes, Esparta cumplió su misión. Pero si todos los pueblos son responsables ante la historia, como los mortales ante Dios, de los esfuerzos hechos para aportar su piedra al inmenso edificio que la humanidad construye, Esparta, simple máquina de guerra, instrumento de destrucción que acabó por destruirse a sí mismo ¿qué podrá responder cuando se le pregunte cuál ha sido su parte en la labor común?

Grecia, tranquila y próspera, florecía bajo una dominación

que ninguna violencia había hollado todavía cuando Lacedemonia comenzó la fatal guerra del Peloponeso. Victoriosa gracias a la loca expedición de Sicilia, gracias al oro de los medas y al azar de un día, arruina a la ciudad que había sido, durante un siglo el honor de la Hélade, su escudo y su espada. Y entonces, ¡cuán mal uso hace de su fortuna! ¡Cuánta violencia, cuánta sangre derramada! ¡Y finalmente, cuánta vergüenza en el tratado de Antalcidas que muestra a los descendientes de Leonidas recibiendo de rodillas las órdenes del descendiente de Darío y de Jerjes!...

No cae solamente Atenas al final de esta lucha fratricida: Grecia entera se bambolea: Esparta misma amenaza ruina, y pronto Epaminondas le hunde en el costado la espada de Leuctres y Mantinea. Inútiles victorias, también. Como la avispa que deja su aguijón en la herida y muere, Tebas no sobrevivió a su triunfo. Y entonces todo acabó. De ese vasto campo de carnicería, en el que la muerte siega abundante cosecha durante tres cuartos de siglo se desprende y eleva un miasma pútrido que toma cuerpo y que yo llamaría el condottierismo. Los mercenarios lo invaden todo y todo lo corrompen. Y ellos hacen depender el éxito de una guerra, la suerte de un Estado, de un aumento mayor o menor en su sueldo, y para última miseria, constituyen un vivero de tiranos. Grecia se asemeja, entonces, al palacio de Ulises; los pretendientes no la sueltan, devoran las rentas de sus dominios e insultan el dolor de sus hijos y de sus servidores fieles. Penélope, llorando en su duelo y en su abandono, espera a Ulises, pero Ulises ya no vendrá. El arco sonoro no tornará a vibrar bajo su mano poderosa cazando a sus perseguidores. Estos son los que triunfan: primero Filipo que compra a Grecia en tanta parte como la vence; después Alejandro que la arroja al inmenso Oriente en donde se pierde; luego sus indignos sucesores que la desgarran; al fin Roma, que jugó algún tiempo con ella y la acabó en un día.

Pero ¿por qué cayó Grecia? Es la pregunta que se hace frente a toda nación que se derrumba. Grecia cayó por dos causas: en primer lugar, por la depreciación a que habían llegado las ideas morales y políticas: en Grecia ya no existían ciudadanos, ni hombres casi: según la enérgica palabra de Polibio, la Hélade murió por falta de hombres. En segundo lugar, porque en el fondo del espíritu griego hubo siempre irreducible instinto de aislamiento municipal, que tenía por origen el fraccionamiento del suelo de la península y que se oponía a la formación de un gran Estado helénico.

De existir este gran Estado no se hubieran producido tantas guerras intestinas con sus deplorables consecuencias políticas y morales y Grecia hubiera sido invencible. Pero era tan grande la

fuerza de este sentimiento de independencia local, que Grecia pereció embriagada de una loca alegría cuando los romanos proclamaron que quedaba destruída toda liga y que las ciudades recobraban su aislamiento. Se creyó libre, entonces que comenzaba para ella una esclavitud de veinte siglos.

Una doble lección se desprende de esta historia. La anarquía y la corrupción trajeron como consecuencia la miseria, la vergüenza y la muerte. Para la unión y el patriotismo fueron la victoria, la grandeza y la triple corona de las artes, las letras y las ciencias.

Pero ¿cuál es, en la historia general de la Humanidad, el lugar que corresponde a este noble pueblo? El primero, indudablemente.

En las dilatadas llanuras que el sol de los trópicos fecunda y riegan los caudalosos ríos, el hombre encuentra sin esfuerzo, y abundantemente, cuanto necesita para su sustento. Pero su sol abrasa y enerva; sus ríos, al desbordarse, destruyen y arrasan bosques y ciudades, y la Naturaleza, que las ha dotado por tan espléndido modo, las agita a veces también en tremendas convulsiones. Allí todo es extremo; lo mismo el bien que el mal; y el hombre, reducido a intervalos por el encanto, horrorizado otras veces por la catástrofe, se abandona a las delicias como a los terrores que le rodean y se deja llevar sin resistencia. Dominado por la fatalidad física, incapaz de reaccionar victoriosamente contra el mundo exterior, que ejerce sobre él tan poderosa influencia, el hombre reconoce su debilidad y la confisca: y aquellas formidables fuerzas naturales llegan a ser para él divinidades imperiosas que tienen en sus sacerdotes y en sus reyes una representación inmutable.

(*Continuará.*)

CONQUISTADORES Y CIVILIZADORES DE MEXICO

POR LUIS DE LA BRENA

FUE en Londres en el palacio del rey Carlos II, restaurador de la monarquía inglesa, donde a fines del siglo XVII tuvo lugar una conversación que al reproducirla me servirá ahora a guisa de prefacio del modesto trabajo que presento a ustedes en este festival organizado por la *Sociedad de Cultura Cívica*.

Lista ya para hacerse a la vela la partida de emigrantes que venía a establecerse a nuestro continente, el rey mandó llamar a su amigo el jefe de la expedición que no era otro que Guillermo Penn; al saludarlo le expresó en són de broma que probablemente sería la última vez que se verían porque dados los peligros a que iba a arrojarse y más que nada las costumbres de los indígenas, sería devorado por los más salvajes, a lo que el aludido contestó:

—Amigo Carlos, pienso comprar la tierra a los indios, y de este modo estaré en buenas relaciones con ellos, porque el comercio, los contratos y principalmente la buena fe, acercan a los hombres.

—¡Comprarles la tierra!—exclamó el rey; pues ¿qué no es mía toda la América?

—Ciertamente que no—contestó Penn.

—¡Cómo!—replicó el rey—¿no ha sido la Corona de Inglaterra la que ha hecho los descubrimientos?

—Bien, amigo Carlos—dijo Penn:—suponed que una canoa llena de indios cruce el océano y descubre Inglaterra. ¿Por esta sola circunstancia tendrían ellos derecho a ejercer la soberanía en nuestro país? ¿Los ingleses les daríamos posesión de nuestro territorio?

El rey no supo ya qué replicar a estos argumentos y no discutió más con aquel cuáquero amigo de los indios.

En efecto: la violencia con todas sus infinitas modalidades es el carácter esencial de la conquista, en tanto que el esfuerzo en pro del bien colectivo por el que progresa la inteligencia, la industria y de preferencia la moralidad, es el sello típico de la civilización.

Ahora bien, ¿cómo se realizó en nuestra patria la conquista?

¿Cómo se echaron los cimientos de la civilización? Os lo voy a exponer en breves palabras.

La primera tuvo su raigambre en el mal. ¿Qué es el mal? Es todo lo que degrada, lo que corrompe, lo que envilece, lo que destruye y aniquila a la humanidad; llámese mentira, robo, despojo, hipocresía, infidencia, crueldad, matanza, concupiscencia. Y Cortés, Pánfilo de Narváez, Sandoval, Olid, Nuño de Guzmán, nos muestran con su conducta toda una gama de variaciones infinitas de esa fuerza destructora. La civilización, por el contrario, tiene su origen en el bien, es decir, en lo que enaltece, purifica, sostiene, alienta, consuela y consolida la fortaleza humana, y de aquellos varones que la generosa madre España mandó a México como heraldos de la más pura ética, voy a ocuparme, comenzando por los franciscanos y tomando como tipo a Pedro de Gante.

¿Qué antecedentes tenía antes de llegar a México? Poco o nada se sabe, ya que hasta su verdadero apellido se ignora y sólo se ha inquirido que tenía estrecho parentesco con Carlos V; que renunció desde temprana edad los goces y placeres del mundo y que al tomar el hábito de San Francisco se enclaustró en Gante, negándose a aceptar cualquier jerarquía a pesar de su sangre y de sus letras.

En 1523 desembarcó en Veracruz y se estableció en Texcoco con sus compañeros Juan de Tecto y Juan de Aora, dedicándose a aprender el idioma de los naturales para poderse acercar a su corazón, a la par que a su inteligencia. En esta obra se empeñó de tal modo que pronto adquirió los suficientes conocimientos para hacerse comprender de los indios; por algún tiempo se ocupó, tanto en Texcoco como en Tlaxcala, en iniciar a los habitantes en el Evangelio; en 1527 se trasladó a México, en donde desarrolló por cerca de medio siglo sus admirables trabajos de civilización, distinguiéndose especialmente como maestro de escuela. Veamos cómo cultivó esta labor.

Cerca de mil niños contaba año por año la primera escuela fundada en nuestro país, anexa al convento de San Francisco; por las mañanas, al principio, les daba Fray Pedro lecciones de lectura, escritura y canto, por las tardes enseñaba la doctrina cristiana y predicaba más tarde; enseñó lengua latina y añadió a su escuela un departamento de bellas artes con el objeto de preparar pintores y escultores, quienes bajo la dirección de un maestro flamenco y otro español, dieron su contingente para proveer de cuadros y esculturas las numerosas iglesias que por entonces se edificaban; pero el culto pedía, además, ornamentos, vasos sagrados, cruces, ciriales, andas, y en gran cantidad artesanos de diversos oficios para la construcción de templos y altares, para lo cual hubo que organizar en la escuela talleres, a los que con-

currían los indígenas de mayor edad y que se inclinaban al desempeño de tales artes.

Hizo de su escuela, además, un centro de cultura cívica, pues preparaba a los individuos próximos a formar hogar dándoles a conocer las obligaciones y responsabilidades de su nuevo estado, y fomentaba una buena administración civil, dándoles instrucciones correspondientes a los indios que salían a los pueblos, con los cargos de jueces, alcaldes y regidores.

Dependencia de la escuela era el hospital levantado a iniciativa del propio Gante, y dedicado a los niños enfermos que no podían continuar educándose en el Monasterio.

Sus ocupaciones docentes y filantrópicas no le impidieron dirigirse a la Corte en defensa de los indios, reprobando las atrocidades de la conquista y especialmente la institución de las encomiendas.

Labor semejante llevaron a cabo en una buena parte de la Colonia los doce apóstoles que presididos por Fray Martín de Valencia fundaron la Provincia del Santo Evangelio.

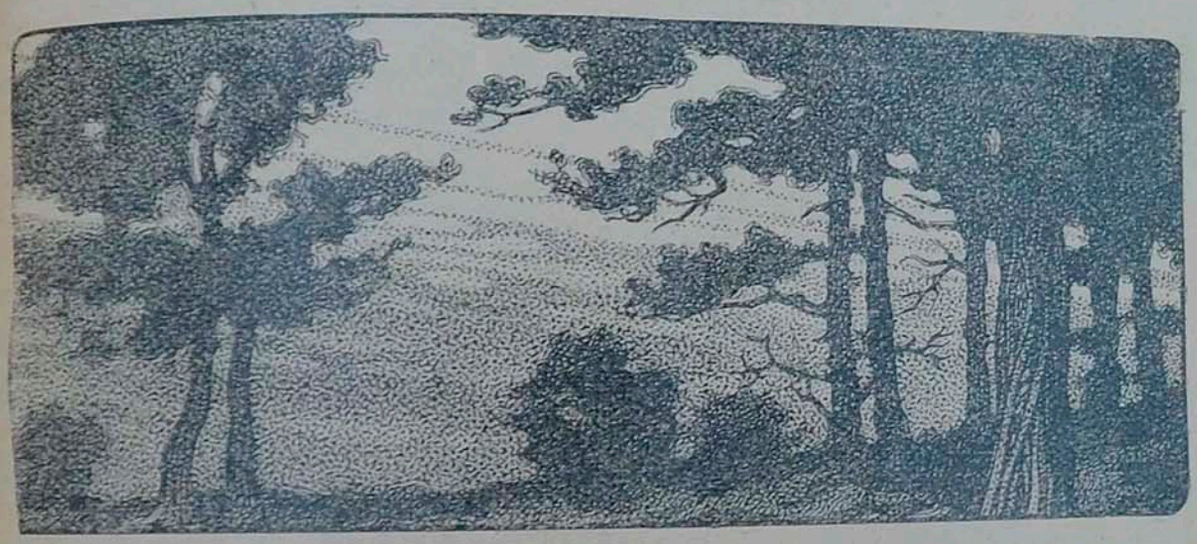
Con cuánta razón exclama mi insigne maestro el señor licenciado Ignacio M. Altamirano en su obra *Paisajes y Leyendas*: "¡Cómo no querer a estos padres de los primeros tiempos de la dominación, que se interponían entre la saña del conquistador y la actitud inerme del vencido! ¡Cómo no amar a esos hombres animados del espíritu cristiano de los primeros tiempos, que venían resueltos a hacer del indio su amigo y atraerlo al sendero de la civilización con los tiernos lazos de la fraternidad y de la virtud!"

Vasco de Quiroga, Presidente de la segunda Audiencia y más tarde primer obispo de Michoacán, fué otro de los primeros civilizadores de nuestro país. Fomentó en gran manera el comercio y la agricultura, trajo en viaje de regreso de España, al pasar por la isla de Santo Domingo, multitud de semillas y aun de plantas, que cuidó con todo esmero durante la travesía, entre estas últimas el plátano que tan prodigiosamente se ha multiplicado en nuestro suelo. Respecto de la industria, basta recordar que hizo de Michoacán el emporio de un gran número de artes y oficios, habiendo especializado a pueblos enteros en corte de madera, en labrado y pintura de la misma, en curtiduría, alfarería, herrería, etc., etc.

Por último, el infatigable abogado de los indios, Fray Bartolomé de las Casas, fué uno de los hombres más notables del siglo XVI, y quien sembró en América la semilla fecunda de la igualdad; sus trabajos de civilización tuvieron lugar en Santo Domingo, en Cuba, en Nicaragua, en Guatemala, en México y en la corte misma de los reyes españoles.

En resumen, sobre los intereses mezquinos, sobre las efímeras glorias de la guerra, a pesar de los prejuicios y a despecho

del mal, se alza la majestad de los hombres que atentos a su carácter de hombres, saben que el individuo vale por su energía para el bien, por su sincera y vigorosa resolución de hacerse útil a sus semejantes, y que el objeto de la vida es practicar la justicia y extender ampliamente la fraternidad; por eso, ante el espectáculo de estos nobles caballeros de la civilización, nimbados por la inmortalidad, se marchitan los laureles de todas las batallas y fulguran entre el acervo de las herramientas, las páginas del libro y los perfiles redentores del trabajo.



ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE EN EL VALLE DE MEXICO

POR GEORGE E. HYDE

N ESTA noche espero dar a ustedes con los datos geológicos actualmente disponibles, alguna idea respecto a la antigüedad del hombre en el Valle de México, y por el estudio de las cabecitas de barro encontradas en las excavaciones, alguna idea también del tipo de las civilizaciones.

Mi amigo y colega señor Mena, del Museo Nacional, tratará después el asunto desde el punto de vista arqueológico. En esta conferencia, por consiguiente, la Geología y la Arqueología, ayudándose mutuamente, se esforzarán por presentar ante ustedes algo del pasado siempre interesante, las fases de la vida prehistórica en México.

Para esta exposición fueron estudiadas tres partes del Valle de México: el Pedregal de San Angel, las excavaciones en San Miguel Amantla, cerca de Azcapotzalco, y la zona de las pirámides de San Juan Teotihuacán.

Me referiré primero al Pedregal de San Angel; el término Pedregal se aplica comúnmente a aquella porción del Valle que se extiende de San Angel y Tlalpan, hasta cerca del Ajusco. Con excepción de los dos pequeños cerros: Zacatepec y Zacayuca, esta área está cubierta por una extensa capa de lava basáltica. Comenzando en San Angel esta lava, puede seguirse fácilmente hasta su manantial, el extinto volcán Xitle, en la falda Sur del cerro Ajusco. El Ajusco es mucho más viejo, probablemente de la misma edad que el Iztacíhuatl, y estos dos cerros no son sino fragmentos aislados de las series del Ajusco. El extinto volcán de Xitle tiene todavía un espléndido cráter de escoria de unos cien metros de profundidad y de 900 a 1,000 metros de circunferencia.

La lava del Xitle, dividida en dos ramas por los cerros de Zacatepec y Zacayuca, se extendió sobre el terreno inferior probablemente hasta los bordes del lago en aquel tiempo. A las orillas de este lago vivía una tribu de un pueblo un tanto primitivo, cuyas muestras de civilización quedan conservadas debajo del

Pedregal. Aquí han sido descubiertos varios esqueletos por el Departamento de Antropología, y también en los depósitos del antiguo lago se han encontrado algunos pedazos de alfarería, metates, pequeñas figuras y cabezas de barro. Los esqueletos están a medio metro aproximadamente del fondo del escurrimiento de lava y a unos 8 o 13 metros de la boca de los túneles o del frente actual de la lava. En la misma capa y hasta medio metro debajo de los esqueletos, se encuentran los artefactos de esta civilización.

Los esqueletos mismos representan verdaderos entierros de aquel tiempo, pues la gran cantidad de pedazos de alfarería y el estado que guarda el tepetate, ofrecen muestras evidentes de ello.

Como se verá en las fotografías que se van a exhibir, ilustrando la civilización del Pedregal, esta civilización fué de un tipo rudimentario o un tipo en el cual el arte había alcanzado un estado muy primitivo de desarrollo. En otras partes del Valle, cuando ocurre este tipo, donde los estratos son distintos, aparece como el miembro más bajo de las series. Puede considerarse, por consiguiente, como la civilización más antigua del Valle. A esta civilización le hemos dado con la ayuda del señor Mariano J. Rojas, (Profesor de Lengua Mexicana en el Museo Nacional) el nombre de Toachtopayotlaca, que en español significa "nuestra primitiva gente." El nombre será discutido subsecuentemente por el señor Mena.

LA EDAD DEL PEDREGAL.

Queda ahora la cuestión de ¿cuál es la edad de esta civilización primitiva? Tuve ocasión al estudiar la geología con el ingeniero M. Santillán, de las montañas del Ajusco, de pasar varias veces sobre las lavas del Pedregal. Pienso que a todos los geólogos, la naturaleza reciente de la lava, sería claramente aparente, y por ello seguramente fué colocada geológicamente en el período reciente. Sin embargo, para este trabajo se ha procurado buscar datos más exactos y se han tenido en cuenta las huellas dejadas por los arroyos en sus cuencas. Estas no son numerosas y la lava tiene una superficie muy áspera e irregular. La mejor marca fué encontrada en un arroyo seco cerca de San Andrés, al Sur de Tlalpan, el cual tenía una profundidad máxima de 1 m. aproximadamente excavada en la lava basáltica. Teniendo en cuenta que esta corriente sólo es activa probablemente en los meses de invierno o en la estación de lluvias, una estimación conservadora colocaría las emisiones lávicas del Pedregal como habiendo tenido lugar hace unos 3,000 años antes de la Era Cristiana. Los artefactos de la civilización probablemente implicarían que la civili-

zación había existido al menos otros 1,000 ó quizá 2,000 años más. (1)

Las primeras muestras de la existencia del hombre en el Valle, pueden referirse por consiguiente a unos 7,000 años, o sean 5,000 años antes de Cristo. El período neolítico de Europa (Poniente, Centro y Norte) data de 6,000 a 2,500 años aproximadamente antes de Cristo. (2)

Por consiguiente, tenemos hombre del período neolítico representado en la civilización del Pedregal. (Dar proyecciones del Pedregal).

SAN MIGUEL AMANTLA.—AZCAPOTZALCO.

Trataré ahora de la sección geológico-arqueológica más interesante del Valle. Me refiero a las excavaciones hechas por el señor Niven, cerca de Azcapotzalco. Dicho caballero se ha dedicado con entusiasmo a la Arqueología; por muchos años ha llevado a cabo trabajos arqueológicos en varias partes de México y ha explorado una área considerable en Azcapotzalco. Previa autorización de él, se hicieron excavaciones especiales hasta una profundidad de 3.30 metros, en las cuales se encontraron muestras evidentes de varias civilizaciones, algunas veces mezcladas por razones que serán fácilmente entendidas después, pero siempre suficientemente distintas o bien definidas, para poder hacer aseveraciones al considerarlas por métodos paleontológicos.

Las capas encontradas de arriba hacia abajo pueden distinguirse como sigue:

a). Desde 0½ a 1 metro: tierra arenosa y tierra vegetal.

b). Siguiendo a la tierra arenosa, hay en algunos lugares una capa de pómez de 5 a 15 centímetros de espesor y en otros lugares una capa de grava mezclada con una poca de arena.

c). Abajo de la capa de pómez o de grava, hay unas tierras, pero de naturaleza más arenosa hasta una profundidd de 2½ metros aproximadamente. En esta capa se han encontrado algunas

---

(1) Con respecto a lo asentado de las edades en esta forma, el que habla admite que las edades dadas pueden no ser aceptadas por todos los geólogos. Sin embargo, me parece que actualmente ofrecen una razonable interpretación y base para una hipótesis arqueológica. Esta nota es con el objeto de que las aseveraciones hechas con respecto a las edades, no puedan ser usadas como arma contra la parte principal de nuestro trabajo, que es las secciones geológicas y los artefactos encontrados de las razas.

(2) Y los artefactos del hombre del Pedregal, también tienen un aspecto neolítico.

veces varios estratos de pómez, fragmentos pintados de muros o pisos hechos de piedra pomosa y abajo de ésto nuevamente la misma capa nivelada con adobe y muros o pisos de adobe.

d). Abajo del nivel de 2½ metros, el material se vuelve gradualmente más arenoso, y a tres metros de profundidad, se encontró una capa bien distinta de cenizas de madera.

e). A 3.30 metros de profundidad, la excavación terminó en depósitos lacustres consolidados o arena volcánica. En esta arena y a cuatro metros de profundidad, aproximadamente, según el señor Niven y también según una sección geológica que aparece en la publicación de un trabajo del señor Gamio, relativo a esa región, se han encontrado a veces los artefactos de la civilización primitiva referida al Pedregal.

La sección anterior representa lo que se ha encontrado en las últimas excavaciones hechas en Azcapotzalco. De una manera general las profundidades relativas varían ligeramente, pero puede decirse que representan el orden en que se han estudiado en las excavaciones por un período de unos 10 meses.

CIVILIZACIONES ENCONTRADAS

Hablaré ahora de las civilizaciones encontradas y comenzaré con la capa más baja (E). La semejanza con los artefactos del Pedregal, puede notarse fácilmente; por lo cual podemos clasificar esta civilización como primitiva o sea la Toachtopayotlaca.

El material y cabecitas de la capa de cenizas (D), fueron encontrados sin estar mezclados con otros tipos. Las cabezas representan aparentemente un tipo claramente más elevado, pero primitivo aún. (1)

Indudablemente que un intervalo de tiempo separa este tipo del Pedregal; y por la apariencia Mongoloidal de esta civilización, ha sido llamado por nosotros Mongoloide.

Pasando gradualmente a la siguiente civilización, algunas veces separada de ella por pisos de adobe, se pasa al tipo más refinado que se haya encontrado. Esto ocurre en la capa (C). Aquí tenemos muestras evidentes de una nueva inmigración, una raza de artistas, escultores y constructores. Para la mente del que habla es imposible derivar esta civilización de las primeras por evo-

---

(1) Juzgando por la naturaleza de las capas y con el conocimiento de que la acción volcánica probablemente hizo inhabitable, por algún tiempo, esta parte del Valle, nos parece justificado suponer que un gran intervalo de tiempo separó este tipo del del Pedregal, aunque pudo ser muy bien una evolución del primero, que regresó al Valle después que las erupciones hubieron cesado.

lución, debe considerarse como una nueva raza enteramente distinta, probablemente la más intelectual y la más fina de todas las razas pre-históricas que hayan habitado México. Con la pómez consolidada de las faldas de las montañas vecinas y con una mezcla de pómez y de tierra, construyeron casas y templos.

Con las mejores arcillas del Valle labraron hábilmente hermosas miniaturas de sus jefes y dioses probablemente. Hay también quemadores de incienso, los cuales se encuentran más finos y más artísticamente pintados a medida que se aproxima la superficie de la capa. Hay sepulcros y probablemente también cremaciones.

DIVERSIDAD DE TIPOS

Revelada por el carácter de las cabezas, esta civilización muestra diversidad de tipos. Algunos ejemplares parecen ser de origen chino, otros del Hindú, otros quizá del Egipcio e implican probablemente una inmigración, de un centro donde una mezcla de razas adelantadas había tenido lugar parcialmente. Puede implicar también varias inmigraciones en diferentes períodos. Al darle nombre a esta civilización hemos tropezado con algunas dificultades, pues la palabra *Tolteca* no nos ha parecido conveniente, por razones que expondrá el señor Mena; y finalmente con la bondadosa ayuda del señor Rojas, Profesor de Lengua Mexicana en el Museo Nacional, nos hemos decidido por la palabra Tlachichique, que es quizá suficientemente comprensiva y que significa en español "los hacedores de todo" y la palabra Tolteca significa "gente que se aprovechó."

En lo que se refiere a la región de Azcapotzalco, el período antes mencionado terminó con una catástrofe, por la cual quedaron enterrados los restos de esta civilización por una capa de grava y de pómez.

Sobre la grava y la pómez sigue una nueva raza o quizá varias clases de razas mezclándose gradualmente hasta llegar a la Azteca. Los artefactos de esta raza pre-Azteca tienen en la parte de las excavaciones que han sido examinadas, un tipo netamente del Pacífico, pareciendo semejante a los de los Maris de Nueva Zelandia. En otros lugares se encuentran, según el señor Niven, cabecitas semejantes al tipo tan bien modelado de San Juan Teotihuacán. Parece por consiguiente que unos 500 años antes de la llegada de los Aztecas, tuvieron lugar varias inmigraciones en el Valle. Las razas que pertenecieron a este período las hemos llamado Chichimeca (perros bravos).

La raza Azteca llamada por nosotros "Nahua" dejó las hue-

llas de la última civilización antes de los españoles, y dichos restos ocurren en las actuales excavaciones solamente en la superficie.

GEOLOGIA HISTORICA

Habiendo discutido ya las capas y los artefactos encontrados en Azcapotzalco, será conveniente ahora dar una breve reseña de la Geología Histórica.

Pasando revista a lo dicho anteriormente, tenemos al menos cinco períodos o civilizaciones en el Valle y son: La Toachtopayotlaca, la Mongoloide, la Tlachichique, Chichimeca y la Nahua o "Azteca."

Comenzando desde 6,000 ó 7,000 años, la geología histórica podría leerse como sigue:

Vivía en el Valle, en aquel tiempo, una raza de pueblos neolíticos, la cual había llegado a México probablemente del Norte, durante las fases finales de la época glacial. Hace 5,000 años aproximadamente o 3,000 años antes de la Era Cristiana, la acción volcánica que había permanecido, adormecida por un considerable período, en esta parte del Valle, renació nuevamente y las erupciones tuvieron lugar no ya a través de los antiguos canales, sino a través de nuevas grietas y de los puntos más débiles del Valle y de las faldas de las Sierras. Grandes cantidades de cenizas fueron arrojadas, volcanes como el Xitle expelieron corrientes de lavas hacia las partes más bajas del terreno y grandes olas en los lagos motivadas por las erupciones, acumularon material de todo género en las faldas de las montañas. Así, en San Angel tenemos artefactos de hombre primitivo cubiertos por lava basáltica; en Azcapotzalco, debajo de una capa de arena volcánica, depositada por el agua y en las faldas de los cerros, dentro de los depósitos acumulados allí por las olas del antiguo lago.

Por un período considerable de tiempo la parte Sur del Valle fué probablemente inhabitable y posiblemente el Valle no quedó establecido nuevamente por 500 a 1.000 años. Después, durante el período de 2,500 a 2,000 años antes de Cristo vino la otra raza que hemos llamado Mongoloide, la cual vivió en varias partes del Valle, incluyendo Azcapotzalco.

Juzgando por la apariencia de las capas de ceniza y el espesor de los depósitos lacustres, transcurrieron al menos quinientos años antes de la llegada de la raza Tlachichique, la cual colocamos por consiguiente en el período de 2,000 a 1,500 años antes de Cristo. Por lo que se refiere a la historia de Azcapotzalco, esta raza quizá con posteriores inmigraciones continuó edificando sus casas y

templos y ellos vivieron sin ser molestados, probablemente unos 2,300 a 2,800 años, hasta que por el siglo octavo de la Era Cristiana sobrevino una catástrofe consistente en una gran inundación, la cual destruyó sus moradas y enterró todo bajo capas de pómez y de gravas. Cerca de Azcapotzalco hay varios arroyos que descienden de las montañas y sobre las faldas de esos cerros hay gruesas capas de formaciones sedimentarias volcánicas, incluyendo pómez. Por esto me inclino a creer en la destruccion por inundaciones y rechazo la idea de subsecuente actividad volcánica reciente. Fácil es comprender que sepultadas con esta civilización quedaron reliquias de las civilizaciones anteriores, cuyas reliquias fueron juntadas por las aguas de inundación. Sobre las capas de grava y pómez han desaparecido todas las huellas de esta civilización, la cual fué seguida por tipos de cultura inferior y despnés por la raza Nahua o Azteca.

SAN JUAN TEOTIHUACAN

Para terminar nuestro estudio haremos algunas breves consideraciones respecto a la región de San Juan Teotihuacán. Para muchas personas que viven o han vivido en la ciudad de México, les son familiares las ruinas que allí se encuentran.

Desde hace quince años el Departamento de Monumentos Arqueológicos ha estado descubriendo dichas ruinas. Desde entonces han sido reveladas dos Pirámides llamadas del "Sol" y de la "Luna" y otra de una arquitectura quizá superior llamada la "Ciudadela." Rodeando la Ciudadela se encuentran muros y, a intervalos más o menos regulares, porciones levantadas, semejando pequeñas ciudadelas. En el centro del cuadrado y enfrente de la Ciudadela se encuentra una plataforma aislada con apariencia de kiosco. Detrás de la que originalmente se ha llamado Ciudadela existe una segunda pirámide, bien ornamentada con figuras de serpientes, conchas y cabezas de animales. Este es, quizá, el trabajo más fino que se ha descubierto hasta la fecha.

Al W. de la Pirámide del Sol y pasando directamente hacia la Pirámide de la Luna se encuentra lo que vulgarmente se conoce con el nombre de Camino de los Muertos. El nombre fué probablemente derivado por el hallazgo de algunos esqueletos cerca de la Pirámide de la Luna. Al S.E. de la Pirámide del Sol se encuentran algunas grutas, las cuales son, en parte, restos naturales de la fase final de la actividad volcánica; sin embargo, por lo que se refiere al principal de ellos, pienso que se sirvieron de él como manantial de abastecimiento de una parte del material usado en

la construcción de las pirámides o en sus subsecuentes entierros. Respecto al origen del resto del material usado en la construcción de las Pirámides, puede decirse que proviene de la Sierra Nevada, en la parte comprendida al N. del Cerro Telapón, Sierrita de Tepetlaoztoc y de los cerros de San Juan Teotihuacán.

Las piedras que forman las casas de las pirámides no son sino una cubierta superficial, pues la porción interior de la Pirámide del Sol ha sido rellenada artificialmente, según la revela un túnel de exploración hecho en dicha Pirámide.

EDAD DE LAS PIRAMIDES

Se ha tratado de adquirir datos en San Juan Teotihuacán respecto a la edad de esas pirámides y de los frescos que decoran algunos de los muros de una parte de la ciudad sepultada; pero desafortunadamente, aunque se ha trabajado allí por largo tiempo y se ha construído un buen edificio para Museo, causa desagrado que el material no esté arreglado en orden científico y que muchos de los ejemplares no tengan marcado el lugar de donde proceden. Además, la cantidad de material que existe en el Museo no corresponde a la cantidad de trabajo hecho, si se tiene en cuenta la cantidad de material que los indígenas tienen siempre disponible para vender y su abundancia en otras partes del Valle. Los frescos, aunque actualmente están protegidos, revelan muy mal estado de preservación; sin embargo, debo decir que el actual director de Antropología, señor Gamio, quien es un entusiasta en estos asuntos, está haciendo todo lo posible por iniciar un programa mejor. Pero en todo caso debe tenerse mucho cuidado en el trabajo de reconstrucción a fin de conservar, hasta donde sea posible, la formación original y los dibujos, pues de otro modo se corre el riesgo de que en pocos años las ruinas de San Juan Teotihuacán tengan una apariencia extremadamente moderna. Respecto a este asunto he discutido con el señor Gamio la reconstrucción de las Pirámides. Debe entenderse que este trabajo es muy difícil si se considera que hay necesidad de llevarlo a cabo con hombres de escasa o ninguna cultura. Creo que la idea del señor Gamio es reemplazar primero, donde sea necesario, las porciones destruídas de las ruinas, apegándose hasta donde sea posible a la forma original y usando, siempre que se pueda, el material viejo de la construcción. Posteriormente la superficie de la porción reconstruída será cubierta nuevamente con otro material, a fin de dar a las ruinas, hasta donde sea posible, su apariencia natural antes de la destrucción. En el tiempo transcurrido, una gran parte de

la reconstrucción tiene un aspecto extremadamente moderno; pero debe tenerse presente que actualmente es el tiempo para la censura, mientras se está ejecutando el trabajo, y que tal crítica seguirá mientras no se termine la obra.

Considerando, sin embargo, el material que ha sido encontrado tanto en San Juan Teotihuacán como en el Museo, puede decirse, por lo que se refiere a los pequeños objetos, que nada de lo que se ha encontrado allí ha dejado de encontrarse en Azcapotzalco.

El tipo Toachtopayotlaca es muy escaso (solamente se ha encontrado un ejemplar dudoso que provino, según se dice, de unos escombros sacados de la Pirámide del Sol); el tipo Mongoloide se encuentra en buena cantidad; el Tlachichique y el Chichimeca, abundante. Puede decirse, por consiguiente, que todas las razas que se han discutido vivieron en San Juan Teotihuacán y que, por lo tanto, el término Teotihuacana, no parece conveniente para una raza especial.

Me referiré ahora a los constructores de las Pirámides:

Indudablemente se ha atribuído la construcción a los obreros de la raza Tlachichique. Según nuestras notas relativas a Azcapotzalco, esa raza comenzó a llegar al Valle probablemente por los años 2,000 a 1,500 antes de la Era Cristiana; y como dejamos dicho ya, fueron una raza de artistas, escultores y constructores.

Llegaron al Valle por lo menos 1,000 años después de la época de las Pirámides del Egipto, datando las Pirámides de Egipto de los primeros trabajos de mampostería, 3050 años antes de Cristo, hasta el tipo más fino que se construyó 150 años más tarde, o sea 2,900 años antes de la Era Cristiana. Habían pasado, por lo tanto, 1,000 años, durante los cuales pudo haber comenzado la mezcla de razas. Llegaron también 1,000 años después de que el primer bote hizo su viaje en el Mediterráneo, habiendo hecho los egipcios el primer récord de navegación, aproximadamente 3,000 años antes de la Era Cristiana.

Esta civilización en la zona de Azcapotzalco (en la capa superior) exhibe el mismo grado de cultura de los obreros, la misma pintura de los artefactos, como se ven en los Frescos y en la Ciudadela. Hemos dicho ya que ellos poseyeron la mejor de las civilizaciones. Vivieron probablemente en el Valle 2,500 a 3,000 años, alcanzando en la Gran Altiplanicie de México el más alto grado de cultura de todas las razas americanas.

Fueron seguidos por razas quizá más guerreras; pero de cultura inferior.

San Juan Teotihuacán fué, probablemente, uno de los principales cuarteles generales, aparentemente un centro de culto, la

casa del gran altar de sus dioses. Tenían pequeños templos, dioses en miniatura y quemadores de incienso para el culto ordinario del pueblo; pero San Juan Teotihuacán representa, probablemente, un asiento de veneración en grande escala. El kiosco central quizá servía para quemar incienso en grande cantidad; las pequeñas ciudadelas para dar cabida a la gente de rango, y la gran banqueta que forma un cuadrado alrededor de la Ciudadela, el piso, sobre el cual el pueblo caminaba en torno de la Pirámide, venerando a sus dioses con manos y cabeza levantadas hacia el cielo.

Asimismo la Ciudadela puede haber sido considerada, por algunos, como el lugar de reunión, donde se decidían todos los grandes problemas, relacionados con el bienestar de la raza.

Allí, sugestionados por los grandes edificios de los dioses, el pueblo descansaba sobre las rampas o muros circundantes, para oír a los oradores del día.

También puede haber servido como el lugar donde se celebraban las festividades nacionales.

Sin embargo, el punto que quizá ha sido preguntado con más frecuencia es la "edad de esas ruinas," a lo cual se puede contestar "la edad de los tlachichique," que vivían en el Valle probablemente desde 1,500 a 2,000 años antes de la Era Cristiana, hasta 1,000 años después de Cristo.

No conociendo la fecha acerca de este punto, hasta que sea dada a ustedes por el señor Mena, me he aventurado por otra línea de argumentos. Podemos considerar que solamente llegaron al Valle un pequeño número de individuos. Si éstos vinieron por mar, podemos comenzar con unos pocos centenares, pues no es muy importante, dentro de determinado límite, conocer el número exacto.

Esta raza tuvo que crecer necesariamente, antes que trabajos de la magnitud de las Pirámides pudieran llevarse a cabo, por lo cual muy bien pudieron haber transcurrido 1,000 años antes de que la raza fuera suficientemente numerosa. Indudablemente que los Estados vecinos de Hidalgo, Tlaxcala, Puebla y Morelos pagaban tributo; esto implica una raza de un cuarto a un millón de habitantes, y colocaríamos entonces la época en que comenzaron las Pirámides en el período de 1,000—500 años antes de la Era Cristiana. Puede considerarse, por consiguiente, que la Pirámide del Sol fué terminada por lo menos 400 años antes del principio de la Era Cristiana. La época de las Pirámides continuó desde entonces. Los Frescos y partes de la Ciudadela tienen un aspecto más reciente, y por las excavaciones de Azcapotzalco se puede colocar cerca del final del período de los Tlachichique. terminando

prácticamente la época de construcción en el siglo VIII. Por este tiempo comenzaron a llegar en gran número otras tribus, las cuales probablemente combatieron a los Tlachichiques, que eran poco afectos a la guerra, y éstos, viendo que sus tierras sagradas y los templos de sus dioses podían ser profanados por los recién llegados, decidieron enterrar dichos templos, dejándolos como los hemos encontrado.

La época geológica final de San Juan Teotihuacán está caracterizada por el desbordamiento del río que cubrió las partes bajas de la ciudad, sepultada con una capa de grava y lodo. Esto puede verse en la excavación practicada al S.O. de la Pirámide del Sol.

Antes de mostrar a ustedes algunas proyecciones, deseo expresar mi gratitud por todos los miembros del Instituto y del pueblo mexicano en general. Puedo decir honradamente que nunca he sido tan feliz como durante mi estancia en México, y estimo grandemente la amistad de mis amigos mexicanos.

Es casi innecesario decir que en todas partes fuera de México, donde he encontrado personas cultas que hayan vivido en México, no he oído de ellas sino palabras de aprecio por la cortesía y bondad del pueblo mexicano. Muchos de esos viejos y estimados amigos cuentan su estancia en México, así como yo lo he hecho, como el más feliz de su vida.

Permítanme también congratular al pueblo mexicano por los grandes recursos potenciales que posee dentro de su República. En petróleo, los mapas geológicos muestran que el país está todavía relativamente intacto. Una de las más grandes bandas volcánicas diferenciadas del mundo, asegura para ustedes minas por muchos años; y por lo que toca a la agricultura, apenas se encuentra en la infancia.

En Arqueología tienen el material que con el transcurso de los años traerá miles de turistas a sus puertas, las cuales llevarán amplia y muy lejos la fama de su hermoso e interesante país.

En los otros recursos materiales tiene el material que servirá para el establecimiento de grandes industrias, las cuales ofrecen gran expectativa al investigador y al especulador.

En todas las ramas de la ciencia se ha hecho muy poco, pues prácticamente están en pañales; por lo cual el Gobierno debería de alentar y ayudar las investigaciones económico-científicas de una manera decidida.

El asunto que hemos tratado esta noche tiene un aspecto distinto en relación con el problema de las razas indígenas, el cual

sea quizá uno de los problemas más grandes para el actual Gobierno mexicano y para los venideros.

Creo, por consiguiente, que los datos arqueológicos puedan ayudar grandemente para dilucidar el problema. Pienso que el problema de los indígenas puede ser resuelto.

Día a día están ingresando a las instituciones de nuestro país más y más hombres y mujeres, llenos de amor para vuestra República y con conocimiento de sus posibilidades. Para México pienso que puedo ver ya el horizonte brillante de un día glorioso y próspero. Creo que en un futuro próximo las infinitas posibilidades, y aun imposibilidades, pueden convertirse en realidades, y México, con su gran desarrollo, en una de las más grandes repúblicas americanas.

Para concluir, señoras y señores, deseo dar a ustedes las gracias por la paciente atención que me han dispensado y expresar mi aprecio al señor ingeniero Leopoldo Salazar Salinas, por el interés y ayuda que él da a todos los asuntos de interés científico de este país.

A continuación verán ustedes, en proyección, algunas de las cabecitas de las razas, a las cuales me he referido en las regiones de Azcapotzalco, San Juan Teotihuacán y el Pedregal de San Angel. (°)

(°) Conferencia dada en el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, la noche del 27 de diciembre de 1921.

INSTITUTO GEOLOGICO

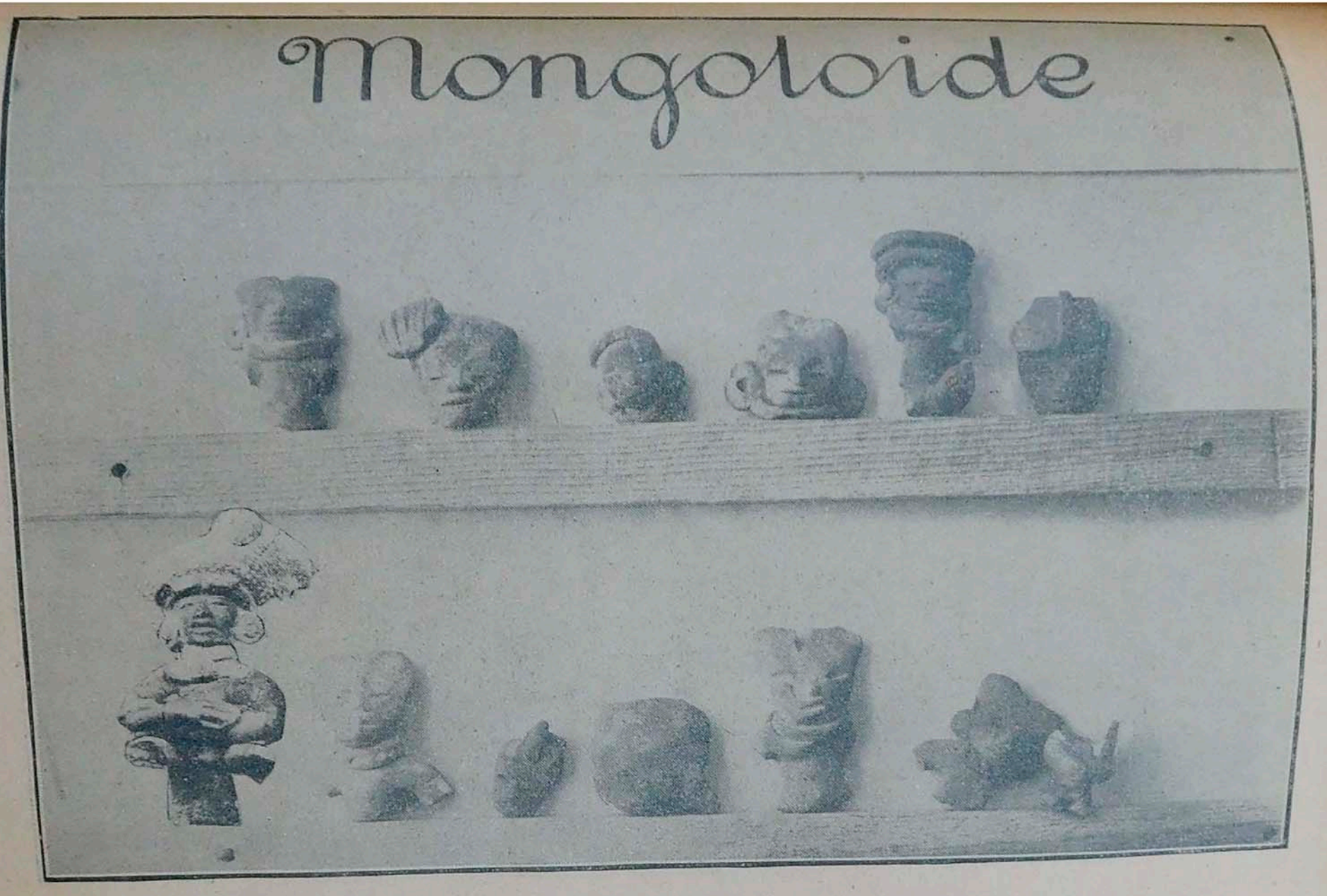
SECCION GEOLOGICA DE LA EXCAVACION DE SAN MIGUEL AMANTLA.—AZCAPOTZALCO

Profundidad	Naturaleza de los estratos	Civilización	Edad probable de la inmigración	Nombres anteriores desechados en este artículo	Notas
Superficial.	Tierra vegetal.	Nahuas.	1,200 J. C.	Azteca.	
0—½—1 mt.	Suelo arenoso y tierra vegetal.	Chichimeca.	800 J. C.		
1 mt.—1.15 mts.	Pómez o grava.				Depósito de corrientes de una edad probable de 800 A. C.
1 1/15—2 ½ mts.	Suelo arenoso y estratos de pómez. Fragmentos de argamasa de pisos y paredes, algunas veces pintada Depósitos de cenizas de madera. Fragmentos de adobes de pisos y paredes.	Tlachichique.	2,000/1,500 A. C.	Preazteca. Toltecas. Tecpanecas. Teotihuacanos.	
2 ½ —3 mts. 3 mts.—3.12 mts.	Suelo muy arenoso. Cenizas (de madera.)	Mongoloide.	2,500/2,000 A. C.		
2½ 2—3 mts.	Arena pura. (Probablemente arena volcánica depositada por agua.)	Toachtopayotlaca.	5,000/4,000 A. C.	Tipo de los cerros. Tipo de las montañas. Arcaico. Primitivo. Pedregalense. Prepedregalense. Subpedregalense.	La erupción volcánica del Pedregal 3,000 años A. C., seguida de un intervalo de unos 500 años.

Toachtopayotlaca del Pedregal de San Angel. (Dir. de Antropología.)

De Azcapotzalco, Michoacán y Colima.—Museo y Col. Niven.

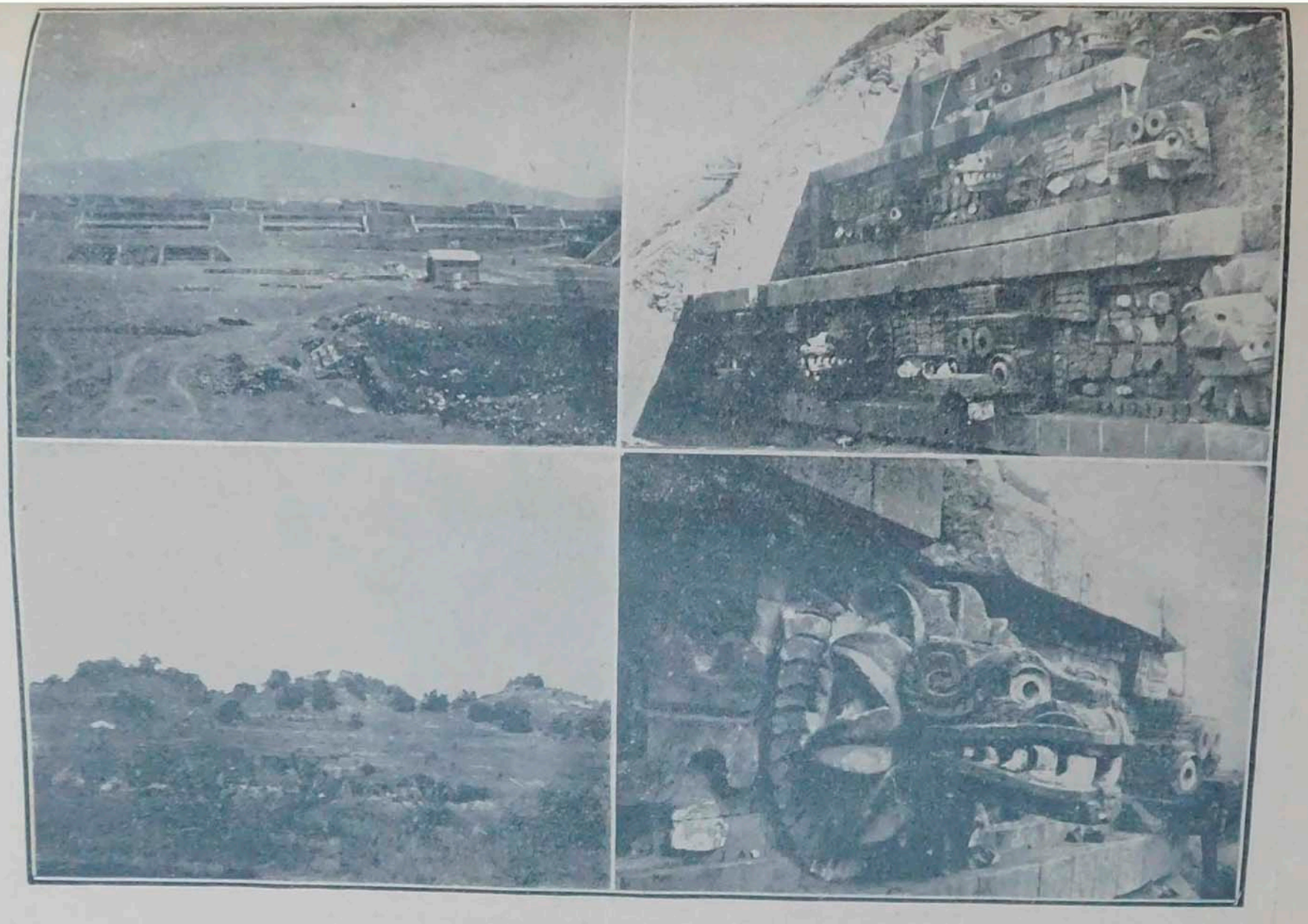
Mongoloide



Colecciones Hyde y Niven

Flachichique.

Tiachichique.



Texcalpan (Ciudadela) Templo de Quetzalcoatl

Chichimecas. Exploraciones Niven Azcapotzalco.

Chichimeca.

Colecciones Museo Nacional, Hyde y Niven.

Nahua.

Colecciones Museo Nacional y Niven.

LA REPUBLICA ARGENTINA (*)

I trazamos una línea imaginaria, a lo largo de la Cordillera de los Andes, desde el Cabo de Hornos en el extremo Sur de Suramérica, hasta Caracas, capital de Venezuela; y si trazamos otra línea perpendicular a la primera y un octavo de grado al Norte del Trópico de Capricornio, tendremos, en el cuartel Sureste formado por esta cruz, a la Argentina, el Paraguay, el Uruguay y una punta del Brasil. Durante la dominación española todo este territorio, y además el que ahora ocupa Bolivia, se consideró como unidad, excepto San Luis, Mendoza y San Juan (en la Argentina) que durante algún tiempo estuvieron sujetos a la Capitanía General de Chile.

En 1508 Juan Díaz de Solís recorrió las costas orientales de América hasta el 40° de latitud, pasando por delante del río de la Plata que tomó por un golfo. Seis años más tarde, en otra expedición, comprendió que aquel estuario debía ser la desembocadura de un gran río, y lo llamó Mar Dulce. En 1527 el célebre veneciano Sebastián Cabot (o Gaboto), al servicio de la corona de España, siguió el derrotero de Solís, que había muerto en una refriega con los indios charrúas; reconoció la costa del río de la Plata y remontó los ríos Paraná y Paraguay hasta la confluencia de éste con el río Bermejo. Allí encontró dificultades de parte de los aguerridos salvajes, a quienes sin embargo supo conquistarles amistad. De ellos recibió trozos de plata, e imaginando que ese metal abundaba en el país, llamó al río que había explorado Río de la Plata, nombre que luego se limitó al estuario o Mar Dulce de Solís. Cabot fundó el primer establecimiento español en esa región, el fuerte de Sancti Spiritus, en la isla del Paraná, conocido después con el nombre de Rincón de Gaboto.

En 1534 el Emperador Carlos V nombró adelantado del Río de la Plata a don Pedro de Mendoza, quien, en los primeros días de 1535, echó los cimientos del Puerto de Santa María de Buenos Aires, en la margen derecha del gran estuario. Mendoza y los capitanes que le sucedieron en el mando español de esa región, su-

---

(*) En el número 2 del Tomo II de EL MAESTRO, correspondiente a noviembre de 1921, se publicó una reseña geográfica de la República Argentina.

frieron grandemente en manos de los naturales belicosos, y debido también a sus propias rebeldías y disensiones. A mediados del siglo XVI don Diego Martínez de Irala, muerto en 1557, ejerció de Gobernador, y se le considera como el verdadero fundador y organizador del dominio español en el Río de la Plata.

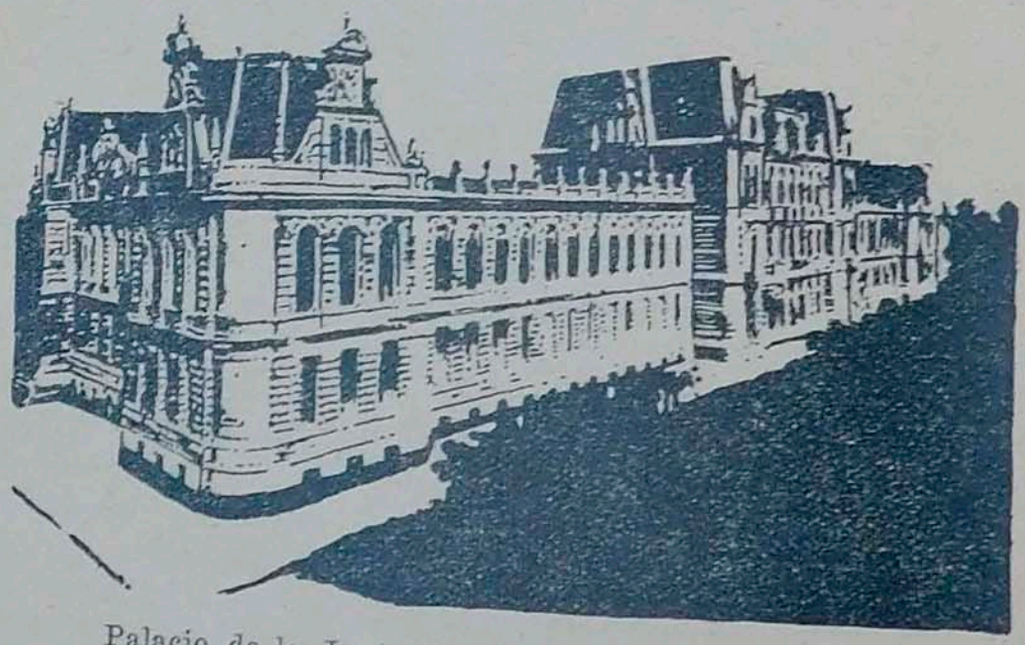
En 1538 se había fundado la ciudad de la Asunción del Paraguay, y todas las tierras situadas en las costas de los ríos Plata, Paraná, Paraguay y Uruguay, quedaron bajo la jurisdicción del gobierno establecido en aquella ciudad. El más notable de los sucesores de Irala, don Juan de Garay, fundó la ciudad de Santa Fe en 1573, y en 1580 levantó de nuevo la de Buenos Aires que había sido abandonada. Mientras tanto, y en años posteriores, la región de la plata (que es lo que Argentina significa) se moteó de ciudades: don Diego Villarreal fundó la ciudad de Tucumán en 1565; Luis Jerónimo Cabrera la de Córdoba (sitio de la más antigua Universidad argentina) en 1573; Abreu la de Salta en 1582. Don García Hurtado de Mendoza, famoso gobernador de Chile y vencedor de Caupolicán, cruzó los Andes y ordenó la fundación de la ciudad de Mendoza en 1559. Hernando Arias de Saavedra fundó en 1588 la ciudad de Corrientes y, más tarde, las de Rioja, Jujuy y San Luis. El siglo XVI fué, pues, el de descubrimiento, conquista y fundación de ciudades en la región del Río de la Plata.

En el siglo XVII lo más notable en esa dependencia española fué su crecimiento en importancia, aunque sin igualar jamás a los virreinatos de México y Perú, y la división de su gobierno en dos: el de Buenos Aires y el del Paraguay (1620). En el siglo XVIII la metrópoli fundó el Virreinato del Río de la Plata (1777), con la capital en Buenos Aires, que comprendía las provincias del Alto Perú (hoy Bolivia), los gobiernos subalternos de Montevideo, Mojos y Chiquitos, las misiones del Uruguay y Paraná, y los territorios de San Juan, Mendoza y San Luis, que fueron separados de Chile y agregados a la provincia de Tucumán. En ese siglo también, se expulsó a los jesuítas que en el XVII se habían establecido en el Paraguay principalmente y le hacían la guerra a España mientras que en la Península confesaban a los reyes. Voltaire, en su novela *Cándido,* dice cosas sabrosas a este respecto.

El 26 de mayo de 1810 se dió el primer grito de Independencia en Buenos Aires. Fué alma del movimiento inicial de la libertad de esa región, don Mariano Moreno (1778-1811). En la sanguinaria lucha consiguiente se distinguió primero el general Manuel Belgrano y después de 1812 el general José de San Martín, inferior como militar a ningún héroe de América, excepto, quizás, Bolívar.

Al primer gobierno independiente formado en 1810, sucedió

un triunvirato o Comisión Ejecutiva en 1811, tomando entonces los países del Plata el nombre de Provincias Unidas del Río de la Plata. En ese mismo año el Paraguay declaró su Independencia de España y su derecho a formar Estado libre y soberano. En 1813 se reunió la primera Asamblea Constituyente argentina y tomó el gobierno la forma de un Directorio que duró hasta 1820. En 1814 Montevideo cayó en poder de los rebeldes y la independencia y soberanía del Paraguay quedaron establecidas. Con la victoria de Ayacucho, en 1824, quedó también abolido para siempre el poderío español sobre las Provincias de la Plata, aun cuando no fué sino hasta 1842 que España reconoció al nuevo Estado independiente como tal. En 1825 se decretó la constitución de las provincias federadas, constituyéndolas en una República Argentina. En 1826 las provincias que formaban el Alto Perú se separaron de la



Palacio de la Junta de Educación, Buenos Aires.

federación argentina erigiéndose en República de Bolivia. Ese mismo año se eligió al primer presidente de la República Argentina, Bernardo Rivadavia. La política de este jefe de Estado tendía a crear un gobierno central ampliamente fuerte para mantener la unión de las provincias a todo trance y poder forjar así una patria vigorosa y homogénea. Durante su período de mando se sancionó, por un Congreso Constituyente formado por delegados de todas las provincias, la Constitución del 24 de diciembre de 1826. El ideal unitarista de Rivadavia encontró poderosa oposición tanto en Buenos Aires mismo como en las provincias y el primer presidente se vió obligado a renunciar su jefatura de la nacion. Tal era el estado de cosas en el interior del país durante esos primeros años de vida independiente. Con respecto a las relaciones exteriores, Buenos Aires, casi sin ayuda de las provincias, sostuvo con

éxito una guerra con el Brasil, en defensa de la Banda Oriental, por haber invadido los imperialistas brasileños el territorio de Montevideo. El resultado de esta guerra fué la derrota de las fuerzas imperiales y la creación de la República Oriental del Uruguay (1828).

La lucha entre federalistas y unitarios hizo de las diferentes provincias pequeños Estados militares semi-independientes, manejados por ambiciosos generales, entre los cuales descolló Juan Manuel de Rosas, federalista, que logró dominar a Buenos Aires en 1829 y subyugar a costa de mucha sangre las provincias en el curso de los tres años siguientes. Gradualmente Rosas concentró en sus manos todo el mando, y en 1835, con el título de Gobernador y Capitán General, adquirió poderes de dictador. Celoso de mantener incólume la soberanía de su patria, rompió relaciones con Francia en 1838, con motivo de una discusión respecto de los derechos de los extranjeros en la Argentina. Mientras tanto los unitarios levantaban contra el dictador revoluciones continuas, endureciéndole el carácter y obligándolo, en 1841, a convertirse en el monstruo sanguinario que ha pasado a la fama. Rosas se propuso exterminar a sus enemigos, para lo cual contaba con hombres de su temple como el general Ignacio Oribe. Oribe, copia de su jefe, ensayó con el apoyo de éste hacerse mandatario de la naciente República del Uruguay, cuyo gobierno era enemigo de Rosas y amigo de los extranjeros. Al sitiar Oribe a Montevideo, Inglaterra se unió a Francia y una armada de ambos países europeos bloqueó Buenos Aires y trató de forzar pasaje por el Paraná al Paraguay, ruta que Rosas había declarado cerrada a los extranjeros. En 1849 terminó este litigio, habiéndose firmado una convención que declaraba libre a los europeos la navegación en el Paraná y aseguraba la independencia del Uruguay. La tiranía de Rosas continuó hasta 1852. En 1846 se había peleado con Justo José de Urquiza, gobernador de la provincia de Entre Ríos, antiguo hombre suyo y amigo de Oribe. Después de varias intentonas de revolución, Urquiza logró obtener el apoyo del Brasil y del Uruguay y con un fuerte ejército invadió Buenos Aires, en enero de 1852, y en febrero 3 de ese mismo año, en la batalla de Monte Caseros, derrotó a Rosas, el cual huyó del país amparado por su antiguo enemigo, el gobierno británico.

Bajo el gobierno de Urquiza se sancionó una nueva Constitución. Para aplacar los celos de las provincias, se había arreglado que la constituyente se reuniera en Santa Fe y no en Buenos Aires; pero a ésto no convinieron los *porteños* (bonaerenses) quienes desconocieron el gobierno provisional de Urquiza. En mayo de 1853, elegido éste presidente por la constituyente que había convocado, hizo su capital en Paraná, y reconoció la independen-

cia de la Provincia de Buenos Aires. Así dividida, la Argentina no obstante progresó, habiendo permanecido en paz hasta 1859. En noviembre de ese año, las fuerzas de los porteños al mando del entonces Coronel Bartolomé Mitre, fueron derrotados por las fuerzas de la confederación al mando de Urquiza, y Buenos Aires se vió obligada a reunirse a las provincias. Urquiza entonces tuvo el patriotismo de retirarse de la presidencia a ser de nuevo gobernador de Entre Ríos. Mitre quedó como gobernador de Buenos Aires, y el doctor Santiago Derqui fué electo presidente de las catorce provincias, con su capital en Paraná.

Los rencores políticos entre Buenos Aires y las provincias no por eso quedaron abolidos; antes bien, en 1861 Urquiza y Mitre combatieron de nuevo, tocándole a éste la victoria, más grande y definitiva que la de aquél tres años antes. Mitre fué electo presidente de la confederación argentina; se mantuvo la constitución de 1853, pero el sitio de la capital se trasladó a Buenos Aires. La política de Mitre fué de tolerancia para con Urquiza y los demás caudillos de provincia, al mismo tiempo que se esforzaba por adelantar el progreso de Buenos Aires en la esperanza de que el engrandecimiento de este puerto pondría fin a las tendencias disruptivas de la federación, haciendo de esa ciudad el verdadero centro nacional. En 1865 la Argentina se vió obligada a sostener una guerra contra el Paraguay. El dictador de esta república, Francisco Solano López, había roto relaciones con el Brasil por el entrometimiento de este país en los asuntos de su gobierno, y solicitó pasaje para sus tropas a través de la provincia argentina de Corrientes. Mitre se negó a acceder a esa demanda, y con los del Brasil y el Uruguay formó su gobierno una alianza para ponerle coto a las pretensiones del dictador paraguayo. Así comenzó la famosa guerra del Paraguay. Mitre fué generalísimo de los aliados y luchó hasta 1867, año en que abandonó el campo paraguayo y regresó a su país con buena parte de su ejército para sofocar una intentona de revolución que fracasó. La guerra contra el Paraguay duró hasta 1870. Fué cruel, asoló ese país y lo dejó arrasado y casi sin hombres, motivo por el cual es el Estado más atrasado del continente, pues aún no se recobra de los horrores de esa guerra.

En 1868 terminó el período presidencial del general Mitre y el doctor Domingo Faustino Sarmiento fué electo pacíficamente para reemplazarlo. Hombre de grandes dotes intelectuales, de intachable rectitud moral y de patriotismo constructor, adelantó la educación pública y desarrolló las riquezas naturales de su país. La ciudad de Buenos Aires progresó de manera asombrosa, con el crecimiento del comercio exterior. Mitre le dió su apoyo y fué él quien evitó la guerra con el Brasil que como resultado de

disputas acerca de límites, después de la guerra paraguaya, parecía inminente en 1872.

La lucha electoral de 1874 resultó ser, como era de costumbre, más bien que una lucha de partidos ideológicos una reyerta entre la metrópoli y las provincias. El candidato de éstas, doctor Nicolás Avellaneda, triunfó en las elecciones sobre Mitre; pero seguros los porteños de que ese triunfo se debía a trampas con las urnas, se levantaron en armas contra el nuevo presidente. El gobierno constituído logró vencer a los revolucionarios, mas no por eso quedó resuelto el problema crónico, causa casi única de revoluciones en la Argentina: los recelos políticos entre provincianos y porteños. En junio de 1880 abandonó el presidente Avellaneda la ciudad de Buenos Aires, y esto sirvió como declaración de guerra. De un lado estaban la ciudad y provincia de Buenos Aires con la provincia de Corrientes, y del otro las otras doce provincias de la confederación. En julio 23 triunfaron éstas, habiendo tomado a Buenos Aires, y su candidato, el general Julio Roca, fué electo presidente para substituir a Avellaneda en octubre de ese año.

Durante la administración de Roca se declaró propiedad federal la ciudad de Buenos Aires. La separación del gran puerto debilitó a la provincia, pero aseguró la unidad nacional, poniendo fin à las viejas rencillas. Roca pudo haber sido entonces, como lo fué después, un gran presidente, pero tuvo la debilidad de permitir a la clique de Córdoba que había ligado a las doce provincias contra Buenos Aires, que eligiese presidente para sucederle, en 1886, a su cuñado el doctor Miguel Juárez Celman, hombre intelectual y moralmente indigno de tan alto puesto.

Juárez Celman inició bien pronto la inmoralidad gubernativa; bajo su administración se derrocharon las riquezas del Estado, se menospreció el honor nacional y se pisotearon los derechos de los ciudadanos argentinos. Buenos Aires había quedado débil, desde 1880, y no podía levantarse en armas contra el odioso presidente y su desastroso gobierno. Sin embargo, aquel estado de cosas no podía continuar, y en 1889 se organizó la Unión Cívica encabezada por notables y honrados ciudadanos como los doctores Leandro Alem, Aristóbulo del Valle, Bernardo Irigoyen, Vicente López, Lucio López y Oscar Lilliedale, quienes no descansaron hasta extender y fortalecer su organización lo bastante para afrontarse al corruptor.

En la noche del 26 de julio de 1890 la Unión Cívica llamó a sus miembros a las armas. La ciudad de Buenos Aires fué escena de reñidos combates en las calles durante varios días. Por fin el 31 de julio, Celman renunció ante el Congreso. La población celebró su triunfo durante tres días, y don Carlos Pellegrini, vice-

Mapa de la República Argentina.

presidente de la confederación, asumió la presidencia. La pésima situación económica del país y su descrédito en el exterior pronto se dejaron sentir contundentemente. Los agentes financieros de la Argentina en Londres y los Bancos de la Nación sufrieron quiebra. El Gobierno nada podía hacer para contrarrestar la debacle, y en medio de tantas calamidades parecía justo que los porteños lanzaran como candidato presidencial, en sucesión de Pellegrini, a su héroe el general Mitre. El general Mitre había estado ausente del país, y a su regreso, en abril de 1891, los bonaerenses le hicieron una recepción regia y le ofrecieron la candidatura. Aceptóla el patricio, pero en vista de que los provincianos se oponían a él y nombraban candidato al general Roca, lo cual preparaba los ánimos para una contienda por las armas, Mitre consintió en retirar su candidatura siempre y cuando Roca hiciera otro tanto. Este convenio entre los dos jefes se llamó por antonomasia *El acuerdo*. Bajo las bases del *acuerdo* se prosiguió a la elección de un candidato neutral y resultó electo el Dr. Sáenz Peña, en 1892.

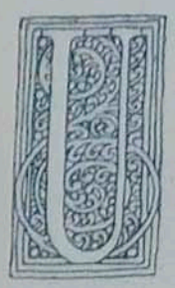
Sáenz Peña tropezó con grandes dificultades; débil con los gobernadores de provincias, incapaz de formar un partido suyo y de hacer gobierno efectivo, en julio de 1895 se vió obligado a depositar el mando en el vicepresidente, doctor José Uruburu.

Durante la administración de Uruburu, hombre de Estado de habilidad probada, las finanzas de la nación recuperaron su buen crédito. Del Gobierno de Sáenz Peña había heredado el litigio con Chile sobre cuestión de límites. Terminado el período de Uruburu, en 1898, y en vista de que se sentía inevitable la guerra con Chile, triunfó sin oposición la candidatura del general Roca. Roca se mostró como el gran hombre que era. A sus esfuerzos personales se debe que esa guerra jamás haya estallado y a que, en cambio, se haya erigido al Príncipe de la Paz una estatua en el pico más alto de los Andes, como símbolo del amor cristiano que debe reinar entre las repúblicas de Hispanoamérica.

En 1904 concluyó su período presidencial el general Roca. De esa época acá la historia argentina poco nos muestra de disturbios y mucho de progreso verdadero. Buenos Aires es, después de París, la ciudad latina mayor del mundo y una de las más bellas capitales de Estado. La importancia del comercio argentino se siente universalmente. La Argentina es, con todo y su fragosa historia, prueba incontrastable de cuanto puede la raza latinoamericana.

BIOGRAFIAS DE HOMBRES CELEBRES

RODOLFO UBALDO EMERSON



BALDO o Waldo Emerson, célebre escritor y filósofo norteamericano, nació en Boston en 1803. Su padre fué un ministro de la secta unitarista.

Emerson hizo sus estudios en la Universidad de Harvard, y después estudió Teología para seguir la misma carrera que su padre, haciéndose cargo de una iglesia unitarista de su ciudad natal. Pronto abandonó estos trabajos para dedicarse al estudio de la Filosofía, para lo cual se retiró a Concordia.

Durante los años de 1837 y 1838, dió a luz sus obras tituladas *El Hombre Reflexivo* y *La Etica*, fundando también una revista de filosofía.

A su regreso de Inglaterra donde fué a dar una serie de conferencias, dió a la imprenta su libro *Los representantes de la humanidad*, donde hace un estudio de los personajes históricos representantes típicos, cada uno de una cualidad particular cuya realización total la harán los americanos del porvenir.

Emerson perteneció también a la Academia de Ciencias Morales y Políticas y escribió además de las obras ya citadas: *Conferencias sobre la época actual, La Naturaleza*, y *Método de la Naturaleza y el hombre reformador*.

Este distinguido filósofo murió en el año de 1822.

De Emerson ha dicho el profesor de literatura William P. Frent: "Hasta tal punto ha vivificado el pensamiento de América con su plácido idealismo, con su espléndida fe en la potencia y en los sagrados derechos y deberes del individuo, con su intrépido radicalismo democrático, qué el lector acoge hoy como vulgares o muy naturales las palabras que en otro tiempo hicieron palpitar el corazón de la juventud americana."

FRANCISCO EDUARDO TRES-GUERRAS

ESTE ilustre arquitecto y pintor mexicano nació en Celaya, Guanajuato, en 1745. Desde los 15 años comenzó a demostrar sus inclinaciones por la pintura, arte que abandonó después de algún tiempo de haberse dedicado a él, por no encontrar en la opinión reinante aliciente alguno para perfeccionarse en ella, dedicándose entonces a la arquitectura.

Los monjes carmelitas de su ciudad natal le confiaron la construcción del templo del Carmen, obra que llevó a cabo a pesar de las intrigas de algunos envidiosos y con el beneplácito y satisfacción de los carmelitas, extendiéndose desde entonces su fama artística por toda la Nueva España.

Tresguerras también es autor del Teatro de San Luis Potosí, del puente de la Laja sobre el río del mismo nombre, cerca de Celaya, y de otras muchas construcciones particulares de esta ciudad, donde se nota sobre todo el buen gusto y sujeción cuidadosa a las reglas del arte.

En su ciudad natal y en Guanajuato, desempeñó Tresguerras algunos puestos públicos de importancia, hasta que en 1833 falleció del cólera morbo.

Se cuenta que habiendo sido encontrado en la calle por un amigo, la víspera de su muerte, dijo a éste que iba en busca de un confesor, pues presentía su próxima muerte. Efectivamente, al día siguiente de ese encuentro, este ilustre artista murió a la avanzada edad de 88 años.

El templo del Carmen, de Celaya, es un monumento arquitectónico que hace honor a nuestra República. Dicho templo estuvo a pique de no haberlo terminado su autor, pues los arquitectos Zapari, García, Ortiz y Paz, pusieron en juego muchas intrigas para quitarle la dirección de las obras.

RAFAEL SANZIO

RAFAEL Sanzio o Santi, es considerado el pintor más grande de los tiempos modernos. Nació en Urbino en 1483, por lo cual también se le conoce por Rafael de Urbino y fué hijo de un pintor mediano. Murió en Roma en 1520 en la plenitud de su edad, pues contaba apenas 37 años.

Muerto su padre, quedó a cargo de sus parientes, uno de los cuales lo hizo estudiar la pintura. Hacia 1495 comenzó a estudiarla con el Perugino, con quien hizo muchos progresos y en cuya compañía pasó a Florencia y a Cittá de Castello donde pintó varios cuadros para la iglesia del lugar.

Después viajó por Francia, regresando a Urbino, donde se hizo de la amistad de Andrés Doria y otras poderosas e influyentes personas, quienes le fueron muy útiles en su carrera.

Llamado después por el papa Julio II, pasó a Roma donde se encargó de decorar el Vaticano, adornando con sus pinturas muchas estancias y galerías de él. El sucesor de Julio II, León X, siguió prestando a Rafael su protección, encargándole muchos trabajos de importancia en el Vaticano e iglesias de la ciudad.

Rafael fué también un excelente arquitecto, habiendo hecho

para la Basílica de San Pedro unos magníficos planos que no se ejecutaron.

Entre sus cuadros más notables se encuentran sus célebres *Madonas, La Santa Familia, La Transfiguración* y *El Pasmo de Sicilia*.

Algunos críticos consideran a Rafael como el más ilustre de los pintores modernos. Otros, sobre la pureza de sus concepciones, encuentran demasiada frialdad; pero es lo cierto que sus obras son geniales. El Louvre—museo de París—conserva algunos cuadros de su inspirado pincel.

FEDERICO ALEJANDRO BARON DE HUMBOLDT

SABIO alemán, llamado el Aristóteles moderno a causa de la universalidad de sus conocimientos. Nació en Berlín en 1769.

Hizo sus primeros estudios en la Universidad de Francfort y siendo muy joven pasó a Gotinga, donde se dedicó al estudio de la economía política, arqueología y botánica.

Luego hizo viajes de carácter científico por Alemania e Italia.

En 1799 partió para la América del Sur, que recorrió durante cinco años, dedicado a hacer observaciones científicas sobre la Geografía, la Historia Natural y la Historia de los países que recorría. Visitó también México y los Estados Unidos, recogiendo en sus viajes numerosos datos que enriquecieron las ciencias en aquella época.

Después residió varios años en París donde estudió química con Gay-Lussac, siendo nombrado al regresar a su patria consejero privado, cargo que desempeñó hasta su muerte.

En 1829 emprendió un viaje por el Asia Central que duró nueve meses, donde también hizo muchas observaciones científicas.

Se dedicó luego a escribir numerosas obras sobre Historia, Historia Natural, Química, Física, Geografía, Geología y Política, algunas de las cuales se refieren a los países que recorrió en su fructífera vida.

Su principal obra es *Cosmos* o *Ensayo de una descripción física del mundo*, que se considera como una verdadera enciclopedia de los conocimientos humanos sobre dicha rama del saber y una de las más grandes obras del pasado siglo.

Su autor la escribió a los ochenta años, y sin embargo, está escrita en un estilo fresco y juvenil que caracteriza todas las obras de Humboldt.

Nuestro biografiado perteneció a muchas academias europeas y fué objeto de merecidos honores durante su vida.

Este célebre sabio murió en Berlín en 1859.

Muchos países han levantado estatuas en su honor.

De sus obras, la más popular en México es el *"Ensayo Político sobre Nueva España."* El barón de Humboldt fué quien llamó a México "la ciudad de los palacios." Nuestra patria ha honrado en diversas ocasiones la memoria de este gran alemán.

BLAS PASCAL

BLAS Pascal fué un célebre filósofo y geómetra francés, que nació en Clermont-Ferrand en 1623 y murió en París en 1662.

Su padre, que era un sabio matemático y Presidente del Tribunal de Contribuciones en Clermont, observando la inteligencia de su hijo, determinó trasladarse a París para consagrarse por completo a la educación del pequeño Blas.

Este a los 12 años demostró tal afición por las matemáticas, que sin ayuda alguna, y meditando él solo, descubrió y resolvió 32 proposiciones geométricas de Euclides.

A los 18 años escribió una obra sobre matemáticas tan notable que asombró a Descartes, quien creyó era de alguno de los maestros de Pascal.

Después este sabio descubrió el Triángulo Aritmético, que facilita grandemente la resolución de gran número de problemas de matemáticas. Luego se dedicó a estudiar física, donde también hizo valiosos experimentos y descubrimientos.

Aunque de naturaleza muy enfermiza desde su niñez, Pascal nunca interrumpió sus estudios.

En 1656 tuvo una disputa contra los jesuítas, por cuyo motivo escribió sus célebres *Cartas Provinciales,* obra de tal mérito, que provocó la admiración de Voltaire.

En 1670 publicó, por primera vez, sus *Pensamientos,* obra trunca, en donde se proponía hacer la apología de la religión cristiana, y que es considerada como una notable obra filosófica.

Su vida fué, en sus últimos días, un modelo de virtud cristiana, y dejó a la posteridad varias obras, de las cuales las más notables son, además de las ya citadas, un *Tratado sobre los números, Del espíritu geométrico* y *Tratado del triángulo geométrico.*

Pascal, escritor, sabio, moralista y filósofo, fué combatido y denigrado por Voltaire y Condorcet en el siglo XVIII; pero como dice el profesor Archambault: "la posteridad lo ha desagraviado cumplidamente."

A los treinta y nueve años, Pascal había escrito veinte obras notables, que Descartes consideraba como obras de sus maestros.

MIGUEL CABRERA.

IGNORASE el lugar y el año en que nació este insigne pintor mexicano, y sólo ha llegado a saberse que era un indio zapoteca nacido en Oaxaca, aunque algunos aseguran que nació en San Miguel el Grande (Guanajuato).

Lo que no tiene lugar a duda es que fué un notable pintor que floreció en el siglo XVIII y cuyas obras han sido llamadas, por su mérito, "Maravillas Americanas."

Era, además, de una fecundidad tan extraordinaria que llenó materialmente el país con sus producciones históricas; existiendo obras de él hasta en las iglesias más humildes de las poblaciones pequeñas.

Su mérito ha sido comparado con el de los mejores pintores italianos y españoles, y, además, Cabrera ha sido llamado el "Miguel Angel de México," por creerse que también fué escultor y arquitecto como ese ilustre artista italiano.

Las obras de Cabrera, entre las que se hallan *La vida de Santo Domingo, La vida de San Ignacio, La Virtud y San Bernardo,* están esparcidas en la catedral de Puebla, en Toluca y en Guadalajara, en la Academia de Bellas Artes de México y en muchas poblaciones de segundo orden, como Taxco.

Pintó, además, otros muchos cuadros para la Compañía de Jesús, cuyos individuos siempre demostraron al artista una gran estimación.

A la erección de la Academia de San Carlos, en 1753, tuvo el honor de ser nombrado su presidente perpetuo.

Como la fecha de su nacimiento, la de su muerte es, también, ignorada; pero sus obras hablan de él más elocuentemente que cualquier otro elogio, y por ellas Cabrera es inmortal.

Un crítico extranjero, al hablar de las numerosas producciones de Cabrera, ha dicho: "ofrece en ellas la síntesis del realismo elegante, del ideal religioso y del encanto antiguo." Asimismo el conde Beltrani, juzgando a nuestro pintor, asegura que: "Cabrera tiene los contornos del Corregio, lo animado del Domiquino y lo patético de Murillo."

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

SARMIENTO fué un notable Presidente de la República Argentina, a quien como a Rivadavia, su patria le consagra una gratitud bien merecida.

Nació en San Juan de Cuyo en 1811 y murió en Asunción (Paraguay) en 1883.

Era hijo de una noble familia española, aunque de escasos bienes, y recibió su primera instrucción en una escuela de su ciudad natal y de un tío suyo, que le enseñó latín y gramática. Después un ingeniero francés le dió algunas clases de matemáticas y agrimensura.

Luchando rudamente por ganarse la vida, sin descuidar por eso su instrucción, Sarmiento fué sucesivamente maestro de escuela, comerciante, instructor de reclutas, periodista, etc.

A los 18 años tomó las armas contra el tirano de su patria, el memorable Rosas, y habiendo sido vencido, tuvo que huir a Chile, donde era por entonces Ministro de Instrucción Pública don Manuel Montt. Este le prestó amplia ayuda, y fué en ese país donde Sarmiento impulsó grandemente la educación fundando la escuela normal para profesores, de la cual fué director más de tres años, haciendo viajes a Europa y los Estados Unidos para estudiar los mejores métodos de educación, que luego implantó entre los chilenos, y escribiendo numerosas obras de texto para las escuelas, de las cuales hasta entonces se había carecido.

En estos viajes fué cuando Sarmiento tuvo oportunidad de conocer y tratar a hombres tan notables como Humboldt, Guizot y al insigne educador Horacio Mann.

No por eso se olvidaba el ilustre argentino de su patria, y en 1852 estuvo presente en la batalla de Caceros, que decidió la caída de Rosas.

Vuelto a su patria, hizo mucho por su engrandecimiento, impulsando, como ya lo había hecho en Chile, la instrucción pública, base del engrandecimiento de los pueblos.

Más tarde fué elegido Presidente por la voluntad unánime de sus conciudadanos, en cuyo puesto pudo hacer mucho por el progreso de su país que tanto amó.

La educación popular fué la más grande preocupación del presidente Sarmiento, interpretando fielmente la verdad que encierra este pensamiento: "El que dirige la Escuela, tiene al Estado."

AMADEO MOZART

ILUSTRE músico alemán. Nació en Salzburgo en 1756 y murió en Viena en 1791.

Su padre, que también era músico, fué el que se encargó de su educación musical.

Mozart, siendo un niño todavía, demostró muchas aptitudes para la música; y se cuenta que tenía apenas tres años cuando intentó ejecutar, sobre el piano, los ejercicios de su hermana María Ana, que era cuatro años más grande que él. Muy joven tam-

bién, comenzó a componer pequeños trozos musicales que revelaban ya su talento.

Más tarde viajó por Europa con su padre, dando conciertos delante de los personajes más encumbrados de las Cortes.

Cuando tenía 14 años, al pasar por Roma asistió en la Capilla Sixtina a una fiesta religiosa, donde debería cantarse el famoso "Miserere" de Allegri, cuya reproducción está estrictamente prohibida bajo pena de excomunión. Así es que sólo en Roma y en dicha Capilla podía oírse en ciertas ocasiones el "Miserere," pues no existía, en todo el mundo, una sola copia de él.

Mozart oyó solamente dos veces la célebre composición y, regresando a su casa, la escribió con tal exactitud, que parecía una copia fiel del original.

Este precoz genio musical siguió dando muestras de su talento en la edad madura, escribiendo algunas óperas celebradas, como su *Don Juan,* que es reputada como una obra maestra: *La Flauta Encantada* y las *Bodas de Fígaro.*

Escribió también una *Misa de Réquiem,* música religiosa de mucha fama y que fué una de sus últimas producciones.

"Fué Mozart el primer pianista de su tiempo; pero este mérito indisputable, que bastaría a ilustrar a un hombre ordinario, se desvanece ante su inmensa reputación de compositor. El catálogo de sus obras, que alcanzan a 800, comprende todos los géneros, y en todos, Mozart se muestra superior, siendo quizá el único músico a quien pueda tributarse semejante elogio."

ANDRES BELLO

ADEMAS de poeta y gramático, Andrés Bello fué también diplomático y jurisconsulto colombiano; nació en Caracas cuando esta ciudad pertenecía a Colombia, en el año de 1871.

En vista de su talento y aplicación al estudio, un tío suyo, Fr. Ambrosio López, se esmeró en darle una buena educación. En su ciudad natal hizo Bello sus primeros estudios, siguiendo después las carreras de abogado y de médico, que al fin dejó para dedicarse a la enseñanza privada; después entró a desempeñar un empleo en la Secretaría de Gobernación de Venezuela.

Cuando se inició en 1810 el movimiento libertador de su país, Bello se afilió en la revolución, acompañando a Bolívar en su viaje a Londres en una misión diplomática. Poco antes de esto había comenzado a darse a conocer como poeta.

Bello estableció su hogar algún tiempo en la capital inglesa, desempeñando algunos puestos diplomáticos de Chile y Colombia, y en esa época se dedicó entusiastamente a cultivar las bellas letras.

A fines de 1829 regresó a Chile a desempeñar el puesto de Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones, y fué sucesivamente senador y rector de la Universidad cuando esta institución fué creada en Chile, desempeñando por varios años ese cargo, y siendo reelecto en él muchas veces.

Entonces se dedicó por entero a la educación, escribiendo para los estudiantes de Chile varias obras de texto y más tarde su famosa *Gramática Castellana* bien conocida en toda la América Hispana y de mérito reconocido, obra que le abrió las puertas de la Academia española.

Entre sus poesías más famosas y bellas están *"A la agricultura de la Zona Tórrida,"* modelo de corrección poética, y *"La oración por todos,"* que es una versión parafrástica de la composición original de Víctor Hugo.

Cuando murió, en 1865, Chile costeó sus exequias; sus obras fueron editadas por cuenta del Estado. Además, a la entrada del Palacio del Congreso en Santiago de Chile, se alza la estatua que honra su memoria.

El escritor colombiano M. A. Caro, dice que Bello es en América lo que don Alberto Lista es en España. Hay un paralelismo en las mentalidades de ambos sabios y maestros, igual en la influencia decisiva que desplegaron para dignificar y engrandecer el magisterio. Bello, antes que todo, fué el maestro por antonomasia de los hombres de su tiempo.

ENRIQUE PESTALOZZI

ESTE pedagogo suizo, a quien mucho debe la ciencia de la educación, nació en Zurich a principios del año de 1746 y murió en Brugg (Turgovia) en 1827.

Huérfano desde muy niño, unos parientes lo educaron; y desde temprana edad manifestó ya su vocación en una acendrada ternura hacia los niños.

Fué primero predicador y después se dedicó al estudio de las leyes, las lenguas y, por último, de la agricultura, para lo cual compró cerca de Berna, un retiro que llamó Newhof.

En 1775 comenzó propiamente su carrera pedagógica, recibiendo en su casa hasta 50 niños abandonados, quienes tuvieron en él un padre y un educador.

El Gobierno suizo entonces recompensó sus servicios en pro de la educación encargándose de los gastos de la institución, que fué trasladada sucesivamente a Stanz, Burgdof e Inverdun; pero una mala administración fué causa de que el establecimiento fracasara, causando esto grande pena a su fundador.

Pestalozzi fué autor de un método pedagógico en el que re-

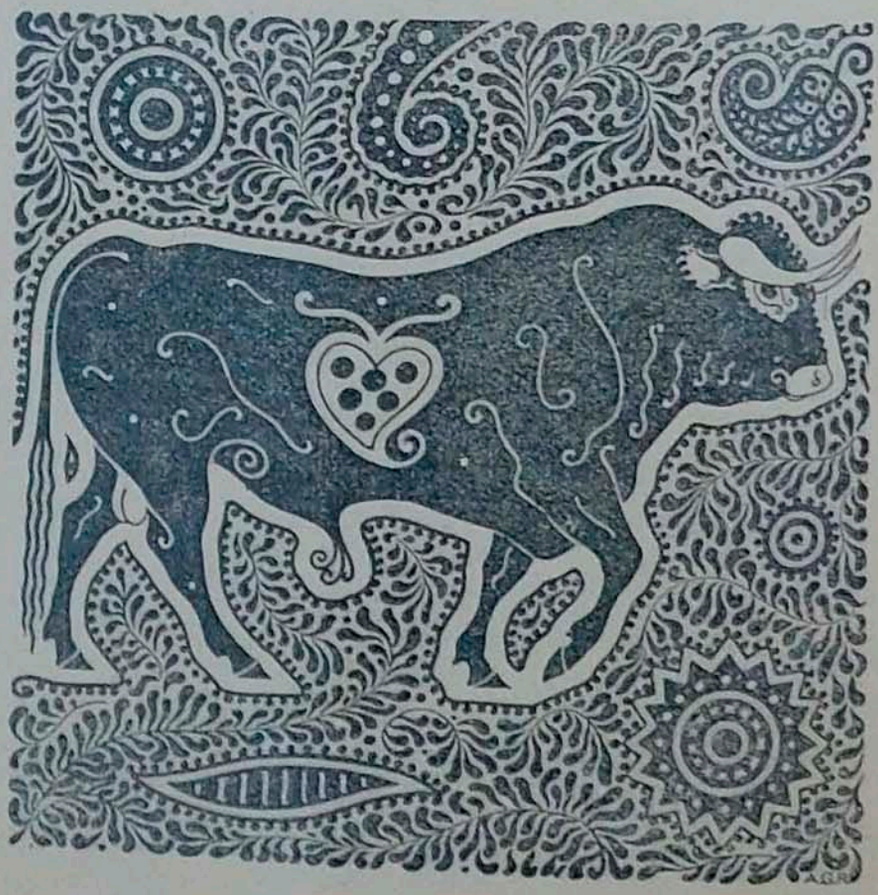
comienda se desarrollen las facultades del niño gradual y armónicamente; y daba preferencia a la educación moral mejor que a la instrucción.

Escribió también varios libros de asuntos pedagógicos, entre los cuales están: *El libro de las madres* e *Investigaciones sobre la marcha de la naturaleza en el desarrollo del género humano*, y otras varias.

Los profesores modernos deben a Pestalozzi el método de enseñanza fundado en la intuición o juicio rápido. Además, como personaje histórico, es el tipo del maestro de escuela por convicción y fe. Plebeyo, feo y miserable, no le arredra nada; su amor a la niñez raya en la obsesión; se sacrifica por los niños pobres y abandonados. En su epitafio hay estas palabras elocuentes: "Todo para los otros; nada para él."

Su expresión favorita era: "Por conseguir mi ideal, nada me importaría ir al través del fuego o de la lluvia al último pico de los Alpes."

NOTA.—Las biografías que preceden fueron arregladas especialmente para **EL MAESTRO** por el profesor A. Pérez y Soto, de la Escuela Normal de Veracruz.



Diversos Temas

LA UNICA SOLUCION POSIBLE DE LA CUESTION AGRARIA

POR LEON TOLSTOY

I

L derecho exclusivo que se arrogan algunos sobre la tierra priva a los demás de la posibilidad de disfrutar de ella, y es una iniquidad tan cruel y tan nociva a todos como lo era en otro tiempo el derecho de poseer siervos.

Instintivamente consciente en todos los hombres, esta iniquidad la sintieron, sobre todo, y en todos tiempos, los campesinos de Rusia. Este sentimiento es más vivaz que nunca en estos días de revolución, y a abolirla tienden todos los esfuerzos y todas las reivindicaciones de los rusos.

Los círculos gubernamentales, lo propio que las agrupaciones antigubernamentales, procuran ahora encontrar los medios adecuados para satisfacer aspiración tan justa.

Por desgracia, unos y otros cuidan, ante todo, de las conveniencias particulares de sus partidos y no de lo que debe ser su fin único, predominante: el restablecimiento de la justicia.

Unos esperan poder dar satisfacción a los deseos del pueblo añadiendo al lote de tierra de cada campesino una parte tomada de los terrenos del Estado y de los dominios imperiales.

Otros proponen facilitar a los labradores, por medio de los Bancos agrícolas, la compra de las propiedades rústicas puestas en venta.

Estos advierten el remedio en la emigración de los aldeanos a quienes falta tierra que cultivar, hacia las comarcas donde existen vastos territorios baldíos.

Aquéllos quieren establecer el arrendamiento obligatorio y hereditario.

Tales preconizan la expropiación de las tierras que pertenecen a la Corona, a los apanajes, a los conventos, a los propietarios territoriales, para constituir con ellas una reserva para la distribución de tierras a los campesinos.

Cuáles se afanan en demostrar las ventajas de la nacionali-

zación del suelo, que sería el prefacio de una organización socialista.

Otros, en fin, ven el remedio en entregar la tierra entera a los agricultores.

Todas estas proposiciones se dividen, en realidad, en dos categorías: la de los gubernamentales y conservadores que querrían resolver la cuestión agraria sin que se modificara sensiblemente su situación privilegiada, pero apaciguando, gracias a algunas concesiones, la agitación popular; la de los revolucionarios que tienden a un fin completamente opuesto: el aumento de la efervescencia del pueblo, para arrastrarlo a la acción revolucionaria que consideran como la más útil a la comunidad.

Hasta ahora los revolucionarios logran sus fines. Por la influencia de su propaganda verbal o escrita, el pueblo se da cuenta, cada vez con más exactitud, de la iniquidad, tan antigua y abrumadora, que pesa sobre él: la de la expoliación de su derecho a disfrutar de la tierra.

Viendo que el Gobierno nada hace para que esa iniquidad desaparezca, y más convencido de su mala voluntad por la disolución de la Duma, el pueblo se irrita más y más y se apresta a cometer, comete ya, los actos más crueles para vengarse de la injusticia que padece desde hace tanto tiempo.

El pueblo siente que en el momento en que todo cambia en Rusia, no puede ni debe permanecer más tiempo en su situación precaria. Por otra parte, no le contentan medidas contemporizadoras, ni paliativos, tales como la compra de tierras por mediación de los Bancos, la expropiación forzosa, la colonización, el arrendamiento o la constitución de reservas de tierra. Quiere un cambio radical del sistema agrario que hoy padece, cambio por el cual cesaría la iniquidad presente, que consiste en permitir que algunos no sólo no trabajen la tierra, sino que impidan que los campesinos la cultiven, como el perro del hortelano que ni ladra ni deja ladrar. El pueblo quiere que todos los hombres tengan la facultad de gozar, por igual, de los provechos y ventajas que rinde la tierra.

Y el pueblo tiene razón que le sobra para formular esta reivindicación. Se engaña, en cambio, cuando imagina, inducido a ello por hombres poco serios y extraviados, que, para instituir el derecho igual para todos a poseer la tierra, basta quitar las propiedades a los que las poseen, y repartirlas con equidad entre los labradores que las cultivan con sus brazos.

¿Cómo dividir la tierra expropiada?

¿Qué lote ha de corresponder a cada cual?

¿Cómo distribuir las tierras más fértiles, los prados, los bosques?

¿Qué hacer de los pequeños propietarios?

¿Qué hacer de los braceros que no poseen ni una mota de tierra; pero que desean, sin embargo, obtener su parte?

En caso de un exceso de población, ¿quién debe emigrar y a dónde debe ir?

Todas estas cuestiones no pueden ser resueltas por ninguna comisión; sólo pueden suscitar discusiones, disputas sin término, y, sobre todo, engendrar peores iniquidades que las de ahora.

Los campesinos, absorbidos por sus intereses locales, no lo advierten y no pueden advertirlo. Pero los hombres que se consideran llamados a resolver ese problema desde el punto de vista de la equidad general, deberían darse cuenta de ello.

Ahora bien: la solución del problema agrario, desde el punto de vista general, no depende de la expropiación forzosa de unos y de la distribución de tierras a los otros; no estriba en disponer arbitrariamente de los terrenos, sino únicamente en esto: en la abolición completa de la antigua propiedad territorial, que es el origen de todas las opresiones y del odio entre los hombres.

Para resolver la cuestión agraria, importa, ante todo, restablecer el derecho natural de todos los hombres sobre la tierra y el derecho de cada uno al producto de su trabajo.

II

Todos los hombres tienen igual derecho a la tierra y cada hombre tiene el derecho inalienable de obtener el producto de su trabajo. Uno y otro derecho fueron conculcados por el reconocimiento del derecho de propiedad exclusiva sobre la tierra y por los impuestos sobre el producto del trabajo.

Para restablecer el verdadero derecho no hay más que un medio: el establecimiento de un impuesto sobre la tierra, cuyo valor equivaldría al provecho que los actuales propietarios obtienen de sus posesiones, y la sustitución de todos los impuestos, pagados por el trabajo, por un impuesto único sobre todas las tierras.

La adopción de ese impuesto único ha sido ya propuesta diferentes veces, y en nuestros tiempos fué expuesto en detalle por el norteamericano Enrique George.

Los principios del impuesto único son los siguientes:

1.° Como todos los hombres tienen derecho igual sobre la tierra, y como cada hombre tiene derecho inalienable al producto total de su trabajo, nadie debe tener el privilegio de gozar de la tierra y nadie debe desposeer á los trabajadores del fruto de su trabajo por medio de impuestos o contribuciones.

2.° A fin de que ni uno ni otro derecho puedan ser violados, es necesario que los que gozan de la tierra paguen a la comunidad un impuesto correspondiente a los beneficios que rinde un terreno

determinado comparativamente a los beneficios de los otros terrenos. Es preciso, también, que aquellos que no poseen tierra y se dedican a otros asuntos, queden libres de todo impuesto o contribución.

En semejante organización, todos los recursos que actualmente paga el trabajo y que están destinados a los gastos que ocasionan los servicios públicos, se obtendrían de la tierra, según fuera mejor o peor su calidad y mayores o menores, por lo mismo, sus beneficios.

Por ejemplo, los terrenos más fértiles o situados cerca de las vías de comunicación, que producirían más que los terrenos arenosos o los situados lejos de los centros populosos, pagarían más; los terrenos enclavados en las ciudades, o cerca de los puntos de embarque, o que contuviesen minerales, pagarían más aún. En fin, los que poseyeran una tierra desprovista de toda ventaja o los que no poseyeran tierra, gozarían de todos modos de las comodidades de la organización social: administración municipal, vías de comunicación y demás servicios, sin pagar un céntimo.

III

Los resultados de esta organización serían los siguientes:

1.° Los propietarios territoriales, sobre todo los que poseyeran grandes extensiones de tierra y que no las cultivaran por sí mismos, pero que deberían pagar el impuesto, renunciarían generalmente a sus posesiones cediéndolas a los agricultores que carecieran de tierra.

2.° El impuesto único, suprimiendo todos los otros impuestos sobre los productos de primera necesidad: azúcar, petróleo, cerillas, manteca, huevos, etc., disminuiría los gastos de los obreros y les permitiría mayor bienestar.

3.° El mismo impuesto único suprimiría los derechos de aduanas y restablecería, en las naciones donde se implantara, el libre comercio con el mundo entero, dando a sus habitantes la posibilidad de gozar sin obstáculo de todos los productos del suelo, del trabajo y del arte de todos los demás países.

4.° El impuesto único, permitiendo la posesión de la tierra a todos los trabajadores, mejoraría la situación de los asalariados; no se verían obligados, como ahora ocurre, a aceptar las condiciones que les imponen sus patronos, sino que establecerían ellos mismos las condiciones de su trabajo.

Esta situación independiente de todos los obreros haría que todos los inventos que facilitan el trabajo, y que no son hoy por hoy más que instrumentos para esclavizar, no fueran ya una calamidad, sino un beneficio para todos.

5.° Mejorando el bienestar de los obreros, el impuesto único impediría el exceso de producción, tan habitual ahora, pues los obreros tendrían mayor facilidad para adquirir los objetos producidos por ellos; además, se fabricaría principalmente los objetos necesarios a la gran mayoría de hombres y en cantidad proporcionada a las demandas reales.

6.° La implantación del impuesto único en todos los países y singularmente en Rusia en los momentos actuales, haría que todas las reivindicaciones legítimas del pueblo recibieran satisfacción en mayor medida de la que se puede esperar, pues no sólo tendría cada cual la posibilidad de gozar igualmente de todos los productos de la tierra, sino que los obreros quedarían eximidos de todo impuesto y contribución sobre el producto de su trabajo.

Así, sea cual fuere el régimen social, el de hoy día, fundado sobre la violencia gubernamental, o el de mañana, basado sobre la concordia universal, la implantación del impuesto único sobre la tierra sería el medio más seguro y práctico tanto para procurarse —sin imponer el trabajo— los recursos necesarios para los gastos de la sociedad, como para establecer relaciones agrarias equitativas.

(Muchas son las obras que demuestran que el impuesto único sobre la tierra bastaría ampliamente para reemplazar todas las otras contribuciones. Las mejores obras concernientes a esta cuestión son las de Enrique George: *Progreso y Miseria, Discursos y Estudios, Problemas sociales,* etc.).

IV

Pero, se dirá, el establecimiento del impuesto único arruinaría las bases de la sociedad, (la propiedad territorial y el sistema fiscal), edificadas y consolidadas durante siglos; acarrearía trastornos profundos en la sociedad y en la masa popular, lo cual, dada la agitación de estos tiempos, sería inoportuno y peligroso.

Creo, por lo contrario, que ninguna de las medidas que se propone actualmente para resolver la cuestión agraria, podría aplicarse con menos efervescencia, agitaciones y disturbios en las masas y entre los propietarios, que el establecimiento del impuesto único.

Me parece que podría procederse de esta manera a su aplicación:

La tierra sería declarada propiedad nacional y el producto del trabajo de los hombres propiedad intangible de éstos. A fin de restablecer estos derechos fundamentales, hoy violados, se establecería luego el impuesto único, según el valor del terreno y reemplazando a todas las otras contribuciones y gabelas.

Sin embargo, como el cobro brusco y en toda su extensión del

impuesto sobre la tierra y la supresión no menos súbita de todos los demás supuestos, arruinaría a gran número de propietarios territoriales e industriales, y como, por otra parte, la implantación del impuesto único exigiría la evaluación exacta de los terrenos, evaluación que no podría hacerse con rapidez, esta medida se aplicaría progresivamente.

El primer año se impondría el 15, 20 o 30 por 100 de la renta total; el año siguiente se impondría otra parte y así sucesivamente hasta la transferencia completa de todos los impuestos por el impuesto único, transferencia que se puede efectuar en un plazo más o menos largo.

Esta imposición progresiva de la tierra y la supresión de los impuestos sobre el trabajo no podrían ni deberían producir trastornos ni agitación, pues la aplicación progresiva de esta medida permitiría, a los propietarios territoriales y a los industriales, adaptarse gradualmente a las nuevas condiciones de la vida social.

La realización de semejante reforma general haría cesar la dura iniquidad, que perpetúa el derecho exclusivo sobre la tierra, iniquidad de que se dan cuenta todos los hombres, pero más especialmente los cien millones de campesinos rusos; haría desaparecer también esa otra iniquidad, no menos cruel, pero que no se advierte tanto: la imposición arbitraria del trabajo; sería, en fin, el remedio más eficaz para restablecer la paz y el orden en todas las clases de la sociedad y en la esfera rural singularmente, ventaja inmensa si se considera que la clase rural forma las nueve décimas partes de la población rusa.

Esta solución del problema agrario no se encaminaría a favorecer una sola clase, por muy numerosa que fuese; no sería ni local ni provisional: como expropiación, compra, colonización, reservas de terreno, etc., sino una solución general de un carácter moral y radicalísima. Suprimiría de un modo seguro la tan antigua y flagrante injusticia, estableciendo la igualdad de derecho a la tierra y al trabajo, así para el millonario como para el más pobre de los labriegos, y únicamente esta solución sería capaz de apaciguar por completo al pueblo.

Los hombres que participan en el gobierno justifican su función por el hecho de asegurar la justicia a sus administrados. El restablecimiento de la justicia debería, pues, ser reconocido por ellos como su primero y más urgente deber. Con tanto mayor motivo cuanto que la iniquidad es patente a todos los ojos y ha penetrado en la conciencia de todos.

La servidumbre tenía en su tiempo un carácter parecido y la abolió el gobierno de entonces. En nuestros días la injusticia de la propiedad territorial se siente con mayor fuerza aún que se sintió, hace cincuenta años, la iniquidad de la servidumbre.

Los hombres que forman parte del gobierno de Rusia, tienen,

impuesto sobre la tierra y la supresión no menos súbita de todos los demás supuestos, arruinaría a gran número de propietarios territoriales e industriales, y como, por otra parte, la implantación del impuesto único exigiría la evaluación exacta de los terrenos, evaluación que no podría hacerse con rapidez, esta medida se aplicaría progresivamente.

El primer año se impondría el 15, 20 ó 30 por 100 de la renta total; el año siguiente se impondría otra parte y así sucesivamente hasta la transferencia completa de todos los impuestos por el impuesto único, transferencia que se puede efectuar en un plazo más o menos largo.

Esta imposición progresiva de la tierra y la supresión de los impuestos sobre el trabajo no podrían ni deberían producir trastornos ni agitación, pues la aplicación progresiva de esta medida permitiría, a los propietarios territoriales y a los industriales, adaptarse gradualmente a las nuevas condiciones de la vida social.

La realización de semejante reforma general haría cesar la dura iniquidad, que perpetúa el derecho exclusivo sobre la tierra, iniquidad de que se dan cuenta todos los hombres, pero más especialmente los cien millones de campesinos rusos; haría desaparecer también esa otra iniquidad, no menos cruel, pero que no se advierte tanto: la imposición arbitraria del trabajo; sería, en fin, el remedio más eficaz para restablecer la paz y el orden en todas las clases de la sociedad y en la esfera rural singularmente, ventaja inmensa si se considera que la clase rural forma las nueve décimas partes de la población rusa.

Esta solución del problema agrario no se encaminaría a favorecer una sola clase, por muy numerosa que fuese; no sería ni local ni provisional: como expropiación, compra, colonización, reservas de terreno, etc., sino una solución general de un carácter moral y radicalísima. Suprimiría de un modo seguro la tan antigua y flagrante injusticia, estableciendo la igualdad de derecho a la tierra y al trabajo, así para el millonario como para el más pobre de los labriegos, y únicamente esta solución sería capaz de apaciguar por completo al pueblo.

Los hombres que participan en el gobierno justifican su función por el hecho de asegurar la justicia a sus administrados. El restablecimiento de la justicia debería, pues, ser reconocido por ellos como su primero y más urgente deber. Con tanto mayor motivo cuanto que la iniquidad es patente a todos los ojos y ha penetrado en la conciencia de todos.

La servidumbre tenía en su tiempo un carácter parecido y la abolió el gobierno de entonces. En nuestros días la injusticia de la propiedad territorial se siente con mayor fuerza aún que se sintió, hace cincuenta años, la iniquidad de la servidumbre.

Los hombres que forman parte del gobierno de Rusia, tienen,

SIMPATIA, JUSTICIA, SOLIDARIDAD

POR JOSE INGENIEROS

I. SIMPATIA

SIMPATIZAR ES COMPRENDER.—La simpatía es un secreto ritmo que pone en comunión los sentimientos, sin causa perceptible, anticipándose a toda reflexión sobre la conveniencia de la intimidad. Es confianza de ser comprendido, es deseo de serlo; simpatizar con alguien, implica entregársele en alguna medida, sin temor a la deslealtad o la traición.

En todos los que trabajan, piensan o cantan, existe un fondo común de inclinaciones que pueden fácilmente vibrar al unísono; y en todos hay, a la vez, diferencias personales inharmonizables. La capacidad de simpatía predomina en los que saben comprender en los demás las tendencias homogéneas, y las cultivan, y las aman, gozando en su humano regocijo, sufriendo de su humano dolor; los incomprensivos, que viven escudriñando lo inconciliable de los caracteres, para mellar las propias aristas contra las ajenas, no pueden sentir simpatía ni despertarla, están condenados a sembrar la discordia y a sufrir de ella.

Todo lo que es humano puede provocar una resonancia moral; pero no todo merece la misma simpatía, ni ésta nace igual ante motivos diferentes. La más fácil es la simpatía física; la más firme es la que arraiga en la comunidad de ideales. Debe ser espontánea y sin límites para que sea duradera; poner reservas a su natural expansión, es matarla. No conoce barreras; la lengua y las costumbres pueden apresurarla si son idénticas; pero no logran obstruirla por mucho que difieran. La afinidad de anhelos, de creencias, de esperanzas, acerca los caracteres y los hace simpatizar, trasponiendo la distancia y el tiempo; por eso se consideran hermanos todos los que sienten una misma ansiedad de justicia, auscultando con idéntico fervor optimista el porvenir de la humanidad.

Saber encender la simpatía es un dón natural, inexplicable y raro; saberla sentir, es un elemento decisivo de la felicidad. Los

hombres que están inclinados a simpatizar con los demás son los mejores instrumentos de la harmonía social.

2.—*La simpatía es bondad en acción.*—Obra bien todo el que puede simpatizar, porque esta aptitud abuena al hombre, apartándole del mal que conspira contra él mismo y contra los demás. La incapacidad de confiar en otros obstruye la felicidad; la simpatía es generosa fuente de dicha y nos impulsa a sentirnos elevados por todo lo que eleva moralmente a nuestros semejantes.

La intolerancia y el odio nacen de la incapacidad de simpatía; no se tolera al que no se comprende, no se ama al que no sabe comprender. La pérdida de este sentimiento es el martirio de los pesimistas y los fracasados; sufren por la felicidad que envidian y a veces disfrazan de escepticismo su amargura, como los malos críticos que murmuran de cien autores, pero no consiguen igualar a uno.

La incapacidad de simpatía mata la confianza en sí mismo y siembra la discordia en los demás. Los suspicaces son antisociales, porque su acíbar envenena a todos; donde entran, desatan los lazos más firmes del amor. En su desgracia llevan la fuente del propio sufrir; tiemblan de todo ruido y en toda sombra sospechan una celada; a nada se atreven, suponiendo que los demás están contagiados de su propio mal; cuando necesitan de cómplices, acaban por entregarse a los más viles, haciéndose manejar por seres sin conciencia y sin responsabilidad. Los que han vivido envenenados suelen morir envenenados.

La falta de comprensión y de confianza equivale al mal: es simple maldad en acción. Son escorias sociales los que viven de la hipocresía o esparcen la calumnia, los que fingen o mienten, los que ocultan una partícula de la verdad que saben para obtener una prebenda o un beneficio, los que alientan la indignidad ajena o no se avergüenzan de la propia, los cómplices del error o de la superstición, de la injusticia o del privilegio.

En la incapacidad de simpatía se incuban todas las degeneraciones del carácter. El engaño, la duplicidad, la artería, la traición, el crimen, son inconcebibles en un corazón capaz de simpatizar.

3.—*La comprensión es premisa de la justicia*—Juzgar a los hombres sin comprender sus móviles, sus sentimientos o sus ideales, constituye una falta de moralidad; saber comprender a los mejores, es privilegio de pocos que pueden elevarse hasta su nivel, adiamantando la simpatía inicial en admiración firmísima.

Se asciende por grados las etapas de la comprensión. En su aspecto más simple la simpatía es una tendencia instintiva, que pronto engendra la ternura: como si un reflejo de los sentimientos ajenos estremeciera nuestro corazón y lo obligara a latir por ellos, poniendo al unísono la vida sentimental, entera.

Más honda comprensión existe en la solidaridad, que es simpatía consciente y pertinaz; la resonancia efectiva se eleva a unidad de creencias o de ideas, de actividad o de esperanzas. En la ternura la simpatía es íntima y encapullada; en la solidaridad es reflexiva y militante. Por eso la primera suele ser individual y preside a la comunión en el sufrimiento, mientras la segunda tiende a hacerse colectiva y es necesaria para la comunión en el esfuerzo.

El más alto ritmo de la simpatía es la admiración. Súmanse en ella los sentimientos y los conceptos superiores de la personalidad, los que convergen a la elaboración de los ideales humanos. Al admirar reconocemos que lo admirado se acerca a nuestro ideal de perfección; por eso el hombre sincero admira las obras ajenas en razón directa del goce que sentiría si las hubiera creado. Ningún sentimiento revela mayor espíritu de justicia; ninguno tiene más alto valor educativo.

La simpatía se convierte en instrumento de perfección cuando impulsa a tomar por modelos sus más altos objetos y enseña a ser justo en la valoración de los méritos humanos. Aprendan los jóvenes a comprender y admirar, porque la admiración de lo superior estimula el deseo de igualarlo. Y es superior todo lo que aumenta el saber, la virtud y la dignidad entre los hombres; lo que tiende a harmonizar los sentimientos de la humanidad; lo que puede encender la simpatía necesaria para servir grandes ideales.

II. JUSTICIA

1.—La justicia es el equilibrio entre la moral y el derecho.— Tiene un valor superior al de la ley; lo justo es siempre moral; las leyes pueden ser injustas. Acatar la ley es un acto de disciplina, pero a veces implica una inmoralidad; respetar la justicia es un deber del hombre digno, aunque para ello tenga que elevarse sobre las imperfecciones de la ley.

La perfectibilidad social se traduce en un aumento de la justicia en las relaciones entre los hombres. Esa creencia ha embellecido las inquietudes que en todo tiempo agitaron a los núcleos más morales de la humanidad, y es de augurar que cada generación las renueve con creciente fervor en el porvenir. El mayor obstáculo al progreso institucional de los pueblos es la fosilización de las leyes; si la realidad social varía, es necesario que los principios de Derecho experimenten variaciones correlativas. La justicia no es inmanente ni absoluta: está en devenir incesante, en función de la moralidad social.

Todos los ideales melioristas tienen la justicia por común

denominador; todos tienden a desterrar de la sociedad algún desequilibrio. La justicia tiende a orientar la estimación hacia la virtud, el bienestar hacia el trabajo, la honra hacia el mérito; y es, por eso, la cúspide imaginaria de la moralidad, que sólo puede admirar como fecundos esos valores sociales. Cuando por ellos se mira a los hombres, habrá justicia en los pueblos; y no es varón justo el que no contribuye al advenimiento de esos valores en la medida de sus fuerzas.

2.—*Los intereses creados obstruyen el devenir de la justicia.* Todo privilegio injusto implica una inmoral subversión de los valores sociales. En las sociedades carcomidas por la injusticia, los hombres pierden el sentimiento del deber y se apartan de la virtud; el parasitismo deja de inspirar repulsión a quienes lo usufructúan y encenega a las víctimas en la domesticación; los hombres viven esclavos de fantasmas vanos y la honra mayor recae en los sujetos de menos méritos. La justicia enmudece y se abisma.

Cuando en la conciencia social no vibra un fuerte anhelo de justicia, nadie templa su personalidad, ni esmalta su carácter. Donde más medran los que más se arrastran, las piernas no se usan para marchar erguidos. Acostumbrándose a ver separado el rango del mérito, los hombres renuncian a éste por conseguir aquél; prefieren una buena prebenda a una recta conducta, si aquélla sirve para inflar el rango y ésta apenas para acrecentar el mérito. Los hombres niéganse a trabajar y a estudiar al ver que la sociedad cubre de privilegios a los holgazanes y a los ignorantes. Y es por falta de justicia que los Estados se convierten en confabulaciones de favoritos y de charlatanes, aptos para lucrar de la patria, pero incapaces de honrarla con obras dignas.

Loados sean los jóvenes que enarbolan una bandera de justicia para aumentar en el mundo el equilibrio entre el bienestar y el trabajo. Sin ellos las sociedades se estancarían en la quietud que paraliza y mata; sin ellos la cristalina corriente del progreso, que jamás se detiene, tornaríase mansa estabilidad de pantano que asfixia. Loados los que conciben más Justicia, los que por ella trabajan, los que por ella luchan, los que por ella mueren. Son plasmadores del porvenir, encarnan ideales que tienden perennemente a realizarse en la humanidad.

3.—*El hombre justo rehusa toda complicidad con el mal.*— Niega homenaje a los falsos valores que ponen sus raíces en la improbidad colectiva. Los desprecia en los demás y se avergonzaría de usufructuarlos. Todo privilegio inmerecido le parece una inmoralidad.

El hombre justo se inclina respetuoso ante los valores reales; los admira en los otros y aspira a poseerlos él mismo. Ama a todos los virtuosos, a todos los que trabajan, a todos los que elevan

su personalidad por el estudio, a todos los que aumentan, con su esfuerzo, el bienestar de sus semejantes.

El hombre justo necesita una inquebrantable firmeza. Los débiles pueden ser caritativos, pero no saben ser justos. La caridad es el reverso de la justicia. El acto caritativo, el favor, es una complicidad en el mal. Detrás de toda caridad existe una injusticia.

El hombre justo quiere que desaparezcan, por innecesarios, el favor y la caridad; la Justicia no consiste en ocultar las lacras, sino en suprimirlas. Los remedios inútiles sólo sirven para complicar las enfermedades.

El hombre justo no puede escuchar a los que predican la caridad para seguir aprovechando la injusticia. Pero su respuesta debe estar en su conducta, juzgando sus propios actos como si fueran ajenos, midiéndolos con la misma vara, severamente, inflexiblemente. La complacencia con las propias debilidades constituye la más inmoral de las injusticias.

El hombre justo es capaz de rehusar un favor a su familia y a sus cómplices, sabiendo que la debilidad de su corazón encubriría una injusticia. El hombre justo es, por fuerza, estoico; debe serlo siempre y con todos, saber decir ¡no! a sus allegados y a sí mismo, cuando le asalta una tentación injusta. La madre de Pausanias llevó la primera piedra para que lapidaran a su hijo indigno.....

III. SOLIDARIDAD

1.—La solidaridad es harmonía que emerge de la justicia.— Es simpatía actuante y da fuerza a los que persiguen un mismo objetivo. Hay solidaridad en una comunión de hombres cuando la dicha del mejor enorgullece a todos y la miseria del más triste llena a todos de vergüenza. Sin esta fuerza, que acomuna las voluntades y los corazones, imposible es realizar grandes ensueños colectivos; la cohesión de un pueblo en marcha depende exclusivamente del unísono con que se ritmen las esperanzas, los intereses y los ideales de todos.

Donde falta justicia no puede haber solidaridad; sembrando la una se cosecha la otra. Gobernar un pueblo no es igualar a sus componentes, ni sacrificar alguna parte en beneficio de otras: es propender hacia un equilibrio que favorece la unidad funcional, desenvolviendo la solidaridad entre las partes, que son heterogéneas sin ser antagónicas. La heterogenidad es natural por la diferencia de aptitudes y de tendencias humanas; y es provechosa, porque engendra las desigualdades necesarias para las múltiples funciones de la vida social. Siendo naturales, las desigualdades no pueden suprimirse; ni convendría suprimir-

las aunque se pudiese. La solidaridad consiste en equilibrarlas, creando la igualdad ante el derecho, para que todas las desigualdades puedan desenvolverse íntegramente en beneficio de la sociedad.

Cuando se obstruye a un solo hombre el camino de todas las posibilidades, hay injusticia en la nación. Todo privilegio en favor de una casta, partido, sexo, facción o grupo, cohesionado en oposición a los demás, es un residuo de barbarie violatoria de la justicia; las naciones están civilizadas en cuanto oponen la solidaridad total a los privilegios particulares.

La solidaridad se desarrolla paralelamente a la justicia que rige el equilibrio social. En las sociedades bárbaras, la lucha por la vida depende del desequilibrio entre las partes; éstas se van equilibrando en las sociedades civilizadas y aparece la asociación en la lucha por el bienestar común. La Justicia obra eliminando los privilegios no sustentados en el mérito, que se mide por la utilidad social de las funciones desempeñadas.

2.—*El desequilibrio social engendra la violencia.*—Cuando alguna parte de un todo se hipertrofia a expensas de las otras, la unidad funcional se altera y el juego de las recíprocas interaciones tórnase desatinado y funesto. Toda violencia es un efecto de causas; sólo puede suprimirse reparando el desequilibrio que la engendra. Oponer la violencia a la violencia puede ser un mal necesario, pero es transitoriamente una agravación del mal; sólo es un bien si de ella surge un nuevo estado de equilibrio fundado en mayor justicia.

Hay, sin duda, naciones pobres y épocas de pobreza, que nadie puede prevenir ni evitar. La miseria de una sola clase, en cambio, nace del desequilibrio interno en la economía de las naciones: es una desproporción entre las funciones ejercidas y las recompensas recibidas. El hambre de algunos es siempre injusta cuando otros ostentan opulencia; y lo es más, si como es frecuente, ella recae en los que trabajan para mantener en la ociosidad a los que no la sufren. La miseria, más grave para la mente que para el cuerpo, disuelve en los hombres los sentimientos sociales y entibia los vínculos de la solidaridad.

La fe en la justicia de los demás es necesaria para no vivir como entre enemigos; el egoísmo, la avidez, la avaricia, la usurpación, el robo, nacen de la falta de confianza y provocan la violencia, que es un efecto de la injusticia, aunque a su vez sea injusta. Es natural en las sociedades bárbaras, pero incompatible con un verdadero estado de civilización. Los intereses heterogéneos se coordinan favoreciendo el advenimiento de instituciones que aumenten la confianza en la lealtad de todos.

El odio y la hostilidad entre las partes son reflejos de viejas

carcomas que perturban el equilibrio de la sociedad y rompen la harmonía de sus funciones; esos funestos sentimientos sólo podrán extinguirse poniendo la Justicia como fundamento de la ética social, la Verdad como base de la cultura colectiva y el Trabajo cómo primera condición del mérito. El privilegio, la superstición y la ociosidad son los enemigos de la paz social.

3.—La solidaridad crece en razón directa de la justicia.—Quien dice que ella es una quimera irrealizable, conspira contra el porvenir. Antes fué solidario el hombre en su familia; después lo fué en su tribu; más tarde en su provincia política, en su comunión religiosa, en su grupo étnico. Hoy la solidaridad puede extenderse a todos los componentes de cada nación, cuya unidad espiritual debe fincar en la convergencia de ideales, aspiraciones e intereses de cuantos piensan y trabajan bajo un mismo cielo. Y mirando más lejos: ¿por qué la solidaridad no estrechará algún día en un solo haz fraternal a todos los pueblos?

Ensueño..... como tantas realidades actuales que en otro tiempo se dijeron ensueños. No neguemos a los corazones optimistas el hermoso privilegio de augurar el advenimiento de la paz y el amor entre los hombres; puede que en su ilusión haya una posibilidad, entre mil, de que llegue a realizarse. ¿Por qué cortaríamos esas únicas alas que impiden caer a la más bella esperanza de la humanidad?

Difundamos, entretanto, una nueva educación moral que desenvuelva sentimientos de armonía y de justicia. La solidaridad convertirá en derechos todo lo que la caridad otorga como favores, y mucho más que ella no puede otorgar; pero también impondrá a todos la aceptación de los deberes indispensables para que desaparezca el odio entre los hombres, preparando el advenimiento de nuevos equilibrios sociales, incompatibles con la violencia y la injusticia.

Violencia: reclamar derechos sin aceptar el cumplimiento de los deberes que les son correlativos. Injusticia: imponer deberes sin respetar los derechos correspondientes. Por eso la solidaridad puede considerarse definida en la más sencilla fórmula de moral social: "Ningún deber sin derechos; ningún derecho sin deberes."

LA TIRANIA DE LA FEALDAD

POR RICHARD MIDDLETON (*)

CUANDO el joven despierta por primera vez al sentido de la belleza y el valor de la vida, es natural que se sienta vencido por la fealdad de la herencia que sus antecesores le obligan a recibir. Descubre en esta civilización, en cuyo plan no intervino, una tiranía contra la cual cree imposible hacer resistencia; un dogma que, según se le dice, todos aceptan como verdad, excepto los inútiles; una ley, cuya violación se lanzaría, fuera de toda redención, entre los criminales o los locos. Acaso ocurra que, en la primera alegría del descubrimiento de la belleza, piense que su vida y la vida de cualquier hombre debieran dedicarse a cultivar un sentido más agudo de lo bello; piense, digámoslo en forma concreta, que cuidar y amar las rosas en el jardín de una casa campestre es mejor que ser rey de una fábrica de paraguas; pero ésta, la

---

RICHARD MIDDLETON

Daremos a conocer en esta sección, de vez en cuando, la obra de escritores ingleses y norteamericanos que cultivan el género peculiar, poco acostumbrado entre nosotros, del **ensayo** o artículo de ideas personales, generalmente no sometido a plan. Entre los más notables **ensayistas** contemporáneos se cuenta Richard Middleton, más interesante aún como poeta. Middleton se suicidó en 1911, en Bélgica, desesperado porque nunca encontró editor para sus libros, y solamente lograba publicar poesías y artículos sueltos. Tenía, al morir, veintisiete años. Dejó gran cantidad de manuscritos, y ahora se están imprimiendo en volúmenes: **Poems and Songs** (Poemas y cantares, dos tomos); **The day before yesterday.** (Anteayer), cuentos y ensayos; **The ghost-ship and other stories** (El buque fantasma y otros cuentos); finalmente, **Monologues,** libro de **ensayos,** del cual forma parte el intitulado **La tiranía de la fealdad.** Aún quedan materiales inéditos, que dará a luz su fiel amigo Henry Savage.

Entre los ensayos de **Monologues,** libro publicado recientemente por el culto editor Mitchell Kernnerley, pocos hay que no reflejen el espíritu pesimista que se apoderó del poeta. Son muy originales las series que tratan sobre **El arte del sueño,** donde proclama la superioridad de éste sobre la vigilia y la posibilidad de perfeccionarse en él; y sobre el poeta y la necesidad de pensionarlo, para darle "la comodidad y seguridad necesarias al artista," como dice el personaje de un drama de Lord Dunsany, otro de los más originales escritores ingleses, del día. No menos interesantes son los ensayos sobre **La rebelión de los filisteos** (comparable al conocido estudio de Rémy

más breve de las ilusiones de la juventud, quedará destruída bajo la que aparece como primera ley de la vida civilizada: el hombre sólo puede ganarse la vida fabricando fealdad.

Quizás en su amargura el hombre se vuelva a pedir consuelo a esos profetas y filósofos de última hora, cuya sabiduría pudiera resolver un problema para él insoluble y por encima de toda esperanza; pero es seguro que sufrirá una decepción. Por la una parte, hallará a los hombres prudentes del día imaginando planes para la mejor administración e inspección de las fábricas de paraguas, a fin de alcanzar el bien público; por la otra parte, hallará a los mejores suspirando por las delicadas rosas de la Edad Media, o probando, con paradojas ingeniosas, que los ojos sagaces pueden descubrir la Edad Media, aún hoy, en las callejuelas de Balham. Porque nuestros profetas y maestros filósofos olvidan que fueron jóvenes, y, con los años que pasan, su mundo ideal se ha convertido en una especie de plácido asilo de pordioseros, libre de ruidos y corrientes de aire, lugar donde los ancianos y los enfermos pueden sentarse con tranquilidad y proyectar pequeñas revoluciones sobre buenas bases de ideas conservadoras, sin ninguna de las discordantes notas de risa o disensión anejas a la sangre cálida del jóven. Y así, el joven se vuelve hacia los poetas, y encuentra el consuelo que le cabe con saber que otros han sentido y sienten como él, y que otros se han preguntado si la mejor parte de la vida del hombre debe consumirse en arrasar la naturaleza y sustituirla con horribles masas de ladrillo y acero, en ayudar a la manufactura de *cosas necesarias* que en realidad no lo son, en repetir estúpidamente los feos crímenes de ayer para aniquilar el espíritu de sus hijos y de los hijos de sus hijos.

---

de Gourmont, **Celui qui ne comprend pas**) y sobre **Los inconvenientes de la primavera**, estación que excita demasiada vivacidad y espíritu poético en los jóvenes, para escándalo de las personas prudentes.

En verso, Richard Middleton ha sido uno de los más delicados poetas de la lengua inglesa en los últimos tiempos. A través de toda su poesía se oye una nota de penetrante y orgullosa tristeza. Su sensibilidad responde intensamente a las más sutiles o tiernas emociones, ya vengan de la naturaleza exterior o del reino íntimo, pero se encrespa ante la estúpida indiferencia de los que viven sólo para lo útil y nada saben de la vida superior. Y así, aunque sus canciones íntimas son sobre el amor tímido, sobre el amor y el mar, sobre el poeta y las rosas, sobre los recuerdos de sus versos de infancia, sobre la niña ideal a quien llamó Cristina, sobre la juventud patética de Hylas o Narciso, el orgullo de su misión edificadora de poeta canta un himno de victoria sobre la muerte:

Los hombres de la ciudad seguirán su camino.
Yo no me quejaré.
El canto que hoy no saben escuchar
Mañana les enseñará a vivir.
Este es el orgullo que no pueden matar.
La Muerte me encontrará cantando todavía.

Bien es verdad que podría decirse que este amor del joven por la belleza es cosa enfermiza y poco natural, consecuencia de una educación equivocada y rebelde; porque la civilización, con astucia un tanto innoble, se resguarda contra las traiciones posibles de sus hijos, obligando a que se les enseñen sólo aquellas cosas que les llevarán a servirla de buen grado. Innecesario recordar que el peligroso espíritu revolucionario que ama las cosas bellas no recibe estímulo en nuestras escuelas nacionales. A los niños se les enseña a cortar las flores en pedazos y dar a los fragmentos nombres curiosos, pero no se les invita a amarlas por su belleza. Aprenden a dibujar el mapa de la línea de ferrocarril desde Fishguard hasta Londres, y hablan con soltura de exportaciones e importaciones, pero nada saben sobre las bellezas naturales de los lugares que mencionan, ni siquiera sobre los timbres de la ciudad en que viven. Sus labios pronuncian fechas, cáscaras secas de la historia, pero no tienen idea de la espléndida procesión de los reinos pasados y las razas muertas. Ni en nuestra vida pública —que más bien debiera llamarse nuestra muerte pública—, se revela mayor cuidado por la salud espiritual de los padres que por la de los hijos. Desoyendo la voz de los artistas, los hombres ignorantes, incultos, a quienes la sola ambición ha llevado a los puestos de responsabilidad, afearán el aspecto de una calle por deseo de unas cuantas piezas de plata, y por temor de que gastar el dinero del público en embellecer a Londres les haga perder sus cargos en las elecciones próximas, ya que los honrados electores han aprendido demasiado bien su lección de fealdad. Los periódicos baratos, únicos leídos por todo el pueblo, buscan la fealdad y la extienden con la habilidad que nace del entusiasmo, y aun aquellos periódicos que parecen ser leídos por las clases más acomodadas no creen vergonzoso llenar cinco columnas con la narración de un asesinato bestial y reducir el discurso de un grande hombre de letras a cinco líneas.

¿Dónde, pues, ha de buscar el joven la belleza en la vida de hoy? Sólo en la literatura, y sólo en ella, porque escribir un libro no basta para hacer de éste una contribución a la literatura, si no es al mismo tiempo expresión de aquella belleza de la vida que es, a pesar de nuestros gobernantes, eterna. Porque hay buen número de libros feos; y hay multitud de escritores mediocres que lo acrecientan; pero nuestros críticos, cuando son honrados, pueden hacer inútiles tales esfuerzos; y aunque estallan gritos en el campo de la fealdad cuando uno de esos críticos pronuncia la palabra de sinceridad, la palabra queda dicha, y el libro desaparece rumbo a las bibliotecas de los mediocres. Pero nuestros críticos deben ser honrados.

(Trad. de P. H. V.)

PUERTO RICO A LOS VEINTIUN AÑOS DE DOMINACION NORTEAMERICANA (°)

POR CAYETANO COLL Y CUCHI.

DOS ADVERTENCIAS PRELIMINARES

O espero, señoras y señores, que de las bondadosas palabras del señor Argente subsistan en vuestro recuerdo solamente aquellas que se refieren a hechos concretos y se olviden las referentes a mi persona; porque me apenaría mucho, me dolería en extremo, que la esperanza, por vuestra parte, de escuchar al orador y político que os anunciaba el señor Argente, al ser forzosamente defraudada por mi humilde intelectualidad, desviase vuestro pensamiento del ideal grandioso que anima mi espíritu, y que voy a tratar de exponer ante vosotros.

Claro es que yo estoy hondamente conmovido, no solamente por ocupar ahora esta cátedra, que desde América la consideramos como la más alta cumbre de la intelectualidad española, sino también porque conozco la escasa autoridad de mi palabra.

Y como tengo empeño, señoras y señores, decidido y firme empeño de encontrar algún eco en España y América, eco de simpatías y de aliento en mi anhelo porque conozca el mundo entero la lucha tenaz que viene sosteniendo un pueblo hermano para no perder su personalidad histórica y que sea apreciada nuestra labor cultural como prueba definitiva e incontrovertible de que un pueblo de pura sangre española puede llegar al más alto grado de la civilización moderna, sin más esfuerzos que el de la escuela y el trabajo, y teniendo fe absoluta en la virilidad de su raza; y como tenemos la noble ambición de que Puerto Rico, el más pequeño de territorio de todos los pueblos hispanoamericanos, sea ejemplo vivo que despierte el espíritu y llame a las conciencias de los demás

---

(°) Discurso pronunciado en El Ateneo de Madrid, en la tarde memorable del 20 de diciembre de 1921.

pueblos de su habla para establecer la necesaria compenetración de afectos e intereses entre tantos pueblos, que, unidos, fueran inmensamente grandes y ricos, y son pequeños y pobres por vivir completamente aislados unos de otros, es evidente que yo debo estar, no ya emocionado, sino temeroso de no acertar a hacer una exposición clara y elocuente de mi tema. Me confío, pues, a vuestra benevolencia y espero de vosotros que acojáis mi ideal con cariño y entusiasmo, aunque mis palabras no estén a la altura de mi ideal.

En primer término, deseo hacer alguna que otra advertencia preliminar, porque, de este modo, será más fácil precisar el alcance de mis palabras. La primera y la más importante de todas ellas consiste en no olvidar que cuando yo diga "español" no me refiero a concepto político o geográfico determinado.

Tengo para mí que los pueblos no se encierran caprichosamente en límites geográficos por unos cuantos hombres sentados alrededor de una mesa con un tapete verde. Es ya de conocimiento vulgar que el concepto de "estado" no implica el de "nación" y mucho menos el de "pueblo." La vida ancestral, la cultura de muchas generaciones, la angustia de muchos miles de años condensados en una aspiración común e ideal de la felicidad, en una propia literatura, en un mismo lenguaje, forman un pueblo; y cuando yo diga "español" me refiero tanto a los hombres que han nacido en las frías regiones de la Patagonia como a los que nacieron en las cálidas tierras de Andalucía. Para mí son españoles todos los que hablan la lengua española, todos los que tienen el sentimiento español, todos los que ansían la grandeza de los pueblos de nuestra raza.

Otra advertencia importante consiste en no encontrar hostilidad alguna en mis palabras hacia el pueblo de los Estados Unidos cuando yo me refiera a los norteamericanos en su civilización, en su política, en su cultura, frente a los hispanos. Deseo hacer constar desde el primer momento que el norteamericano es un gran pueblo, uno de los más grandes pueblos de la tierra, que nosotros en Puerto Rico respetamos y queremos, al cual debemos grandes enseñanzas y grandes beneficios, por el cual hemos llegado a sentir, no ya gratitud, sino afecto; pero al que no queremos someter nuestra personalidad histórica, en su vida racial; nuestro anhelo es continuar viviendo con las virtudes y defectos propios de todos los pueblos de nuestra raza. Más aún: los portorriqueños hemos sabido apoderarnos de las más grandes instituciones jurídicas y políticas de los norteamericanos e implantarlas en nuestra isla, adaptándolas a nuestra alma española. Y, por último, no quiero en ningún momento, durante esta noche, hacer yo referencia a un Gobierno constituído, bien sea en España o en cualquier

república sudamericana, con intención de inmiscuirme en la política local.

LO QUE DEBIMOS APRENDER Y OLVIDAMOS DESPUES

Y, hechas estas preliminares advertencias, voy a desenvolver mi tema.

La guerra de España con los Estados Unidas determinó la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. para España. Muchas cosas hemos debido aprender de aquel desastre, y casi todas, si no todas, las hemos olvidado.

Cuando se reunieron los comisionados norteamericanos y los diplomáticos españoles en París, para tratar de las cuestiones de la paz, dicho sea en honor de los que defendieron el punto de vista español, se luchó de una manera denodada por salvar a Puerto Rico para la patria española. Era, señores, el trance más amargo en la historia de la nación descubridora que fuera ella, después de la firma del Tratado de París, la única europea cuyos colores no iban a flotar más en territorio americano. Y por eso quiso conservarse para España la soberanía española en Puerto Rico. Cedieron los representantes españoles el derecho a la soberanía bajo una solemne promesa, hecha por los comisionados norteamericanos: el pueblo español no debía tener duda alguna del tratamiento que los Estados Unidos de América darían a Puerto Rico, porque su suerte sería decidida por el Congreso norteamericano, que es un Cuerpo del cual jamás habrán salido leyes que coartasen la libertad y la democracia en el mundo. Y ante esa solemne promesa, se firmó el Tratado de París, por virtud del cual el pueblo portorriqueño español dejó de serlo. Vimos nosotros en Puerto Rico el cambio de soberanía, no ya con anhelos, por emprender un nuevo rumbo en nuestra vida política, sino con verdadera certidumbre de nuestros destinos futuros. El pueblo de los Estados Unidos de América, el de las tradiciones liberales, el que había bañado en sangre su territorio para abolir la esclavitud de los negros, el que proclamaba que la Humanidad, la Libertad y la Democracia eran las únicas normas de su justicia; el pueblo norteamericano, creímos, bien podía llegar a nuestras playas en la seguridad de que sería portador para el pueblo portorriqueño de libertad, democracia y justicia.

Había recibido el pueblo de Puerto Rico en 1897, de manos de la matrona española, la carta de su autonomía. Don Segismundo Moret, el insigne estadista, proclamó, en su célebre discurso de Zaragoza, que la civilización y la cultura portorriqueñas nos daban derecho a gozar de un Gobierno propio, en el cual fuéramos nosotros los únicos dueños de nuestra isla, y las Cortes españolas

promulgaron la autonomía de Puerto Rico, en virtud de la cual, como único símbolo de su soberanía, quedaba solamente la bandera española, y era el gobierno entregado a manos portorriqueñas. Al llegar los norteamericanos teníamos, por consiguiente, derecho a esperar y exigir que, por lo menos, tanto como la madre descubridora y colonizadora nos dió sería respetado por los Estados Unidos, ampliando aún nuestra Constitución, con una forma republicana de gobierno.

Los primeros momentos de toda conquista militar son de confusión. Un gran pensador ha dicho que detrás de los conquistadores siempre marchan los lobos, y los lobos venían en tal ocasión detrás de los conquistadores. Constituyóse un gobierno militar, supremo y absoluto, en manos de un general estadounidense; se cerraron las Cámaras legislativas; se constituyeron tribunales de Justicia, presididos por soldados. El pueblo que había ejercido con toda libertad el sufragio vióse, de repente, bajo un Gobierno medioeval, al cual debía someterse incondicionalmente. Duró poco; casi puede decirse desgraciadamente. El Congreso de los Estados Unidos, en 1900, formuló para Puerto Rico una carta de Gobierno civil, en la que se constituía una asamblea legislativa, compuesta de una Cámara Alta o Senado, donde se sentaba todo el Gabinete del gobernador, formado de seis ministros, y los otros cinco senadores eran nombrados a propuesta de la junta, por el Presidente de la República, y una Cámara con los representantes electos por sufragio popular. Puede notarse, desde luego, que la acción del cuerpo popular de tal parlamento tenía que ser casi nula.

Cuando se instituyó este gobierno comenzó a sentirse inmediatamente un movimiento de reacción en Puerto Rico. Se formaron nuevos partidos políticos, uno de los cuales se declaró abierta y violentamente contra el nuevo orden de cosas. El año de 1902 vine yo a la política de mi patria; conmigo, un sinnúmero de muchachos, procedentes todos de las Universidades norteamericanas. Y un fenómeno digno, muy digno de notarse, se produjo casi instantáneamente. Los hombres de mi época habíamos sido nacidos durante las luchas de los partidos radicales en la isla contra los gobiernos metropolíticos españoles; habíamos formado nuestra naturaleza espiritual en los anhelos de la separación de España; creíamos que, para ser un patriota íntegro y bueno, era necesario que Puerto Rico, como todas las demás colonias sudamericanas, obtuviera su separación y se formara en una república independiente de la Península. Fuimos, ya formada así nuestra inteligencia y nuestra conciencia de adolescentes, a las aulas universitarias norteamericanas. Allí leímos a diario la gran Declaración de Independencia, los principios constitucionales de la gran República; Magna Charta; casi olvidamos las enseñanzas de nuestros primeros

años; aprendimos el idioma inglés mejor que nuestro propio idioma; hacíamos vida espiritual inglesa. Y con ese caudal de asimilación, regresamos a nuestras tierras en el momento en que los Estados Unidos inauguraban el gobierno civil en Puerto Rico.

CIVILIZACION NORTEAMERICANA Y CULTURA ESPAÑOLA

Era natural que todos nosotros estuviéramos al lado de la norteamericanización de nuestra patria. Pero al iniciarse el movimiento de protesta por nuestros viejos luchadores, al volver los ojos hacia atrás, y recordar el glorioso solar castellano, fuimos nosotros los elementos directivos, los hombres graduados precisamente en las aulas universitarias norteamericanas, los que encauzaron la protesta portorriqueña por el cauce de una reivindicación de nuestra tradición racial.

Yo creía tener un caudal inmenso de conocimientos, todo lo que puede adquirirse en una Universidad americana de tipo anglosajón; me entusiasmaban las grandes luchas habidas por la libertad del pensamiento, la separación de la Iglesia y el Estado y el respeto al individuo; mi criterio jurídico se había formado en todas esas doctrinas, y me había olvidado de mi alma, que se había conservado en los recuerdos de mi infancia española. Al primer contacto que hubo entre toda esa artificiosa creación de mi personalidad universitaria con la verdadera y la genuina, la de mi tradición y de mi raza; cuando todo lo que me enseñaron, cuando todo lo que aprendí se puso en contacto y en oposición con los primeros sentimientos de mi vida, me di cuenta de que era imposible, que no había manera alguna de trasformar por los hombres lo que Dios había creado de su propia mano, y rindiendo mi más grandioso homenaje a todo lo excelso de la nación norteamericana, pueblo extraordinariamente libre, justo y noble, se reveló mi alma española, y conmigo la de todos mis compatriotas y amigos de escuela, ante la negación que significaba de nuestra dignidad de hombres una apostasía de nuestra personalidad histórica, y nos lanzamos de una manera decidida a la propaganda, para salvar lo que de una manera indeleble nos habían dado nuestro nacimiento, nuestras tradiciones, nuestra raza, nuestro idioma, nuestra religión.....
(*Grandes y prolongados aplausos impiden oír el final del párrafo.*)

La lucha no era fácil; era más bien ardua y empeñada: 3,600 millas cuadradas de territorio, con 1.300,000 habitantes, frente a 115 millones de habitantes y 15 millones de kilómetros cuadrados; además, lo que significa el poderío inmenso de los Estados Unidos, a cuya política le convenía demostrar que su obra de penetración en la América española podía realizarse fácilmente con un éxito de americanización en Puerto Rico. No nos asustó el problema. Te-

niamos fe y habíamos hecho dogma de nuestra lucha que a un pueblo que quiere vivir no hay quien lo destruya. Ministros norteamericanos, corporación norteamericana, fórmulas de gobierno norteamericanas, e intento de supresión de nuestro derecho, de nuestro derecho histórico español; todo ello no amenguaba nuestro entusiasmo, sino que, por el contrario, le enardecía.

EL DERECHO ANGLOSAJON POR EL DERECHO ESPAÑOL

En la Comisión Codificadora, creada para hacer la suplantación del derecho español por el derecho anglosajón, cometieron los dominadores su primera falta, y allí vió Puerto Rico, de una manera clara y definida, su redención, porque comprendimos que no solamente podíamos vivir si conservábamos nuestro derecho y nuestro idioma, sino que teníamos la necesidad de apoderarnos de todas las instituciones norteamericanas que, significando grandeza de espíritu, pudiéramos adaptarlas a la civilización española portorriqueña. Y comprendimos también que nuestra cultura secular podía resistir el empuje de la nueva civilización del Norte.

Cuando comenzaron los comisionados norteamericanos a hablarnos del jurado, de la inviolabilidad del domicilio, de la seguridad personal, de la separación de la Iglesia del Estado, de la libre emisión del pensamiento, encontraron abiertas las puertas de nuestro espíritu; ellos creyeron que iban a abrumarnos con esas fórmulas nuevas, que para el alma española son tan viejas, aunque olvidadas; porque hablarnos del parlamentarismo libre a los hombres que descienden de aquellos que a los reyes les decían: "Cada uno de nosotros vale tanto como vos, y todos juntos más que vos"; predicar la inviolabilidad del domicilio a quienes pueden comulgar, si bien quisieran, en el recuerdo de los comuneros de Castilla; hablar de la seguridad personal a los que instituimos en aquellos que fueron municipios la dignidad ciudadana, era simplemente llamar a las puertas de conciencias que estaban dormidas para que se despertaran en un grito de redención; porque es fecundo y redentor el grito de resurrección del pueblo portorriqueño dado a través de su recuerdo de esas instituciones....

(*El último párrafo del orador no es posible percibirlo, por expresarse el conferenciante entre clamorosos aplausos del público.*)

Y aceptamos la lucha, dispuestos a aceptar de los Estados Unidos, en nuestra condición del pueblo pequeño, todo lo que no impidiera el desarrollo de nuestra cultura hispana. En este proceso, que no he de detenerme en relatar, por no ser demasiado extenso, llega una fecha culminante en la historia de Puerto Rico: 1909.

En este año vino la tentativa a que se refirió mi ilustre amigo

el señor Argente, de suprimir el idioma castellano, no en las escuelas, sino como medio de enseñanza en las escuelas; de modo que los maestros se habían de dirigir a niños castellanos en inglés para trasmitirles los conocimientos.

DOS IDIOMAS FRENTE A FRENTE

Sabemos nosotros, sí, sabemos nosotros que el alma de un pueblo es el idioma; y sabemos más: sabemos que los pueblos que tienen el tesón de conservar su idioma viven como pueblos, aún errantes y sin patria, como le sucede al pueblo judío. Y desde el primer momento preferimos ser hombres sin patria, pero conservando nuestro idioma. Comenzó la pelea. ¡Que luche yo, que luchen mis amigos, que luchen los hombres, bien! Pero la resistencia la iniciaron los niños de las escuelas, los niños de seis, de siete, de diez años; esos niños fueron los primeros que se rebelaron. (*Rumores de aprobación.*)

El primer conocimiento que tuvimos los hombres de política de la intentona de suplantar el castellano por el inglés fué una huelga escolar; los chicos de una escuela se declararon en huelga antes de recibir la enseñanza en otro idioma que no fuera el idioma de sus padres, el idioma de su patria.... (*Estrepitosos aplausos.*) Trascendió la cuestión al público, se hicieron eco de ello los periódicos, y llegó al Parlamento. Era realmente gloriosa aquella contienda y digna de ser mejor conocida por todos los pueblos de habla castellana. José de Diego, uno de los hombres cuya memoria es más venerada en Puerto Rico, de patriotismo puro y acendrado, presentó un proyecto de ley en el Parlamento, que no podía ser ley, porque, aun cuando lo aprobara la Cámara de Representantes, la Alta Cámara, compuesta por los ministros norteamericanos, la desaprobaría. El proyecto ordenaba que en las escuelas se enseñara en castellano, y el inglés se tratara como una asignatura privilegiada. Pero no falta en ningún país del mundo (también los hay en Puerto Rico) quienes graciosamente se pongan a las órdenes del dominador, y esos pocos sostuvieron el debate (en castellano) contra el proyecto, pretendiendo imponer el inglés en las escuelas.

Recuerdo yo —para que pueda formarse en vuestros espíritus un verdadero concepto de lo absurda y horrorosa de aquella situación—, recuerdo yo a un diputado de esos *que querían inglés en castellano* (*risas*), que fogosamente defendía la necesidad para el pueblo portorriqueño de que los estudios en las escuelas se hicieran en inglés. No quiero citar su nombre; pero supongamos que se llamaba Pérez y Rodríguez. En medio de su discurso, cuando la discusión había llegado al momento culminante de emoción de la Cámara de Diputados, se levantó riendo uno de los nuestros, y le

dijo: "Yo creeré todo lo que S. S. expone cuando deje de llamarse Pérez y Rodríguez." (*Risas.*) El proyecto fracasó en la Alta Cámara. Luego comenzaron los atropellos: los chicos, a ser expulsados de las escuelas; los que no asistieran a las clases de inglés ni aceptaran la enseñanza en ese idioma, eran puestos en la calle y perdían su educación y su porvenir. Por América acostumbramos a decir que "la pelea es peleando." Nos reunimos, pues, y formamos un instituto castellano: el Instituto José de Diego; los niños que eran arrojados de las escuelas públicas ingresaban en el Instituto, donde se les enseñaba gratuitamente hasta concluir su carrera.

WILSON

Llegó así el pleito a las autoridades norteamericanas en Washington. Poco después subió al Poder el gran Presidente Wilson. Tanto el nuevo Presidente como el partido democrático, para nosotros constituían un recelo, porque sus doctrinas de libre cambio podían traer la ruina de Puerto Rico. De manera que el pueblo portorriqueño rogó a Dios por la derrota de Wilson, sin saber lo que pedía. Pero cuando triunfó el gran Presidente, enviamos a Washington una comisión a exponer los males de Puerto Rico, y encontramos una franca acogida en el Presidente y en los hombres de su partido, a quienes expusimos nuestros deseos y nuestras aspiraciones.

Tenía el Presidente Wilson entre manos en aquellos días el mensaje que dirigió a la Cámara de los Estados Unidos poco después pidiendo la independencia de las islas Filipinas. Aquel papel significaba para nosotros la seguridad de que el pueblo de los Estados Unidos haría justicia a Puerto Rico. El final del mensaje glorioso, refiriéndose a la bandera americana en las islas Filipinas decía: "Si gloriosa fué la bandera estrellada el día en que los soldados americanos la levantaron en los fuertes filipinos por el derecho de la fuerza, más gloriosa será el día en que se arríe y dé paso a la que represente la voluntad de un pueblo libre." Claro es que cuando nosotros oimos eso, nos fuimos a la isla con el alma llena de esperanza. Poco tiempo después se presentaba un proyecto de ley en el Congreso americano, en el cual se concedía un amplio gobierno autónomo para Puerto Rico; pero como no podía realizarse inmediatamente el cambio, Wilson mandó a la isla un gobernador con instrucciones liberales, y fueron depuestos todos los ministros americanos y, en su lugar, puestos ministros portorriqueños. Aquel gobernador no actuó jamás sin que se nos llamara a todos nosotros y se nos consultara; y cuando estábamos en divergencia de opiniones, se hacía lo que la opinión pública de nuestro pueblo demandaba.

Vimos nuestra oportunidad; pensamos en que había llegado el momento de la solución de nuestro problema. Pero en la lucha de los diez años anteriores habíamos aprendido una cosa: a saber cómo se lucha con los norteamericanos, a qué terreno hay que llevarlos, dónde y de qué manera combatirlos, y, señores, cómo vencerlos en la noble lucha por nuestras libertades.

Se concedió a Puerto Rico la autonomía, se implantó el nuevo régimen, elegimos nuestro primer Congreso autónomo: Senado y Cámara de Representantes. Mi partido, el partido que quiere que Puerto Rico sea libre, copó casi todos los puestos de elección. El pueblo portorriqueño, en la primera oportunidad que se le ofrecía, votó por su libertad. Frente a nosotros estaba el pueblo más agresivo de la edad moderna, el más fuerte, el de una civilización práctica y emprendedora, cuyas riquezas y recursos eran incalculables; pueblo que en cien años de vida fundó poblaciones babilónicas, inventó los grandes medios de comunicación, impuso su influencia de una manera decisiva entre las demás naciones del planeta..... (*Los rumores de aprobación no dejan percibir al orador*) tal pueblo y tal civilización eran nuestros adversarios, y nosotros, un pueblo español, un pueblo que toca la guitarra, que canta peteneras y danzones y que duerme la siesta, que cifra el orgullo de sus ideales en recordar los tiempos de capa y espada y las serenatas de media noche en las rejas de la amada.... Pues bien; guitarra, seguidillas, capa y espada: ¡llegó la hora! Y el pueblo portorriqueño español, comprendiendo que para vencer necesitaba colocarse a la altura de sus grandes adversarios, realizó su primer acto de gobierno autónomo yendo a unas elecciones generales, donde participaron todos los mayores de veintiún años, y votando la abolición del alcohol, legislando contra el juego, suprimiendo garitos y tabernas, sin tener en cuenta para nada que privaba al Estado del 50% de sus rentas. ¡Viejas teorías españolas de explotar los vicios a favor del Estado! (*Grandes aplausos.*)

GRANDES REFORMAS LEGISLATIVAS

Suprimimos el alcohol, suprimimos el juego; pero nos encontramos sin dinero en el Tesoro insular. Teníamos 350,000 niños de edad escolar, y había que darles escuela a los 350,000 niños, ni a uno menos. (*Grandes y prolongados aplausos.*) Pensamos entonces: pues los ricos que paguen. (*Grandes aplausos.*) Se trasformó nuestro sistema contributivo e impusimos la contribución sobre la renta; la impusimos, sin embargo, con el agrado y sin protestas de los contribuyentes, portorriqueños o extranjeros. Aquí en esta sala, en estos momentos, me escucha un español que nosotros nos enorgullecemos en llamar portorriqueño, que, por virtud de la nueva

ley, paga en concepto de contribución el 40% de sus entradas para las escuelas de Puerto Rico. (*Prolongados aplausos. El público, con marcada insistencia, reclama que el señor aludido se ponga en pie para conocerlo, y el señor Coll y Cuchí hace levantar a don Rafael Fabián, asturiano, que hace cuarenta y seis años que vive en Puerto Rico, produciéndose una ensordecedora ovación.*)

Y de este modo llegamos a formar un presupuesto mucho mayor, el doble del que teníamos cuando se explotaba el alcohol y el juego, a beneficio del Erario público.

Cruzan nuestra isla tantas vías de comunicación, que no hay un rincón de la montaña portorriqueña que no esté unido a la capital por una carretera de primer orden. (*¡Bien!*) Fundamos más escuelas que millas cuadradas tenemos de territorio. (*Aplausos.*) Y para que los hombres tengan desde que nacen el sentimiento y la idea de que todos son iguales, a los niños pobres les damos calzado y comida, a fin de que no se sientan humillados de sentarse junto a los niños ricos. (*Aplausos prolongados.*) Hoy día, Puerto Rico gasta de instrucción pública la mitad de todas sus entradas. Así en higiene, justicia u obras públicas. En empleados gastamos una ínfima cantidad.

Después acometimos la tarea de organizar la justicia: tribunales de justicia independiente; tribunales de justicia donde un simple juez de distrito trae a un ministro a su presencia y le impone una multa por una falta de respeto. (*Grandes aplausos. ¡Muy bien!*) Todo nuestro sistema penal fué reformado, y creamos la institución del Gran Jurado, compuesto de veintitrés hombres, para que conozca de las acusaciones contra los ciudadanos y para que no hubiera en Puerto Rico ningún hombre, por grande que fuera su autoridad, que tuviera el poder de encarcelar a un ciudadano solamente con poner una firma en un mandamiento de arresto. Y cuando eso hacíamos nosotros en ocho años; cuando así nos aprovechábamos de las enseñanzas norteamericanas para hacer ver que un pueblo español era capaz de asimilarse y apropiarse de toda esa civilización, surgió la guerra europea.

NUEVA ETAPA DE LUCHA

Surgió la guerra, y el Presidente Wilson lanzó su célebre frase, que conmovió totalmente al pueblo portorriqueño: "La Humanidad está por encima de América." La Humanidad está por encima de América—nos dijimos nosotros—; pues nosotros somos parte de esa Humanidad, y América está por encima de nosotros. Había que continuar la lucha; no nos bastaba la autonomía: era necesario traer la frase de Wilson a Puerto Rico.

Pronto surgió la oportunidad. Se presentó en el Congreso de

los Estados Unidos la ley del servicio militar obligatorio, excluyendo a los portorriqueños del servicio. Puerto Rico protestó inmediatamente de esta omisión y pidió que sus soldados fueran enviados a los campos de Francia; pero no solamente para participar en el sacrificio, sino también en las glorias de la victoria. Con la protesta de Puerto Rico entramos en el servicio militar, y aquella isla, de 1.300,000 habitantes, alistó 140,000 soldados, sin un solo caso de deserción. Se vió el espectáculo insólito de que un pueblo que no era libre se aprestaba a morir por la libertad de otros pueblos, precisamente bajo la sombra de la bandera que le negaba su libertad. (*Grandes aplausos.*) Y era que nosotros sabíamos que, llegando a tierras europeas, los soldados portorriqueños iban a luchar por la libertad de Puerto Rico.

Pasada la guerra, vino en los Estados Unidos una reacción difícil de explicarse para muchos pueblos europeos. Se hizo una propaganda muy intensa en los Estados Unidos contra la posibilidad de que el pueblo americano volviera otra vez a tomar participación en una guerra europea, y las mujeres, por primera vez, tenían voto. Influencia casi decisiva fué la de las viudas, la de las madres que perdieron tantos seres en los campos de batalla de Francia. Y se derrotó en una lucha electoral el partido de Wilson, quien, por desgracia, fué atacado de una terrible enfermedad y no pudo tomar parte activa en la campaña.

Vino una nueva administración en Wáshington, y, desgraciadamente, se inició en Puerto Rico esa administración con una grotesca y absurda reacción. El gobernador Yager, representante de Wilson, ha sido substituído por otro gobernador, un gobernador que ejercía el oficio de corredor o no sé qué en su pueblo. Ese gobernador llegó a Puerto Rico y se pronunció violentamente contra las aspiraciones nacionales de la isla. No tardó mucho la rebelión. Seis horas después de inaugurado el nuevo Gobierno, el partido unionista había lanzado su voz de protesta y estaba la isla en pie. Empezó la destitución de funcionarios portorriqueños, que fueron substituídos por americanos, y en estos momentos estamos atravesando una dolorosa situación, bien de sentir, porque representa un grave peligro para las buenas relaciones de la isla con los Estados Unidos. La isla, según mis noticias, está en pie contra esa reacción, y mejor y con más valentía que nunca, estando dispuesta a obtener la completa reivindicación de los derechos portorriqueños, y en la absoluta seguridad de que serán obtenidos; porque el pueblo americano, el noble pueblo americano, no puede hacerse culpable de los desmanes de un gobernador inicuo, poniendo la grandeza americana al servicio de los que se enriquecen oprimiendo pueblos débiles. El pueblo portorriqueño funda su esperanza en la nación cuyos cementerios en Francia atestiguan su amor a la libertad; que no

puede concebirse a un pueblo norteamericano liberando a Polonia y haciendo surgir a Bohemia a la vida de la soberanía, y negando la libertad a Puerto Rico, creando una Irlanda en América. (*Aplausos.*)

ENSEÑANZAS PARA HISPANOAMERICA

Esa historia de Puerto Rico a grandes trazos, ¿qué nos enseña a los pueblos hispanos? ¡Ah!, en primer lugar, que no hay que tener miedo a la civilización norteamericana, en su contacto con la civilización española. Esa es la primera y fundamental de todas las enseñanzas. (*Aplausos.*) Su progreso maravilloso en la industria, en las ciencias y en el comercio; su positivismo, que ellos denominan "practicismo;" su culto a las riquezas, no es patrimonio exclusivo del pueblo norteamericano; en tanto que nuestra cultura de dos mil años es únicamente nuestra. Y así vemos que, estudiando sus métodos y adaptando a nuestra vida sus instituciones, somos capaces de formar pueblos españoles, como el de Puerto Rico, donde todos los hombres son iguales, donde no hay nacido alguno que tenga sobre los demás otros merecimientos que los de su honradez y su talento, donde los Tribunales de Justicia son inmaculados, donde el domicilio y la seguridad personal son inviolables, y donde la libertad está por encima de todos los demás atributos de la ciudadanía. Pero la lucha por alcanzar estas cumbres de la civilización resultará estéril si los pueblos hispanoamericanos no nos damos cuenta de la necesidad de una estrecha unión y solidaridad. No unión hispanoamericana, para fiestas, banquetes, discursos más o menos ridículos... (*Los aplausos interrumpen al orador.*)

Hay que darse cuenta, señores, de que somos 110 millones de españoles en el mundo; de que habitamos el territorio más rico y más fecundo de la tierra, y de que la inmensa mayoría de las industrias modernas dependen por completo del suministro de nuestras materias primas. Si nosotros nos enteramos de esto, si luego tendemos la vista hacia la inmensidad de los continentes americanos, si comprendemos el fruto que podríamos sacar de la unión hispanoamericana, ¡cuál no sería el futuro del pueblo español!

Como prueba de lo que afirmo, ocurre ahora a mi imaginación un ejemplo oportuno: Harding convocó en Washington a cuatro poderosas naciones, diciendo al mundo que se limitarán los armamentos y no habría más guerras. Francia, Inglaterra, el Japón y los Estados Unidos se reunieron en Washington en célebre conferencia, y cuando todos esperábamos la fórmula, por virtud de la cual no se derramaría más sangre humana en conflictos horribles como el de 1914, surge un tratado internacional de cuatro cláusulas, cuya primera es que el Japón, Inglaterra, Francia y los Estados Unidos

se garantizan a cada otra la tranquila posesión de los territorios que tienen en el Pacífico. (*Aplausos.*) ¡De los territorios que tienen en el Pacífico, señores!; y eso es así, sin haberse invitado a ninguna nación de habla castellana a las conferencias, cuando el 76 por ciento de las riberas del Pacífico, descubierto por Balboa, están ocupadas por pueblos españoles. Y yo me atrevo a decir aquí, desde esta tribuna, que si un gobierno español, con un poco de la audacia que llenó el alma de aquellos osados abuelos que se lanzaron a lo desconocido, con la sola esperanza de encontrar un nuevo mundo que conquistar, hubiera inmediatamente extendido una invitación para reunir en Madrid un congreso de Estados españoles..... (*Grandes y estrepitosos aplausos impiden oír al orador el final.*) Porque esa conferencia es factible y es práctica. Podía tratarse de establecer una legislación de aduanas con privilegios iguales y exclusivos, regular de una manera eficiente y práctica el intercambio escolar de alumnos y profesores, estudiar la unificación de las leyes y sistemas militares, mejorar las vías de comunicación, y llegar a la valoración equivalente de la moneda y hasta de los valores nacionales.

¡Ah!, el día que todo eso sucediese, el día que la grandeza hispanoamericana se manifestase de esta forma, ¡con qué cuidado se denunciarían tratados comerciales con España! (*Grandes aplausos.*)

¡OPTIMISMO Y LUCHA!

Pero hay una condición indispensable para llegar al final de tal sendero: tenemos que compenetrarnos de que todos somos españoles, y ello con absoluta sinceridad y entusiasmo; a tal extremo, que se levanten estatuas en las plazas españolas, como héroes de la raza, a Simón Bolívar, a Sucre, a San Martín, a Hidalgo, a Duarte, a Martí, como nosotros a Hernán Cortés, Pizarro, Daoiz, Velarde... (*Grandes aplausos interrumpen al orador.*) Es necesario que no olvidemos que las guerras de la independencia fueron guerras civiles... (*Las continuas ovaciones y aclamaciones impiden oír al orador.*)

...Y para que tal sueño se realice, es necesario que los hombres de mando en todos nuestros países comiencen por llevar a las escuelas y al taller, no tan sólo a los parlamentos, estas ideas. El triunfo de Puerto Rico durante la administración de Wilson, consistió en que el representante de Puerto Rico en el Congreso de los Estados Unidos se levantó en la Cámara una noche, pronunciando palabras similares a las que yo digo aquí ahora; enalteciendo la cultura del pueblo de Puerto Rico, y por ella a pedir su libertad, la libertad de un pueblo, no arrancada por la fuerza de las bayonetas

ni la voz de los cañones, en contienda sangrienta y fratricida, sino la libertad a través de la escuela y del trabajo; de la escuela, que purifica y enaltece el espíritu, y del trabajo, que fecundiza y redime, haciendo grandes a los más pequeños pueblos de la tierra. (*Demostraciones de aprobación.*)

Hay que huir del pesimismo, que embrutece y mata, y mirar la vida cara a cara, con la seguridad del triunfo. A los que piensan en la pequeñez geográfica de España o Puerto Rico, advirtámosles que somos dueños de 36 millones de kilómetros cuadrados de la más rica y fértil tierra; a los que duden de nuestros medios de acción, respondámosles que somos 110 millones de hombres de un mismo pueblo; a los que amarguen nuestra pobreza, que fecundan nuestras tierras cuatro mil ríos, y que guardamos en nuestras grandes montañas, vírgenes aún de la planta del hombre, oro y vida inagotables.... (*Aplausos ruidosísimos.*) Un querido amigo mío exclamaba ayer, en nuestra tertulia del café:—¡Aquí no hay hombres! ¡Y somos 110 millones! (*Grandes risas y aplausos.*)

Con la dejadez en el alma, con la pesadumbre en el espíritu, no es posible ir a ninguna parte. Necesitamos fe; la más pura y la más noble de todas: la fe en nosotros mismos. El porvenir debe alegrarnos; y no amedrentarnos, si llegamos al convencimiento de que será como nosotros queramos que sea. Y si ponemos nuestro esfuerzo en alcanzar la grandeza de nuestros pueblos, a través de una completa solidaridad de intereses y afectos, no sólo en lo ideal y en lo abstracto, sino en la realidad de la política y el comercio, el día en que los grandes, o los que se creen grandes del mundo, se sentaran en una mesa a repartirse a los demás pueblos, no serían almas españolas las que sirvieran para el infame tráfico. (*Ovación extraordinaria.*)

El pueblo español unificado, sería el pueblo español único árbitro y dueño de su propia vida. No nos conformemos con acordarnos de Hernán Cortés y de Pizarro; no nos satisfaga formar en nuestras Universidades sabios que se dediquen a remover sepulcros viejos para producir glorias españolas, no; sino inteligencias luchadoras por la vida, seres que crucen los mares, que sientan la sangre en las venas, que vivan con el anhelo de la victoria y que sepan vencer.

Y creo que es más americana España que europea. España, junto a América del Centro y Sur, y nosotros junto a España y compenetrados íntimamente en amor intenso y en mutuos intereses, teniendo las mismas aspiraciones y sentimientos, no estaríamos alejados ni un minuto más de los grandes movimientos internacionales, y podríamos a todas horas, sin remordimiento de conciencia, hablar de Pizarro, y de Hernán Cortés, y de San Martín y de Simón Bolívar." (*Gran ovación.*)

EL LATIFUNDISMO ES EL VERDADERO ENEMIGO DE LA PEQUEÑA PROPIEDAD Y DEL BIENESTAR GENERAL DEL PAIS

POR LAURO G. CALOCA

TANTO por la variedad de las riquezas de nuestro país, como por las características especiales de los conquistadores, tales como su espíritu aventurero, su vanidad de superhombres, su sed de riquezas y algunas veces las cuentas pendientes que tenían con la justicia de su patria, resolvieron éstos, ante la fecundidad de las tierras descubiertas, permanecer para siempre en el Nuevo Mundo, dirigiendo su codicia hacia la posesión de la tierra, paracuyo efecto se extendieron por todo el territorio.

El oro de las minas—aunque seductor—resultaba una riqueza muy relativa ante la facilidad de adquirir tierras, las cuales, para poseerlas, bastaba una simple solicitud acompañada de unos cuantos medios o reales sencillos y un voto de gracia al Rey, quien, en nombre de los mil títulos de su alta jerarquía gubernamental, expedía testimonios de dominio, medidos y señalados con cinco o seis días de camino recorrido en todas direcciones. Tal hecho hasta la fecha se puede comprobar eligiendo cualquier caso; por otra parte, y como prueba de lo expuesto, ahí está la acción de restitución de ejidos, la que por falta de precisión en los linderos, por la total desaparición de las mojoneras o ya por las excedencias o demasías de los latifundios señalados como detentadores, casi siempre se revierte por la acción de dotación.

Más abajo de los predilectos o distinguidos de los virreyes, había otros que, por su reducida condición social o antecedentes personales, tenían que recurrir a otros medios para adquirir la tierra. Sobre este camino tuvieron ciertas dificultades; sin embargo, tales obstáculos cedían fácilmente ante el servilismo propio de los pretorianos retirados del servicio de las armas. Este es un hecho comprobado, pues les bastaba plantarse en este o aquel lugar, en que bajo el pretexto de servirle al Rey y a Dios, empezaban por adquirir un pedazo de tierra, más tarde otro, sucediéndose esta operación casi año por año. En la carrera vertiginosa de

tan sencillos medios de adquirir la tierra, pronto llegaron a aparecer aquí y ahí los mayorazgos.

Esta nueva y desconocida modalidad de la propiedad en nuestro país le ofreció al virreinato un medio seguro de cimentar la tranquilidad pública de la Nueva España. Los reyes dudaron de las ventajas económicas del mayorazgo. Más tarde confirmaron sus temores, pues los hombres virtuosos, entre los que se puede citar a Fray Bartolomé de las Casas, con peligro de su propia vida, informaban al Soberano que los mayorazgos se alzaban sobre charcos de sangre inocente, sobre injusticias incalificables. La Historia está llena de relatos fidedignos; pero ¿para qué exhumarlos, máxime si se toma en cuenta que nuestros propósitos son de justicia y no de venganza? Sin embargo, hay que desenterrar ciertos hechos, supuesto que estamos sobre el terreno de las pruebas.

El mayorazgo, casi en su totalidad, comenzó con el crimen más grande: redujo al indio a un pedazo de tierra, dentro de la cual, cautivo como botín de guerra, se le flageló hasta reducirlo a la más exasperante miseria tanto física como moral. Con tales procedimientos se le estrechó con el tiempo dentro de los muros del servilismo más bochornoso. De vez en cuando surgían hombres piadosos, pretendiendo religiosamente suavizar la condición del indio; pero sus propósitos se estrellaron ante la indomable avaricia de los hijos del Sol. ¡Qué diferencia entre nuestros conquistadores y los de los Estados Unidos del Norte! El publicista Carlos Calvo dice en su obra de Derecho Internacional: "Las tribus de indios que se encuentran en la América del Norte, pueden ser consideradas como semisoberanas en sus relaciones con el Gobierno de los Estados Unidos. Muchas de estas tribus se han sometido a las leyes de la Unión americana. Otras a las del Estado en cuyos límites se encuentran. Algunas, en fin, como sucede a los indios situados al Oeste del Estado de Georgia, conservan el dominio absoluto del territorio que habitan y algunos derechos de soberanía."

"El tribunal supremo declaró que el Gobierno inglés, antes de la emancipación e independencia de las colonias, no se había mezclado en los asuntos interiores de las tribus indias, sino para separar de ellas a los agentes extranjeros que pudieran inducirlas a celebrar alianzas con Estados enemigos o rivales de Inglaterra. El Gobierno inglés se aseguraba por medio de subsidios la alianza y dependencia de las tribus, y adquiría sus tierras por contratos de venta celebrados con entera libertad. Sin obligarlas nunca a cesiones forzosas; resultando de esta conducta que se ha considerado a las tribus indias, durante su dominación en América, como naciones colocadas bajo su protección; pero capaces de gobernarse por sí mismas. Estos principios han sido aplicados por

los Estados Unidos, y la protección solicitada por las tribus y concedida por el Gobierno de la República se ha considerado siempre, por una y otra parte, como el lazo de unión entre un Estado dependiente de otro superior."

Los reyes de España pretendieron, por cuestión de orden público, refrenar la codicia de sus súbditos, para cuyo efecto votaron leyes protectoras. No obstante la distancia en que se hallan tales leyes de los tiempos presentes, se citan todavía como humanas y demasiado avanzadas en relación con las que actualmente rigen a la materia, con la circunstancia muy especial de que cada uno de dichos preceptos, principalmente los que se refieren al uso y posesión de las tierras comunales, subsisten bajo el concepto de imprescriptibles, inalienables; es decir, casi eternas en su observancia. Pero todo fué inútil: rodeados los mayorazgos de los privilegios, sus poseedores, obsesionados por los cortejos oropelescos de sus tiempos y deseosos de borrar su origen plebeyo, optaron, como era natural, por comprar la nobleza digna de su alta jerarquía económica-social.

La historia de cualquier mayorazgo bastaría para probar lo expuesto, pero no podemos detenernos en los dominios del detalle; sin embargo, hay que tratar algunos aspectos de la cuestión, pues es de advertirse que los mayorazgos dieron origen a la nobleza de la Nueva España, de la cual todavía andan por ahí dos o tres figuras decorativas, ocupando pomposamente, bajo el título de "Familias Distinguidas," las principales páginas de nuestras revistas ilustradas.

Los problemas más serios de los conquistadores fueron dos: hacerse ricos y obtener títulos de nobleza para borrar su origen. Respecto de sus riquezas, queda ya demostrado cómo las adquirieron; en cuanto a su pseudonobleza, el punto fué más fácil; bastaban dos o tres talegas de pesos fuertes y un presente ¡muy especial! para su majestad el Rey, para adquirir los mencionados títulos a la vuelta del primer barco.

Los priviligiados fueron muchos, pero aquí sólo citaremos a aquellos cuyos dominios—aunque desmembrados actualmente por motivos que más adelante expresaremos—subsisten aún bajo proporciones fanáticas. Sin duda que no basta citarlos para probar lo expuesto; pero, al referirnos a cada uno de ellos, tendríamos que descender al detalle, hecho que rehuímos por cuestión de orden moral; por otra parte, no lo creemos necesario, supuesto que su espíritu y memoria aún palpita en el alma de la leyenda nacional. Entre los más populares se hallan los siguientes: Marqués de Selva Nevada, Marquesado del Valle, Duque de Monteleón, Conde de Regla, Marqués de Rivascacho, Conde de San Mateo, Marqués de Ulupa, Conde de Medina y Flores, Duque de Abrantes y Linares, Conde de la Enjarada y Mejorada (Conde

del Valle de Orizaba). Conde de la Cortina, Conde del Valle del Suchil, Conde de Santiago y Marqués de Salinas, Conde de Santa María de Guadalupe del Peñasco, Marqués del Valle Ameno, Marqués del Jaral de Berrio, Marqués de Belgida, Marqués de Ostaliza, Marqués de Pánuco, Conde la Torre de Cosío, Conde Rábago, Conde de San Pedro del Alamo, Conde Zepa, Conde de Sierra Gorda, Marqués de San Juan de Rayas, y Vizconde de Sardaneta, Conde de la Presa de Jalpa, Conde Moctezuma, Marqués de San Miguel de Aguayo, Conde de San Bartolomé de Xala, Marqués de las Torres de Rada, Conde de Miravalle.....

Por un contraste muy explicable dentro de los dominios de la sociología, los hijos de los nobles enderezaron sus actividades tanto físicas como intelectuales por los senderos obscuros de la vida eclesiástica. No podía ser de otra manera, supuesto que la ciencia y el reparto de la gloria estaba en manos de la Iglesia. El resultado de esta modalidad social le prestó al clero la mejor oportunidad para adquirir dos dominios: las riquezas del país y la conciencia de las familias, las que se vanagloriaban de tener curas y monjas entre sus miembros.

Con tales ventajas, la Iglesia fué poco a poco monopolizando todos los poderes del país, sorprendiéndola la Guerra de Reforma tan poderosa, que verdaderos esfuerzos hicieron los reformadores para quitarle el poder público, dejándole desgraciadamente o por un fenómeno inherente dentro de los postulados de las guerras de conquista, lo principal: las riquezas, las cuales, por previsión, puso hábilmente el clero bajo el derecho privado de sus incondicionales, burlando de esta manera los preceptos prohibitivos de la Constitución de 57.

Desde el punto de vista histórico creo sinceramente haber delineado el origen y proceso de la grande hacienda de nuestra República, lamentando demasiado haber tratado con tanta generalidad el asunto, pero no podía ser de otra manera, más si se toma en cuenta que estoy muy lejos de los propósitos de los historiadores de oficio; sin embargo, marcho tras la prueba de los hechos incontrovertibles, los cuales, por su propia virtud, hablan más alto que la palabrería hueca e insustancial de los asalariados intelectuales de los latifundistas.

En artículos subsecuentes trataré otros aspectos de la grande hacienda, tan importantes como el que dejo expuesto, reservándome los siguientes artículos, que en breve publicaré bajo los títulos de: *El latifundio desde el punto económico, El latifundio bajo el concepto jurídico.*

LA SEPTIMA SINFONIA

POR JESUS VILLALPANDO

MIENTRAS cierta gente se preparaba para asistir, a las once de la mañana, otra se reunía, como en el memorable pasaje de "Il Piacere" de D'Annunzio, para escuchar la voz de ese dios olímpico que es Beethoven, quien, en la marmórea estructura de sus sinfonías, interpretó los temas todos de la pasión y de la belleza humanas.

Me referiré especialmente a la Séptima Sinfonía y dejo de comentar por ahora la Segunda, ejecutada en la misma audición por la Orquesta Sinfónica Nacional, pues de ella mucho se ha dicho en la última temporada de conciertos.

Parece imposible que en un cerebro humano se llegue a complicar, tan armónicamente, el sentimiento estético de la danza con el sentimiento estético del dolor y de la muerte.

Cabe preguntar: ¿La danza es, acaso, síntoma del dolor? ¿Acaso los griegos, amantes de la belleza de la vida, y para atenuar el dardo tenaz de la dolencia humana, física y moral, se refugiaron en el Arte como en el más bello templo donde se pueda sentir la tranquilidad del espíritu? ¿Acaso Beethoven recogió ese sentimiento helénico y en la Séptima Sinfonía quiso ahogar el dolor de su vida triste y el presentimiento de la muerte con los movimientos rítmicos de la alegría, que están sintetizados en la danza? De seguro que sí. Su oído, cerrado para los rumores de fuera, sólo escuchaba las voces interiores que emanaban de su dolor secreto, resignado y soberbio, y en esta sinfonía destiló el misterio de su vida, amalgamando, con el anhelo del placer, la mole poderosa del dolor.

Difícilmente obra alguna humana—y si acaso habrá que recordar a Laocoonte—haya sido parida—"Paries in dolore"—como la Séptima Sinfonía. Los temas se engarzan sinfónicamente y con armonía, desde el principio del "Poco sostenuto." Este tiempo empieza con tres acordes magistrales que dan, que sugieren el presentimiento de la muerte.... La muerte es la dominadora, la que preside toda la estructura musical del genio: se siente como un escalofrío, cual si estuviéramos a la vera del sepulcro y ya no hubiera para nosotros redención. Y, de pronto, surge el tema de la

danza, en cinco notas que ya no abandonarán jamás la obra maestra, modulándose gradualmente en todos los tiempos de la partitura, pasando por el "Allegretto," el "Presto" y hasta el "Allegro" final, como Ménades sollozantes que quisieran entrelazar sus brazos de muerte con el abrazo rítmico de las Gracias de Botticceli.

Ningún genio, excepto Sófocles, ha realizado el sentimiento de la tragedia de la vida, cual lo ha logrado Beethoven. ¿Sería posible alguna vez realizar en nuestra vida de espectáculo el que nosotros, alejados de la atmósfera de los genios, pudiéramos, en algún momento, por breve que fuese, reunir el espíritu dionisíaco de la danza que flota en la Séptima Sinfonía, con la aceptación de la muerte?.....

Esto sólo pertenece al espíritu wagneriano.....

Conocimientos Útiles

LA TEORIA DE LA RELATIVIDAD

POR L. BOLTON (°)

EL lector estará probablemente familiarizado con el método de determinar la posición de un punto en un plano, por sus distancias a dos ejes perpendiculares; y si el punto está en el espacio, por sus distancias a tres planos perpendiculares entre sí, como lo son las tres paredes de una caja cuadrada que convergen en una esquina. Este método se emplea también para expresar las relaciones entre varias cantidades por medio de gráficos o diagramas. Estos sistemas de ejes (este es el nombre que se da a las líneas perpendiculares) y las escalas que se emplean para medirlos, se suponen rígidos e indeformables, pues de otro modo no quedarían bien determinados los puntos o fenómenos referidos en ellos. Las longitudes que fijan un punto con relación a un sistema de ejes se llaman sus coordenadas.

Cuando estos sistemas de ejes se emplean para el estudio de fenómenos físicos, es preciso añadirles, además, unos relojes que precisen el tiempo en que ocurre un suceso determinado. Estos relojes deben estar sincronizados y tener la misma marcha; bástenos hacer constar que ambas cosas son posibles sin indicar cómo se logra su realización. Un sistema de ejes, con sus relojes, puede llamarse

---

(°) A principios de 1921, el señor Eugene Higgins, multimillonario de los Estados Unidos, ofreció un premio de $5,000 al que supiese vulgarizar, en menos de 3,000 palabras y sin el auxilio del lenguaje matemático, los fundamentos de la teoría de la relatividad.

Acudieron al concurso gentes de casi todos los países, hasta de las jóvenes repúblicas de Checoeslovaquia y Yugoeslavia y del Africa del Sur, y no faltaron tampoco artículos procedentes de naciones hispanoamericanas (Chile, México, Cuba).

Ha obtenido el premio de los 5,000 dólares L. Bolton, de Londres, con un artículo de 2,919 palabras, verdadera obra maestra de vulgarización.

un *sistema de referencia*, y podemos siempre suponer que todo observador dispone de uno de esos sistemas, que participa de su movimiento. Todos los objetos que participan del movimiento del observador pertenecen también a su sistema.

Se presenta la cuestión de si entre todos los posibles sistemas de referencia habrá alguno o alguna especie de sistema más a propósito que los otros para el estudio matemático de las leyes físicas. La experiencia debe contestar a esta pregunta, y la relatividad es una teoría que pretende dar la respuesta.

EL PRINCIPIO MECANICO DE RELATIVIDAD

Se ha afirmado que todos estos sistemas de referencia son igualmente adecuados para el estudio matemático de las leyes generales de la mecánica, siempre que su movimiento sea rectilíneo, uniforme y sin rotación. Este hecho está comprendido en el principio general que dice: "Todos los sistemas de referencia no acelerados son equivalentes para el estudio de las leyes generales de la mecánica." Este es el principio mecánico de relatividad.

Ha sido reconocido que las leyes de la dinámica envuelven dos suposiciones:

1.ª Las dimensiones de los cuerpos rígidos no son afectadas por el movimiento del sistema de referencia.

2.ª Tampoco son afectadas por igual causa las medidas del tiempo.

Es decir, que una longitud, medida en su propio sistema por dos observadores móviles, aparece la misma para los dos; o expresado de otro modo: que la longitud de un objeto y la marcha de un reloj no se alteran, cualquiera que sea el movimiento del observador. Parecen tan evidentes estas suposiciones, que cuesta trabajo convencerse de que no son más que hipótesis. Y en este caso, además, son falsas las dos.

EL PRINCIPIO ESPECIAL DE RELATIVIDAD

Aunque todos los sistemas de referencia, no acelerados, son equivalentes cuando se trata de estudiar leyes mecánicas, no ocurre lo mismo con las leyes físicas en lo referente a las anteriores suposiciones. Las leyes electromagnéticas cambian de forma con arreglo al movimiento del sistema de referencia; es decir, que si las suposiciones anteriores fuesen ciertas, los agentes electromagnéticos actúan de distinto modo, según el movimiento del sistema de referencia en que tienen lugar los fenómenos. No hay nada imposible en ello *a priori*, pero no se puede probar experimentalmente. El movimiento de cada punto de la tierra está cambiando de hora

en hora; pero tales cambios no ocurren en las acciones electromagnéticas. Debía, pues, haberse supuesto que, prescindiendo de aquellas suposiciones, desaparecería la dificultad y que las leyes electromagnéticas conservaban su forma bajo todas las circunstancias de movimientos no acelerados. De acuerdo con la teoría de la relatividad, la hipótesis correcta que reemplaza a aquellas suposiciones se deduce de los siguientes postulados:

1.° Un observador no puede determinar el estado de movimiento acelerado de su sistema por ningún experimento realizado dentro de su propio sistema.

2.° La medida de la velocidad de la luz *en el vacío* no es afectada por el movimiento relativo entre el observador y el foco luminoso.

Ambos postulados han sido comprobados experimentalmente. Una prueba del primero es la dificultad que experimenta el viajero de un tren parado en una estación junto a otro que empieza a moverse lentamente, para determinar si es su propio tren o el lateral el que se ha puesto en marcha. El viajero debe comprobar si ha sufrido una sacudida (es decir, una aceleración) o mirar un punto que sabe que está fijo, tal como un edificio (es decir, efectuar un experimento con algo que está fuera de su sistema) antes de decidirse en un sentido o en otro.

El segundo postulado es una consecuencia inmediata de la teoría ondulatoria de la luz. Del mismo modo que las ondas marchan en el agua con una velocidad independiente de la del barco que las formó, así las ondas luminosas marchan en el espacio con una velocidad que no guarda relación con la del foco que las dió origen. El hecho, sin embargo, ha sido comprobado experimentalmente, y puede demostrarse independientemente de cualquier teoría de la luz.

No es difícil deducir de estos postulados algunas conclusiones notables referentes a los sistemas de dos observadores, A y B, en movimiento relativo, y entre otras, las siguientes:

1.ª Los objetos del sistema B le parecen a A que se han acordado en la dirección del movimiento relativo.

2.ª La opinión es recíproca. B cree que las medidas del sistema A son demasiado grandes.

3.ª Lo mismo ocurre con los tiempos. Cada observador piensa que el reloj del otro marcha más lentamente que el suyo. Así, las duraciones del tiempo de B le parecen más cortas a B que a A, y recíprocamente.

4.ª Los sucesos que son simultáneos para A no lo son para B, y recíprocamente.

5.ª Las longitudes en ángulo recto con la dirección del movimiento no están afectadas por éste.

6.ª Estos efectos varían con la relación de la velocidad relativa

a la de la luz. Mientras más grande es la velocidad relativa, tanto mayor es el efecto. Dos efectos desaparecen si no hay velocidad relativa.

7.ª Para las velocidades corrientes los efectos son tan pequeños que no se perciben. Lo verdaderamente notable es su existencia y no su magnitud.

8.ª Similarmente los observadores aprecian de distinto modo las velocidades de los cuerpos de otros sistemas. La velocidad de la luz, sin embargo, aparece la misma para los dos observadores.

Teniendo en cuenta estos nuevos puntos de vista de longitudes y tiempos, el principio mecánico de la relatividad puede extenderse a las leyes de la Física del siguiente modo: "Todos los sistemas de referencia no acelerados son equivalentes para el establecimiento de las leyes generales de la Física." Expresado bajo esta forma, toma el nombre de Principio especial de la relatividad o Principio restringido de la relatividad, porque está restringido a los sistemas de referencia no acelerados. Naturalmente, las leyes de la mecánica clásica necesitan algunas modificaciones, desde el momento en que no son aplicables las hipótesis de la inalterabilidad de los tiempos y las longitudes.

EL CONTINUO DE CUATRO DIMENSIONES

Las longitudes y el tiempo, por lo tanto, no tienen el carácter absoluto que antes se les atribuía. Tal como hoy se nos presentan a nosotros, son sólo relaciones entre el objeto y el observador que cambian cuando cambia su movimiento relativo. El tiempo no puede ser considerado como algo independiente de la posición y el movimiento, y se nos presenta el problema de averiguar qué cosa es el tiempo.

La única solución posible es la de considerar a todas las cosas como existentes en un mundo de cuatro dimensiones: tres de ellas, las conocidas, anchura, longitud y espesor, y la cuarta, el tiempo. El término "espacio" es aplicable solamente por analogía a una región determinada; se le ha dado el nombre de "continuo," y la cosa análoga a un punto en el espacio ordinario de tres dimensiones ha recibido el nombre de "suceso." Bajo el nombre de "dimensiones" se conoce una de las cuatro cantidades independientes que fijan un suceso en el continuo. No es posible una representación mental del continuo; la naturaleza humana carece de las facultades necesarias para ello.

En este aspecto, los matemáticos gozan de una importante ventaja: no pueden representarse mentalmente las cosas de mejor modo que la demás gente; pero sus símbolos les permiten extraer las propiedades relevantes de las cosas y expresarlas bajo una for-

ma apropiada para ser tratada con exactitud, sin necesidad de representación gráfica alguna y sin preocuparse de si esas propiedades son o no aquellas en las que se apoyan otros para sus conceptos.

GRAVEDAD Y ACELERACION

La limitación de los principios fundamentales a los sistemas animados de movimiento uniforme no es completamente satisfactoria.

El verdadero concepto de una ley general parece ser opuesto a la idea de limitación. Sin embargo, las dificultades que se oponen al establecimiento de una ley que afecte a todos los observadores animados de movimientos, con diferentes y variables aceleraciones, son demasiado grandes. Las aceleraciones implican la existencia de fuerzas que tal vez destruirían la expresión de algún principio general de la dinámica, y, además, la manera de medir varillas y relojes sería tan extraña, que llegarían a dejar sin sentido palabras como "rigidez" y "tiempo medido," y, por lo tanto, excluiría el uso de escalas rígidas o de un sistema rígido de preferencia, base de las observaciones siguientes.

El siguiente ejemplo, tomado de Einstein, aclarará estas ideas e indicará, además, un modo de eludir la dificultad Se trata de un sistema rotativo; pero como la rotación es un caso particular de la aceleración, puede servir de ejemplo de cómo deben tratarse en general los sistemas acelerados. Como vamos a ver en seguida, la atribución de aceleración a un sistema es sólo un tablero del andamiaje, que puede ser separado cuando la teoría general haya tenido ulteriores desenvolvimientos.

Examinemos los experimentos que podría hacer un observador situado sobre un disco giratorio y sin medios directos de percibir esta rotación. Este observador referirá todos los fenómenos ocurridos en el disco a un sistema de referencia fijo en éste, y dotado, por lo tanto, de un mismo movimiento de rotación. Notará este observador, al pasearse por el disco, que él y todos los objetos que le rodean sufren la acción de una fuerza que tiende a separarlos de un cierto punto, y que se va aumentando con la distancia a ese punto, que no es otro que el centro de rotación, aunque el observador no lo reconozca como tal. El espacio del disco en cuestión presenta las propiedades características de un campo gravitatorio. La fuerza de este campo difiere de la debida a la gravedad en que tiende a alejar los objetos del centro, en vez de aproximarlos, y en que la ley de las distancias no es exactamente la misma; pero esto no afecta a las propiedades características de actuar sobre todos los cuerpos del mismo modo y de no poderse anular su acción sobre un cuerpo por la interposición de otro que sirva de pantalla. Un ob-

servador que conociese la rotación del disco diría que esa fuerza es la fuerza centrífuga, esto es, la fuerza debida a la inercia, que siempre hace actuar el cuerpo cuando sufre una aceleración.

Supongamos ahora que el observador permanece en el punto del disco en el que no se siente fuerza alguna, y que intenta encontrar la relación entre la longitud de una circunferencia con su centro en aquel punto, y un diámetro, midiendo ambas longitudes por las sucesivas aplicaciones de una reglilla graduada. Cuando esta reglilla se apoya sobre la circunferencia, está animada de un movimiento longitudinal respecto al observador, y estará sujeta a contracción según la opinión de éste.

Por el contrario, cuando se coloque radialmente, para medir el diámetro, no debe ocurrir esta contracción. La reglilla, por lo tanto, habrá de aplicarse más veces, relativamente, sobre la circunferencia que sobre el diámetro, y la relación entre estas magnitudes será más grande que 3.14159, que es su valor nominal. Sin embargo, la velocidad decrece a medida que nos acercamos al centro, y la construcción será tanto más pequeña cuanto menor sea el círculo, y la relación de la circunferencia al diámetro obtenido por esta experiencia se aproximará tanto más a su valor normal cuanto más pequeño sea el círculo considerado. Para círculos cuyo centro no esté en el punto de fuerza nula, la confusión será todavía más grande, pues las velocidades relativas al observador de los diversos puntos cambian al pasar de uno a otro. Toda nuestra concepción de la geometría queda, por lo tanto, desorganizada. La rigidez pasa a ser una palabra sin sentido desde el momento que los patrones con que puede ser comprobada están sujetos a alteración. Estos hechos se expresan diciendo que el espacio medido por el observador es "no euclidiano;" es decir, que en la región considerada los resultados de las medidas no están de acuerdo con el sistema de Euclides.

Igual confusión alcanza a los relojes. Dos relojes no marcharán, en general, del mismo modo, y un mismo reloj alterará su marcha cuando cambie su estado de movimiento.

EL PRINCIPIO GENERAL DE RELATIVIDAD

La región requiere para su estudio una geometría del espacio-tiempo, y es de observar que esta geometría especial está asociada a un campo gravitatorio definido; si este campo de gravitación deja de existir, por ejemplo, si el disco del ejemplo anterior queda en reposo, desaparecen todas las irregularidades de las medidas y la geometria de aquella región se convierte en geometría euclidiana. Este caso particular aclarará las proposiciones siguientes, que forman la base de esta parte de la teoría de la relatividad:

1.ª A cada campo gravitatorio está unido un sistema de geo-

metría; esto es, una estructura de espacio medible peculiar a aquel campo.

2.ª La masa de inercia y la de gravitación son una misma cosa.

3.ª Como en tales regiones fallan los métodos ordinarios de medida por la falta de fijeza de los patrones, es preciso que los sistemas geométricos sean independientes de cualquier género de medidas.

4.ª La geometría del espacio sin campo gravitatorio es la euclidiana.

La conexión entre un campo gravitatorio y su geometría particular, que nos ha sido así sugerida por el estudio de un caso especial, en el que la aceleración era la causa común, se extiende a todos los casos, cualquiera que sea la causa originaria del campo de gravitación.

El campo gravitatorio aparece en presencia de la materia. Supónese, por lo tanto, que la materia va acompañada por una geometría especial, como si gozase de la propiedad particular de producir una arruga o torcedura en el espacio, que hace inaplicables los métodos geométricos de Euclides; tal vez fuera más exacto decir que la geometría euclidiana es la forma especial adoptada por la geometría general cuando la materia no aparece o está tan distante que carece de influencia. La alteración del concepto de aceleración no es, después de todo, un cambio de punto de vista demasiado violento, pues que se supone que bajo algunas circunstancias el observador no se da cuenta de la aceleración. De lo único que se da cuenta es de la coexistencia del campo gravitatorio y de su geometría.

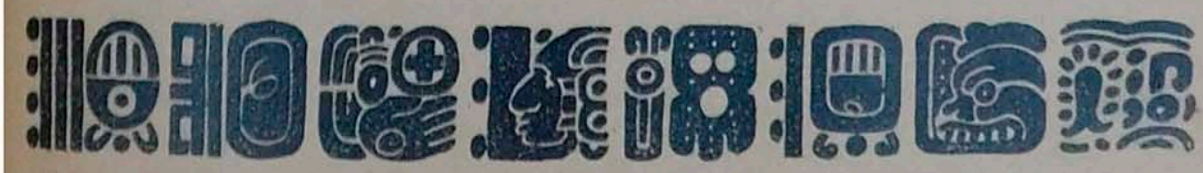
El intento de formar un sistema de geometría que no dependa de medición alguna parece, a primera vista, irrealizable. Sin embargo, ha podido formarse. Consiste este sistema en definir los puntos, no por sus distancias a líneas o planos fijos (puesto que esto envuelve la noción de medida), sino asignándoles números arbitrarios, a manera de rótulos indicadores, que no guarden relación alguna con distancias determinadas, del mismo modo que se fija la posición de una casa en una ciudad por el nombre de la calle y el número correspondiente. Si se hace esta rotulación de un modo sistemático y cuidando de que los números rótulos de dos puntos consecutivos difieran el uno del otro cantidades infinitamente pequeñas, puede llegarse a formar un sistema de geometría. Tal vez aparezca esto menos artificioso a nuestra mente si se recuerda que aun en el caso de poder utilizar patrones de medida necesitamos asignar números a las longitudes de los objetos para poder someterlos al cálculo, que es precisamente lo que se hace en este caso. Este sistema de rótulos lleva el nombre de *coordenadas gaussianas* por haber sido propuestas por el matemático Gauss

Las leyes de la Física deben ser formuladas mediante *coordenadas gaussianas* si han de tener toda su más amplia generalidad, y el principio general de la relatividad es que *todos los sistemas gaussianos son equivalentes para el establecimiento de las leyes físicas.* Con este objeto, el sistema de los rótulos no se aplica al espacio ordinario, sino al continuo espacio-tiempo de cuatro dimensiones. El concepto es bastante difícil y puede agravarse esta dificultad y convertirse en imposibilidad para los que esperen llegar a representárselo claramente. Afortunadamente esto no es necesario; se trata sencillamente de una de esas empresas irrealizables que intentan frecuentemente los que no están acostumbrados a pensar en símbolos.

Es de observar que entre todas las leyes de la Física ocupa un lugar preeminente la de la gravedad, pues ella es la que determina la Geometría, y ésta, a su vez, la que da forma a las leyes restantes. La conexión entre la Geometría y la gravitación es la ley de la gravedad. Esta ley ha sido estudiada y se ha llegado a la conclusión de que la célebre ley de Newton, de la proporcionalidad inversa al cuadrado de la distancia, es sólo aproximada, aunque esta aproximación sea la suficiente para poderla considerar como exacta cuando se estudian casi todos los movimientos de los cuerpos celestes situados dentro de los límites de nuestra observación. Como ya hemos dicho, la separación respecto del sistema de Euclides se acentúa con la rapidez del movimiento, y los movimientos de casi todos los cuerpos celestes son lo bastante lentos para no dar lugar a esa separación. En el caso del planeta Mercurio, el movimiento es lo suficientemente rápido para dar lugar a una irregularidad que en vano trataron de explicar los astrónomos y que ha sido explicada por la nueva y más general ley de la gravedad.

Otra consecuencia de esta ley es la de que la luz está sujeta a la gravitación. Esto ha dado lugar a dos predicciones, de las cuales se ha comprobado una. La otra está todavía sin confirmar, y son grandes las dificultades de las observaciones necesarias para ello.

Desde el momento en que la luz está sometida a la gravedad, dedúcese que la constancia de su velocidad, supuesta en la mayor parte de este artículo, no puede lograrse en un campo gravitatorio. No se trata de una incongruencia. La velocidad de la luz es constante durante la ausencia de la gravedad, condición que implica la existencia de un movimiento sin aceleración. El principio especial de la relatividad es, pues, un caso límite del principio general.



LA LEY DE CONSTANCIA VITAL SEGUN RENE QUINTON

POR A. R.

LAS teorías biológicas de René Quinton han tenido una aplicación terapéutica universalmente reconocida: las inyecciones de agua de mar, que producen tan asombrosos resultados para vigorizar el organismo decaído, resultados casi invariables en los casos infantiles, y algo menos, naturalmente, en los casos adultos.

Con todo, esas teorías biológicas, en sí mismas, son consideradas con cierta desconfianza por los especialistas, hombres reducidos al estudio o tratamiento técnico de dos o tres puntos concretos, a quienes infunde sospecha generalmente toda explicación vasta que ambicione abarcar el fenómeno total de la vida.

Pero el estudioso no puede dispensarse ya de conocer los trabajos de Quinton, primero porque todo está en todo y alguna parte de verdad ha de haber en hipótesis biológicas cuyas aplicaciones terapéuticas no fracasan; y después porque, en torno a tales estudios, se ha formado ya una atmósfera de cultura.

El sistema de Quinton, su interpretación de la vida—a que llega mediante un proceso complicado de supuestos y comprobaciones experimentales—queda resumido en la ley de constancia vital:

La vida animal, reducida a su último elemento, a su unidad —la célula viva—tiende a mantener, a través del tiempo y a pesar de todas las variaciones ambientes, las condiciones de su existencia primitiva.

Estas condiciones son: primera, medio acuático marino (el contenido de la célula es el agua de mar: en el mar se produjo la primera vida); segunda, concentración salina de 8 por 100; y tercera, temperatura de 44° centígrados.

Como se ve, la ley de constancia vital se funda en tres leyes parciales: primera, la ley de constancia marina; segunda, la ley de constancia térmica; y tercera, la ley de constancia osmótica y salina. Estas leyes, claro está, se realizan sólo como tendencias.

He aquí, pues, una idea que corrige, en un profundo sentido,

la antigua idea de la adaptación al medio. La vida se adapta al medio, sí, pero no como cosa maleable y plástica, sino como elemento combativo y terco que hace transacciones parciales, a fin de salvar, hasta donde puede, el mantenimiento del estado primitivo.

Esta noción procede de descubrimientos y nóciones anteriores, a los cuales, a su vez, da la congruencia que les faltaba. Y Quinton reconstruye así la historia de la vida:

La vida apareció en el Globo a una temperatura de 44 grados. Esta es la temperatura más favorable a los procesos vitales. Es también la más elevada que la célula animal tolera. En esta época pudieron aparecer los animales de sangre fría, los reptiles, cuya temperatura es exactamente la misma del ambiente.

Pero, en su lentísimo enfriamiento, la temperatura de la tierra bajó a 42°. Entonces los reptiles, equilibrados térmicamente con el medio, bajaron también a 42°. Y así, a medida que descienda la temperatura terrestre, descenderá la de los reptiles.

Y entonces aparecen los animales de sangre caliente. Ante el enfriamiento progresivo del Globo, la tendencia a la constancia vital produce un calentamiento progresivo de la sangre o jugo animal (agua marina). Y así aparecen nuevas especies, dotadas del poder de recuperar por sí el calor que el ambiente ha ido perdiendo.

Cuando, de 44°, la temperatura terrestre bajó a 42°, se produjo una especie capaz de calentar sus células a dos grados más que el medio ambiente: a los 44° primitivos. Cuando la temperatura baja a 40°, la especie anterior, que sólo puede calentarse a dos grados más, baja a 42°. Pero entonces se produce un nuevo organismo, capaz de elevar su temperatura a cuatro grados más que el ambiente, para lograr de nuevo los 44° primitivos. Y así, aparecen animales cada vez más calientes, en tanto que las primeras especies van decayendo con el enfriamiento sucesivo, y al fin perecen.

En efecto, la vida, con el frío, languidece. La vida quiere la actividad, y la actividad requiere calor. Cuando el animal no resiste el frío por su propio calor, se arrastra y vive como en sueños. De aquí el estado "hiberante," el sueño invernal que se apodera de ciertas especies. Ante el fenómeno de la "hiberación," Quinton tuvo el primer vislumbre de su teoría: "La vida—se dijo—no puede producir seres para que duerman. Esto es una enfermedad, una decadencia."

La hipótesis de Quinton exigía: primero, que los mamíferos y aves se escalonasen térmicamente según su orden de aparición en la tierra; segundo, que los más antiguos vertebrados de sangre caliente tuviesen una temperatura específica casi reptiliana; tercero, que la temperatura animal fuese creciendo a medida que nos

acercamos a las especies más recientes; y cuarto, que los organismos más recientes tuviesen una temperatura muy próxima a 44°. Cuando Quinton formuló su hipótesis, estos hechos no estaban aún demostrados. Posteriormente han quedado demostrados todos.

La hipótesis no puede ser más sugestiva y, desde luego, asigna a la inteligencia—orgullo del hombre—un papel secundario. La naturaleza produjo la inteligencia, y siguió adelante; y el pájaro es una creación más reciente que el hombre. Ya lo sospechábamos por su sobriedad y elegancia.

No es extraño que las mentes de orientación filosófica se hayan sentido atraídas por esta hipótesis, de la cual han sacado, algunos, curiosas consecuencias.

Jules de Gaultier, por ejemplo, en *La dependencia de la moral y la independencia de las costumbres,* dice: "La vida emplea todo su genio en ponerse al amparo de todo cambio, en construirse fortalezas para mantener la constancia de las condiciones que acompañaron a su génesis. El cambio no está en la vida. Hay que corregir a Spencer. El cambio está en los aparatos que la vida crea para mantener su propia fijeza. La fijeza domina la evolución. La fijeza es el principio, y la evolución el corolario. La inteligencia humana, que no es ya el producto último de la vida, sólo aparece como un procedimiento de constancia (medio transitorio de "calefacción") paralelo a los procedimientos directos que emplean otros organismos. La ética misma y el desarrollo de las sociedades pueden, finalmente, explicarse como una función del enfriamiento del Globo. Porque, como dice Raymond de Passillé, la moral aparece cuando la lucha contra el ambiente frío se hace ya tan ruda, que la humanidad, para continuar viviendo, debe modificar sus instintos al punto de refrenarlos. De aquí a explicar el Protestantismo y el Puritanismo como frutos de climas fríos no hay más que un paso. La teoría de los "deseos reprimidos," de Freud, resulta típicamente septentrional. Y la actividad excesiva de las razas del Norte es una defensa contra el frío (lo mismo que sus vocales cerradas y la pronunciación a boca abierta)."

Rémy de Gourmont que, con el grupo del "Mercure de France," ha contribuído tanto a propagar las teorías de Quinton, traslada así la ley de constancia térmica al terreno de la psicología: "Siempre había yo creído que la inteligencia humana se mantiene, a través de los siglos, invariable en su fondo y en sus poderes; pero no sabía cómo fundamentar esta creencia, cuando he aquí que los trabajos de M. Quinton vienen en mi auxilio. En cuanto quedó constituída la especie humana, sus posibilidades intelectuales quedaron establecidas y fijadas como su misma fisiología." Naturalmente, esto se aplica a la especie, no al individuo, que es capaz de determinado desarrollo. Además, hay que distinguir la facultad intelectual, constante, del contenido mismo de la inteli-

gencia, de las nociones, que son mudables. Y así como aparecen nuevas especies para nuevos esfuerzos térmicos, así piensa Gourmont que aparecen las nuevas razas. "Cuando ya la civilización egipcia supera las fuerzas de la inteligencia egipcia, aparece la inteligencia griega y produce el esfuerzo necesario; cuando la civilización griega desborda la inteligencia griega, he aquí que surge la inteligencia romana; cuando la civilización romana escapa ya a sus creadores, acude la inteligencia celtogermánica." Y de este modo el nivel tiende a mantenerse.

LA SALUD Y EL BUEN HUMOR

POR CAMILO MELINAU.

EL buen humor proviene, frecuentemente, del estado de nuestra salud, por lo cual debemos esforzarnos en conservarnos bien, teniendo en cuenta que la higiene es el comienzo de la paz. Debemos procurar por el buen estado de nuestro amor propio, porque la vanidad contrariada perturba las almas serenas. Igualmente debemos esforzarnos en ser simpáticos a nuestros semejantes, pues con frecuencia el buen humor es sólo la satisfacción de sentirnos queridos.

Pongamos orden en las cosas, en las ideas y en los actos; porque la confusión, el desorden y la incertidumbre destruyen el equilibrio y alteran el contento.

Cumplamos, en fin, con nuestro deber; porque el placer que produce la tarea realizada, es superior a todas las satisfacciones.

El mal humor es un cambio, un conflicto de tendencias, una fluctuación, como decía Spinosa. Hieren nuestro amor propio: conflicto entre el elogio que nos hacemos de nosotros mismos y el crédito que concedemos a la opinión del prójimo. Se nos señala con aversión: conflicto entre la fatuidad que nos conduce a creernos amables y la inquietud en que nos pone la experiencia de lo contrario. El desorden nos irrita, porque entre cosas o ideas mal clasificadas nos sentimos dudosos e inquietos. El remordimiento nos atormenta, porque es un conflicto entre el orgullo natural y la humillación que nos sugiere la conciencia de un acto malo. Así es que el mal humor dimana del desacuerdo con nosotros mismos.

Para hallar el contento, basta encontrar la unidad. No ejecutar más que sólo una cosa a la vez y entregarse a ella por completo, haciendo converger todas nuestras fuerzas en una acción física enérgica, para gustar en esa unidad el sentimiento de la potencia. Este es el secreto del buen humor.

HIGIENE DE LOS OJOS Y LOS OIDOS

L mayor cuidado debe tomarse con los ojos, puesto que son los órganos más delicados del cuerpo. En ninguna parte se puede notar con más evidencia la deterioración de la raza humana como en los ojos. Hace unos veinte años era cosa muy rara ver a una criatura o algún joven usando anteojos. Era considerado como una desgracia. Hoy día es tan común que no causa comentario alguno y ni siquiera llama la atención.

Los siguientes datos respecto al cuidado de los ojos ahorran mucho sufrimiento y malestar, siempre que se les tenga presentes:

1. No se han de usar nunca los ojos para trabajos que exijan forzar la vista, ni para leer, cuando estén cansados.

2. No se debe forzar la vista cuando la luz es débil o cuando deslumbra.

3. No debe sentarse uno frente a una luz fuerte, para trabajar; siempre que sea posible, la luz debe pasar por encima del hombro izquierdo, a fin de que caiga sobre la punta de la pluma, evitando, de esta manera, todo reflejo.

4. El estrabismo, el rodar los ojos o el mirar atravesado es muy perjudicial, puesto que afecta los nervios y músculos que los rigen.

5. No hay que mirar al sol cuando brilla mucho.

6. Después de una enfermedad grave, los ojos están débiles y, por consiguiente, deben usarse con mucho cuidado. No deben forzarse con trabajos muy delicados.

7. No hay que tratar de leer rótulos o anuncios a grandes distancias.

8. Consúltese a un oculista competente y que avenga él los anteojos, cuando sea necesario usarlos; pero nunca debe uno ponerse en manos de un empírico.

9. No es bueno ponerse a leer acostado en la cama. Esta costumbre es dañosísima, sobre todo cuando se hace de noche y está uno cansado, o en la mañana, antes de que los ojos se hayan acostumbrado a la luz.

10. La lectura en los trenes o en cualquier vehículo daña mucho los ojos por la constante vibración.

PARA FORTALECER LOS OJOS

Pocas gentes ponen cuidado a los ojos hasta darse cuenta de que están perdiendo la vista. Un medio excelente para fortalecerlos consiste en darles de vez en cuando baños de agua fría; no es éste el baño ordinario de esponja, y con los ojos cerrados, sino que se abren bien los ojos y se les tiene así por un minuto o más, en agua clara, limpia y fría. Esto se hace tomando una taza llena de agua y, teniéndola pegada a los ojos, se meten dentro de ella y se abren los párpados dos o tres veces. Esto los dejará limpios y frescos. Se secan después con una toalla suave.

El hamamelis diluído es bueno para aplacar la inflamación de los ojos, especialmente cuando se trate de los párpados.

CUERPOS EXTRAÑOS EN LOS OJOS

Para sacar algún cuerpo de los ojos, se baja el párpado deteniéndolo con el dedo. La irritación que resulta producirá un derrame de lágrimas que se llevará la substancia extraña.

Frecuentemente se quitan partículas pequeñas de los ojos cerrándolos apretados y sonándose fuertemente las narices.

La única razón por que las semillas de lino quitan algo de los ojos, es que hacen derramar lágrimas que se llevan las obstrucciones.

El dolor causado por la cal que cae dentro de los ojos, puede aliviarse por medio de un lavado con algún ácido, tal como el jugo diluído de limón o un poco de vinagre diluído en agua.

EL CUIDADO DE LOS OIDOS

Otro órgano delicado del cuerpo es el oído, del que no se puede abusar ni descuidarlo impunemente. Deben evitarse las enfermedades de los oídos, no sólo porque son muy dolorosas, sino porque a menudo se resuelven en sordera crónica o males del cráneo o del cerebro que suelen causar la muerte. El oído es un dón tan precioso, y los órganos delicados de él están tan estrechamente ligados con el cerebro, que deben protegerse con mucho cuidado contra todo daño.

Si se observan debidamente las indicaciones siguientes, se logrará evitar mucho malestar y sufrimiento:

1. Que no penetre nada frío al oído. Antes de zambullirse en agua para nadar, tápense los oídos con algodón. Nunca debe permitirse que el frío penetre en ellos. Que se protejan bien contra

los vientos fríos y corrientes. Si se pone algodón en los oídos, se debe quitar tan pronto como deje de ser necesario.

2. Muchas gentes tienen la costumbre de quitarse la cera de los oídos por medio de una horquilla, cucharilla de oído, alfiler o algún otro instrumento por el estilo; esto es muy peligroso. El tambor del oído es una membrana muy delicada y hay peligro de perforarlo o lastimarlo con tales instrumentos punzantes, y puede resultar la sordera o un oído imperfecto. Los médicos nos dicen que cuando el oído es saludable no es necesario quitar la cera, puesto que si no se toca se secará y desprenderá en forma de escamas.

3. La costumbre de dar tirones de orejas o manotazos sobre el oído, como castigo, bien puede causar una sordera permanente.

4. Ruidos fuertes cerca de los oídos pueden dañar el sentido auditivo. Empero, si se cierra la boca y se tapan los oídos, puede uno librarse de tal peligro.

5. Si el oído despide pus, o si debido a un catarro o a cualquier otra causa, el sentido auditivo se encuentra temporalmente alterado, debe consultarse a un médico. Del descuido en tales ocasiones puede resultar una sordera permanente.

ENSEÑANZA DEL HOGAR

POR ERCILIA DELTORCHIO.

BREVES NOCIONES SOBRE LO QUE DEBE SER UNA ALIMENTACION RACIONAL Y FORMA EN QUE DEBE EFECTUÁRSE SU ENSEÑANZA

L encarecimiento que han sufrido en estos últimos tiempos todos los productos destinados a la alimentación, hace que el ama de casa que cuente con un presupuesto reducido, se encuentre frente a un difícil problema, al tratar de procurar a los suyos una alimentación adecuada. Ninguna ocasión más propicia que ésta para revelar la necesidad de que se le procuren las nociones indispensables para que esté en condiciones de conciliar el presupuesto harto exiguo de que con frecuencia dispone, con una alimentación que, por satisfacer plenamente las necesidades orgánicas, nada deja que desear; bueno es que sepa, en los momentos en que se coloca fuera del alcance de su bolsillo un producto de gran valor nutritivo, que puede reemplazarse por diversas proporciones de otros que, desde el punto de vista económico, resulta más cómodo.

La mujer del campo, a quien la facilidad con que puede obtener la producción, en su propia casa y con escasos esfuerzos, de los alimentos que más han experimentado los efectos de esa crisis económica de que hablábamos (leche, huevos, manteca, queso, carne) la coloca en situación privilegiada, tiene también el mayor interés en la adquisición de esas nociones, ya que, la mayoría de las veces, no conoce el gran valor nutritivo de los productos que poco o nada le cuestan y está convencida, en muchos otros, de que es imposible nutrirse bien si no se ingiere una fuerte proporción de carne. Carne en el desayuno, carne en el almuerzo y carne en la cena, tal es el régimen alimenticio del habitante de nuestra campiña.

Es necesario, pues, hacer comprender al ama de casa, en una forma práctica y sencilla, los importantes principios en que se funda una alimentación racional; enseñarle la composición de los diversos alimentos; darle a conocer lo que representa para el organismo cada uno de esos elementos constitutivos y demostrarle en qué proporciones deben ingerirse para que las necesi-

dades orgánicas resulten satisfechas. Lejos de mí la idea de que debe ella calcular, antes de la preparación de cada comida, lápiz en mano, la cantidad de gramos de cada uno de los productos que utilice para alcanzar la proporción deseada de albuminoideos e hidrocarburados. No, nada de eso. Lo que se pretende es que sepa que esos dos principios desempeñan importante papel en el organismo; que no es posible, por lo tanto, suprimir ninguno de ellos en una alimentación racional, y que no es en absoluto indiferente la proporción de uno y otro que se ingieran.

Con una enseñanza que tiene por base la confección de platos simples y nutritivos, combinados, en la preparación de cada menú, de una manera racional, se pondrá a la futura ama de casa en posesión de esos importantísimos principios. Fácil será hacerle comprender que el cuerpo se gasta y se renueva constantemente, que pierde calor por el trabajo que realiza, por los mismos movimientos que ejecuta y, en virtud de la ley de irradiación, por el que de continuo despide. Los alimentos proporcionan, al mismo tiempo que el combustible que al quemarse en el cuerpo constituirá esa fuente de calor tan necesaria, los elementos que, por intermedio de ese importante vehículo que es la sangre, repararán las pérdidas que sufren los tejidos. Responden, pues, los alimentos a un doble fin: 1.° subvenir a las pérdidas de calor experimentadas por el organismo; 2.° reparar el desgaste incesante de los tejidos.

Es indudable que esa pérdida de calor y ese desgaste varían considerablemente de un individuo a otro, dependiendo de diversos factores como son la edad, el estado de actividad o de reposo y la naturaleza del trabajo que se ejecute. Se consideran, teniendo en cuenta esas diversas circunstancias en que pueda encontrarse el individuo, tres clases de raciones: la de entretenimiento o conservación, que corresponde al individuo en reposo; la de crecimiento, que es la que se debe proporcionar al niño hasta su completo desarrollo, y la de trabajo, que es la que satisface las necesidades de un individuo en actividad, ya sea ésta muscular o intelectual. Fácil es comprender, por lo que se refiere a estas dos últimas, que deben estar de acuerdo, la primera, con el período de crecimiento, y la segunda con la naturaleza del trabajo que se realice.

En cualquiera de estas raciones intervienen, en proporciones variables, distintas clases de alimentos: albuminoideos, cuaternarios o nitrogenados, destinados a asegurar la reparación de los tejidos; hidrocarbonados y grasas, a las cuales está reservado el aprovisionamiento de la energía necesaria. Además de estos principios que acabamos de nombrar, debemos agregar el agua, que constituye las dos terceras partes del peso total del cuerpo, indispensable en la elaboración de todos los líquidos del organismo, y las sales minerales, tales como los fosfatos de potasa y de cal, clo-

ruro de sodio y otras, elementos esenciales de los tejidos y líquidos de nuestro cuerpo.

En la ración alimenticia, todos esos principios deben figurar en proporciones tales que las necesidades del organismo queden satisfechas.

Las investigaciones realizadas por médicos e higienistas han llegado a las siguientes conclusiones: Un hombre adulto, de 65 a 70 kilogramos de peso, debe ingerir: 80 gramos de albúmina, 50 de grasas y 300 de hidrocarburados. Estas proporciones corresponden a la ración de un individuo en reposo; para el mismo, en actividad, es necesario aumentar la cantidad de albuminoideos hasta 120 gramos; la de grasa hasta 56 y la de hidrocarburados hasta 300, proporciones que habría que reforzar aún si se tratara de un trabajo muy activo.

En cuanto a los principios minerales, hay que tener en cuenta que diariamente se eliminan, término medio, 25 gramos, cantidad contenida en los diversos alimentos que se ingieren.

Por lo que se refiere al volumen en que deben ofrecerse los alimentos, puede decirse que debe ser tal que dé la sensación de saciedad.

Como se deduce claramente de los datos que acabamos de exponer, las proporciones de hidrocarburados que deben ingerirse son, aproximadamente, tres veces y media a cuatro mayores que la de albuminoideos. Esta proporción entre unos y otros elementos, que constituye lo que se llama relación nutritiva y nos obliga a ingerir por cada gramo de albuminoideos cuatro de hidrocarburados, debe ser tenida muy en cuenta en el cálculo de cada ración, si se ha de hacer alimentación racional. Los albuminoideos que están en exceso, según esa relación, no se aprovechan: son eliminados; fueron ingeridos, pues, inútilmente. Pasa con ellos lo que en el eudiómetro cuando se introducen dos volúmenes de hidrógeno y dos de oxígeno; un volumen de este último queda como sobrante después de que se ha efectuado la recomposición de los dos gases para formar el agua.

¿Qué se gana, pues, con introducir fuertes dosis de alimento si las proporciones de los elementos que los constituyen no guardan esa relación nutritiva que las investigaciones de médicos e higienistas nos han revelado? Fácil es deducir, de lo que acabamos de exponer, lo desastroso del régimen alimenticio del habitante de nuestra campaña que, a base de carne, o exclusivamente carnívoro, no ofrece, al lado de una proporción inútil por lo exagerada, de albuminoideos, más que en cantidades reducidas los principios hidrocarburados. Reduciendo la dosis de carne, agregando algunos farináceos, frutas y verduras, se obtendría una alimentación más digerible, más agradable y, sobre todo, más racional.

Estudiemos ahora la composición nutritiva de los principales alimentos, ya que ese convencimiento es necesario para combinarlos en las comidas a fin de obtener, de una manera aproximada, la relación nutritiva que tanto interés hay en aplicar, no sólo por lo que representa fisiológicamente, sino también por lo que desde el punto de vista económico reporta.

Carne de vaca.—En 100 gramos de ésta figuran 76 a 77 de agua; 20 a 21 de albúmina; 1 a 2 de grasa. Además, una pequeña proporción de sales minerales; en particular, cloruro de sodio y fosfato de cal.

Carne de aves.—Contiene de 18 a 20% de albúmina.

Caldo.—Tal como se le prepara generalmente está lejos de poseer el gran valor nutritivo que se le atribuye; pero es siempre un gran estimulante de la secreción de los jugos digestivos, lo que demuestra la necesidad de tomar la sopa.

Pescado.—Debe mencionarse por ser grande su riqueza en fósforo, además de la buena proporción de albuminoideos que ofrecen. Algunos son muy ricos en materias grasas, los que resultan, casi siempre, muy indigestos.

Crustáceos y moluscos.—Nutritivos por la proporción de albúmina que ofrecen; pero, en general, de difícil digestión.

Leche.—De gran valor nutritivo, sobre todo cuando es posible tomarla cruda, pues la ebullición a que se le somete para esterilizarla, al destruir los gérmenes patógenos, destruye también los fermentos, cuyo papel es tan importante en los actos digestivos. La composición de 1,000 partes de leche es la siguiente: 875 de agua, 35 de materia grasa, 35.5 de caseína, 46 de azúcar, 7.5 de sales. Estas proporciones son las que corresponden a la leche de vaca, que es la más utilizada en la alimentación. El simple examen de esos datos nos revela que están comprendidos en ese alimento todos los principios requeridos por la alimentación, figurando los albuminoideos en forma de caseína; los hidrocarbonados están representados por el azúcar y la materia grasa por la crema.

Queso.—Alimento muy rico en principios albuminoideos, representados por la caseína coagulada, contiene también, aunque en pequeñas proporciones, principios grasos e hidrocarbonados, dependiendo en gran parte, los que ofrezca de estos últimos, de la clase de producto de que se trata.

Manteca.—Debe su valor nutritivo casi exclusivamente a la presencia de la substancia grasa; de ahí que procedamos de la manera más lógica cuando la agregamos al pan, y, sobre todo, cuando no olvidamos cubrirla de una capa de miel, jalea o una confitura cualquiera, pues de esa manera, en una forma tan agradable como sencilla, reunimos todos los elementos que hemos considerado necesarios en una alimentación racional.

Albuminoideos, representados por el gluten.

Hidrocarbonados, representados por el almidón y el azúcar, contenida en fuerte proporción, en la miel, jalea o confitura.

Grasas, representadas por la manteca.

Huevos.—Su composición es la siguiente: la clara que representa el 59% del peso total del huevo contiene: 85% de agua y 12% de albúmina; la yema, el 29% del peso total, está constituída por 40% de grasa y 16% de albúmina. La materia grasa contiene, sobre todo, lecitina; la albuminoidea se caracteriza por su riqueza en fósforo, ofreciendo también cierta proporción de hierro.

Vegetales.—En éstos predominan principios ternarios o hidratos de carbono sobre los albuminoideos, constituyendo una de sus características la presencia de la celulosa, substancia no asimilable. Algunos contienen proporciones apreciables de grasas y de sales minerales.

Legumbres.—Debemos dividirlas en farináceas y acuosas. Las primeras comprenden: los granos de las leguminosas y los tubérculos farináceos.

Las leguminosas representan, por su composición, un alimento casi completo, sobre todo si los granos se reducen a puré, pues despojados de su envoltura, su grado de digestibilidad aumenta.

La composición de los más usados es la siguiente:

COMPONENTES	Judías	Lentejas	Arvejas	Habas
Agua	15.00	12.5	8.90	16.0
Albúmina	26.09	25.0	25.90	24.4
Almidón	48.80	55.7	59.60	51.5
Grasa	3.00	2.5	2.00	I.5
Celulosa	2.80	2.1	3.60	3.0
Sales	3.50	2.2	3.00	3.6

Como se deduce de la observación del presente cuadro, cualquiera de las leguminosas estudiadas ofrece una proporción de albuminoideos más rica que la carne, por lo que pueden reemplazarla con grandes ventajas, máxime si se considera la presencia de abundantes hidrocarbonados, que no se presentan más que en cantidades insignificantes en aquélla. Por eso, en un régimen vegetariano, el empleo de esos productos es en absoluto indispensable.

Tubérculos farináceos.—De éstos, el más usado en la alimentación es la patata. Se caracteriza por una fuerte proporción de hidrocarbonados, representados por la fécula. La proporción de albúmina y materia grasa es escasa. Su composición, aproximadamente, es la siguiente: 70 a 80% de agua; 20% de fécula. La

gran riqueza en hidrocarbonados que nos ofrece este tubérculo, lo hace apto para completar el valor nutritivo de platos ricos en albúmina; por eso, las variadas preparaciones a que se presta se sirven muy acertadamente con otras, en que el elemento predominante está representado por la carne.

Legumbres acuosas.—Pertenecen a éstas las zanahorias, los nabos, el salsifí, etc. Su riqueza en sales minerales las hace en extremo recomendables en la alimentación. Su proporción de agua es considerable, no conteniendo albúmina ni grasa, y ofreciendo sólo muy reducidas cantidades de hidratos de carbono.

Legumbres herbáceas.—Tampoco ofrecen gran valor nutritivo, siendo recomendable su uso en la alimentación, como en el caso anterior, por la presencia de las sales minerales. Las ensaladas, las acelgas y las espinacas pueden considerarse comprendidas en este grupo.

Frutas.—Su riqueza en azúcar, que varía de 5 a 15%, les comunica un gran valor nutritivo.

Algunas de ellas se caracterizan por cualidades nutritivas especiales: las castañas, por ejemplo, ricas en principios amiláceos; las almendras y las nueces, que ofrecen hasta un 60% de materias grasas.

Cereales.—Uno de los más empleados es el trigo, cuya principal aplicación es el pan, que ofrece, considerada una cantidad de 100 gramos, 50 de hidrocarbonados, representados por el almidón y 7 de materias azoadas o sea el gluten. Los 43 gramos restantes corresponden al agua, a las sales minerales y a la substancia grasa.

El gran valor nutritivo que gracias a esta composición, ofrece el pan, se acrecienta cuando está bien masticado. De otra manera, la ptialina, que tan favorablemente actúa sobre el almidón, iniciando la acción química que ha de transformarlo en azúcar, no tiene tiempo suficiente para dejar sentir sus efectos, circunstancia que impone al estómago la realización de un trabajo excesivo, puesto que debe desenvolver por completo una acción a la que sólo le corresponde dar término.

Empleado en la confección de pastas es también el trigo muy nutritivo, ganando con el huevo y manteca, que se utilizan en esas preparaciones, lo que le falta de albúmina y grasa.

Arroz.—Sobrepasa a todos los cereales por la fuerte proporción de hidrocarbonados que ofrece; por eso es tan grande su valor nutritivo cuando se le prepara con leche y huevos.

Tanto o más útil que el conocimiento de la composición de cada uno de los alimentos, que acabamos de detallar, es el de la forma en que debe preparárseles, a fin de que su valor nutritivo no desmerezca, y si es posible se acreciente. Todos conocen las ventajas que existen en introducir la carne en agua hirviendo cuando se

quiere que conserve sus jugos y la de sumergirla en agua fría cuando lo que se desea obtener es un buen caldo.

La coagulación de los principios albuminoideos de la capa externa, en el primer caso, origina la formación de una película impermeable que impide la salida de los jugos del interior. Es por eso también que en la preparación de un asado se empieza por comunicarle fuego muy vivo al principio, a fin de que se endurezca con rapidez la superficie externa e imposibilite la pérdida de los principios nutritivos.

Esta última es una de las mejores formas en que puede ofrecerse la carne. Las frituras y guisados que con ellas se preparan, son, casi siempre, indigestas; la alta temperatura que necesitan el aceite o la manteca para llegar a la ebullición, endurece totalmente las fibras y, en esas condiciones, se hace difícil y hasta imposible, la acción que han de ejercer los jugos digestivos para transformar los alimentos en principios asimilables y, por lo tanto, útiles al organismo.

En cuanto a los vegetales, y tratándose de las leguminosas, diremos que la preparación que permite utilizar mejor su valor nutritivo es el puré. Cuando se aprovechan esas farináceas secas, deben sumergirse en agua la noche anterior. De esta manera la albúmina o legúmina, se disuelve y los principios feculentos se desagregan. De más está el advertir que tanto para el remojado como para el cocido debe hacerse uso del agua dulce; el agua de pozo contiene con frecuencia carbonatos y otros compuestos de cal que, unidos a determinados principios que encierran las legumbres, originan la formación de principios insolubles que dificultan el reblandecimiento de las mismas.

Como se va haciendo demasiado extenso este trabajo, que no debe ser más que un breve resumen, terminaré con esto la serie de consejos y observaciones motivadas durante el desarrollo de las lecciones prácticas, en las que el hecho más sencillo requiere y tiene su explicación, exigiéndola hasta la manera de pelar una papa, que debe hacerse con cuidado si no quiere perderse la parte más rica en fécula, que es la que está más cerca de la cáscara.

Bizcochos de papas.—Cocidas éstas, se pasan por un tamiz o se utiliza el pasador de papas. Se agrega leche hasta formar un puré que se condimenta con sal, pimienta y nuez moscada, y que se ablanda después con yemas de huevo, manteca y claras batidas en nieve. En un molde enmantecado, se deja cocer en el horno alrededor de media hora.

Para la elección de este plato, cuya preparación es tan sencilla, encontré varias razones. En primer término, su gran valor nutritivo, pues están representados en él todos los elementos que hemos considerado indispensables en una alimentación racional: la fécula de las papas nos ofrece una fuerte proporción de hidro-

carbonados; la leche y los huevos nos procuran los albuminoideos; la manteca, la substancia grasa. Un simple cálculo aritmético, a base de un cuadro que nos ofreciera con exactitud la composición de cada uno de los elementos empleados, nos revelaría cuánto nos acercamos en ese plato a la relación nutritiva que médicos e higienistas tanto aconsejan. Utilizando agua en vez de leche, y reduciendo la proporción de huevos en el caso de que escasearan estos productos, constituiría siempre un precioso complemento en las comidas, en las que se hará acompañar a los platos de carne.

En segundo término, lo preferí a otros, porque utiliza elementos que, en la campaña, el ama de casa tiene al alcance de su mano y poco o nada le cuestan.

En tercer término, porque puede considerarse como plato tipo, del que es posible derivar la preparación de muchos otros. Reemplazando el puré de papas puede emplearse el de cualquiera de las leguminosas y como en ese caso se aumenta considerablemente la proporción de albuminoideos por la riqueza en legúmina que aquéllas nos ofrecen, puede reducirse la cantidad de leche y huevos.

Pueden considerarse también, como derivados de éste, los deliciosos bizcochos de sémola, de arroz con leche y de harina de papas, preparados con azúcar, que constituyen un alimento tan sano para los niños y que son excelentes postres cuando se sirven en las comidas.

Papas a la duquesa.—Para cuatro personas se utilizan seis papas. Peladas y cortadas en el sentido longitudinal, se dejan cocer durante veinte minutos. Una vez escurridas, se meten dentro del horno a fin de hacer más rápida la evaporación de la humedad. Se retiran cuando están secas, se pasan por el tamiz o el pasador de papas y, agregándoles una cucharada de manteca, se remueven sobre el fuego con una espátula de madera. Después de cinco minutos se separa la cacerola del fuego y se agrega un huevo entero, que se mezcla bien al conjunto. Unos minutos más sobre el fuego y la pasta está pronta para ser distribuída en la forma que se desee sobre una placa aceitada, utilizándose para esta operación una manga de tela provista de un pequeño embudo metálico, idéntica a la que se emplea en la fabricación de las bombas. Recubiertas con huevo batido, quedan preparadas las papas para ser puestas en el horno.

Huevos a la aurora.—Dejarlos cocer diez minutos en agua hirviendo, no olvidando la precaución de darles vuelta continuamente, a fin de que la yema quede en el centro. Pelarlos y dividirlos en dos partes en el sentido longitudinal. Trabajar la yema con una espátula, agregando tres cucharadas de salsa blanca y una cucharada de conserva de tomate. Con la pasta que de esa manera

se obtiene se rellenan las claras, que se disponen sobre un plato, en el que se ha vertido de antemano la salsa blanca. Polvoreando cada huevo con yema en polvo (que se ha reservado), se coloca sobre cada uno un pedacito de manteca. Así preparados se ponen al horno unos minutos.

Gateau trois quarts au chocolat.—Pesar los huevos que van a utilizarse según el tamaño que se quiera dar al bizcocho y tomar el mismo peso de azúcar y de harina. Trabajar bien esa mezcla hasta que caiga en cintas. Verterla en un molde amantecado y ponerla al horno unos 10 minutos. Puede decirse que está cocida cuando, introduciendo en ella una aguja de hacer medias, sale seca y bien caliente. En este momento se hacen fundir, para un bizcocho de dos huevos, dos barras de chocolate con una buena cucharada de manteca. Con este baño se cubre el bizcocho una vez que esté bien frío.

Gateau plumcake.—Para un bizcocho de aproximadamente medio kilo, se necesitan: 150 gramos de harina, 150 de azúcar, 150 de manteca, 3 huevos enteros, 100 gramos de pasas de Corinto y 50 de frutas secas.

Se empieza por trabajar la manteca con una espátula de madera hasta convertirla en pomada. Después se agrega el azúcar poco a poco, y de la misma manera los huevos y la harina. Entretanto, se han hecho hervir las pasas y las frutas secas con un vaso de ron. Se envuelven en harina, una vez fría, y se mezclan al todo. Se llenan con esta masa los tres cuartos de un molde enmantecado, que se expone al calor de un horno moderado durante veinte minutos o media hora.

Bombas.—Hacer hervir un cuarto de litro de agua, a la que se han agregado una pulgarada de sal y dos de azúcar. Fundir en la misma, 100 gramos de manteca e incorporar de una sola vez 126 gramos de harina tamizada, operación ésta que debe tener lugar fuera del fuego para evitar la formación de grumos. Hecho esto, se vuelve a colocar la cacerola sobre el fuego, removiendo la pasta siempre con una espátula de madera. Está preparada cuando no se adhiere a los dedos. En este momento se van incorporando uno a uno, fuera del fuego, cuatro o cinco huevos enteros, cantidad que depende de la consistencia que ofrezca la masa. Se llena con ésta la manga provista de un embudo y se procede a depositarla en pequeños montículos sobre la plancha del horno u otra previamente aceitada. Por medio de un pequeño pincel o de un manojo de plumas se humedece cuidadosamente la masa así distribuída y se cubre con una ligera capa de azúcar. La cocción exige de 10 a 15 minutos de horno moderado.

Retiradas del horno las bombas, se cortan cuidadosamente por uno solo de los lados, se rellenan con la crema cuya prepa-

ración indicamos en seguida, y se cubren con azúcar impalpable o se bañan con "fondant."

Crema para rellenar las bombas.—Batir en una "terrine" 100 gramos de azúcar, una cucharada de harina, un huevo entero y dos yemas. Agregar un cuarto de litro de leche hirviendo y dejar cocer sobre el fuego muy lentamente. Si se desea, puede incorporársele cacao o chocolate disuelto.

Genoise.—El molde que se utiliza para este bizcocho tiene la forma de un cilindro muy bajo, midiendo aproximadamente 15 centímetros de diámetro por 5 o 6 de alto. Se empieza por batir dentro de agua caliente, a fin de acelerar la operación, 100 gramos de azúcar con 3 huevos enteros, hasta que la pasta se sostenga en el batidor, al levantarlo y caiga en cintas. Agregar entonces 100 gramos de harina en forma de lluvia, agitando activamente la masa con una cuchara de madera e incorporando en seguida 60 gramos de manteca que se ha hecho fundir lentamente. Verter esta preparación en el molde previamente enmantecado, y someterla al calor de un horno moderado durante 20 o 25 minutos.

Frío el bizcocho, se retira del molde y se divide en dos mitades por un corte horizontal. Hecho esto se separa con delicadeza una porción del centro, que se reemplaza con dulce de leche o con la crema, cuya preparación indicaremos. Colocadas una sobre otra las dos partes, se recubren los bordes del bizcocho con una confitura de damasco u otra que hemos tenido la precaución de calentar y ablandar con un poco de agua, a la que se adhiere una capa de almendras peladas y picadas muy finamente. Sólo nos falta decorar con crema la capa superior de nuestro bizcocho, para lo que emplearemos la manga, que ya hemos utilizado en la preparación de las bombas y de las papas a la duquesa.

Crema empleada en la decoración de la Genoise.—Agregar a 100 gramos de azúcar, 25 de harina y 2 yemas, trabajando bien esta mezcla, a la que se incorpora un vaso de leche hirviendo, que se ha aromatizado con vainilla. Puesta esta preparación sobre el fuego, batir continuamente, retirándola cada vez que la ebullición se inicia, hasta que esté bien lisa y se mantenga adherida al batidor. Una vez tibia se le agregan, poco a poco, 250 gramos de manteca, batiéndose bien el conjunto. Esta crema debe estar completamente fría en el momento de ser utilizada.

LO QUE ES LA GIMNASIA LLAMADA ESPECIALMENTE "GIMNASIA RITMICA" EN SUS RELACIONES CON EL BAILE Y LA GIMNASIA COMUN

POR SAMUEL CHAVEZ.

ASUNTOS:

Introducción.—I. El ritmo, formación fundamental de todo cuanto existe.—II. El movimiento como base del ritmo, el baile y la gimnasia rítmica.—III. Ejercicios de gimnasia rítmica.—IV. Formación de cuadros plásticos.—V. Exposición sintética de los ejercicios que componen cada una de las lecciones explicadas en el libro titulado "Méthode de Jaques Dalcroze. Gymnastique Rythmique."

Referencias: The Eurhytmics of Jaques Dalcroze, Introduction by profesor M. F. Sadler University of Leeds London. Constable and Company Ltd. 10 Orange St. Leicester Sq. WC.—Méthode Jaques Dalcroze--Gymnastique Rythmique, París, 18, Rue de Bondy, Sandoz Jobin & Cie. Editeurs.

Para la palabra "Ritmo" véase el diccionario inglés de Oxford y el Wesbester "International Dictionary."—Para las palabras "ritmo," "simetría," véase el diccionario enciclopédico "Le Larousse pour tous."—Para la significación de ῥυθμός el diccionario greco-francés de Bailly.

INTRODUCCION

Muchas personas consideran que gimnasia rítmica es la simple ejecución de movimientos, aprendidos por imitación y realizados al són de la música; pero la propia significación de gimnasia rítmica es una especialización, derivada de los conceptos generales de gimnasia y de ritmo. La gimnasia rítmica, enseñada por su insigne fundador Jaques Dalcroze, se realiza ejecutando movimien-

tos rítmicos según una simultánea representación mental de esos movimientos. Esta es la acepción que yo considero al hablar de gimnasia rítmica.

Refiriéndome de un modo especial a la gimnasia estética, caracterizada por el hecho de que es una gimnasia simultáneamente mental y física, con razón es llamada música de la plástica, pues los conjuntos plásticos que realizan los que practican debidamente esta gimnasia, son verdaderamente bellos y por consiguiente armónicos. Justamente, habiendo tenido la gran satisfacción de haber contemplado yo personalmente, así como otras muchas personas, bellísimos ejercicios de gimnasia rítmica admirablemente realizados en un instituto de gimnasia rítmica (HELLERAU en Dresden-Alemania), edificado especialmente para las enseñanzas del insigne creador de esta gimnasia, Jaques Dalcroze, yo que antes y ahora he sentido tendencias vocacionales por la arquitectura y las artes plásticas, encontré, así como en general los que han visitado esa institución, una íntima relación entre el arte que descubre esa gimnasia rítmica llamada propiamente música de la plástica, y las artes especiales, denominadas artes plásticas.

Habiendo yo comprendido entonces la gran trascendencia del estudio práctico de esa gimnasia por el hecho de que sus ejercicios son verdaderamente educativos por la adquisición de hábitos de desarrollo de coordinación de actividades mentales, del sentimiento y de la voluntad, me sentí impulsado vivamente para hacer un estudio analítico, a fin de tener la comprensión clara de lo que es la gimnasia rítmica, y he confirmado que la práctica debida de esta gimnasia desarrolla hábitos que demuestran prácticamente el proceso para la mejor organización de todo aquello en que el hombre puede intervenir.

I

EL RITMO, FORMACION FUNDAMENTAL DE TODO CUANTO EXISTE

El ritmo se encuentra en todo lo que existe en la naturaleza y se manifiesta con una variedad infinita de formas. El ritmo, en general, es una armonía o correlación de partes, y una composición de arte se manifiesta por una repetición regular de rasgos semejantes. Un ritmo cualquiera se caracteriza por "disposiciones simétricas o de coordinación de agrupaciones," o sea por "disposiciones de partes semejantes, dispuestas de un modo semejante en un conjunto." El ritmo es la "armonía resultante de ciertas combinaciones y proporciones regulares." En todas las cosas, en la naturaleza, en el espacio y en el tiempo, esencialmente se produce el fenómeno de una reaparición o repetición periódica de motivos o sea de elementos que, por esa repetición semejante, resultan rítmicos, tendiendo todo ello a la formación de un conjunto. En griego,

ritmo (ῥυθμός) significa movimiento arreglado y medido, medida, cadencia, proporciones regulares, ordenamiento simétrico, justa medida y en cierto modo, forma, género, carácter.

La reaparición periódica o repetición caracteriza toda formación rítmica, y el movimiento rítmico se manifiesta en todo cuanto nos rodea, pues todo cuanto nos rodea importa formaciones rítmicas. Lo rítmico como movimiento arreglado, como proporción regular, como ordenamiento simétrico, como justa medida, es armónico; pero hay que tener en cuenta que las distintas partes de un conjunto cualquiera se relacionan entre sí de distintas maneras, y si bien entre las diversas relaciones de las partes de un conjunto siempre encontraremos que una o varias de ellas son rítmicas, sucede generalmente que además de esas relaciones especiales rítmicas y por consiguiente armónicas, existen, en general, otras relaciones que, desde otro punto de vista, no son rítmicas ni armónicas entre sí. Lo rítmico es una relación especial y entre los mismos elementos de un conjunto coexisten relaciones rítmicas con otras que no lo son. La relación especial llamada rítmica se caracteriza, como hemos dicho, por disposiciones simétricas, o sea armónicas, o de coordinación de agrupaciones, tendiendo todas ellas a un mismo fin. Son disposiciones de partes semejantes dispuestas de un modo semejante en un conjunto.

II

EL MOVIMIENTO COMO BASE DE RITMO. EL BAILE Y LA GIMNASIA RITMICA

Siendo el ritmo la armonía resultante de ciertas combinaciones y proporciones regulares (ahí se encuentra la justa medida, el género, el carácter), toda formación rítmica significa proporción desde el punto de vista que se considere entre elementos rítmicos. El ritmo en general, o sea esa proporción rítmica, se manifiesta en los movimientos de todo cuanto nos rodea, así como en los movimientos que nosotros mismos hacemos y en los movimientos de todos los seres vivientes: se percibe claramente en los movimientos de marcha, en el baile, en los ejercicios de gimnasia y en otros muchos movimientos; pero ni la simple gimnasia, ni la marcha común, ni los ejercicios de baile constituyen lo que especialmente se denomina gimnasia rítmica.

Aunque los ejercicios de la gimnasia común siempre son rítmicos, y el baile está formado con movimientos rítmicos, lo que se llama especialmente "gimnasia rítmica" tiene por base este hecho fundamental: Cuando al mismo tiempo que se hace un ejercicio, o sea una experiencia física de movimientos corporales, se representa uno mentalmente esos movimientos y se tiene así una percepción clara de la sucesión y duración de las formas de los movi-

mientos que se ejecutan en relación simultánea con su ejecución, se experimenta lo que se llama el sentido rítmico. Los ejercicios gimnásticos son llamados especialmente de gimnasia rítmica cuando simultáneamente, al ejecutarlos, uno se los representa en sus relaciones temporales, o sea de tiempos de duración de los diversos movimientos elementales que forman el conjunto y en las relaciones especiales o plásticas, o sea relaciones de forma de esos movimientos.

La imagen de las proporciones del tiempo de duración, simultáneamente con la ejecución de los movimientos, determina el sentido rítmico del tiempo o sea el sentido rítmico musical. Imaginar las proporciones del tiempo, simultáneamente con la percepción de las actitudes y de la amplitud de los movimientos que los ligan entre sí, determina el sentido rítmico de la extensión o sea de la forma plástica.

La gimnasia rítmica es una gimnasia de coordinación de las sensaciones de los movimientos que se ejecutan con la percepción del ritmo de esos movimientos. Es preciso que las proporciones de los elementos del ritmo que forman los movimientos se perciban con toda claridad al efectuar éstos. De no ser así, si se hace, por ejemplo, un ejercicio rítmico de baile aprendido sin formarse simultáneamente la imagen de la estructura del ritmo que se ejecuta, este ejercicio no se podrá llamar gimnasia rítmica por bien ejecutado que parezca.

Un ejercicio rítmico bien estudiado es altamente educativo, pues es un ejercicio de coordinación de la inteligencia con el sentimiento y con la voluntad. Jaques Dalcroze dice que no se deberá pensar jamás que sea mejor para un alumno imitar los ejercicios que otros están haciendo, y que debe tenerse presente que si tal cosa fuere hecha, el discípulo, que debiera entender el ritmo musical, acaba por confundirse y desalentarse, porque si la mente pierde el poder de seguir el proceso del *trabajo,* es muy difícil que lo vuelva a adquirir otra vez.

Un distinguido educador y profesor de música me ha dicho: "En el baile se aprenden movimientos (pasos de vals, de mazurka, etc.) que se repiten sin relacionarlos conscientemente con la composición musical que se escucha; y por esto, diversas composiciones se bailan en la misma forma." "En la gimnasia rítmica los movimientos se agrupan y repiten traduciendo el ritmo de la composición musical que se interpreta. La ejecución de la gimnasia rítmica constituye, por sí sola, una composición; es una verdadera creación del que la ejecuta. Resulta así enteramente personal y original la interpretación de una composición musical. Al contrario de lo que pasa en el baile, una misma composición será interpretada de distinta manera por cada persona. La forma de interpretación depende

de la impresión que la composición musical produce en el individuo y es esencialmente espontánea.

En el baile, tal como se ejecuta por la mayoría, los movimientos están relacionados sólo genéricamente con la composición musical por el ritmo del compás, y generalmente no interpretan el ritmo especial de la composición, pues no es común que se sienta ni se interprete ésta debidamente porque no se hacen estudios especiales para percibir con detalle el ritmo de dicha composición musical. En la gimnasia rítmica los movimientos se relacionan íntimamente con el ritmo de la composición musical.

Aprender por simple imitación solamente capacita para ejecutar lo que se ha aprendido, en tanto que el que interpreta conscientemente el ritmo de una composición, podrá interpretar otras por sí mismo. Debemos agregar que excepcionalmente profesores de baile llamado estético saben impresionar a sus alumnos con el ritmo especial de la composición que enseñan; sólo en ese caso sus enseñanzas se relacionan con las de la Gimnasia Rítmica.

III

EJERCICIOS DE GIMNASIA RITMICA

Comprender facilita la ejecución; pero es difícil darse cuenta, si no se procede convenientemente. Los movimientos de que nos damos cuenta claramente y que dependen de nosotros mismos, los podemos realizar fácilmente. Th. Ribot lo explica así: "Siendo la inteligencia una correspondencia, un ajuste continuo de relaciones internas a relaciones externas, y bajo su más alta forma, un ajuste perfectamente coordinado, la coordinación de esos estados de conciencia implica la de los movimientos que los expresan." Es verdad que al tratar de ajustar con claridad en nuestra mente las relaciones internas con las externas, o sea el tratar de desarrollar nuestra conciencia con la percepción inteligente de lo que nos rodea, es, a veces, bastante difícil. Con respecto a determinados asuntos, no tener el hábito ni los conocimientos relativos, o tener conocimientos imperfectos o deficientes, o prejuicios que rutinariamente nos impulsan, o no tener la persistencia y serenidad necesarias para vencer los obstáculos que no nos permiten ver con claridad, todo ello nos determina mayores dificultades para poder razonar debidamente.

Cuando oportunamente comprendemos algo que nos interesa, este hecho nos determina gran satisfacción y el sentimiento se estimula con esa comprensión. Entonces nos sentimos impulsados para vencer dificultades, a fin de comprender o habituarnos a comprender mejor. Hay que observar, por otra parte, que la falta de

oportunidad en la comprensión, puede determinar la imperfección o la falta relativa de ajuste entre lo interno y lo externo.

Cuando se logra realizar el ajuste entre las relaciones internas y las externas, o sea realizar ese *ritmo mental,* necesariamente resultante de ese ajuste continuo, disposición simétrica, ordenamiento o coordinación, entonces se experimenta una satisfacción que puede ser muy grande. El sentimiento se deriva del ritmo mental. La doctora Montesori dice: "Ninguna emoción es tan fecunda para el hombre como la emoción intelectual." "El que realiza un descubrimiento rico en consecuencias, experimenta ciertamente el mayor de los goces humanos; pero el que *comprende,* sencillamente tiene un goce superior." Hay que observar cómo los niños se complacen ejecutando ejercicios de gimnasia rítmica; la percepción inteligente de los movimientos rítmicos, o sea la asociación mental de esos movimientos, facilita su ejecución y les produce grande satisfacción.

Orientación general.—Percepciones determinando tendencias que pueden contribuir para darnos cuenta de los ritmos hermosos y experimentar el placer "eurítmico." Haciendo conveniente y persistentemente ejercicios rítmicos que se tratan de comprender, se desarrollan percepciones mentales determinando *tendencias* que contribuyen para experimentar el placer que se llama *eurítmico.* Este es el placer determinado por los ritmos hermosos. Euritmia significa ritmo hermoso. Un ritmo hermoso no es simplemente un ritmo externo que se comprende, sino el ritmo mental que resulta del acuerdo de nuestras *tendencias* (que son internas) con un ritmo externo. Acuerdo determinado por el hecho de que comprendemos este ritmo externo y su relación concordando con nuestras tendencias. Las tendencias, modo y medios personales de acción, son lo que fundamentalmente caracteriza a un sér humano; y todo sér se nos manifiesta como un conjunto de ritmos en movimiento, formando un ritmo completo. La relación concordante entre un ritmo externo y nuestras tendencias, determina un ritmo de conjunto, del cual formamos parte. En cambio, cuando no comprendemos las relaciones de un ritmo externo con la naturaleza en su conjunto, lo encontramos opuesto a nuestras tendencias, y esto tiende a determinar un desequilibrio en nosotros. El mayor adelanto y satisfacción de un sér consciente, está determinado por el mayor desarrollo en él de ritmos armónicos, con los ritmos fundamentales del desarrollo universal.

Orientaciones concretas.—Cómo una gimnasia realizada en forma conveniente, facilita su comprensión, con lo que se experimenta gran satisfacción al ejecutarla. La gimnasia rítmica, o sea la gimnasia a la vez inteligente y corporal, o gimnasia simultánea del cuerpo y de la mente, es verdaderamente educativa; desarrolla percepciones mentales, tendencias y energías, para realizar ritmos

con la base de su clara comprensión. Su realización en esta forma, material, inteligente y vigorosa, entusiasma, determinando el placer llamado "euritmia." Por esta razón a esta gimnasia se le llama *euritmia*. Es una gimnasia de movimientos ajustados entre sí convenientemente. Realiza ritmos mentales, combinados con ritmos materiales que se ejecutan individualmente. Esos ritmos resultan naturalmente relacionados con todos los ritmos generales de la naturaleza; por lo que la práctica de esa gimnasia hace comprender el ritmo universal, y nuestra cooperación para la armonía del conjunto que nos rodea.

La base fundamental para la práctica de la gimnasia rítmica es el perfeccionamiento de los medios físicos que faciliten la destreza y la precisión en la ejecución de los movimientos rítmicos, determinando a la vez la claridad de la percepción mental de estos mismos movimientos, al ejecutarlos. Eso se logra con ejercicios gimnásticos de experimentación, los cuales sirven: Primero, para vigorizar y equilibrar los órganos; segundo, para estimular la percepción de las duraciones relativas de los movimientos que se ejecutan, o sea para estimular la percepción de las proporciones del tiempo, y tercero, para estimular simultáneamente la percepción de las formas de dichos movimientos, o sea de su desarrollo en el espacio. Así se forma la conciencia del ritmo del movimiento y se estimula la conciencia del ritmo musical. A la percepción de los tiempos de la duración de los movimientos que se ejecutan, se le llama percepción de las relaciones de los tiempos; y a la percepción de las formas y desarrollo de esos movimientos, se le llama percepción de las relaciones del espacio.

Para desarrollar la percepción de las relaciones del tiempo y del espacio, no son suficientes ni la gimnasia que se hace sin fijarse en los tiempos de duración de los movimientos y acentuaciones de los mismos, ni tampoco los ejercicios de baile. Hay que hacer ejercicios físicos apropiados, ejecutando a compás, o sea a intervalos regulares de tiempo, movimientos con los pies, los brazos o cualquiera parte del cuerpo, periódicamente repetidos y acentuados; cuidando conscientemente de la coincidencia de los movimientos que se coordinan en el ejercicio, con las agrupaciones rítmicas cuya coordinación realiza una composición. Las unidades del compás se marcan: Mentalmente. Con movimientos (llevando el ritmo de la composición con una parte del cuerpo y el ritmo del compás con otra parte del cuerpo). Contando con los movimientos regulares de un metrónomo. Con sonidos acentuados periódicamente, en una pieza musical que se escucha, se recita o se canta. Comúnmente el compás (que siempre es una dirección o una guía) se marcará, aun cuando sólo sea mentalmente, o por cualesquiera de esos otros medios, para regularizar los movimientos del ejercicio. Se acentuarán periódicamente algunos de los movimientos de cada ejer-

cicio, fijando para ello nuestra atención en los movimientos especiales que corresponden a las unidades del compás que deben ser fuertes (las que indicadas en la escritura del mismo ejercicio, hay que imaginar en las interpretaciones). Quedarán marcadas por contraste, clara y periódicamente, con relación a los movimientos acentuados, todos los otros movimientos no acentuados de ese ejercicio. Guiándose por las orientaciones generales, pero proponiéndose entender y retener en la mente la comprensión de cada estructura rítmica, se logrará estimular la representación rítmica mental de las proporciones del tiempo y del espacio, simultáneamente con la ejecución de los movimientos, lo que conduce a desarrollar conscientemente el sentido rítmico del movimiento.

Los principiantes pueden hacer ejercicios de gimnasia rítmica interpretando, con movimientos de los pies, los valores de los tiempos y de acentuación de las notas, siguiendo la escritura de ejercicios sencillos, pudiendo aprovechar, para hacer esas interpretaciones fáciles de realizar, la escritura de ejercicios de solfeo o de música, compuestos para los que comienzan a practicar la lectura musical.

Las notas negras, así como todas las otras notas que representan tiempos de menor duración que el que representa una negra, se interpretan dando un paso por cada nota, el cual debe ser más o menos rápido, según la duración mayor o menor de la nota de que se trate. La nota blanca se interpreta dando un paso y haciendo una inflexión; la blanca con puntillo, con un paso y dos inflexiones; la redonda, con un paso y tres inflexiones. En general, un puntillo se interpreta haciendo una inflexión. Las pausas se representan con actitudes que resultan de la suspensión de movimientos. Se realizan propiamente los movimientos con la rapidez que corresponde a los tiempos de duración que expresan las notas de la escritura, llevando el compás, por ejemplo, con los brazos. Las duraciones de las notas realizadas con otros movimientos del cuerpo, se determinan por comparación, con la duración de las unidades del compás. Estas son las orientaciones generales; pero cada trozo musical hay que interpretarse comprendiendo la coordinación especial de los elementos que lo forman y no procediendo nunca por rutina ni por simple imitación. Debe tratarse de que el alumno por sí mismo se dé cuenta de cada frase musical, no olvidando lo que dice Jaques Dalcroze: "El alumno que simplemente hace por imitación lo que otro está haciendo, está perdido, pues pierde el proceso de la interpretación y es muy difícil que lo pueda encontrar otra vez."

Los detalles concretos generales que sirven de base para realizar las interpretaciones de la gimnasia rítmica, se encuentran definidos muy claramente en las descripciones de los muy interesan-

tes ejercicios del libro de Jaques Dalcroze, fundador, pocos años hace, de la gimnasia rítmica.

Para facilitar el estudio de una interpretación rítmica según la escritura musical, hay que tener en cuenta: primero, que una pieza musical es una composición formada con combinaciones de duraciones, o sea de tiempos marcados con sonidos de distintas alturas, siendo, además, algunos de ellos, fuertes o sea acentuados; segundo, que para definir una formación rítmica que interpreta sonidos por medio de movimientos, no habría inconveniente en considerar todos los sonidos iguales entre sí, o sea de igual altura, pues los elementos del ritmo formado con movimientos, sólo interpretan las duraciones y las acentuaciones. Hay que tener en cuenta, además, que un ritmo compuesto solamente con movimientos que representan duraciones y acentuaciones realizadas con la ejecución vigorosa de esos movimientos, produce una impresión muy interesante, sobre todo para el que lo ejecuta, aunque ese ejecutante no perciba sonidos de diversas alturas. La forma rítmica, realizada sin considerar las alturas de los sonidos y suponiendo un solo sonido siempre de la misma altura que se produce sucesivamente con la fuerza o vigor que indican las acentuaciones y con las duraciones marcadas en la escritura, determina una muy clara PERCEPCION DE RITMOS DE TIEMPOS Y ACENTUACIONES, que son fundamentales en las composiciones musicales.

La satisfacción que se siente al estudiar los ritmos de las composiciones musicales, según la escritura, sin tener en cuenta las diversas alturas de los sonidos, se experimenta mejor después de haber realizado algunos ejercicios que nos inicien prácticamente en este género de interpretaciones.

No habrá inconveniente al estudiar la interpretación con movimientos de un ritmo, según la escritura musical, en que el alumno, sin tener en cuenta la altura de los sonidos indicados en esa escritura, emita vocal y ocasionalmente sonidos cualesquiera de diversas alturas, siguiendo el ritmo de las duraciones y acentuaciones, para que la interpretación resulte más variada. Esto no determinará desventaja para el principiante, por la entonación especial definida de antemano, determinando la subordinación de la percepción del ritmo de los tiempos y acentuaciones a la percepción de la entonación. La entonación produciéndose espontáneamente, la atención fundamental al ritmo de duraciones, no se pierde, puesto que la atención se subordina a la percepción del ritmo de las duraciones y no la percepción de ese ritmo fundamental a las entonaciones.

Excelentes ejercicios para la percepción del ritmo, llevando movimientos de compás con una parte del cuerpo y realizando simultáneamente con otra parte del cuerpo otros movimientos que formen ritmos (que podrán, cuando sea del caso, ser inventados

por los alumnos) se pueden realizar, por ejemplo: marcando con el brazo izquierdo el compás y con el derecho golpeando simplemente sobre una mesa. Estos ejercicios pueden aprovecharse ventajosamente para que los alumnos, escribiendo los ritmos que ejecuten, aprendan cómo se representan con caracteres musicales (1).

En un ritmo complexo que se escucha o que se sabe de memoria, formado con duraciones y acentuaciones producidas con sonidos de diversas alturas, las duraciones o acentuaciones, o sea propiamente la parte rítmica fundamental de la composición, queda íntimamente ligada a la combinación armónica de sonidos de diversas alturas, formando el ritmo de conjunto. Ese ritmo complexo es la composición musical propiamente dicha, en la que la combinación de sonidos diversos que la forman es como el colorido del ritmo de la duración. Este colorido nos impresiona tan vivamente, que la parte rítmica fundamental comúnmente no se puede percibir en sí misma con claridad, en su forma y estructura esencial. Una composición musical que se escucha, tiende a fijarse en la memoria, necesariamente con su colorido o sea con la combinación de los sonidos que nos impresionan vivamente. El ritmo fundamental de las duraciones queda asociado íntimamente al ritmo de la combinación de sonidos de alturas diversas, formando la melodía. Esta asociación comúnmente determina que el ritmo fundamental o de las duraciones y acentuaciones se retenga en la memoria, sin la comprensión de su estructura, pues este ritmo se retiene como una imagen colorida, de la que no concebimos poder desprender fácilmente ese color; y así impresionados, no sentimos sino muy excepcionalmente, tendencia alguna, ni facilidad para darnos cuenta del ritmo propiamente dicho, pues la impresión de los sonidos diversos dificulta nuestra percepción. Ahora bien; la percepción mental de la estructura rítmica es esencial para realizar un ejercicio de gimnasia rítmica, pues que, sin esa percepción, no se realizan los movimientos rítmicos inteligentemente, sino automáticamente, por imitación o por simple memorización de ellos. Para evitar la ejecución del ritmo en esa forma, que es de baile y no de gimnasia rítmica, y para facilitar la percepción de la estructura rítmica, o sea de las combinaciones de duraciones y acentuaciones de movimientos que corresponden a las notas de la escritura, hay que hacer estudios prácticos especiales. Estos consisten en interpretaciones rítmicas con movimientos, sin distraerse con los soni-

---

(1) El compás que se realiza con el brazo izquierdo es conveniente llevarlo en forma simétrica de como se llevaría con el brazo derecho. En efecto, cuando se lleva el compás de cuatro tiempos, simétricamente con los dos brazos, se puede hacer así: Primer tiempo, bajando los dos brazos; segundo tiempo, cruzando los brazos; tercer tiempo, separándolos horizontalmente; cuarto tiempo, subiendo simultáneamente los dos brazos.

dos, no fijando la atención fundamentalmente sino en las duraciones y acentuaciones; esto es, sin considerar sonidos, considerándolos todos de igual altura, o produciéndolos espontáneamente a cualquiera altura. Se intercalarán periódicamente, entre estos ejercicios fundamentales, otros ejercicios de interpretación rítmica, de otras composiciones, realizándolas con movimientos, según la simultánea impresión mental de combinaciones de duraciones, acentuaciones rítmicas y sonidos que se escuchan de diversas alturas.

Debiendo darnos cuenta de la estructura rítmica de las composiciones que tenemos que interpretar, nos será más fácil lograrlo atendiendo a la escritura musical, para la ejecución de los ejercicios gimnásticos de dificultades progresivas que hay que hacer; pero esto, sobre todo para los niños, sería una complicación, si se tratara de considerar desde luego las entonaciones que representan las notas de la escritura; en tanto que si, para interpretar la escritura musical con movimientos, solamente se consideran las duraciones que expresan las formas de las notas, esto lo harán fácilmente aun los niños pequeños, guiados por un hábil profesor. Son muy interesantes como práctica para la apreciación rápida de valores relativos de las notas y como estudio de interpretaciones de notas ligadas entre sí, formando una nota de mayor duración, los ejercicios con movimientos relacionados a combinaciones rítmicas formadas con notas ligadas de distintos valores (redondas, blancas con puntillo, blancas, negras o corcheas): primero, realizando, según el caso, cuatro movimientos o cuatro conjuntos de movimientos, equivalentes cada movimiento o conjunto de movimientos a una negra, para interpretar una nota redonda; tres movimientos o conjuntos rápidos, para interpretar una blanca con puntillo, dos para interpretar una blanca; uno para interpretar una negra, y uno más rápido para interpretar una corchea, cuidando, en todo caso, de marcar oportunamente con los movimientos, la acentuación que se indique en la escritura. Segundo, haciendo estos movimientos anteriores con una parte del cuerpo, por ejemplo con los pies, y simultáneamente con otra parte del cuerpo o con enunciaciones, marcando cada conjunto de notas de la combinación rítmica que, representada como una unidad, se trata de interpretar con un solo movimiento o una enunciación.

Sonidos de diversas alturas caracterizan, entre otras cosas, la música que escuchamos; la gimnasia, en general, la concebimos como una sucesión de ejercicios para determinar un desarrollo y adquirir una habilidad. La gimnasia rítmica tiene que hacerse ejecutando persistente y conscientemente movimientos rítmicos, a fin de producir un desarrollo rítmico de nuestro organismo y de nuestra mentalidad, capacitándonos para percibir e interpretar inteligentemente los ritmos del movimiento y darnos cuenta del ritmo

universal. Cuando se ha aprendido a interpretar con movimientos el ritmo de los tiempos de duración de las notas de una composición musical, se podrá producir fácilmente el ritmo, con las propias entonaciones de las notas de la escritura, tocándolo en un instrumento "pneumaphono," o en un instrumento musical cualquiera, provisto de un ajuste "pneumaphono" y esto se podrá hacer aun no teniendo conocimientos previos relativos a las alturas de los sonidos de la escala musical.

IV

FORMACION DE CUADROS PLASTICOS

Los ejercicios progresivos de interpretaciones rítmicas de composiciones musicales en forma de gimnasia, hechos individualmente, o sea por cada alumno, de los que forman un grupo trabajando simultáneamente, conducen, según los procedimientos de la gimnasia rítmica, a la concepción estética de formaciones rítmicas de conjuntos plásticos. Jaques Dalcroze, en su "Método de Gimnasia Rítmica," enseña, con el nombre de movimientos lentos o de marchas lentas (véase lección XVIII de su método), una serie de actitudes y movimientos estéticos de expresión simbólica que se pueden aprovechar y que sugieren otras actitudes plásticas expresivas, utilizables en la composición de conjuntos plásticos.

Los cuadros plásticos sucesivos, formados por una agrupación de personas en movimiento, o bien una sucesión de actitudes diversas de una sola persona que efectúa movimientos diversos, correlacionados todos esos movimientos y actitudes en uno y otro caso, inteligente y sentidamente, con la sucesión de los sonidos, unos vigorosamente acentuados, otros tenues y otros de una intensidad media, siendo todos esos sonidos los elementos componentes de una armoniosa y expresiva composición musical, que se escucha, todo ello, en conjunto bien combinado, produce un efecto muy agradable y nos impresiona. Esos cuadros formarán un sólo ritmo, según las definiciones en que hemos convenido, y ese ritmo de conjunto, si son varias personas las que lo forman, estará compuesto de diversos rítmicos, cada uno de estos ritmos tanto más interesante y expresivo cuanto mejor ejecutado, comprendido y sentido sea por el que lo ejecuta. En ese conjunto todo se relaciona, todo conduce a un fin, que es la correlación armoniosa de todos los elementos. De ahí que esa tendencia de todos los elementos es variada en sus manifestaciones y armoniosa a la vez. Variada precisamente, porque los que ahí trabajan realizan ritmos especiales formando el suyo cada cual, en una posición especial y con elementos que son diversos de los que emplean los otros, pero a la vez armoniosa porque todos

están animados del deseo predominante de correlacionar sus ritmos armónicamente para fórmar un conjunto que sea hermoso.

Para poder llegar a ese resultado es necesario que los organizadores de este trabajo conciban previamente un plan general, que al enseñar su realización, completarán y detallarán modificándolo cuando convenga para su mejor efecto. Este plan general estará basado en la consideración de la clase de elementos (fundamentalmente las personas) con los que se cuente para hacerse el trabajo, teniendo en cuenta las condiciones de esas personas. Cada persona, trabajando según el plan general y en conjunto con los demás, tendrá necesariamente que desarrollar un ritmo enteramente especial, determinado por la labor que especialmente tiene que hacer y por sus condiciones características personales; pero tendiendo a cooperar para el mejor resultado del ritmo del conjunto. De ahí que es verdaderamente interesante la conveniente EDUCACION de aquellos que tienen que realizar ritmos de conjunto, pues trabajan a la vez individual y colectivamente. Hay que considerar, como base, este modo de educación, a fin de que cada cual realice consciente y sentidamente su labor. En suma, cada individuo dedicado especialmente a su labor tiene que comprender la labor del conjunto, esto es, la labor de los demás, y un educando que trabaja en esta forma como elemento asociado con sus compañeros, podrá ser capaz luego de definir, organizar y dirigir satisfactoriamente una labor de conjunto.

Sucede a menudo en las organizaciones sociales que los que las dirigen y los que en detalle desarrollan funciones parciales, proceden simplemente por imitación o al acaso, sin concentrar su atención para formarse el concepto claro de la correlación necesaria que hay que buscar para la ideación y desarrollo satisfactorio del conjunto. Esa concentración de atención hay que practicarla siempre para obtener el hábito. En la vida práctica es imperioso obrar oportunamente; pero hay que tratar de conciliar la acción oportuna con la coordinación necesaria evitando los errores o la servil imitación, que se manifiesta por la rutina. Esta se evitará necesariamente si se tiene la clara comprensión del asunto de que se trate, de lo que es y de lo que debe ser según las circunstancias especiales. Esa comprensión clara se desarrolla en la práctica, no procediendo superficialmente. Cuando se resuelve cada problema, si se tiene debidamente en cuenta todo esto, la solución no será rutinaria, ni disparatada y satisfará los justos anhelos por alcanzar lo bueno y lo bello.

Ahora bien: si falta la práctica y los conocimientos necesarios adquiridos por el hábito de pensar correlacionando todas las ideas para proceder en la forma más conveniente, ¿qué hacer? Hay que hacer lo que se crea mejor, pero poniendo todos los medios posibles sin sacrificar ninguno y sin flaquear por ningún motivo, para des-

arrollar nuestra comprensión y los hábitos de acción que nos conduzcan a mejores resultados, lo mismo si se trata de componer bellos ejercicios de conjunto de gimnasia rítmica, que si se trata de organizar cosas mucho más difíciles en la vida.

V

Exposición sintética de los ejercicios que componen cada una de las lecciones de Gimnasia Rítmica de Jaques Dalcroze, tratando de explicar el objeto fundamental de cada uno de ellos. (Véase "Méthode Jaques Dalcroze.—Gymnastique Rytmique.—Sandoz. Jobin & Cie., editeurs.—28, Rue Bondy, París").

Primera serie de ejercicios

Como base del equilibrio y oportunidad en las estancias y movimientos que constituyen las interpretaciones rítmicas: *Ejercicios rítmicos generales de gimnasia para vigorizar los órganos,* con el fin de realizar eficazmente, al interpretar los valores musicales, el equilibrio y la oportunidad en las estancias y movimientos.

Observaciones

Todos los movimientos rítmicos implican estancias, o sea permanencias en un lugar, y movimientos. Simplemente al andar, alternativamente cada pie permanece en una posición o estancia, en tanto que el otro se mueve para cambiar de estancia o posición.

Segunda serie de ejercicios

Ejercicios realizando con los pies conscientemente movimientos y estancias a compás, o sea realizando movimientos y estancias regularmente destacadas, y mental y materialmente correlacionadas, formando combinaciones de agrupaciones de movimientos sucesivos o coexistentes, marcadas por la acentuación.

Observaciones

Las estancias, o permanencias en lugares sucesivos, se agrupan formando series. Cada serie se relaciona con alguna de las estancias que la componen material o mentalmente acentuada. Estos ejercicios se ejecutan haciendo la descomposición de los valores musicales que hay que realizar.

Los valores musicales se representan en cada ejercicio por estancias, sean o no acentuadas, con el vigor del movimiento que precede a cada estancia. Las estancias están ligadas y destacadas a

la vez por medio de los movimientos que las unen y las marcan. Cuando se lleva el compás con el movimiento de un brazo, la mano *debe llegar*, sea abajo, sea a la derecha, sea a la izquierda o arriba, en el *momento mismo* en que el tiempo comienza y debe quedar en esa estancia o posición durante un tiempo de duración del compás. Los cambios de estancia se verifican en ese caso con movimientos rápidos. (Véase las "Reglas generales para llevar el compás," página 10. Método de Jaques Dalcroze.)

Tercera serie de ejercicios

Ejercicios especiales de respiración en los que las espiraciones y las aspiraciones representan valores musicales.

Cuarta serie de ejercicios

Ejercicios realizando con los pies conscientemente movimientos y estancias a compás, acompañadas de movimientos rítmicos de los brazos y la cabeza, esto es, realizando así movimientos y estancias regularmente destacadas y mental y materialmente correlacionadas, formando combinaciones de agrupaciones de movimientos sucesivos o simultáneos, marcadas por la acentuación.

Quinta serie de ejercicios

Ejercicios de independencia (ejecuciones complexas) *llevando simultáneamente con dos partes del cuerpo, dos ritmos diversos con movimientos independientes uno de otro,* o sea realizando ejercicios rítmicos de independencia de los miembros.

Sexta serie de ejercicios

Ejercicios de libertad o empleo ocasional de las distintas partes del cuerpo para realizar los movimientos y estancias rítmicas, con el objeto de desarrollar la voluntad espontánea.

Séptima y octava serie de ejercicios

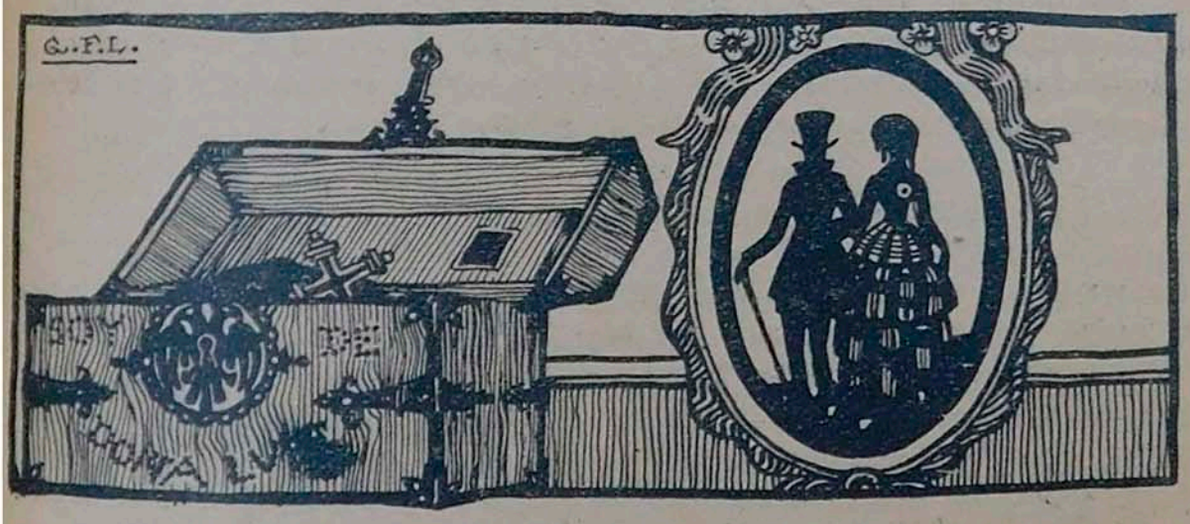
Ejercicios especialmente tendientes a que el alumno lleve un ritmo no sólo con movimientos, sino también mentalmente, aun sin ejecutar los movimientos: (a) (VII). *Ejercicios de detención* accidental, en la sucesión de las estancias y movimientos rítmicos; pero continuando la percepción mental de las estancias y movimientos por medio de la imaginación. (b) (VIII). *Ejercicios de alternancia o variación periódica de compás* en relación con la acentuación en los movimientos.

EJERCICIOS RITMICOS COMBINADOS CON PERCEPCIONES MELODICAS

Novena y décima series de ejercicios

(a) (IX). *Ejercicios de estancias, movimientos y acentuaciones rítmicas previa audición.* (b) (X). *Ejercicios de estancias, movimientos y acentuaciones rítmicas, con ademanes y gestos cantando.*

El punto de mira esencial de la exposición anterior es el de que nos demos cuenta de la importancia relativa, que el insigne maestro de Gimnasia Rítmica, Jaques Dalcroze, concede a cada género de ejercicios, los cuales deberán practicarse tal como especialmente convenga a los alumnos de que se trate, debiendo considerarse el libro de ese notable creador, como una excelente orientación que merece ser analizada concienzudamente por los maestros.



CLASES DE LECHERIA

POR ERCILIA DELTORCHIO

DESCREMADO

El descremado mecánico que ha casi completamente reemplazado al descremado espontáneo a temperatura natural y al que se efectúa a baja temperatura, que no entro a detallar, pues se haría este resumen demasiado extenso, es una aplicación de la fuerza centrífuga. De ahí que el órgano esencial en toda descremadora sea lo que se ha dado en llamar tambor o turbina, en que se somete la leche a la acción de esa fuerza.

Sabido es que si se imprime un rápido movimiento de rotación a un recipiente cilíndrico en el que hayan introducido dos líquidos no miscibles y de distinta densidad, es posible observar dos círculos concéntricos formados por los dos líquidos en movimiento, estando constituído el interior por el más liviano y, por el más pesado, el que se aproxima a las paredes del vaso, alejándose, por lo tanto, del centro. En la turbina de la descremadora pasa lo que en este recipiente: la leche que ella contiene puede considerarse como la mezcla de dos líquidos de distinta densidad representados por la crema (el menos denso) y por el suero, que lleva en suspensión la caseína, el azúcar y las sales. El movimiento de la manivela de la máquina, trasmitido a la turbina por intermedio de un engranaje, queda multiplicado en forma tal, que, mientras el operador imprime a la primera 50 ó 60 vueltas, describe la segunda más de 2,000.

La turbina, cuya forma varía considerablemente, de una a otra descremadora, lleva en su interior una serie de piezas que afectan a veces la forma de embudos muy abiertos, encajados unos en otros; otras la de aletas o platillos, teniendo por objeto, todas ellas, la división de la leche en capas muy delgadas, a fin de facilitar la separación de la crema.

Además del tambor o turbina que acabamos de mencionar, pueden considerarse como partes esenciales de toda descremadora: el depósito destinado a recibir la leche y el regulador, que está representado en las más sencillas por un flotador y, en otras, por un bote de movimiento oscilatorio, y tiene por objeto hacer llegar a la turbina, en el mismo tiempo, una cantidad igual de leche.

La instalación de la descremadora exige desde luego cuidados especiales, si se ha de obtener su regular funcionamiento. Ante todo, es necesario asegurarse de su firmeza y, por medio de la plomada o de un nivel de aire, de su posición horizontal.

Nunca debe ponerse en uso si no ha sido aceitada de antemano y si no se encuentran todas sus partes perfectamente limpias. El movimiento que se imprima a la manivela debe ser lo más regular posible, debiendo respetarse la velocidad que cada máquina trae indicada, de otra manera el descremado se efectúa muy imperfectamente. La llave que permite la llegada de la leche a la turbina no debe abrirse hasta que no alcance ésta la velocidad deseada. Una vez vacío el depósito de la leche, se continúa vertiendo en él leche descremada hasta que haya caído la última gota de crema, momento en que se suspende la operación.

La limpieza de la descremadora, cada vez que ha sido utilizada, debe ser objeto de los cuidados más minuciosos, recomendándose en este caso como en todos los que se trate de útiles de lechería, el uso previo del agua fría, desde el momento que el agua caliente al determinar la coagulación de la caseína, facilita la adherencia de las partículas de leche que hubieran quedado en los recipientes o utensilios empleados.

Hay que advertir que la temperatura de la leche más favorable en el descremado mecánico es la que oscila entre 30 y 32°. Como esta es la temperatura que ofrece la leche en el momento de ser extraída del animal, se comprenden las ventajas de descremar inmediatamente después de haber ordeñado. Cuando ésto no es posible se consigue la temperatura deseada por medio del calentamiento al baño maría.

La superioridad del descremado mecánico sobre el espontáneo, que ha casi completamente suplantado, es bien fácil de apreciar. Por una parte, proporciona un mayor rendimiento de crema.

No efectuándose en el descremado espontáneo la separación de la substancia grasa, sino al cabo de muchas horas, mismo cuando se facilita esa separación por medio del enfriamiento, una parte de los glóbulos de crema quedan aprisionados entre la masa de la albúmina que ha sufrido ya un principio de coagulación. Esto da a comprender el porqué de un menor rendimiento de crema cuando se aplica ese procedimiento.

Cuando se aplica la fuerza centrífuga no hay que temer ese inconveniente desde el momento que se obtiene la separación de la crema en la leche completamente fresca; además, la operación se reduce a pocos minutos de trabajo y los productos obtenidos están en las mejores condiciones para ser utilizados.

Por lo que se refiere a la leche descremada conviene advertir que como sale de la desnatadora a una temperatura de 27 a 30°, que es la más favorable al desarrollo de microorganismos, es nece-

sario hacerle sufrir la pasteurización, que consiste en elevar la temperatura a 75 u 80° para hacerla descender después a 10 ó 15.

Esta leche puede muy bien ser utilizada en alimentación, pues si bien ha sido despojada de la sustancia grasa, conserva una buena parte de su valor nutritivo, gracias a su fuerte porcentaje de caseína.

En cuanto a la crema, si va a ser empleada en la fabricación de la manteca, debe ser objeto de cuidados especiales. No hay que olvidar que, por perfecta que sea su separación cuando se opera mecánicamente, siempre encierra partículas de caseína y azúcar de leche, sustancias éstas que se descomponen tanto más rápidamente cuanto más alta es la temperatura a que se encuentran expuestas; por eso se recomienda introducir el recipiente que la contiene en otro con agua fría en cuanto se termina su extracción.

Fabricación de la manteca. Es necesario emplear en esta fabricación, si se quiere obtener un buen rendimiento de manteca y un producto de gusto agradable, crema ácida y en un momento dado de su acidificación. La temperatura más favorable para la obtención de este estado es la que oscila entre 12 y 18°; la más baja para el verano; la más alta para el invierno.

Esta operación es la más difícil de todas las que comprende la fabricación de la manteca. Para obtener un buen resultado es condición indispensable el empleo de crema que provenga de leche completamente fresca.

Después que estudios especiales revelaron que es la acción de determinadas bacterias la que contribuye a comunicar a la crema ese gusto agradable que tanto aprecian los paladares refinados, se consiguieron aislar esas bacterias y hoy se hacen cultivos especiales de las mismas a fin de utilizarlas en un momento dado. Por medio de la pasteurización se destruyen todos los fermentos naturales de la crema, dejando así libre campo a los que son introducidos intencionalmente.

Durante todo el tiempo que dura la fermentación, 24 a 36 horas, debe procurarse mantener la misma temperatura, no olvidando de remover de cuando en cuando la crema, para que la acidificación se produzca de una manera uniforme. Ese grado tan propio de acidificación a que hemos hecho referencia, llega a conocerse perfectamente con la práctica, pudiendo determinarse con exactitud con el auxilio de un acidímetro. El uso de este aparato se basa en la propiedad de la fenoltaleína de enrojecerse en presencia de un álcali. Si a 10 ctms.^{3} de crema ácida, se agregan unas gotas de fenoltaleína, no se observa ningún cambio en la coloración del líquido; pero si se vierten además algunos gramos de soda cáustica, llegará un momento en que toma aquél un color rojo muy pronunciado. De la cantidad de soda cáustica que haya necesidad de emplear para neutralizar el ácido, se deducirá la acidez de la crema. Puede de-

cirse que se encuentra ésta convenientemente acidificada cuando no se constata el color rojo hasta después de haber empleado 6 ó 7 centímetros cúbicos de soda.

Como no disponíamos de acidímetro realizamos esta experiencia valiéndonos de un simple cuentagotas y de la fuleta graduada en gramos, que utilizábamos para medir el cuajo y el colorante. Como se comprende, el resultado no pudo ser más que aproximado.

Adquirido el grado de acidez conveniente, está preparada la crema para el batido, operación esta que tiene por objeto la unión íntima de todos los glóbulos de la sustancia grasa.

No entraré a describir los diversos sistemas de aparatos que se utilizan para efectuar esa manipulación de la crema, limitándome a recomendar la adopción de aquel que, al mismo tiempo que ofrezca las mayores facilidades para la limpieza, sea de un mecanismo sencillo y de sólida construcción. Las batidoras de madera deben ser preferidas a las de metal. Las construídas con el primer material, en virtud de su escaso poder conductor para el calor, evitan la influencia de la temperatura exterior sobre el contenido, lo que es importante; además, y esta es la causa por la que se construyen de madera todos los utensilios empleados en la manipulación de la crema y la manteca, impregnándose de agua ese material, dada su gran porosidad impide la adherencia de las partículas grasas en las paredes del recipiente.

Una batidora de esta clase, antes de ser usada por primera vez, debe ser objeto de cuidados especiales. Llena de agua caliente, en la que se han disuelto cristales de soda, debe mantenerse así durante 24 horas. Transcurrido este tiempo se reemplaza el agua por igual cantidad de suero, el que se retira al cabo de algunas horas, procediéndose entonces al enjuague con agua caliente primero y después con agua fría.

La temperatura a que debe batirse la crema oscila entre 13° y 15°, debiendo procurar el efectuar la operación en un local en que el calor no exceda de 12°. Una temperatura elevada acelera la unión de los glóbulos grasos y una muy baja la retarda. En el primer caso la manteca obtenida es blanda y se adhiere a las paredes de la batidora, perdiéndose en el suero una gran proporción de sustancia grasa; en el segundo caso se obtiene una manteca consistente, pero la duración demasiado larga del batido hace que su calidad pierda también. Es por eso que es necesario buscar un término medio.

La rapidez del movimiento que se imprima a la batidora depende de la temperatura, de la cantidad de crema y de la naturaleza de la crema, pudiendo establecerse que esa velocidad debe ser mayor para una baja temperatura, una pequeña cantidad de crema y una crema fluída y, menor, por lo tanto, en los casos contrarios.

Como la temperatura de la crema tiende a aumentar, debido

al mismo calor desarrollado por el movimiento, conviene agregar, al final de la operación, cierta cantidad de agua fría.

Obtenida la manteca hay que proceder inmediatamente a su lavado y a su amasado después, operación esta última en la que se utilizan aparatos especiales, amasadoras, de las cuales existen diversos sistemas, obteniéndose en todas ellas el resultado perseguido por el movimiento de un rodillo acanalado, de madera, sobre una superficie de madera también o por el de esta superficie, cuando no se mueve el cilindro de la referencia. La suave presión que de esta manera se imprime a la manteca la despoja lentamente del suero que contenga todavía, para lo que bastan 10 o 15 pasajes del cilindro. Agregada la sal y un colorante, si se desea, se procede con el auxilio de paletas especiales a la formación de los panes, operación que debe efectuarse en un paraje fresco y después que la manteca, expuesta a una baja temperatura, haya adquirido la consistencia deseada.

Nota.—Como la batidora de que disponíamos era demasiado grande para la cantidad de crema con que debíamos hacer nuestros ensayos, recurrimos al sencillo procedimiento del batido a mano para obtener la manteca y, a falta de "malaxeur," utilizamos en el amasado un simple rodillo acanalado que a la manera de palote, hacíamos deslizar sobre la manteca colocada sobre una mesa de madera.

FABRICACION DE QUESO PONT L'EVEQUE

El queso no es más que la caseína coagulada a la que se hace sufrir, después, una fermentación más o menos larga, según la naturaleza del producto que se quiere fabricar. La caseína es el principio albuminoideo o azoado de la leche, que aparece en ella en dos estados: en estado de suspensión y en estado de disolución. Esta última figura en proporciones relativamente reducidas. La caseína en suspensión se coagula bajo la influencia del ácido láctico que, a su vez, es originado por la descomposición que determinados fermentos desarrollan en la glucosa o azúcar de leche. Este conocimiento es indispensable en el uso de los diversos procedimientos que tienen por objeto la conservación de la leche. Si la coagulación de la caseína tiene lugar por la influencia que sobre ella ejerce el ácido láctico, hay que evitar la acción de los fermentos que actuando sobre la glucosa determinarán la producción de ese ácido. Estos procedimientos son: el frío, que paraliza los fermentos y el calor que los destruye. Cuando el ácido láctico se ha formado ya, hay que neutralizarlo, lo que se consigue por la adición de sustancias alcalinas, tales como el carbonato de soda. Este último procedimiento es poco recomendable, pues por escasa que sea la cantidad

de sustancia que se introduzca, resultan modificadas las propiedades de la leche. El frío y el calor, si son los mejores, no son tampoco perfectos, pues, a la vez que paralizan o anulan los fermentos que originan la producción del ácido láctico, ejercen la misma acción sobre otros que, en los actos digestivos, desempeñan un rol muy importante.

Volviendo a la coagulación diremos que la que tiene lugar espontáneamente no se utiliza nunca en la fabricación del queso, ni aun para reforzar la acción del cuajo.

Adición del cuajo.—Es la primera operación en la fabricación del queso.

El cuajo se extrae del cuarto estómago del ternero que contiene un fermento especial. Su preparación es muy sencilla. Debe preferirse el de un ternero joven, pues la cantidad de fermento disminuye con la edad. Bien limpio y salado, se guarda en un recipiente de arcilla sobre una capa de sal. Dos días antes de ser utilizado se retira de la sal y, una vez bien seco, se corta en pedacitos que se sumergen en agua salada, agua con vinagre o suero. Al cabo de 36 ó 48 horas está pronto para ser empleado. El cuajo así preparado ofrece el inconveniente de debilitarse muy fácilmente, obligando a medir su fuerza cada vez que se hace necesario utilizarlo. El preparado industrialmente no sólo ofrece la ventaja de ser un producto más puro, sino la de conservar por mucho tiempo, si se tiene la precaución de taparlo bien, su fuerza de coagulación.

Para medir esa fuerza, basta agregar a un litro de leche a 35° de temperatura, 1 gramo de cuajo, debiendo efectuarse la coagulación en 4' para poder atribuirle la fuerza de 1|10.000. Si se efectúa en menos tiempo, el cuajo es demasiado fuerte y demasiado débil, se requiere, por el contrario, más.

Con esta base basta conocer el tiempo de coagulación requerido en cada caso, para poder determinar con la mayor facilidad y exactitud, la dosis de cuajo a emplearse. Y ese conocimiento del tiempo es indispensable puesto que de él dependen, casi exclusivamente, las propiedades que nos ofrezca la cuajada. Una cuajada obtenida en poco tiempo, es dura y permite la exudación rápida del suero; la que por el contrario se obtiene en largo tiempo, es blanca y deja separar con dificultad el suero que encierra. Determinadas fabricaciones exigen el empleo de la cuajada de la primera clase; otras requieren el de la segunda. Se comprende esto fácilmente si se tiene en cuenta que la distinta manera de actuar los microorganismos que determinan las fermentaciones según el ambiente en que se les ofrezca, origina en cada fabricación las características que la hacen inconfundible con cualquiera otra.

Ahora bien, ¿cómo se prolonga el tiempo de coagulación? Adicionando a la leche, a baja temperatura, una escasa cantidad de cuajo. ¿Cómo se procede para acelerarla? Con el empleo de una

fuerte dosis de "fresure" y una alta temperatura de la leche. Pongamos un ejemplo: Con 1 gramo de cuajo hemos conseguido coagular 1 litro de leche a 35° de temperatura, en 4'. Suponiendo que deseamos obtener una cuajada de mayor consistencia, duplicamos la cantidad de cuajo y obtendremos entonces la operación en la mitad del tiempo o sea en 2'. El mismo resultado se obtendría elevando la temperatura. La cantidad de cuajo utilizada y la temperatura de la leche son factores, pues, que obran en razón inversa del tiempo. Pero no pretendamos obtener en la práctica la rigurosa exactitud que nos procura el cálculo aritmético, máxime cuando esto no puede hacerse intervenir más que dentro de ciertos límites, pues tan peligroso como emplear una temperatura excesiva es la de hacer uso de una proporción de cuajo demasiado fuerte. Por otra parte, ¿cómo influye la composición de la leche en cada caso para prolongar o hacer más breve el tiempo de coagulación que el cálculo nos había fijado en un número dado de minutos?

Por todas estas circunstancias, recomendamos la más fina observación para que la experiencia adquirida con la práctica venga a modificar, a cada instante, la manera de proceder que los números hubieran indicado.

Cuando por primera vez fabricamos el Pont l'Evêque elevamos la temperatura de la leche a 34° y empleamos un gramo de cuajo y $1|_{10}$ para cada litro. De esta manera obtuvimos una cuajada demasiado dura, que no correspondía al tipo de queso que es el Pont l'Evêque, cuya especial fermentación exige en aquélla otras cualidades. Las veces subsiguientes disminuimos la cantidad de cuajo (1 gramo por litro) y rebajamos la temperatura de la leche (30 grados) obteniendo así, en la cuajada, las propiedades que deseábamos.

Hay que advertir que la elevación de la temperatura de la leche debe hacerse al baño maría, y que el cuajo que se mide con una probeta graduada en gramos, o lo que es lo mismo, en centímetros cúbicos, se disuelve en agua tibia antes de ser incorporado a la leche, que se agita fuertemente en ese momento a fin de que la mezcla sea completa.

Antes del cuajo y adoptando las mismas precauciones que para éste, se agrega el colorante producto vegetal, preparado industrialmente, cuyas proporciones pueden fijarse en 2 gotas para cada litro de leche. En estas condiciones se tapa el recipiente y, puesto esto en un lugar donde conserve la temperatura, se espera el momento de la coagulación, que puede considerarse completa cuando al aproximarse un dedo a la superficie de la leche se le retira cubierto de suero.

Hay que proceder ahora a la división de la cuajada. Sabido es que ésta tiene la propiedad de contraerse en cuanto se forma y, al hacerlo, dejar salir por sus superficies libres el suero que con-

tiene. La división de la cuajada, aumentando el número de esas superficies, facilita la exudación del cuajo. En esa operación, para la que se emplea una gran paleta, especie de cuchillo de madera o de metal, debe procederse muy lentamente, pues de otra manera se correría el riesgo de perder una parte de la sustancia grasa que la caseína no retiene bien todavía, y que sería, por lo tanto, arrastrada por el suero.

La división debe hacerse en porciones de unos 3 centímetros cuadrados de superficie, lo que se consigue haciendo correr el instrumento empleado en dos direcciones que se corten perpendicularmente. Esas porciones deben ser lo más regulares posibles para que, ofreciendo superficies iguales, la exudación se produzca de una manera uniforme, a fin de que ofreciendo todas la misma constitución, se obtenga una masa de composición homogénea. Y si se establecen sus dimensiones es para evitar, en el caso de que fueran demasiado grandes, la retención del suero en el interior de estas porciones, debido a que en la superficie de cada una, por la misma contracción experimentada por la caseína, se origina una red cerrada que da paso con dificultad al suero que ésta contiene; si fueran los fragmentos muy pequeños se originarían los inconvenientes que dejamos indicados al hablar de una exudación demasiado activa.

Después de unos minutos de reposo, durante el cual la caseína se desprende lentamente del suero que la impregna, se procede a retirar una parte de este líquido e, inmediatamente, valiéndose de una cuchara especial o, a falta de ella de una espumadera, se separa por capas delgadas la cuajada que se dispone en una etamina, previamente sumergida en agua hirviendo y colocada sobre una rejilla de madera de la que la separa una estera.

Al cabo de 2 horas se llenan con esta cuajada los moldes (1) que se hacen descansar sobre las rejillas recubiertas de esteras, de que acabamos de hacer mención. Después, y durante 3 días, no hay que olvidar de dar vuelta a los moldes, a fin de que las dos caras, superior e inferior de los quesos, reciban por igual el efecto de la presión de la propia masa, haciéndolo cada 15 minutos el primer día, cada 2 horas el segundo y 3 veces el tercero. Pasado ese tiempo se retiran los quesos de los moldes y se procede a su salado, operación esta que se hace en dos veces. La primera vez se sala una de las superficies y los bordes; la segunda vez, al día siguiente, la otra superficie y de nuevo los bordes.

---

(1) Estos moldes son de madera (haya o fresno) de base cuadrangular y miden unos 12 centímetros de diámetro, por 6 u 8 de altura, siendo muy recomendables por la facilidad de su manejo, el uso de 4, 6, 8 o más unidos, formando una sola pieza.

Están así preparados los quesos para pasar al secador donde permanecerán de 3 a 5 días, teniéndose la precaución de darlos vuelta una vez por día.

Deben pasar ahora al sótano o al lugar apropiado que se les destine para hacerles sufrir la fermentación, la más importante de todas las fases por las que atraviesa la fabricación del queso, pues como ya lo hemos dicho, de las condiciones en que ésta se desenvuelva, del ambiente más o menos propicio que se ofrezca a los microorganismos que han de determinarla, dependerán la naturaleza y cualidades del producto que se obtenga.

Allí se dispondrán verticalmente sobre planchas de madera, muy juntos, a fin de evitar el desarrollo de los mohos en la superficie, a lo que también se contribuye con el frecuente lavado, para el que se emplea agua tibia, ligeramente salada.

Durante todo el tiempo de la fermentación, que varía entre 40 días y 2 ó 3 meses, según el grosor de los quesos, no hay que olvidar de invertir la posición de éstos cada 2 días.

Como acabamos de verlo, en la fabricación del Pont l'Evêque se aprovecha la acción de los microbios que trabajan en el interior del queso, por lo que se trata de destruir, por todos los medios, los que se desarrollan y viven en la superficie de los mismos.

Si se observa lo que sucede en uno de estos quesos, en el que no se aplique el tratamiento que se emplea con los demás para conseguir el antedicho resultado, se verá que su superficie se cubre de pequeños puntos blancos, que toman después un tinte azulado que se acentúa y llega hasta el negro, si en el sótano en que se verifica la fermentación hay exceso de humedad. Esos puntos blancos son microbios vegetales, verdaderas criptógamas, que en una cuajada, blanda, que con tanta facilidad se acidifica, encuentran el campo más propicio a su rápido desenvolvimiento. Ahora bien, ¿cuál es la causa de esa acidificación de la cuajada? El fermento láctico no obra más que sobre la lactosa y, el ácido láctico, que su acción sobre ésta origina, no hace más que determinar la precipitación de la caseína, dejándola completamente inalterada. Es necesario que intervengan otros fermentos para iniciar en la caseína esa serie de modificaciones, que tanto valor tienen en la fabricación del queso. Esos fermentos provienen del cuajo, del medio en que se trabaja, de los utensilios mismos que se emplean.

Los hongos que vemos desarrollarse en la superficie del queso que tenemos en observación, la cubrirán completamente si ha sido ésta uniformemente salada; de otro modo veremos cómo se intercalan entre los mohos manchas amarillentas, resultado de una acción más activa de los microbios del interior. Los que se desarrollan en el exterior son más vigorosos que estos últimos, pero, también, por lo mismo que viven exteriormente, están más expuestos a desaparecer a cada instante bajo la acción de las influencias que

tienden a destruirlos. Es por eso que la fabricación de los quesos que utiliza esa fermentación (Brie, Camembert, etc.), es sumamente delicada.

Las modificaciones que esos microbios vegetales que estamos estudiando, determinan en la caseína, convierten en un medio alcalino, el que era antes completamente ácido. En ese momento se suspende su obra dejando su continuación a cargo de los que se desarrollan en esa clase de medios, es decir, los originados por los álcalis. Estos, que empiezan a trabajar en las superficies exteriores, poco a poco van ganando el interior. Un corte hecho en nuestro queso en observación, nos demostrará este movimiento de avance por la distinta coloración que ofrecen las capas que se aproximan a la superficie y las que constituyen el centro.

Nos falta estudiar los microbios animales, aerobios o anaerobios, según que absorban el oxígeno del aire libre como todos los seres vivos, o que lo tomen de los elementos que ellos mismos se encargan de descomponer. Estos últimos son los que viven en el interior de los quesos y los que determinan exclusivamente la fermentación en aquellos en que una corteza endurecida hace imposible la entrada del aire en el interior de la masa. En los quesos de pasta blanda, como el Pont l'Evêque, cuya fermentación estamos estudiando, cuando se detiene la acción de los microbios vegetales, empieza la de los aerobios, siendo los anaerobios los encargados de completar la transformación.

Con esto doy por terminadas las indicaciones necesarias para la fabricación del Pont l'Evêque, que pueden tomarse como base para la de todos los quesos llamados de pasta blanda.

Aladíno Sección de los níños

GUILLERMO TELL

UN día atravesaba la plaza-mercado de Altdorf, población suiza, un hombre de gran belleza varonil. Alto y erguido, ancho de espaldas y bien formado, de cara y barba rubicundas y aspecto altivo, este hombre de las montañas cruzaba la plaza con paso firme y airoso. En sus ojos brillaba la satisfacción, y tenía para todos sus amigos una palabra de afable saludo. Muchos se volvían diciendo: "Ahí va Guillermo Tell, el ballestero de Bürglen."

Este, tenido por el mejor ballestero de toda Suiza y el que mejor sabía manejar un bote en el tempestuoso lago Uri, vivía tranquilamente en una casita de la montaña, con su esposa, que con él compartía sus penas y alegrías, y sus hijos, para los cuales trabajaba con ardor. Cazaba ciervos en el monte y pescaba en el lago. A sus hijos nunca les faltaron buenos alimentos ni vestidos adecuados. Su vivienda era limpia y arreglada. No había, en todos los contornos, otra familia que viviera en paz más estable y con mayor felicidad.

Tell acababa de vender el fardo de pieles de venado que había traído a Altdorf, y ahora se encaminaba a comprar recios abrigos de lana para sus hijos, en previsión del próximo invierno. Se sentía feliz y alegre; dentro de una hora ya iría cantando camino de su casa, monte arriba. De pronto sintió que le tocaban en el hombro; volvióse, y se encontró detenido por un soldado austriaco; un momento después estaba cercado. El soldado que le había detenido señaló un poste rematado por un sombrero ducal, y le dijo:

—Ya sabes que hay pena de muerte para el que no salude.

Un silencio profundo reinó de pronto en toda la plaza. La gente dejó sus puestos y empezó a apiñarse alrededor del grupo: ¡se trataba de algo más importante que el negocio, la libertad de un hombre, la independencia de una nación! La sangre coloreaba el rostro de Tell. Apartó la vista del poste y, mirando serenamente al soldado, dijo con calma:

—No he cometido ningún delito.

—¡Has insultado a la majestad del duque!—repuso el soldado.

Guillermo Tell le miró fijamente y replicó:

—¿Por qué hay que demostrar más reverencia a un sombrero vacío que a una capa o a un par de medias?

En esto asomó, por detrás de los soldados, la figura del gobernador del país, el tirano Géssler. Este Géssler, impuesto sobre la antes libre nación suiza por el conquistador y opresor, el duque de Austria, había hollado la libertad, había asesinado o hecho prisioneros a todos los que se levantaron contra él y, para colmo de crueldad, llegó a decretar que todo el que no rindiera homenaje al símbolo de dominación austriaca, colocado sobre el poste en la plaza del mercado, sería condenado a muerte. Guillermo Tell se volvió hacia el gobernador, pues ni temía a hombre alguno, ni nadie hubiera sido capaz de quebrantar la altivez de su espíritu. En sus montañas había pensado mucho en la vergüenza de la esclavitud a que se hallaba sujeto su país, y había hablado también con sus amigos de alzarse contra ella; él, por su parte, nunca, nunca saludaría al odiado símbolo de la tiránica dominación.

—¿De modo que te burlas de la representación de la autoridad? —preguntóle el gobernador, aproximándose mientras los soldados le saludaban militarmente.

En aquel momento se oyó entre la multitud la voz de un niño que gritaba:—¡Padre!, ¡Padre!—La muchedumbre se volvió, abrió paso y vióse al hijo de Guillermo Tell, que, habiendo ido al mercado sin permiso, llegaba ahora corriendo junto a su padre. El gobernador cogió al muchacho por el brazo.

—¿Es éste el hijo del traidor?—preguntó.

—No le hagáis daño—exclamó Tell—; es mi primogénito.

—No pases cuidado—respondió el terrible Géssler. —Si alguien le hace daño, no seré yo, sino...tú.

Una sonrisa cruel iluminó sus ojos.

—¡Ea!—añadió dirigiéndose a un soldado.—Toma al muchacho y átalo al tronco de aquel tilo: luego le colocarás una manzana sobre la cabeza.

—¿Por qué hacéis eso?—preguntó Tell.

—Me han dicho que te llaman "el ballestero de Bürglen"— contestó el gobernador—, y me gustaría presenciar una prueba de tu destreza. Estás condenado a muerte, pero me siento generoso, y te perdonaré si haces lo que te mande. Oye: si a esta distancia disparas una flecha que atraviese la manzana sobre la cabeza de tu primogénito, te dejo en libertad; pero si, por el contrario, no tocas la manzana, o matas al niño..., mandaré que te ejecuten inmediatamente.

—¡No tenéis piedad!—exclamó Tell temblando de indignación.

—¿Y creéis que voy a intentar el rescate de mi vida arriesgando la de mi hijo?

—¡Te hago un favor—replicó Géssler. —Calcula; ¡con un disparo afortunado salvas la vida y te marchas libremente a casa!

Tell, levantando acongojado su mano temblorosa, dijo:

—¿Cómo puede un padre que ame a su hijo, apuntar con mano firme, un dedo por encima de su frente? ¡Miradle! ¡Vedle, señor! ¡Cómo se ve que no comprendéis de qué modo tan profundo ha penetrado en el corazón de su padre la inocencia de sus ojos, la belleza de su rostro! ¿Por qué he de arriesgar su vida?

—¡Bueno! O disparas la flecha, o mueres.

—Prefiero morir.

—Pero antes mandaré estrangular a tu hijo ante tus propios ojos.

Una oleada de ciega rabia inundó el alma del montañés.

—Dadme el arco—dijo.—Una cosa os pido, por compasión; poned al muchacho de espaldas, para que no vea yo sus ojos fijos en los míos.

Se dejó el espacio libre entre padre e hijo, alineándose la multitud a ambos lados. El muchacho, de cara al árbol, atado al tronco con cuerdas, sintió la manzana pesar como plomo sobre su cabeza. Un silencio de muerte reinó en toda la plaza. Guillermo Tell escogió dos flechas; una se la puso en el cinto, la otra la colocó en el arco. Por un momento quedó inmóvil, la cabeza inclinada sobre el pecho, los ojos clavados en el suelo; estaba orando. Hubiera podido oírse el ruido de una hoja al caer; —tan grande era el silencio que reinaba en la plaza—. Por último, Tell levantó la cabeza; su mirada estaba serena; sus manos firmes; su rostro parecía de acero. Levantó el arco y fijó la mirada en la pluma de la flecha, apuntando a su hijo. Vibró la cuerda del arco.

La flecha partió veloz, y casi en el mismo instante quedó profundamente clavada en el árbol. La manzana cayó partida por la mitad, a ambos lados de la cabeza del niño. Una atronadora aclamación salió de los labios de la multitud, y Géssler, volviéndose a Tell, le dijo:

—Buena puntería, ¡traidor! —Pero dime, ¿por qué tomaste dos flechas?

Tell puso la mano sobre la flecha que tenía al cinto.

—Si la primera hubiese herido a mi hijo—contestó—, esta otra la tendríais clavada en el corazón.

—¡Ah! ¿De manera que mi existencia corre peligro?—dijo el gobernador—. Sin embargo, quiero ser fiel a mi promesa. No morirás, te perdono la vida; pero el resto de ella lo pasarás en un calabozo de mi castillo. Así nada tendré que temer de tu arco.

Entonces los soldados se apoderaron otra vez de Tell y lo arrastraron por entre la irritada multitud, hasta el muelle donde estaba

atracado el barco del gobernador. Pero ocurrió que mientras cruzaban el lago Uri, se desencadenó una terrible tempestad que amenazaba hacer naufragar el barco. Los austriacos, no pudiendo gobernar la embarcación, empezaron a perder las esperanzas de salvarse. En su terror, se acordaron de que Tell tenía fama de ser el mejor patrón de todo el lago, y se lo comunicaron al gobernador.

—Soltadle, y que empuñe el timón—dijo Géssler.

Tell empuñó el timón, y puso proa a la orilla. Al hacerlo no pensaba en la vida de Géssler, ni en las de los soldados austriacos, sino en su libertad, su propia libertad y la independencia de Suiza. Quería escapar él y salvar a su patria.

Condujo la embarcación hasta acercarla a una roca que sobresalía en la costa, y acertando a pasar velozmente por su lado, saltó repentinamente a ella, dejando a los austriacos abandonados a su suerte. Con gran ligereza escaló la roca, ascendió por el acantilado, y, atravesando los montes, llegó a un lugar del camino por el que tenía que pasar Géssler, si llegaba a salvarse. Allí se escondió entre la espesura, con la flecha preparada en el arco y el corazón dispuesto a librar a Suiza del tirano. Mientras esperaba, comenzó a caer la tarde. Poco después oyó ruido de pisadas.

—Y si llego con vida a Altdorf—iba diciendo Géssler—juro destruir toda la raza de ese traidor de Tell, madre e hijos, todos a un tiempo.

—Nunca llegarás—se dijo Tell.

Y mientras los soldados marchaban ante él, flechó el arco. Pocos momentos después, Géssler caía muerto sobre el polvo del camino.

Guillermo Tell dirigió el levantamiento del pueblo suizo, que derribó el poder de los austriacos, e hizo de Suiza un país independiente.

Sus compatriotas le hubieran proclamado rey; pero Tell rehusó y se volvió a su casita entre las montañas, que para él valía más que todos los palacios del mundo.

IX ANIVERSARIO DE LA MUERTE DEL PRESIDENTE MADERO

I

NIÑOS: Escuchad con atención lo que voy a referiros, porque es de grande interés para vosotros.

Hace nueve años, en una mañana brumosa y fría del mes de febrero, cuando apenas comenzaba a clarear el día, los escasos transeúntes que a esa hora pasaban por la plaza de la Constitución, vieron un numeroso grupo de gente armada que desembocó por la calle que hoy se llama de Pino Suárez, en tanto que otro grupo desembocaba por la calle de la Moneda.

Estos dos grupos de soldados se arrojaron sobre las guardias que custodiaban las puertas del Palacio Nacional, y, después de una breve lucha, quedaron posesionados del punto. Hicieron presos a los jefes y fusilaron a los principales de ellos.

Afuera, en la plaza, no obstante que el combate había sido muy breve, habían quedado tirados algunos muertos y heridos.

Las descargas de fusilería se habían oído en toda la ciudad, y como chispa eléctrica había circulado la noticia de aquellos graves acontecimientos hasta en los barrios más apartados de la Metrópoli.

II

¿Quiénes eran los sublevados y qué querían?

A las siete de la mañana de aquel mismo día, en todas partes se escuchaban los nombres de Bernardo Reyes, Félix Díaz y Manuel Mondragón, que eran los jefes de la sublevación, y se hablaba de centenares de muertos y heridos que había en las afueras y dentro del Palacio Nacional.

Las noticias que corrían de boca en boca eran un tanto exageradas; pero sí era lo cierto que aquellos tres hombres funestos, aprovechándose de la influencia que tenían sobre algunos grupos de soldados, provocaron un pronunciamiento contra el Presidente de la República que, a la sazón, era don Francisco I. Madero.

Félix Díaz y Bernardo Reyes habían estado presos desde al-

unos meses atrás; Manuel Mondragón se propuso salvarlos para que, unidos los tres, derrocaran al Gobierno.

Aquellos hombres eran altos jefes del ejército mexicano, y, faltando a su honor de soldados, cometieron el crimen más negro que puede cometer un militar: el de prostituir al ejército haciéndolo faltar a sus deberes de guardián de las instituciones sociales.

Cometieron un crimen más: el de comprometer en esta aventura a un numeroso grupo de jóvenes que estudiaban en la Escuela Militar de Aspirantes de Tlalpan. Aquellos jóvenes, en quienes la Patria esperaba tener más tarde unos bravos defensores cuando estuviera en peligro, precozmente se convirtieron en viles mercenarios al servicio de un jefe desleal, y volvieron las bocas de los fusiles, que la Nación puso en sus manos para que la defendieran, contra el pecho que legalmente ostentaba las insignias de la República!

III

El Presidente de la República, don Francisco I. Madero, había pasado la noche en su residencia de Chapultepec, y allí recibió aviso de los graves acontecimientos ocurridos en el Palacio Nacional.

Con una impasibilidad asombrosa, el señor Madero se cruzó la banda tricolor, símbolo de su alta investidura, y, montado a caballo, se dirigió hacia la ciudad escoltado por los fieles muchachos alumnos del Colegio Militar.

Quiero llamar vuestra atención sobre este hecho altamente significativo: un grupo de jóvenes inconscientes, alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes, fueron arrastrados a cometer un crimen; pero un grupo de bravos muchachos, sucesores de los gloriosos aguiluchos de Chapultepec, lavaron la mancha de cieno que aquéllos arrojaran sobre la juventud mexicana, y demostraron elocuentemente que *juventud significa lealdad, hidalguía y honradez.*

El señor Madero se dirigió al Palacio Nacional, desafiando todos los peligros que en el trayecto se le presentaron, siendo aclamado por el pueblo al desembocar en la plaza de la Constitución, por la calle que lleva hoy su nombre.

Al aproximarse el ciudadano Presidente de la República, los sublevados abandonaron el Palacio Nacional y se fueron a refugiar a la Ciudadela, donde se fortificaron.

IV

Diez días de zozobras para los habitantes de la Capital; diez días de asesinatos en masa y de crímenes sin cuento, constituyeron lo que se ha llamado *la decena trágica.*

Los sublevados se apoderaron de la Ciudadela, donde tenían abundantes elementos de guerra; el Gobierno, representado por el ciudadano Presidente de la República, permaneció en Palacio, y desde allí sostuvo diarios combates con las fuerzas infieles.

En estas condiciones el señor Madero tuvo que llamar a su alrededor a todos los hombres que consideró útiles para la defensa del Gobierno; entre ellos se encontraba un viejo militar, degenerado por el alcohol, que se presentó a ofrecer sus servicios jurando fidelidad.

El señor Madero puso en las manos de aquel hombre todos los elementos que tenía para la defensa de la ciudad, y desde ese momento quedó bajo la salvaguardia de un criminal.

V

Victoriano Huerta, jefe supremo de las fuerzas federales, faltando a su palabra de hombre y a su honor de soldado, traicionó villanamente al jefe de la Nación, haciéndolo prisionero, lo mismo que al Vicepresidente de la República y a sus ministros.

Al día siguiente, valiéndose de engaños viles y cobardes, hizo que los ciudadanos Presidente y Vicepresidente de la República presentaran sus respectivas renuncias, y él se hizo nombrar jefe supremo de la Nación.

Conseguido esto, faltó una vez más a sus promesas, y, procediendo con la mayor felonía, mandó asesinar despiadadamente a los señores Francisco I. Madero y José María Pino Suárez.

Este fué el sangriento epílogo de la decena trágica, ante el cual sintieron arder su rostro todos los hombres honrados!

VI

¿Quién era don Francisco I. Madero?

Madero fué un demócrata soñador.

Hijo de padres ricos, vivía tranquilamente dedicado a sus negocios particulares en San Pedro de las Colonias, Coah., que era su pueblo natal.

Al principio del presente siglo comenzó a inmiscuirse en los asuntos políticos, no obstante que, como él mismo dice, "consciente de su poca significación política y social, comprendía que no sería él quien pudiera iniciar un movimiento salvador."

Y en esto se equivocaba; porque sí fué él quien originó la caída de un Gobierno caduco y quien despertó las dormidas energías del pueblo mexicano para recobrar sus libertades; sí fué él quien derribó una dictadura que había durado un tercio de siglo, y enseñó al pueblo cómo se hace respetar el derecho por la fuerza cuando la voz de la razón no se puede hacer oír.

Para operar este milagro, Madero comenzó por lanzar a la publicidad un valiente libro intitulado *La Sucesión Presidencial*, en el cual hacía un llamamiento al pueblo mexicano para que se organizara en partidos políticos, a fin de poder contrarrestar la influencia oficial en las elecciones de gobernantes. En este libro se dirigía también al general Díaz, quien, por más de treinta años, había sido el árbitro de los destinos de la patria.

"Le hablaré—decía—con el acento sincero y rudo de la verdad, y espero que un hombre que se encuentra a su altura sabrá apreciar, en lo que vale, la sinceridad de uno de sus conciudadanos que no persigue otro fin que el bien de la patria."

Y en efecto; aquel hombre incansable, por medio de la prensa y de la tribuna, llevó sus ideas redentoras a todos los ámbitos de la República, y, al consumarse el último atentado electoral del general Díaz en 1910, después de agotar todos los recursos legales para impedir el atropello, levantó al pueblo en una formidable revolución que acabó con el viejo régimen.

Un año después era llevado Madero por aclamación unánime del pueblo mexicano. a ocupar la primera magistratura de la República; y entonces el apóstol de la democracia quiso poner en práctica sus ideas igualitarias; pero su corazón magnánimo y generoso era incapaz de concebir la maldad y la traición, y no se cuidó de ellas.

Aquel hombre bueno fué víctima de su bondad y de su excesiva confianza.

Hemos dicho ya cómo cayó a los arteros golpes de sus asesinos; pero su muerte causó un movimiento de justa indignación en todas las clases de la sociedad, y, desde entonces, el nombre de Madero pasó al glorioso registro de los mártires de nuestras libertades.

Desde entonces el pueblo mexicano, año tras año se dirige en procesión a depositar las más fragantes flores de su gratitud sobre el sepulcro que guarda las cenizas de aquel hombre bueno; desde entonces los ojos de nuestras mujeres riegan, con sus lágrimas, la tierra bendita que guarda, en su seno, las cenizas del apóstol.

LA CAMPANA DE LA DICHA

POR JUAN GABRIEL SEIDL.

STE era un rey que, sintiéndose ya muy próximo a la muerte, dijo al príncipe, su hijo:

—Luego que expire yo, subirás al trono, mi querido Enrique; pero no te envanezcas, recuerda en todo momento que una vida, ya sea la del poderoso, o ya la del humilde, siempre está llena de amargura, porque en este mundo la dicha se mide por copas, y el dolor, por cubas.....

Dicho esto el rey expiró, y el príncipe, que lloró por su padre como todo hijo bueno, fué llevado al trono y proclamado rey.

Durante un largo tiempo, el joven Enrique, henchido de pena por la pérdida del autor de sus días, recordó de continuo las palabras de su padre. Tenía razón el monarca: en la vida, el dolor es el pan cotidiano; y la prueba estaba a la vista, porque él era ya rey, se hallaba sentado en el trono, y sin embargo, las lágrimas humedecían a menudo sus ojos, y con frecuencia caía en un profundo abatimiento, del cual le sacaban con dificultad sus vasallos y amigos.

Pero el tiempo corrió veloz, y un día de hermoso sol y de cielo sereno, el rey Enrique se encontró con que su corazón estaba menos fatigado, y con que sus labios propendían a sonreír. La Corte entera se alegró sinceramente al advertir aquel cambio. Ya era justo que su rey, su amado rey que había sabido llevar el duelo con tanta dignidad y devoción, diera cabida en su pecho a la santa y merecida felicidad.

El rey, alentado por sus amigos, y juzgando además que no era generoso de su parte seguir imponiendo en la Corte aquella vida de rigurosa severidad, prometió cambiar los rituales de todo, hasta los que tenían que ver con su corazón.

—Dispuesto me encuentro ya para alegrarme en el primer momento oportuno—dijo el rey.—Y para que veais que esto es verdad, voy a mandar colgar una poderosa campana en lo alto de mi palacio, y cada vez que yo me sienta invadido por una franca alegría, la campana será tocada inmediatamente, y mi pueblo sabrá por fin que su rey está contento.

La Corte quedó encantada con aquella disposición, y poco después la campana quedó instalada, y los bandos salían para anunciar al pueblo la determinación del rey. Todos los habitantes se regocijaron al saber la noticia. Una alegría general se desbor-

daba por todas partes. Los vivas y los hurras más espontáneos se escapaban de las bocas de viejos y de niños. Aquello era verdaderamente una catarata resonante de júbilo. El alboroto era tal, que el rey, regocijado por primera vez desde la muerte de su padre, sintió que el éxtasis de la dicha lo levantaba hasta la cumbre, y entonces, casi enloquecido de gozo, gritó a sus vasallos:

—¡La campana, la campana! ¡Mandad que se toque inmediatamente!.....

Pero cuando todos corrían hacia lo alto del palacio para cumplir aquellas órdenes, las formidables trompetas de los vigías que hacían su guardia en los torreones, hicieron saber al rey y a su pueblo entero, que el enemigo se acercaba.

Más aprisa de lo que habían subido, bajaron los emisarios que iban hacia la campana de la torre, y ya nadie volvió a acordarse de ella, dedicados todos a la defensa de la ciudad y de la patria, única mira que podía absorberles en aquellos momentos.

La lucha fué larga y reñida, porque el enemigo iba muy bien pertrechado y había invadido traicioneramente, pero aquel pueblo venía de una raza de valientes, y aunque eran más en número los invasores, se logró arrojar a éstos después de muchos días de brega en que millares de hombres quedaron muertos o heridos en el campo de batalla.

El rey en persona estuvo presente en la pelea, y él también, con sus propias manos, dió tierra a los muertos y recogió a los heridos. Con solicitud cariñosa y liberal curó a los que pudo y dió dinero a raudales para que las viudas y huérfanos quedaran asegurados contra la pobreza. A ninguno abandonó el rey Enrique. Todos formularon sus peticiones ante él, y fueron atendidos al instante. Pero a pesar de tanta dádiva y de tanto empeño, una tristeza visible había caído sobre la ciudad y la tenía silenciosa y mustia.

El rey volvió nuevamente a hundirse en su melancolía habitual, y nada parecía ya capaz de volver a levantar su espíritu; pero el tiempo, como siempre, se encargó de ir despertando a la población, y de comenzar a infundirle nueva vida; y el rey, animado también al ver que su pueblo se esperezaba y se ponía en pie valientemente, mandó que se regaran flores por las calles y que las recorrieran bandas de músicas, llevando heraldos al frente que alentaran a los ciudadanos y que les invitaran al contento y a la dicha.

El pueblo, encantado de ver que su rey estaba tan pendiente de él, salió jubiloso a las calles, y los vivas y los hurras volvieron a escaparse de los labios de todos. La alegría se desbordó como mar hirviente, y el rey, sintiendo que las lágrimas del regocijo humedecían sus ojos, y que una inmensa felicidad bañaba su corazón, gritó nuevamente a los vasallos que tenía delante:

—¡La campana, la campana! ¡Mandad que se toque inmediatamente!.....

Pero cuando todos corrían hacia lo alto del palacio para cumplir las reales órdenes, un violento terremoto les paralizó de terror. La ciudad parecía venirse abajo. Aquello duró tan sólo unos segundos, ciertamente, pero ese tiempo bastó para causar un grave daño a la mayoría de los habitantes.

El rey en persona volvió a visitar casa por casa, y repartió nuevamente, y en gran profusión, sus mercedes y dádivas; pero la ciudad cayó otra vez en la tristeza, y nada fué capaz en muchos años de alentarla de nuevo y de volver a inyectarle impulso. Y no hay para qué decir que su rey compartía con ella su gran melancolía.

Mas la obra inevitable del tiempo volvió a curar a los ciudadanos y al monarca, y un hermoso día, en que iban a ser bendecidas las nuevas banderas del ejército, el rey, sintiendo en su pecho una oleada subyugadora de dicha, se acordó de la campana y ordenó que se tocase inmediatamente. ¿Tocar la campana?.... ¡Oh, no! La violenta noticia de una nueva calamidad detuvo a los emisarios, y aquella campana enmudeció otra vez por larguísimo tiempo.

Y así, de aqueste modo, los años habían corrido, y esa campana que todos esperaron oír frecuentemente cuando quedó instalada en la torre, no había sonado ni una vez siquiera.

El rey Enrique estaba ya encorvado por los años. Desde sus terrazas contemplaba con amor sus dominios, iluminados siempre por la luz de un triste sol.

Un día, el rey cayó enfermo, y los médicos declararon que su fin había llegado. Cuando estaba ya casi expirante, el monarca se irguió de pronto para preguntar a qué se debía aquel rumor que hasta él llegaba, como de colmena que se agita.

—Es el pueblo—se le respondió—; el pueblo que solicita la bendición de Vuestra Majestad.

—Haced pasar a todos—dijo el rey.— Quiero despedirme de mis hijos amados. Que entren por el frente del palacio y que salgan por el fondo.

Y el pueblo, emocionado, lloroso, desolado, comenzó a desfilar ante el lecho del rey.

Entonces el monarca, sintiendo en su corazón la plena dicha de verse querido y llorado, gritó de pronto con sus últimas fuerzas:

—¡La campana, la campana! ¡Haced que se toque al punto!

Y por esta sola vez, la campana tocó al fin, y tocó muy largamente; pero su canto sonó a responso, y el pueblo quedó sumido en la tristeza.

(*Adaptación y traducción de María Enriqueta.*)

Literatura

ESQUILO, PADRE DE LA TRAGEDIA

POR POMPEYO GENER.

SQUILO es inclasificable: ni tiene escuela, ni puede formarla. Es solo, como el Sol. Para que uno forme escuela, se necesita que haya mínimos que se le aproximen; y él es inaproximable e inimitable. Es demasiado grande; tanto, que no tiene medida.

Hay cosas que son solamente grandes; éstas se miden. Pero Esquilo es inmenso, y lo inmenso excluye toda dimensión y toda mesura. No cabe en una ciudad, ni en una nación, ni en una época. Ni es solamente ateniense, ni exclusivamente helénico, como tampoco es únicamente de su siglo. Es más que todo esto: es humano, superhumano, y aún más: es divino, superdivino, ya que es superior a muchas otras manifestaciones que conocemos de la divinidad sobre la tierra. Honra de la humana especie, orgullo del planeta proclámanle todos los fuertes, todos los grandes, todos los profundos, todos los dignos de todas las razas nobles.

Esquilo es magnífico y formidable a la vez, como si fuera un Sol que tuviera el poder de arrugar el entrecejo. Todo en él es grande. El Génesis tiene su Caín. El tiene dos: Eteoclo y Polinice. A veces, a fuerza de ser grande, parece desmesurado; por esto no fué del gusto de los retóricos del siglo XIX. Necesitó un Víctor Hugo y los románticos para ser reivindicado y comprendido. Es abrupto, rudo, enérgico, desbordante y excesivo; duro como las rocas, tumultuoso como el mar embravecido, ardiente como el fuego. No le espantan las *gorgonas* ni las *parcas;* entre los dioses toma partido por los Titanes, y tiene la heroica audacia de profetizar la caída de Zeus. Es el profeta del esfuerzo humano, el heraldo del progreso.

A haberse conservado todos sus dramas, constituirían una verdadera *Biblia* griega, unos *Vedas* de nuestra raza aria mediterránea que servirían de modelo a todas las demás razas.

Es el gran patriarca del Teatro. Se le ha tenido por extravagante, desproporcionado, enfático, antitético, hinchado, inarmónico, absurdo. Esto por los que sólo estudian la literatura en la gramática y en la retórica, por académicos nimios y críticos mio

pes de inteligencia. Esquilo es un gigante, y no puede ser comprendido por los que le miran desde el suelo. Para verle hay que poder subir a las grandes alturas y no tener vértigo.

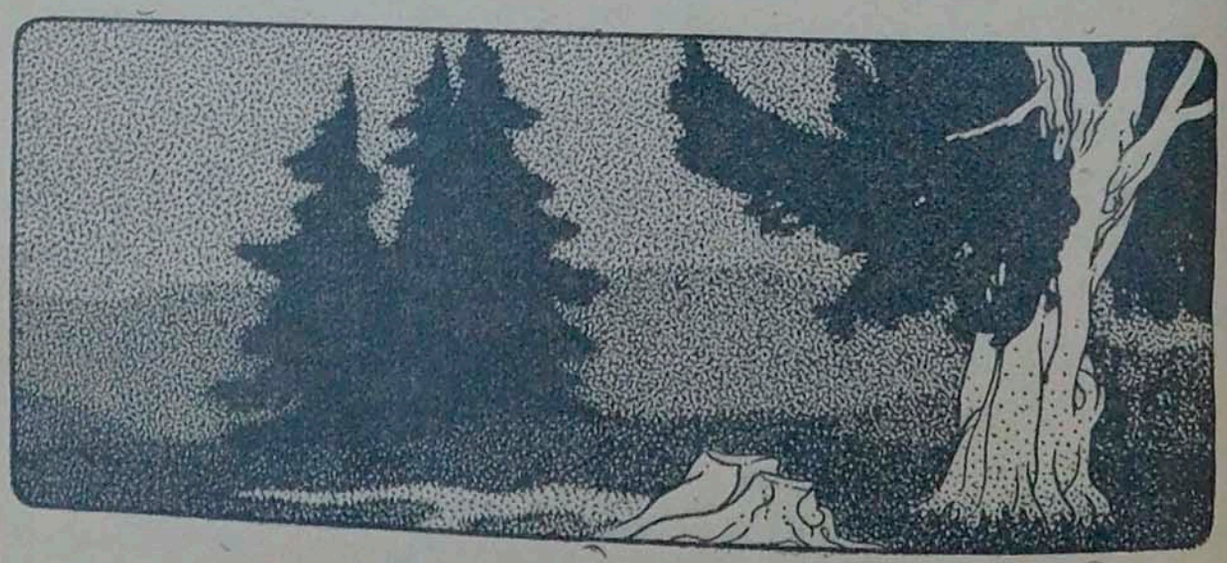
Los hombres correctos, mesurados, acompasados, metódicos, vulgares, nada tienen que ver con él, ni tan siquiera pueden comprenderle. Eso sería como pretender que el lagarto se remontara a la atmósfera cual el águila, o que el gusano, roedor de maderos viejos, comprendiera al león del desierto. Esquilo es una verdadera piedra de toque que nos revela los espíritus superiores; el que no le comprende es un sér nulo o mediocre, uno del rebaño humano. Desconcierta a los débiles, pulveriza a los rutinarios. Para mirarle de frente sin perturbarse, es preciso habitar en las cimas, y tener talla de gigante.

Es inmenso como sus asuntos. Sus personajes son los Titanes, el Etna, las Montañas, el Cáucaso con Prometeo, el sublime titán encadenado encima, el Mar, el Océano, sobre un dragón, las olas, los oceánidos, el Oriente con sus persas del imperio asiático, las tinieblas profundas en sus *Euménidas*.

Todo crece de una manera colosal en su Teatro. Su voluntad, como su temperamento, es un potente soplo que agranda las cosas. Bajo su poder, el carro de Tespis se convierte en tablado, en escenario, y la sandalia se eleva a coturno, alzando la estatura humana, y luego inventa la máscara que aumenta la voz. Sus metáforas son enormes, sus adjetivos son de caballería y llevan gran plumero.

Jerjes yendo contra Grecia, presentado por él, tiene ojos de *dragón;* sus soldados son fieras. El mar que él describe tiene tal encrespamiento de olas que se vuelve en bosque de agua.....

(De *"El Intelecto Helénico."*)



FRAGMENTO DE "PROMETEO ENCADENADO"

Tragedia de Esquilo.

HERMES.—Ante los males presentes, resuélvete temerario, resuélvete a pensar cuerdo una vez siquiera.

PROMETEO.—En vano me importunas exhortándome; como si hablases a las ondas del mar. Que jamás se te ponga en mientes que, por temor a sentencias de Zeus, me he de hacer de ánimo femenil y he de tenderle las manos como una mujer, suplicando a ese aborrecidísimo que me suelte de estas cadenas. Lejos de mí éso.

HERMES.—Mucho he hablado, lo sé, y que hablaré en vano, porque tu corazón no se mueve ni ablanda con ruegos; antes como potro recién puesto al yugo, así tú tascas el freno, y te resistes violento, y forcejeas contra las riendas. Pero en vano sacas fuerzas de tu necio consejo; menos que nada puede la pertinacia del desaconsejado. Considera qué tempestad y grande ola de males caerá sobre ti sin remedio, de no rendirte a mis razones. Hará padre saltar en pedazos esa áspera cumbre con la fulmínea llama en medio del estampido del trueno, y sus despojos cubrirán tu cuerpo y te estrecharán con pesados y roqueros brazos. Después de largo espacio de tiempo volverás a la luz; pero el can alado de Zeus, el águila carnicera vendrá a ti, convidado importuno, todos los días, y voraz te arrancará la carne a pedazos, y se cebará con el negro manjar de tus hígados. Y no esperes el fin de este suplicio hasta que un dios no se preste a sustituirte en tus trabajos, y quiera bajar a la oscura morada de Ades y a las caliginosas profundidades del Tártaro. Conque así, determina. No es esto fingida baladronada, sino dicho muy de veras; que la boca de Zeus no sabe decir mentira, y todas sus palabras se cumplen. Mira bien, pues, en derredor tuyo, y reflexiona, y no tengas nunca la arrogancia por mejor que la prudencia.

PROMETEO.—Ese ha vociferado su embajada a quien ya la sabía. Pero en que un enemigo padezca malamente bajo el poder de su enemigo, no hay afrenta. ¡Caiga, pues, sobre mí el afilado rizo del fuego; conmuévase el éter con el estampido del trueno y el huracán de los vientos desatados; que la tormenta sacuda la tierra en la raíz misma de sus hondos cimientos; que invadan las olas del mar, con bárbara furia, los celestes caminos de los astros;

que arrastre mi cuerpo el irresistible torbellino de la Necesidad hasta el fondo del negro Tártaro! ¡Como quiera no podría darme la muerte!

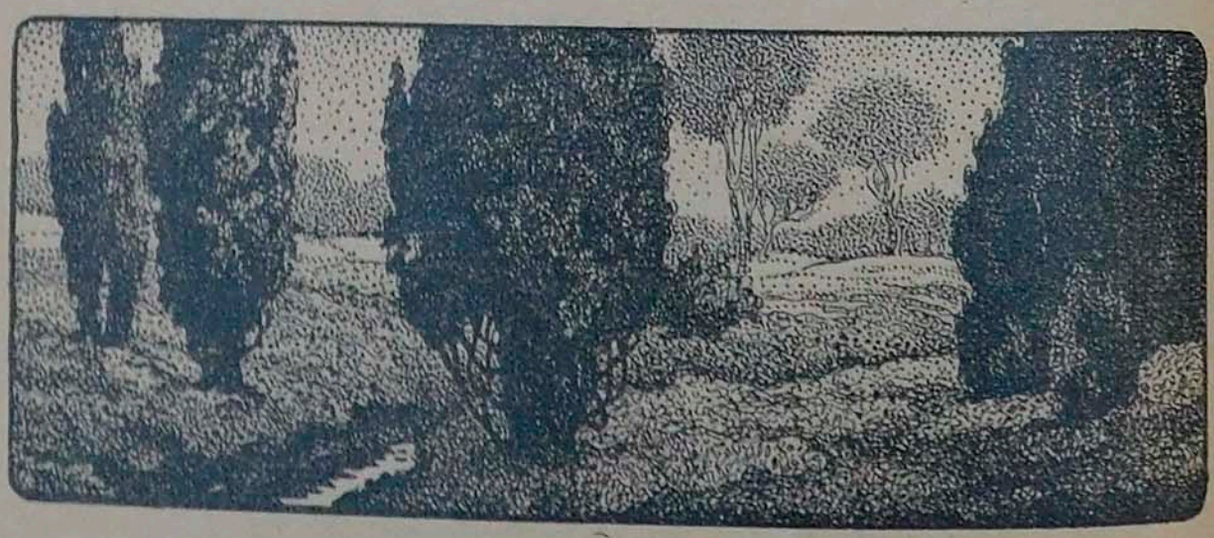
HERMES.—¡Esas son las palabras y razones que es posible oír de los mentecatos! ¿Qué le falta a tu demencia? ¿Por ventura a tratarte mejor se calmarían tus furores? Pero a lo menos vosotras, que os doléis de sus miserias, alejaos de estos lugares al punto. El horrendo rugir del trueno os dejaría atónitas.

.....

Pues acordaos de lo que a tiempo os he advertido, y cuando os asalte el mal, no acuséis a la fortuna, ni digáis jamás que Zeus os hirió con improviso golpe. En verdad que no, sino vosotras mismas, que a ciencia cierta, no a deshora ni con cautela, seréis cogidas por vuestra locura en la red del infortunio, de la cual nadie se desenvuelve.

(*Vanse Hermes y las Oceánidas.*)

PROMETEO.—Ya las palabras son obras. La tierra se agita, y el eco del trueno ruge en sus hondas entrañas; y las inflamadas vueltas del rayo fulguran en el aire; y el polvo se levanta en revuelto torbellino; y los ímpetus todos de los vientos se desatan, y encontrados soplos se chocan con porfiada pelea; y el mar y el aire se encuentran y confunden. Contra mí, a no dudar, y de parte de Zeus, viene esta furia poniendo espanto. ¡Oh, deidad venerada de mi madre! ¡Oh, éter, que haces girar la luz común para todos, viéndome estáis cuán sin justicia padezco!



RONDAS DE NIÑOS

POR GABRIELA MISTRAL

I. ¿EN DONDE TEJEMOS LA RONDA?

¿En dónde tejemos la ronda?
¿La haremos a orillas del mar?
El mar danzará con mil olas,
haciendo una trenza de azahar.

¿La haremos al pie de los montes?
Cada uno nos va a contestar.
Será cual si todas quisiesen,
las piedras del mundo, cantar.....

¿La haremos en medio del bosque?
El va voz con voz a mezclar,
i cantos de niños i de aves
se van en el viento a besar.

Haremos la ronda infinita:
La iremos al bosque a trenzar;
la haremos al pie de los montes
i en todas las playas del mar!

II. LA MARGARITA

El cielo de diciembre es puro
i la fuente mana, divina,
i la hierba llama, temblando,
a hacer la ronda en la colina.

Las madres miran desde el valle.
Sobre las altas hierbas finas,
ven una inmensa margarita,
que es nuestra ronda en la colina.

Ven una blanca margarita
que se levanta i que se inclina,
que se desata i que se anuda
i que es la ronda en la colina.

En este día abrió una rosa
i perfumó la clavelina,
nació en el valle un corderillo
e hicimos ronda en la colina.....

III. INVITACION

¿QUE niño no quiere a la ronda
que está en las colinas venir?
Aquellos que se han rezagado
se ven por las cuestas subir.....

Vinimos los niños buscando
por viñas, majada i pomar,
i todos cantando, se unieron,
i el corro hace el valle blanquear.

IV. DAME LA MANO

DAME la mano i danzaremos;
dame la mano i me amarás.
Como una sola flor seremos,
como una flor, i nada más.....

El mismo verso cantaremos
i al mismo paso bailarás.
Como una espiga ondularemos,
como una espiga, i nada más.....

Te llamas Rosa i yo Esperanza;
pero tu nombre olvidarás,
porque seremos una danza
en la colina, i nada más.....

V. LOS QUE NO DANZAN

UNA niña que es inválida
dijo:—¿Cómo danzo yo?
—Le dijimos que pusiera
a danzar su corazón.

Luego dijo la quebrada:
—¿Cómo cantaría yo?
Le dijimos que pusiera
a cantar su corazón.

Dijo el pobre cardo muerto:
—¿Cómo, cómo danzo yo?
Le dijimos:—Pon al viento
a volar tu corazón.

Dijo Dios desde la altura:
—¿Cómo bajo del azul?
Le dijimos que bajara
a danzarnos en la luz.

Todo el valle está danzando
en un corro, bajo el sol,
i al que no entra, se le hizo
tierra, tierra, el corazón.....

VI. LA TIERRA

DANZAMOS en tierra chilena,
más suave que rosas i miel;
la tierra que amasa los hombres
de labios i pecho sin hiel.....

La tierra más verde de huertos,
la tierra más rubia que mies,
la tierra más roja de viñas,
¡qué dulce que besa los pies!

Su polvo hizo nuestras mejillas,
su río hizo nuestro reír,

i besa los pies de la ronda
que la hace cual madre jemir.

Es bella, i por bella queremos
su césped de rondas blanquear;
es libre, i por libre queremos
su rostro de cantos bañar.

Mañana abriremos sus rocas;
la haremos viñedo i pomar;
mañana alzaremos sus pueblos:
¡hoi sólo sabemos danzar!

VII. JESUS

Haciendo la ronda,
se nos fué la tarde.
El sol ha caído,
la montaña no arde.

Pero la ronda seguirá,
aunque en el cielo el sol no está.

Danzando, danzando,
la viviente fronda,
venir no lo oímos
i entrar en la ronda.

Ha abierto el corro sin rumor,
i al centro está hecho resplandor!

Callando va el canto,
callando de asombro.
Se oprimen las manos,
se oprimen temblando.

I jiramos a su redor,
i sin romper el resplandor!

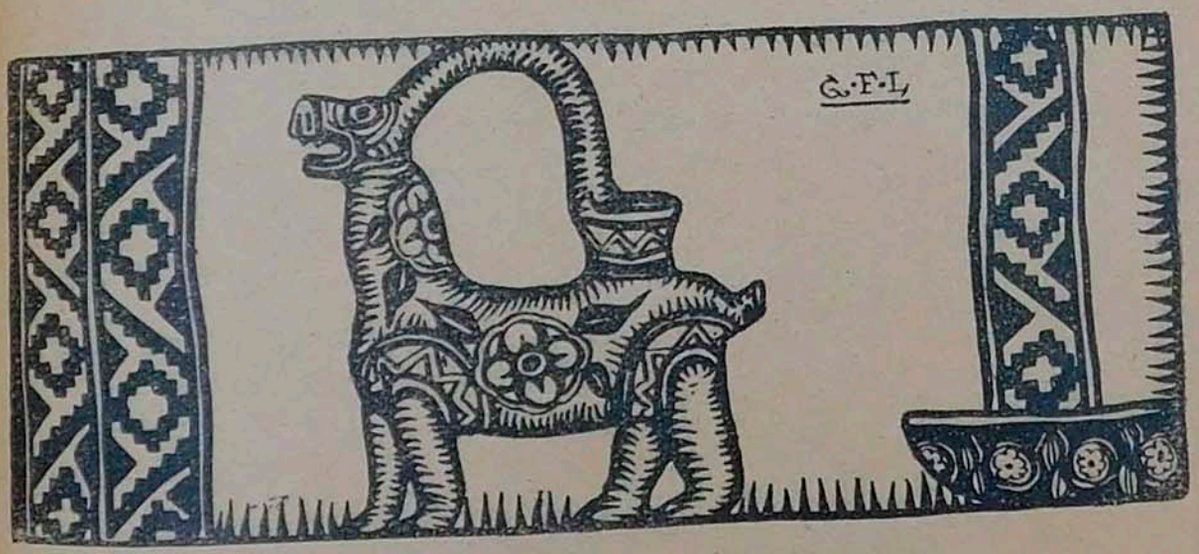
Ya es silencio el coro;
ya ninguno canta.
Se oye el corazón
en vez de garganta.

I mirando su rostro arder,
nos va a hallar el amanecer.....

VIII. TODO ES RONDA

LOS astros son ronda de niños,
jugando la Tierra a mirar.....
Los trigos son talles de niñas,
jugando a ondular..... a ondular.....

Los ríos son rondas de niños,
jugando a encontrarse en el mar.....
Las olas son rondas de niños,
jugando este mundo a abrazar.....



ADA NEGRI

POR EDOUARD SCHURE.

HACE tres años apenas, en 1892, Ada Negri era una pobre maestra de escuela en un pueblo remoto de la Lombardía. De un día a otro la hizo célebre su selección de poesías titulada *Fatalitá*. Su nombre, proclamado como el de la primera poetisa italiana, recorrió la península y resonó más allá de las fronteras. Fortuna rara, pero muy merecida, y por el esfuerzo de ese libro, por el alma impetuosa y generosa que palpita en esta hija del pueblo.

Ada Negri nació en Lodi, no lejos de Milán. Su madre era muy pobre y trabajaba como obrera. "En la fábrica de hilados, donde el áspero clamor de las máquinas hace temblar siniestramente la gruesa bóveda, un millar de mujeres se consume en el trabajo, entre las ruedas estridentes. Aun está allí, después de quince años, una madre animosa. Su mano rápida maneja con prontitud la lanzadera, y la potente y alta voz de la tempestad de hierro que ruge a su redor, no la conmueve A veces se siente fatigada, ¡oh, tan fatigada! Pero su frente abatida se ilumina y se levanta con una franca firmeza. Y parece que dice: ¡Adelante! ¡Pobre de ella si un día cayera enferma, si no pudiera volver a su puesto! ¡Oh, que esta desgracia no llegue nunca! Ella no debe, no puede enfermar. Su hijo, el único, inmenso orgullo de su miseria.... ¡su hijo estudia!...."

En vez de "su hijo" leed "su hija" y tendréis una imagen de la madre de Ada Negri. Se comprende que la pobre niña, al compartir prematuramente las zozobras maternales, haya conocido desde su infancia "las noches de insomnio, el inquieto pensamiento de la mañana y los días sin pan." Creció "con el corazón rodeado de sombra y una feroz nostalgia de sol." Pero en la niña pálida, del rostro delgado y semioculto por los cabellos negros como alas de cuervo; en esos ojos apasionados que lanzaban flechas de luz, se adivinaba una sensibilidad vibrante y contenida, dotada de una de esas voluntades silenciosas que marchan invenciblemente hacia un fin lejano.

A los dieciocho años se despidió de su madre y salió de Lodi para ser maestra de escuela en Motta-Visconti, un pueblo grande

situado a las orillas del Tessino. Ni camino de hierro ni tranvía conducen a este lugar apartado. El río, encajonado profundamente, rueda sus aguas fangosas entre altos precipicios. Sobre sus dos orillas se extienden espesos bosques, donde se pierden a menudo los cazadores milaneses. Ni montañas ni colinas. Por todas partes se alarga, interrumpida por bosques sombríos o dibujada de claras verduras, la inmensa llanura lombarda, más grande que un mar. Los grandes vientos juegan en esos espacios libres; y las tempestades que funden los Alpes, el Adriático o el Mediterráneo, llevan allí escuadrones de nubes amontonadas. En esta soledad absoluta y en este horizonte sin límites, debería brotar, sin ruido, una poesía salida íntegramente de las profundidades del alma.

Una amiga de Ada Negri, la señora Sofía Bisi Albini, describe así la casa de la maestra de escuela de Motta Visconti (°): "Se cruza un corral fangoso sobre el que se levantan pesebres y donde cloquean los patos. Una puerta de madera da a una escalera de dos cuerpos y de ladrillos rotos. En el cuarto penetra una luz débil. Las ventanas no tienen vidrios; los cristales son de papel amarillo. El mueble más elegante es una caja de libros. Por la mañana Ada Negri se va en zuecos a la escuela, donde ochenta niñas le gritan los buenos días con voces estridentes y ponen a prueba su paciencia, queriendo deletrear, todas a un tiempo, el alfabeto." Rígida, con una dulzura y una firmeza impasibles, cumple su deber durante las horas de clase. Pero por las tardes regresa a su pobre cuarto y comienza otra vida para la maestra, libre de sus cadenas. Saca de su caja de madera los volúmenes medio desencuadernados de los grandes poetas italianos que repasa desde su infancia: Dante, Manzoni, Leopardi, Ugo Foscolo; y se pone a leer apasionadamente. Al oír estos acentos familiares, que le parecen de una lengua maternal reencontrada, su verdadera naturaleza se ensancha. Siente nacer en sí misma un mundo de pensamientos, de deseos, de rebeliones, de esperanzas y de simpatías; y comprende que podrá decirlas según el ritmo de la sangre que corre por sus venas. Una alondra canta en su corazón, a pesar de su miseria; un aguilucho se estremece bajo sus sienes de fuego. Ella siente que nació poeta. Un diario popular ha publicado ya sus versos, cuya nota personal sorprendió a los lectores. Un admirador desconocido le enviaba con regularidad paquetes de periódicos. Por obra de su viva inteligencia, de su imaginación ardiente, estos periódicos reemplazarán años de experiencia; serán para ella como un viaje a través del vasto mundo.

En las apretadas columnas donde se confunden bajo mil máscaras, como en un gran carnaval, la política, la literatura, las re-

---

(°) En la noticia biográfica que encabeza el libro de Ada Negri, FATALITA.

señas de teatros, los escándalos del día, los crímenes, la caridad, los horrores del vicio, las locuras del lujo y los esplendores del genio, Ada adivina la vida, la sufre, la comprende. Así, en su cuarto enlosado de ladrillos, la maestra recorre cien existencias distintas y explora desatinadamente el laberinto de nuestro mundo moderno, inclinada sobre los periódicos desplegados a la luz de una pobre vela. Y después, en las tardes apacibles y luminosas de otoño, se interna sola en los bosques de las orillas del Tessino. El oro leonado del poniente fluye de las altas ramas de los olmos y las encinas. Viendo esto se ensancha su corazón. Se siente capaz de mil vidas, de mil amores. Pero el sol se pone; todo se vuelve negro, y la *Voz de las Tinieblas* le dice: "Tú, nacida para las auroras relumbrantes y para los vuelos de águilas que pasan.... pides un ideal entre las blasfemias cínicas y las creencias extinguidas.... Una cadena te retendrá por el puño.... la fatalidad pesa sobre tu cabeza..... eres rebelde y eres esclava...." Entonces entra en su alcoba fría, esconde su cabeza entre las manos y deja a las tibias lágrimas filtrarse lentamente entre sus dedos. ¡Ser poeta, sí, poeta! ¡Ser una voz en el universo, una lira en el mundo de las almas, y destruirse en silencio, con una mordaza en la boca! ¡Oh! en esos momentos, si pudiera, se haría bohemia, vagabunda, para alimentar su dolor sobre los grandes caminos.

Pero en otras tardes sopla el viento del Oeste, el viento de tempestad. Un sentimiento más fuerte la arrastra entonces hacia el bosque. Y ahí salen voces humanas de las ramas agitadas: "El viento se hincha, golpea, penetra, silba y arremolina. Toma una voz de angustia y todo el bosque se estremece... Ahora son palpitaciones de follaje, palabras de cólera sopladas al vuelo, resuellos, sollozos." La caminante nocturna se detiene. Presta oídos y tiembla, no ya como mujer débil, sino como sibila irritada. Porque le parece que esas voces son de los infelices, de los oprimidos por el trabajo, de las víctimas de la avaricia y del lujo desenfrenado, de los mártires del pensamiento libre o del prejuicio social, de los aniquilados de todas las especies. Y su pecho se llena de una inmensa piedad y de un gran valor. Siente que una fuerza invisible entró en ella con todas esas almas, una fuerza que la engrandece en varios codos. Fué indudablemente al regresar de uno de esos locos paseos cuando dijo Ada Negri:

¡Ahora soy poeta; seré la voz de los vencidos!

Y lo ha sido victoriosamente. Los sufrimientos de los otros han anegado los suyos. Sin duda por esto ha triunfado sobre el destino tan arrogantemente. El renombre de su primer libro dirigió la atención pública hacia ella, y un ministro le dió la cátedra de literatura italiana en la escuela normal de Milán. En la actua-

lidad, Ada Negri goza de la independencia de una mujer de letras, llegada a la gloria.

Su poesía es un clamor salido directamente de las profundidades del pueblo. Además, lo que le da una fisonomía singularmente vívida, es el revelar no sólo todos los movimientos de un alma entusiasta, sino aun el esfuerzo heroico de una voluntad. Vemos desarrollarse esta alma en el combate con el destino, la vemos engrandecerse en su lucha contra el amor y la pasión, cuyas tentaciones todas las sufre sin sucumbir; en fin, la vemos vencer y libertarse, volviéndose la expresión de esa multitud fraternal de oprimidos, desdichados y luchadores, de quienes quiso ser la voz.

Tratemos de desprender rápidamente de su obra misma, esta figura original en que se anuncia un nuevo tipo de mujer y algo como el primer estremecimiento de un mundo en germen.

I

Ada Negri comenzó desde la infancia la áspera lucha por la vida. Pero las raíces de esta alma poderosa se encuentran en el tierno corazón de su madre, la pobre obrera de Lodi. Esta, con una abnegación absoluta, con la ebriedad del sacrificio, derramó amor y esperanza para que su hija querida no los perdiese nunca en el duro combate contra el destino. La victoria tenía ese precio. Ada Negri tuvo la suprema dicha de ser apasionadamente amada por su madre, y gracias a ello, sin duda, presintió con su adivinación de poeta el poder del amor. Comprender el acorde perfecto es saber toda la armonía. Y por tanto, esas imágenes de la infancia tienen en Ada Negri algo inenarrablemente triste, a causa de los sufrimientos de su madre y de la pobreza que pesaba sobre ella. Piensa en el canto maternal como en una *berceuse fúnebre*. Más tarde, en sus horas de abatimiento, se refugiaba, a pesar de todo, en la dulzura melancólica de ese recuerdo.

Cuando me confiaba a la almohada, niña dichosa y ávida de sueño, mi madre velaba inclinada sobre la aguja, durante las largas noches.

Me velaba cantando. Era una dulce cantilena, graciosa como un hada, cuyo débil recuerdo aun consuela mi alma afligida.

Las lentas notas morían en el silencio, trémulas de una dulzura íntima. Morían en la vasta oscuridad dormida, ligeras como una caricia.

Ada tiene ahora dieciséis años. Inclinada sobre sus libros, prepara su examen de maestra en el cuarto de su madre. Algo fuerte late en su corazón; querría lanzarse al amplio mundo. Pero

su mirada ha encontrado ya los ojos de un fantasma que se llama *Fatalidad.*

Esta noche se apareció en mi cabecera una figura opaca. Con un relámpago en el ojo y un puñal en el costado, me miraba burlonamente a la cara. Tuve miedo... Me dijo: "Yo soy el Infortunio."

"Nunca te dejaré, chiquilla tímida, nunca, nunca. Entre las zarzas y las flores, hasta la muerte y en la nada. Te seguiré sin cesar, por todas partes adonde vayas."

—"Aléjate..." sollocé.

Permaneció inmóvil cerca de mí y me dijo: "Está escrito allá arriba. Eres una flor lívida, una flor de ciprés, flor de nieve, de delito y de tumba. Allá arriba, allá arriba está escrito."

Yo salté gritando: "Quiero la esperanza que brilla a los veinte años, quiero la trémula exaltación del amor, quiero el beso del genio y de la luz... —¡Vete, oh funesto!"

Y dijo: "Solamente alcanzará el resplandor de la gloria el que sufre y crea sangrando. Aguila sublime, el Dolor alumbra la Idea. Al que lucha valientemente: la victoria."

Le respondí: "¡Quédate!"

Y no creais que esta niña pálida no siente fuertemente la vida. La naturaleza la embriaga y la enloquece con todas las embriagueces del amor. El perfume de los campos, el brillo de las flores, le dan languidez y voluptuosidad. La hace palidecer la vista de una rosa que se deshoja en un vaso. Ha creído, mirándola, ver una mujer marchita y aterrada por la pasión. Querría ser esa mujer. Respirando esos pétalos ajados palidece ante delicias y torturas desconocidas. La miseria ha sido su hábito de monja y el trabajo su cilicio salvador. No deja de sentir el amor con esa violencia y esa sensualidad áspera de las italianas de temperamento. Testigo, *El Beso Pagano:*

Entre las espigas de oro, frente al sol resplandeciente que incendia el valle, en el surco humeante, él la besó sobre los labios cálidos.

El cielo sin nubes y el trigo sonríen a la pareja arrebatada: y alrededor del beso sencillo y sano, se regocija poderosamente la vida universal.

Perfuman las rojas corolas entreabiertas como dos bocas jadeantes de amor. En las brisas difusas se lanza el canto alegre de la tierra florecida.

Los jóvenes amantes se besan sonriendo, sobre el corazón del campo, mientras un trino de golondrinas se pierde bajo el arco de los cielos azulados.

Y por todas partes, bajo las malezas sombrías, en los cálices de las flores, en los haces dorados, en los nidos misteriosos, tiembla el beso que embriaga y fecunda.

Sin embargo, el alma valerosa de esta hija del pueblo se opone a la fuerza invasora de ese amor físico que expresa con tanto poder. Este la ha turbado, pero no vencido. Han llegado a ella los homenajes, la han asediado las seducciones, se han estremecido sus senos, su corazón ha dejado de latir. Rechaza con desprecio las tentaciones vulgares y a los ricos ociosos; despide a los apasionados en breves diálogos donde se siente la lucha magnética de dos voluntades. Casi siempre tiene, frente al hombre, una actitud de defensa o de agresión. ¿Cuál es, pues, el ideal de esta mujer? No es el dulce poeta de versos armoniosos que pondría a sus plantas la gloria, las místicas armonías, los sueños, las sonrisas, los entusiasmos, presto a sacrificarlo todo para hacer de ello el incienso de su adoración. No: es el hombre de acción, el luchador, el triste rebelde, el sufrido invencible. Escuchad aún:

...El otro levanta una frente imperiosa como un tronco de encina en la tormenta. Se calla; pero en su fondo leo la poesía oculta de un alma audaz y rebelde.

No me habla de amor, quizá porque no se atreve; pero su mirada ayuda, antorcha encendida, me repite, con una embriaguez secreta y dolorosa, que me ama y que soy bella.

Cuando el día languidece y se apaga en la vidriera y él inmoviliza mi rostro abatido, piensa y sufre y no sabe decirme:

—Te amo.

Inclino mi rostro en una embriaguez rendida, y un deseo me arroja en sus brazos como a un pájaro trémulo en la trampa.

¿Cederá ella? Seguramente; naturalezas como la suya saben darse enteras. Mientras más profunda es la conciencia y más enérgica la voluntad, el amor es más grande y terrible. Un río se precipita de manera distinta a la de un arroyo. Ella siente el vértigo del abandono, la sed de olvidar. Y, no obstante, un poder oculto la detiene al borde del delicioso abismo. Tal vez presiente que, cuando la mujer se entregue, muera la poetisa. Su fuerza y su llama serían absorbidas por el vencedor; su voz iría extinguiéndose; no cantaría más los placeres y los dolores de los otros. Esta situación penosa la describe en los siguientes versos:

¿Por qué, cuando con una voz dulce y encantadora me cuentas tu vida vagabunda, tu mirada amorosa y azul parece chupar todo mi corazón palpitante?... No, no me obligues a los sueños muertos y a los besos...¡No puedo, cállate!

Cuando recogida y pensativa escucho tu voz que vibra como un arpa, ¿por qué sube una llama a tu rostro, por qué corre un estremecimiento en mis fibras?... ¡No, no me obligues a los sueños muertos y a los besos!... ¡No puedo, cállate!

Otro destino me impulsa. En la hora voluptuosa en que todo se olvida, en la hora rápida que florece bajo el delirio, nunca me dirá un labio de amante: ¡Eres mía! Sobre mi boca juvenil y pura me entristece un beso.

¿Has pensado alguna vez lo que sería mi amor?... Sería una luz radiante de alegría y de gloria, una risa de juventud victoriosa, un himno de esperanza, un canto de triunfo; una fiesta del alma y del pensamiento, una sacudida mágica del espíritu y de las medulas.

Y, no obstante, ¿ves? te separo y me alejo, rígida y casta, en la noche profunda. No me preguntes el porqué de este misterio extraño y tiránico que me rodea; no me obligues a los sueños y a los besos... ¡No puedo, cállate!

II

Hemos dicho que en la soledad de Motta-Visconti, adonde la desterró su empleo de maestra, y en los bosques del Tessino Ada Negri vió surgir ante ella los cuadros de miseria que asaltaron su infancia. Le pareció que la multitud creciente de mudos y de oprimidos llegaba a ella para pedirle una voz. A esta visión de conjunto ha dado una poderosa expresión en un poema que quizás sea el más característico y el más sorprendente de su selección:

LOS VENCIDOS

Son cien, son mil, son millones, hordas infinitas. Un sordo rugido de trueno lejano rueda sobre sus filas apretadas.

Bajo el rudo viento del Norte avanzan con un paso igual y lento. Llevan vestido de blusa, desnuda la cabeza y la mirada febril.

Me buscan... han llegado todos. Como un mar que mueve formas grises y rostros demacrados, me rodea la multitud.

Me roza, me oculta, me aprisiona. Oigo roncas respiraciones, largos lloros resonar en las tinieblas, blasfemias y suspiros:

"Venimos de casas sin fuego, de lechos sin paz, donde el cuerpo, domado poco a poco, se doblega, cede y permanece tendido.

"Venimos de callejones cerrados y de guaridas; venimos de madrigueras ocultas, y arrojamos sobre la tierra una sombra amenazante de duelos y de peligros.

"Encontramos un ideal de fe: nos ha engañado. Encontramos el amor que espera y cree; nos ha traicionado.

"Buscamos el trabajo que regenera y fortalece; nos ha repe-

lido. ¿Dónde está, pues, la fuerza?... ¡Piedad!... Somos los vencidos.

"...Sobre nuestras cabezas, alrededor de nosotros, sobre el sol radiante, en la gran luz de oro, brilla y vuela el amplio cantar de fiesta del beso y del trabajo.

"Serpiente de hierro, pasa y ruge el tren de vapor; bajo la bóveda de la montaña proclama a la industria con su trompeta guerrera y junta los brazos y los espíritus.

"Mil bocas se buscan deseosas, se buscan amorosamente; mil vidas generosas se lanzan en la hornaza encendida.

"¡Y nosotros somos inútiles!... ¿Quién nos ha echado sobre la tierra, esa mala madre?... ¿Quién nos ha rehusado el suspiro del corazón? ¿Quién nos oprime y nos humilla?

"¿Qué odio pesa sobre nosotros?... ¿Qué mano desconocida nos rechaza? ¿Por qué el destino ciego nos grita: ¡En vano? ¡Piedad!... Somos los vencidos."

Después de ese lúgubre desfile, en que el ojo no tiene tiempo de distinguir las expresiones individuales, Ada Negri hace pasar ante nuestros ojos una serie de figuras sacadas por un lápiz ligero; pero de las que cada una se destaca con el relieve enérgico de un carbón o de un aguafuerte. ¿Qué es esa mancha de luz en una masa de sombra? ¡Larva o forma humana! ¡Cadáver o cuerpo vivo! Pero se oye la voz dolorosa de un alma:

Entre las altas orillas, ciega y desenfrenada, el agua corre y llora. El cielo de plomo escucha; la bóveda nublada no tiene una sonrisa, ni el aire un soplo en la oscuridad de la noche.

El agua corre y llora. Y lleva en su seno el cuerpo inanimado y ligero de una hija del placer, pálida suicida que una ola triste arrastra en su camino.

El agua corre y llora. En su lamentación rueda el eco de un misterio extraño y confuso; de su queja se eleva un grito humano, EL GRITO DE UN AMOR DESESPERADO, VENCIDO Y DESVIADO DE SU CURSO.

Pero la imaginación del poeta va más lejos. Su pensamiento se identifica con la desgraciada. La persigue hasta la mesa de disección, donde sirve de presa a la ciencia que estudia el cuerpo humano, sin inquietarse por la persona. Le parece al poeta que esas fibras sangrantes y desmenuzadas palpitan aún bajo el escalpelo; que el alma no ha dejado aún esas pobres carnes profanadas, y que el cadáver profiere, con voz penetrante como una hoja de puñal, palabras que estremecen:

AUTOPSIA

Flaco doctor, que con un ojo atento y un deseo bárbaro e intenso, diseccas mi carne desnuda y la atormentas con tu hoja fría, acerada.

¡Escucha! ¿Sabes quién fuí? Desafío la mordedura impía de tu escalpelo; aquí, en la horrible cámara sepulcral, te cuento mi pasado.

Crecí sobre las piedras del camino. Nunca he tenido casa ni padres. Sin zapatos, sin cinto y sin nombre, erré detrás de las nubes y los vientos.

...He conocido todas las crueles fatigas y las miserias oscuras; he pasado a través de poblaciones lívidas y hostiles, a través de lágrimas y temores.

Y por fin, un día, sobre el cojín blanco de un hospital, un pájaro negro de uñas encorvadas me cubrió con sus alas.

Y morí así, ¿comprendes?, sola como un perro perdido; morí así, sin oír una palabra de esperanza o de salvación.

¡Cómo es brillante y negra y abundosa mi cabellera flotante! Se me sepultará bajo la tierra helada sin un beso de amor.

Es virgen y blanco mi cuerpo flexible y cómo es esbelto! Y ahora lo desfloras con el beso de tu escalpelo.

Sondea, taja, diseca, corta y desgarra, doctor infatigable y mudo. ¡Regocíjate con mis vísceras, sáciate de mi cuerpo vendido!

...Penetra con tu cuchillo hasta las últimas fibras y desgarra mi corazón, y busca en él el sublime misterio del sufrimiento!

Así, toda desnuda bajo tu mirada, sufro aún, ¿sabes? Te miro con mis pupilas vidriosas y no me olvidarás...

Pues de mis labios se exhala, en la convulsión última, un ronco suspiro, un aliento de dolor y de maldición.

Las tres poesías que acabo de citar muestran hasta qué profundidad sabe descender Ada Negri en el sufrimiento humano y, sobre todo, en el de los desheredados. No obstante esta ojeada al infierno del alma, su nota dominante es una nota de esperanza y de sosiego. Pues por arriba de la multitud de vencidos que caminan en la noche, su mirada advierte una visión consoladora, cuya luz cae a la vez sobre la tierra y sobre el cielo.

Sueño. Frente a mi mirada errante reluce una tropa fantástica, envuelta toda en la roja luz de un poniente de junio, austero y lento.

Rostros flacos, pechos desgarrados, cabezas cubiertas de polvo y de espinas, ojos fulgurantes de amor divino, cuerpos devorados por llagas interiores.

Y pregunto: ¿Quiénes sois, ¡oh vosotros que me hacéis signos y os deslizáis delante de mí!; que me sonreís, silenciosos y radiantes, en la gloria del sol?—Somos los héroes.

—Somos la corte inspirada y trágica que sobre los campos de batalla y en las fortalezas, entre el golpe de las armas y el són de los himnos ardientes, ofreció sus pechos robustos a la muerte.

—Somos los héroes desafortunados del pensamiento, somos la falange demacrada y rendida que consumió la vida en vano buscando la verdad fugaz.

—Fuimos soldados, mártires y gigantes; para nosotros fueron los combates, los sacrificios y las venganzas; y pues el hierro enemigo nos ha hendido el cráneo, sollozamos al caer: ¡Adelante!

—Plebes insensatas se encarnizaron con nosotros; fuimos vilipendiados y lapidados, crucificados, burlados y torturados, sin tregua ni cuartel!... Somos los héroes.

Y me levanto y grito: ¿Oh, por qué, pues, tantos suspiros y tantas vidas aniquiladas, esos duelos y esas angustias, esa serie infinita de infinitos gemidos?

¿Por qué se persigue con un ardor insensato el relámpago de un ideal que huye? ¿Por qué se aniquila el alma llorando, en el deseo, en la ilusión y en el amor?...

¿Por qué?... Delante de mi mirada soñadora reluce aún la tropa fantástica, envuelta toda en la roja luz de un poniente de junio, austero y tardo.

Sobre los rostros radiantes y sin velos, respira una calma que no es de la tierra; entreabriendo su pupila larga y serena muestran el cielo con el dedo, sonrientes.

Así, la transfiguración de los héroes en un mundo superior, es el faro salvador para la inspirada poetisa del sufrimiento humano. Pues no basta que la muerte haya hecho triunfar parcialmente su idea sobre la tierra; es preciso, para satisfacer la conciencia, que esta idea triunfe completamente con ellos mismos en otra vida. Ada Negri tiene el sentimiento íntimo de que la idea de la justicia final está estrechamente ligada con la supervivencia del alma. Porque la felicidad perfecta de la humanidad terrestre, suponiendo que fuera posible en un porvenir lejano, ¿podrá contrapesar los incalculables sufrimientos y las innumerables injusticias que agobiaron a los hombres en el pasado y los agobian aún en el presente? No hay en lo absoluto justicia final para la raza humana, si no la hay para los individuos en un más allá divino. Pero ¿qué quiere decir eso? La visión de las alturas, el mensaje de los héroes, ¿era un bello sueño tan sólo o la realidad suprema?

Ante esa duda, el corazón de Ada Negri se siente oprimido por un tornillo más cruel que todos sus sufrimientos personales. Entonces se combaten en ella dos conciencias, dos almas. Una, profunda y dulce, murmura:—Hay una justicia final; hay un Dios en el universo; es preciso creer y obrar. Otra, amarga y violenta, grita: —No hay más que el sufrimiento eterno; es preciso odiar y rebelarse, o no ser nada. El Amor la impele por el sendero luminoso en que sonríe la esperanza; el Orgullo la lleva por la senda sombría en que la Cólera forja las armas sobre el yunque de la maldición. De ahí el conflicto terrible. Escuchad estas estrofas dirigidas a un sér real o imaginario; poco importa. Lo que oiréis no es el amor de una mujer, sino la lucha del Angel y del Demonio en un corazón humano.

EN EL HURACAN

Cuando relumbra la cólera de la tempestad desmelenada, ora roja, ora amarilla, ora lívida, y Eolo sopla relámpagos deslumbrantes como una furia desencadenada, querría perderme toda, perderme a lo lejos en el torbellino del huracán, entre las flechas de oro; así, oprimida sobre tu corazón!

En esta fiebre del cielo y de la tierra, suspendida contigo en la inmensidad, QUERRIA DECIR LA ANTIGUA Y OBSTINADA GUERRA QUE TU NO SOSPECHAS EN MI Y QUE DIOS NO CONOCE.

Alrededor de mí, el quejido del viento, la oscuridad, la tormenta y el furor; bajo mis pies, la ruina y el espanto... Mi cabeza sobre tu corazón...

Esta guerra en el alma de Ada Negri, que magnifica la batalla de los elementos, y que en este caso se mezcla extrañamente a un sueño de amor exaltado; esta "guerra antigua y obstinada" no es, como pudieran creer los que han leído esas tres estrofas, la guerra entre el hombre y la mujer, o la del alma y los sentidos, o la del ideal y la realidad. No; toda la poesía de Ada Negri lo atestigua y lo proclama: es una lucha aún más profunda y más terrible; es la guerra entre la verdad del alma y el orgullo de la razón, entre la plegaria y la rebeldía, entre la Providencia y el Destino, entre los Mesías y los Titanes, entre Dios y Lucifer; lucha gigantesca que hace gemir la creación, lucha necesaria de donde sale la vida, pero que puede triturar al hombre y con más razón a la mujer, cuando los dos adversarios se encuentran en un mismo corazón y en un mismo cerebro.

¿Cómo ha resuelto el problema Ada Negri? Ella había oído también esa voz que retumbó bajo las naves profundas de las

catedrales, la voz de la iglesia que dice al alma perdida: "Sólo yo poseo la verdad, sólo yo tengo la llave de la salvación. Deja de pensar y obedece." Pero ella no era de las que, para vivir felices y tranquilas, pueden abdicar el divino privilegio del hombre: la conciencia y la libertad. Escuchaba también la voz de la ciencia materialista que dice a los incrédulos y a los rebeldes: "Dios y el alma son vanas quimeras. Resígnate y consuélate de que no haya tirano allá arriba. Pues el hombre, ese hijo de la nada, será un día Dios sobre la tierra." Alguna cosa dijo a la poetisa que tal doctrina no solamente no satisface al alma, sino que no explica nada del universo. El misterio de los mundos es más amplio y más profundo. El mundo exterior no puede darnos la llave. Pues no se encuentra sino en lo más íntimo del alma. Y solamente ahí está el sér verdadero y la fuente de la vida. Ahí lo buscan todos los que quieren ser una fuerza inicial, un verbo vivo. Hay una poesía de Ada Negri en que asistimos, de cierto modo, a la cristalización de esta certidumbre del alma que reconoce su fin y su destino, volviéndose consciente de sí misma:

VIAJE NOCTURNO

Partimos: es media noche. La yegua es perezosa y el vehículo se bambolea sobre sus ruedas inseguras. ¡Adelante, al galope! Para nosotros, hijos alegres de la aventura, el bosque no tiene amenazas, ni la sombra peligros, ni la ruta piedras.

Todo se esconde y duerme. ¡Adelante, al galope!

Fuera de la nube, la luna echa una ojeada burlona; lamparilla incómoda, va acechando por la llanura. Los árboles tienden sus ramas torcidas como los brazos de torneados esqueletos en oración. ¿Qué cuentas, oh inmensidad?

Fuera de la nube, va acechando la luna lustrosa.

Recta, muda y pálida, con el ojo extraviado y fijo y los cabellos al viento, interrogo al abismo. La tiniebla devora praderas y rencores de almas, besos de labios de amantes, sueños, delitos y lágrimas, delirantes caricias de amor envenenado.

Suspiros delatores y estremecimientos cruzan la tiniebla...

"¿Qué haces? ¿Qué quieres," me preguntan, saliendo de las fosas impuras, fuegos juguetones que brillan cerca de los bajos muros del negro cementerio.—No sé; busco mi destino. El viaje puede ser eterno, puede ser eterna la noche; ¿qué importa? Tengo valor. ¡Adelante, al galope!

No os tengo miedo, espíritus locos del cementerio.

En el tranquilo silencio del vacío adormecido, vela el pensamiento humano, misterioso centinela, como un ángel inmortal.

Vela, y con sus alas, emplumadas de sueño y de audacia, roza la tierra ciega, las nubes de plata, la tumba y el ideal.

¡Vuela, ¡oh pensamiento! sobre las ruinas, como un ángel inmortal!...

He ahí la solución del enigma capital que paraliza o mata a quienes no saben resolverlo. Ante las contradicciones y los obstáculos, el alma se ha recogido en sí misma; se acoraza de todo su valor; se arma de toda su voluntad. Se ha hecho consciente de sí misma por su resistencia al mundo exterior. Y ahora encuentra en su propia nobleza la certidumbre de su origen y de su fin divinos. El insondable misterio de las cosas, la inmensidad del dolor, aun podrán torcerla, pero ya no desviarla. Está orientada para siempre. Aún más: entrevé en lo que la espantaba, en el dolor, la condición de su propio desarrollo y la ley evolutiva del hombre, sin dolor, ni progreso, ni conciencia, ni libertad. Pero vencido ya el dolor por el trabajo creador de que nacen la fuerza y la alegría, el alma se eleva a un peldaño más alto, desde donde domina, como dueña, el mundo y la vida. Una vez más el espectro de la Fatalidad entra en la alcoba de la joven. Esta vez lo aleja con palabras sin réplica:

¿Te encarnizas? ¿Para qué? ¡La juventud y la vida están conmigo! No me verás debilitarme en la batalla fatal. Sobre las ruinas dispersas y sobre las angustias, brillan mis veinte años.

No me quitarás esta fuerza divina que arde en mi corazón. No me detendrás en el vuelo impetuoso que me arrastra. Tus uñas son impotentes, ¡oh negra diosa!; yo sigo mi camino.

Ves, allá abajo, en el mundo, ¡qué de luz, de sueño y de rosas! Oyes en el cielo gozoso los trinos de las alondras triunfantes! ¡Qué fulguración de fe y de ideal, qué estremecimiento de alas!...

QUIERO EL TRABAJO QUE DIVINIZA Y QUE CON NOBLE DOMINIO GOBIERNA TODAS LAS COSAS. Quiero el sueño y la armonía, la juventud eterna del arte; la risa del azul y los bálsamos de las flores, los astros, los esplendores y los besos.

Pasas, bruja negra, pasas como una sombra funesta al sol. Pero todo renace, todo espera. Las violetas sonríen bajo las breñas, y yo, escapada de tus lazos, audaz y juguetona, canto el himno de la vida!

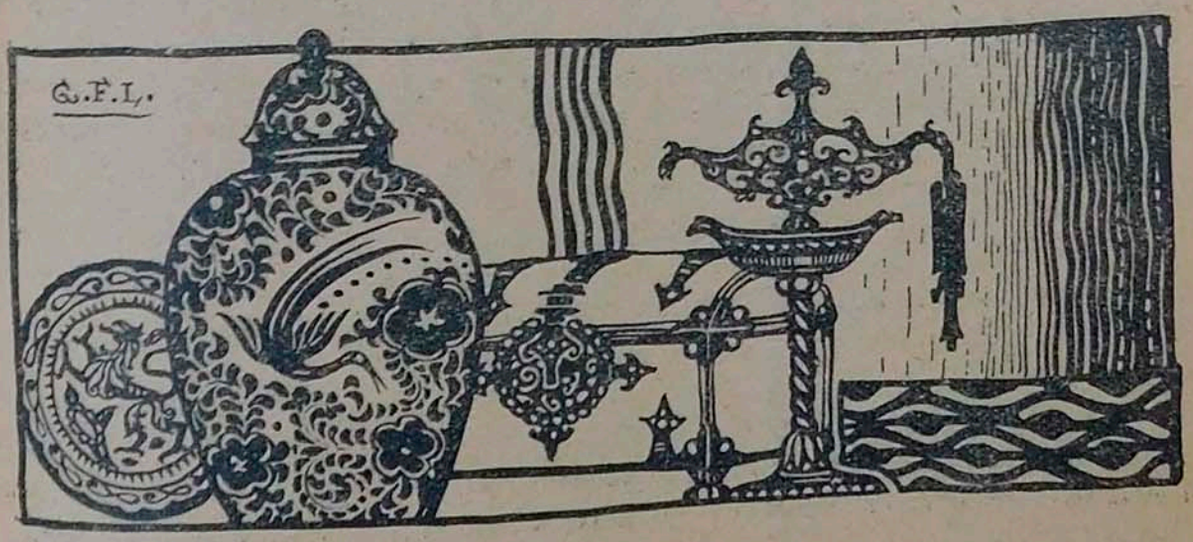
¿No oís en ese canto atrevido la voz de una generación que avanza? "El trabajo que diviniza," el esfuerzo concebido como instrumento y signo de la nobleza humana, es su divisa. Puede entreverse, en ese deseo profético de la entusiasta italiana, una de las leyes fundamentales de la sociedad nueva, que se elabora en medio del caos presente. Notemos, por otra parte, que Ada

Negri, como también nosotros, entiende por trabajo todos los esfuerzos graduados y ordenados del espíritu humano, desde el brazo que hunde la reja en el surco humeante, a través de todas las artes, la industria y la imaginación, hasta el pensamiento del filósofo que moldea los espíritus y la acción del héroe que alumbra las almas.

* * *

Mientras las aristocracias agonizantes buscan su signo de distinción, ora en un refinamiento decadentista, ora en un análisis exagerado que falsea la idea y mata el sentimiento, ¿no es sorprendente y tranquilizador ver que en Italia, como en Francia, la juventud seria ha inscrito el trabajo y la solidaridad sobre su bandera, como marca de la verdadera nobleza? Por mi parte, creo firmemente que el porvenir está ahí, a condición de que después de haber proclamado los derechos absolutos del Alma, armada con la doble antorcha de la Intuición y del Amor, se dé uno cuenta de sus poderes creadores y renovadores en todos los dominios: arte, filosofía, religión y organización social. Habiendo afirmado yo mismo esta verdad hace largo tiempo, no obstante el triunfo efímero del materialismo en filosofía y en literatura, saludo con regocijo a la nueva generación francesa, a la que responde como una música amiga, por encima de los Alpes, la voz de la poetisa lombarda.

(Traducción de José Gorostiza.)



COMO MEDITABA EN SILENCIO

POR WALT WHITMAN.

Como meditaba en silencio,
Considerando mis poemas, deteniéndome largamente en ellos,
Un fantasma de rostro desconfiado se levantó ante mí.
Terrible de belleza, de edad y de potencia,
El genio de los poetas del antiguo mundo.
Que mirándome con ojos de llama,
Señalando su índice sendos cantos inmortales,
Me dijo con voz amenazante: "¿Qué cantas tú?
¿No sabes que no hay más que un solo tema para los bardos inmortales?
¿El tema de la guerra, la fortuna de los combates, la creación de verdaderos soldados?

"Sea—respondíle entonces—;
Yo también, sombra altanera, canto de guerra, una guerra más larga y más grande que otra alguna.
Que contenía en mi libro, con suertes diversas,
Con marchas adelante y retiradas, con victorias diferidas e inciertas.
(Sin embargo, la victoria me parece segura, o casi segura al fin), teniendo el mundo por campo de batalla;
Guerra de vida y muerte, para el cuerpo y para el alma eterna.
Oíd: yo también he venido para cantar el canto de los combates.
Yo también, por encima de todo, suscito bravos soldados."

ERRATAS NOTABLES: En la página 396, en el artículo sobre Emerson, se asienta que este filósofo murió en 1822. Su muerte ocurrió el año de 1882.

En la página 402 se afirma que don Andrés Bello nació en 1871. Debe corregirse tal año, poniendo en su lugar el verdadero: 1781.

SECCION DE LOS NIÑOS

GUILLERMO TELL
IX ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE MADERO
LA CAMPANA DE LA DICHA — JUAN GABRIEL SEIDL

LITERATURA

ESQUILO, PADRE DE LA TRAGEDIA — POMPEYO GENER
FRAGMENTO DE «PROMETEO ENCADENADO» — ESQUILO
RONDAS DE NIÑOS — GABRIELA MISTRAL
ADA NEGRI — EDUARDO SCHURE
COMO MEDITABA EN SILENCIO — WALT WHITMAN

LIBROS QUE SE HALLAN A LA VENTA EN EL DEPARTAMENTO EDITORIAL DE LA SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA.

TRADUCCIONES DIRECTAS.

Homero	La Iliada	2 Vols., tela inglesa	Precio $ 2.00
„	La Odisea	1 „ „ „	„ „ 1.00
Esquilo	Tragedias	1 „ „ „	„ „ 1.00
Euripides	Tragedias	1 „ „ „	„ „ 1.00
Dante	Divina Comedia	1 „ „ „	„ „ 1.00
Platón	Diálogos	1 „ „ „	„ „ 1.00

DE VENTA EN EL EXPENDIO DEL DEPARTAMENTO EDITORIAL, CALLE DEL LIC. VERDAD NUM. 2 (EDIFICIO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL). NO SE HACEN VENTAS POR MAYOR NI SE EXPENDEN EN LIBRERIAS.

Esta Revista establecerá canje con todas las publicaciones del mundo y preferentemente con aquellas de ideas avanzadas, cuyo significado en la educación del pueblo sea una garantía de progreso y purificación humana. Todos los canjes de libros y revistas pueden dirigirse a la Primera de Gante núm. 3, o Apartado 105 bis. México, D. F.

LUCHA ENTRE EL BIEN Y EL MAL

Que todo hombre descienda en sí mismo y se observe atentamente.

Por poco que sepa mirar y que consiente en ver, se conmoverá profundamente al ver la guerra incesante que libran en él las buenas y las malas inclinaciones, la razón y el capricho, el deber y la pasión, el bien y el mal

Se contemplan con ansiedad las agitaciones exteriores de la vida humana. ¿Qué ocurriría si se asistiese a las luchas interiores del alma?

Allí se ve cómo en un día, en una hora, pueden encontrarse peligros, asechanzas, enemigos, victorias y derrotas.

No digo esto para descorazonar a mis semejantes. El hombre está llamado a vencer en esta lucha por la vida, y lo hará con ayuda de la libertad.

Pero la victoria es imposible para él, y cierta la derrota, si no tiene una idea justa y un sentimiento profundo de sus peligros, de sus debilidades y de la ayuda que le es necesaria.

Hay una inmensa ignorancia a este respecto en el hombre. Y se debe al error del orgullo, que enerva al mismo tiempo, el orden moral y el orden político, su gobierno interior y el gobierno general de la sociedad.

GUIZOT.

Esta Revista recibe la colaboración de todos sus lectores, e invita a cuantos se interesen por el bienestar colectivo a usar de sus páginas escribiendo sobre cualquier tema de interés nacional o universal. No se devuelven originales.

No podemos atender un solo pedido de los números uno al seis, pues están completamente agotados. Esta Revista es gratuita para los lectores de marcada pobreza y para el resto del público costará $ 5.00 CINCO PESOS ORO NACIONAL en la República y Dls. 2.50 DOS Y MEDIO DOLLARS en el extranjero la suscripción por un año, los que deberán remitirse en giro postal o telegráfico, cheque, letra o vales para editores, dirigidos a "EL MAESTRO," primera de Gante 5 o Apartado Postal 105 bis. México, D. F.

CANJE

Se solicita canje.—Exchange solicited.—On prie de bien vouloir établir l'echange.—Um Tauschexemplare wird ersucht.